



**Romina  
Naranjo**

*Un Matrimonio de*  
**ANULAMIENTO**

*Phoebe*

**Romina Naranjo**

*Un Matrimonio de*  
**ANUNCIOS**



*Phoebe*

Primera edición: julio de 2017

Copyright © 2017 Romina Naranjo

© de esta edición: 2017, ediciones Pàmies, S. L.  
C/ Mesena, 18  
28033 Madrid  
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-40-7

BIC: FRD

Diseño e ilustración de cubierta: Calderón Studio

Fotografía de cubierta: Polupoltinov/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A todos los afectados por el huracán Patricia,  
que asoló México en el mes de octubre de 2015.  
Que tan hermosa tierra, donde centro la trama  
de esta novela, se recobre pronto de la tragedia.

# ÍNDICE

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Agradecimientos](#)

[Refranero mexicano](#)

[Glosario gastronómico](#)

[Contenido extra](#)

# 1

## EL QUE ES BUEN GALLO DONDE QUIERA CANTA

Cabía esperar que la sala de juntas del hotel estuviera llena. Incluso el paso por el arco de seguridad y la muestra de acreditaciones estaban totalmente justificados.

Empresarios vestidos de traje y secretarios agobiados recorrían el recibidor, buscando ser los primeros en entrar a la sala donde tendría lugar la conferencia. Los que llegaran antes tendrían un mejor sitio y serían más visibles al anfitrión, lo que sin lugar a dudas les daría ventajas a la hora de hacer público aquello que habían estado preparando.

Oliver Hamer, con la chaqueta desabrochada y el pelo castaño peinado con indolencia, no parecía nervioso. Consultó su reloj de pulsera como de pasada y se guardó las gafas de sol Ray-Ban en el bolsillo interior. Aquel era su mundo, pensó mientras sonreía a una atractiva joven morena que portaba el distintivo del hotel en la camisa: apariencias y pretensiones.

Se sentía como pez en el agua entre todos los cuarentones ajados y antiguos que presentarían lo mismo con lo que llevaban años trabajando. Sin modernizarse ni ofrecer elemento distintivo alguno. Iba a merendarse a aquellos gilipollas, se dijo, guiñando un ojo a la ruborizada muchacha, que tropezó con un pie de maceta al irse; después, quizá se premiara con una buena noche de conquista.

A su lado, Tomy Anders, que además de su abogado era su más íntimo amigo —y probablemente el único—, no parecía compartir la misma tranquilidad de la que Oliver hacía gala.

Conforme más empresarios del mundo publicitario llegaban, cargados con archivos, carpetas de diversos colores y demás elementos propios para una gran exhibición en sociedad de sus productos, más tenso se ponía, en contrapunto con la calma absoluta de Oliver, que se había acodado en una de las columnas del hall, sin prestar demasiada atención a los competidores.

—Quizá debería ir al coche a por el portátil —murmuró Tomy en su oído,

palideciendo cuando vio pasar ante él a un hombre cuyo ayudante portaba una caja de cartón de la que sobresalía material de oficina etiquetado con las siglas de la empresa anfitriona—. Para crear la ilusión de no venir con las manos vacías.

—¿Y de qué iba a servir, Tomy? —Oliver se encogió de hombros, sin dejarse impresionar por las estrafalarias puestas en escena—. No tenemos nada preparado.

—Joder, Oliver..., ¡por lo menos podrías fingir que te importa!

—Estoy aquí, ¿no?

Alzando una ceja castaña, Hamer le dio un toque en el hombro a Tomy, y aunque este sabía que debía tomarlo como un «tranquilo, todo está controlado», le era imposible tragar el nudo de nervios que le atenazaba la garganta.

Y no era para menos. Se jugaban el porvenir de su empresa publicitaria a una mano en la que solo contarían para ganar con la versada técnica para lanzar faroles de Oliver. Hasta el momento, su capacidad para conseguir las cosas a base de encanto y mucha labia no había fallado, pero Tomy empezaba a temer que fuera cuestión de tiempo que su buena fortuna dejara de surtir efecto.

Sería desastroso que cayeran con todo el equipo en un momento como aquel, porque hacer el ridículo ante un grande de la publicidad sería lo mismo que despedirse de su negocio para siempre.

Aquella tarde cualquiera, el magnate automovilístico Henry Montero presentaba la que iba a ser su nueva flota de vehículos. Cada tres años, era puesto a la venta un nuevo buque insignia de hm Motors, compuesto por un vehículo principal, de la más alta gama, y otros secundarios. Tanto público como crítica se frotaban las manos por ver lo que aquel visionario del mundo empresarial tenía para mostrar.

Los publicistas, ávidos de fama, se daban cita en el lugar que Henry designaba y se enfrentaban entre sí para hacer llegar tanto a empresas como a consumidores de a pie sus ideas en cuanto a distribución y promoción de los coches. Se solía decir, en los círculos más cercanos, que Montero no necesitaba anuncio alguno para que sus coches se vendieran, pero que, de algún modo, disfrutaba poniendo en apuros a quienes se atrevían a hacerle una propuesta por la que apostar.

La realidad era que Henry no era más que un hombre entrado en carnes, que pasaba de los sesenta años, y que, tras mudarse de España, donde había nacido, residía dando vueltas por el mundo junto a su familia,

buscando mejoras técnicas para hacer de sus vehículos los mejores. Había empezado humildemente, como chapuzas en un taller de pueblo, pero pronto su iniciativa llamó la atención de los inversionistas adecuados. El resto era un ascenso meteórico hacia la fortuna y la fama.

Para Oliver, que había vivido sus primeros años en un orfanato, deambulando después por varias casas de acogida, hacerse con el contrato de hm Motors sería la guinda de un pastel que llevaba ya mucho tiempo cociéndose a fuego lento.

Aquel era el pistoletazo de salida que su empresa de publicidad precisaba para dejar de ser considerada de segunda y llegar por fin a jugar en las ligas mayores. Mirando con ojo crítico a todos los hombres y mujeres que llenaban la sala, sin duda más expertos, preparados y con posibilidades reales de dar al quisquilloso empresario del motor justo lo que esperaba, supo cuál sería su estrategia: ir de farol.

No iba a perder aquella oportunidad, sin importar cuánto tuviera que mentir para conseguirla.

—A la mierda —oyó decir a Tomy, a su lado. Estaba tan nervioso que se dio la vuelta y apoyó la frente en la pared durante unos segundos, buscando dejar de ver el interminable desfile de elementos de presentación que tenía lugar ante sus ojos—, el de Publishing Corp trae hasta un proyector, ¡un puto proyector, Oliver! ¿Tienes por lo menos una jodida libreta? ¿Un boli con el que hacer garabatos?

Hamer solo sonrió, saludando con un gesto de la cabeza a Marshall, el veterano presidente de la Corp —o vejestorio, como Oliver prefería llamarlo—, que cargaba con el ruidoso aparato y las diapositivas. ¿De verdad creía que eso impresionaría a Montero? Llevar un proyector a una reunión publicitaria como esa era como aparecer con una centralita en una fiesta de teléfonos inteligentes.

—Respira hondo, amigo —le susurró a Tomy mientras se recolocaba los puños de la chaqueta—. Está todo bajo control.

—Si no me saliera una úlcera cada vez que dices eso...

Oliver se cruzó de brazos, dedicándole aquella mirada suya que subía faldas con extrema facilidad.

—¿Cuándo te he fallado?

Tomy se quedó pensativo, aunque tuvo que admitir que no había respuesta para aquella pregunta. Oliver siempre solía conseguir lo que quería: para muestra, el hecho de haber sido invitado a aquella reunión cuando su empresa publicitaria era todavía una recién nacida en el sector.



Había quienes tardaban años en recibir una acreditación para poder mostrar al señor Montero sus alternativas, puesto que nadie acudía a la sala de conferencias como mero oyente. Oliver, de algún modo, se había hecho con una tan pronto se supo la localización exacta del evento, y lo había celebrado ampliamente y con orgullo ante todo el que estuviera, o no, dispuesto a escucharlo fanfarronear.

El problema era que no había usado ni un solo minuto para organizar lo que iba a hacer o decir cuando estuviera ante Henry Montero.

—Me quedaría más tranquilo si me dijeras lo que tienes pensado —insistió Tomy, sin saber si temía más lo que pudiera escuchar o aquello que estaba imaginándose, como a su amigo quedándose en blanco o provocando que los echaran entre burlas.

—Entonces no sería tan divertido. —Oliver sonrió y se llevó el índice a la sien. Era verdad que no había reparado demasiado en preparar su puesta en escena ante Montero, ¿para qué? Improvisar era su talento. Se arriesgaría.

La guapa joven morena volvió a aparecer, esta vez indicando a los presentes que podían pasar a la sala ordenadamente y tomar asiento. Uno a uno, entre cuchicheos y revisiones de última hora a los fajos de documentos, los citados al evento ocuparon las sillas, apretando el paso por hacerse con las más cercanas a la central, donde se acomodaría Henry Montero.

Con el susurro constante de Tomy en la oreja, Oliver se entretuvo desenvolviendo un caramelo de menta que había cogido de una mesita, dejando pasar delante a todos aquellos dinosaurios que creían tener la partida en el bolsillo con sus dibujos y sus eslóganes de los años 80. Vio cruzar la puerta a hombres que lo consideraban poco menos que un advenedizo, criticando siempre su manera de hacer publicidad e interpretando su innovación como algo, en ocasiones, grotesco.

El que se hubiera hecho en poco tiempo con una cartera de clientes respetables solo podía molestarles más. Publicidad Hamer era transgresora, y las nuevas generaciones querían que sus productos se quedaran en la retina del comprador, para lo que era vital un anuncio que les tocara partes de la piel que habían permanecido vírgenes hasta ese momento. En eso, Oliver era un maestro.

—No van a hacer exposiciones simples, de eso puedes estar seguro —le dijo Tomy una vez se quedaron a solas en recepción—. Nadie ha venido a dar un tranquilo paseo por el parque. Están preparados.

—No me preocupa lo más mínimo.

—Empiezo a preguntarme si, en realidad, algo te quita el sueño.

Oliver sonrió, sacudiéndose del pantalón gris marengo una pelusa inexistente. Mirándole con objetividad, Tomy tuvo que admitir que Hamer tenía varios puntos a su favor. Para empezar, era atractivo y conocía tantas formas de decir las cosas que era capaz de embotar un cerebro espabilado tras unos pocos minutos de conversación, lo que le había salvado de más de un embrollo donde él mismo se había metido. Con su metro noventa y su cabello castaño peinado a la moda, lucía los trajes como un dandi, y su expresión facial y sonrisa fácil decían a las claras que era alguien a quien convenía tomar en serio.

Cuando uno provenía del lugar del que Oliver había salido, teniendo que luchar por cada privilegio y no dando jamás nada por sentado, aprendía varias cosas y perdía el miedo a sentirse humillado. A él, que se había visto desamparado de niño, poco le importaba jugarse su gran oportunidad de obtener un contrato millonario a la carta de la suerte. No era la primera vez que lo hacía.

Le sobraba confianza en sí mismo, y, desde luego, toda la bonanza que le había sido esquiva en su juventud parecía caerle ahora del cielo, allanándole un camino que debería haber sido más tortuoso.

—Solo espero que esa jodida flor que tienes en el culo no decida marchitarse ahora —susurró Tomy, que, como buen abogado, solo confiaba en aquello que podía documentar y llevar por escrito, por más que hubiera visto la magia de Oliver brillar en otras ocasiones.

—Ninguno de estos tipos es un rival destacado, Tomy. —Y lo dijo con tal calma que Anders casi lo creyó—. Estamos ante los eruditos que representaron la menstruación con un líquido azul. —Se encogió de hombros, como si el alegato lo hubiera dicho todo—. Las mujeres odian esas mierdas de anuncios, amigo mío. Y ellas compran coches.

—Entonces... tienes un plan.

Otra sonrisa fue lo único que recibió como respuesta. Resignado, Tomy miró al techo, preguntándose si aún podría recoger el ordenador del coche y montar algunas imágenes chapuceras y rápidas mientras el resto de ponentes hacía sus cuidadas y trabajadas exhibiciones.

Por fin, Oliver entró a la sala, luciendo su sonrisa más seductora y segura. Tomó asiento y saludó con gestos afables a todos sus competidores, hombres versados y con las manos simbólicamente encallecidas a causa de años de duro trabajo. Muchos renegaban de que alguien como Hamer

estuviera presente en un acto donde uno precisaba de muchos más méritos para hacerse un hueco, pero con la acreditación en la mano, tan solo pudieron murmurar su desacuerdo.

Con un suspiro resignado, Tomy ocupó su lugar, encomendándose a aquella irreverente capacidad que su amigo tenía para poner toda situación de su lado.

Durante cerca de dos horas, Oliver escuchó con atención las ideas que el resto de publicistas tenía para mostrar a Henry Montero, que presidía la sala y miraba sin perder detalle las imágenes, vídeos, sonidos y dibujos que le iban mostrando.

Con unas gruesas gafas de pasta ocupándole media cara y una camisa tejana metida por dentro del pantalón de vestir, el dueño de hm Motors no hacía preguntas ni interrumpía a quienes estaban exponiendo por qué debían ser ellos quienes lanzaran el nuevo vehículo todoterreno de alta gama al mercado. Se limitaba a escuchar en silencio.

Llevando al cuello una gruesa cadena de la que colgaba la imagen de un cristo crucificado y con un simple anillo de oro en el dedo anular, Montero era conocido por ser exhaustivo a la hora de poner contras a todo lo que se le proponía. Le gustaba hacer las cosas a su manera y llevar al límite a todos los que osaban intentar trabajar para él. Tenía la edad y el dinero apropiados para que se le permitiera ser excéntrico hasta el aburrimiento, y no defraudaba.

Todos los presentes recibirían en sus oficinas una carta firmada por su puño y letra donde le detallaría claramente y sin florituras por qué no habían sido elegidos. Y sus misivas eran ya famosas entre los empresarios del sector, por lo directas y lapidarias. Quienes habían tenido la dudosa suerte de firmar contratos con él decían que las cláusulas de estos eran intransigentes y variopintas. Sin embargo, aquel que había trabajado con Montero ansiaba repetir.

Oliver estaba más que dispuesto a sumarse a esa lista tan exclusiva. Lo que tuviera que hacer para conseguirlo le importaba poco.

Se consideraba a sí mismo un camaleón capaz de adaptarse a cualquier situación que le reportara algún beneficio. Meterse en el bolsillo a Henry Montero supondría, quizá, sobrepasar los escasos escrúpulos que todavía le quedaban, lo que parecía más una aventura que algo negativo. Todo hombre tiene un límite para arrastrarse, pensó Hamer, que había salido de

un fango muy profundo. No le importaría ensuciarse si podía luego limpiar la porquería con las hojas de un sustancioso contrato.

Después de multitud de campos floridos, familias perfectas y canciones de viaje en los que el impresionante automóvil estilo 4x4, tanto en formato monovolumen como de sport, brillaba bajo un sol sonriente y hacía felices a padres e hijos de ensueño, le llegó por fin el momento.

—Oliver Hamer —anunció Montero, revisando sus notas.

Luciendo su mejor sonrisa, Oliver recorrió la estancia a paso calmo, para que todos los demás pudieran verle bien. Después, se situó junto a la gran pizarra digital, donde todavía se veía la última escena bucólica del anuncio presentado con anterioridad. Un único movimiento de cabeza le bastó para saludar a Montero, que le miraba con curiosidad.

—Un publicista relativamente nuevo, me parece —le dijo con voz ronca, rascándose el mentón.

—Alguien tenía que renovar esto.

Hubo carraspeos en la sala, pero Oliver no se dejó intimidar. Tomy, que estaba inmóvil en su asiento, se preguntaba qué iba a pasar. ¿Qué demonios iban a decir que igualara al menos los despliegues de creatividad, clásica pero efectiva, que acababa de ver? La mirada de Montero era serena, sin pizca de humor. Recorrió a Oliver con un gesto, seguramente preguntándose si llevaría en el bolsillo algún pequeño dispositivo con algo que enseñarle.

—Le advierto, señor Hamer, que es muy difícil que logre impresionarme.

Dejando la chaqueta sobre el respaldo de una de las sillas, Oliver se llevó las manos a la espalda, dando un par de pasos a la derecha para quedar justo bajo el foco del proyector de Corp, que había decidido sabiamente dejarlo instalado. Sonrió a Henry, sin inmutarse por su advertencia.

—Con todo respeto, señor Montero, usted no me conoce. —Oliver notaba que se crecía, allí parado, siendo el centro de toda la atención, estaba en su elemento. Aunque fuera otro quien dictaba las normas, él jugaba en casa.

Por el leve brillo de sus ojos, quedó claro que el magnate de hm Motors disfrutó el intercambio de palabras.

—Conque un gallo, ¿eh? Me gusta. Proceda entonces, señor Hamer. —Y para azuzarlo más, se cruzó de brazos, como si el aburrimiento lo hubiera atacado ya—. Inténtelo.

Oliver se dio unos segundos para pensar. Tenía bastante claro lo que deseaba contar, y, la verdad, todo cuanto había visto se lo había puesto aún más fácil. Su mente se retrotrajo, haciendo a la inversa todo el recorrido de

aquellos coches majestuosos por las playas, montañas y senderos cargados de sol y cielos azules. Aunque con variaciones, sus competidores habían expuesto en pocas palabras la misma mierda que durante años había colapsado los canales de televisión, anunciando coches que trepaban paredes y giraban sobre sí mismos de forma irreal. No habían ofrecido nada nuevo, nada que mereciera la pena considerar.

De pronto, como le pasaba siempre, todo se materializó en su mente, y lo tuvo tan claro que empezó a hablar como si hubiera preparado el discurso durante meses, en lugar de estar a punto de inventarse cada palabra.

—Usemos cualquiera de las imágenes que hemos visto esta tarde, pero añadamos algunos cambios. —Se tocó el mentón con la mano derecha, como si viera en el aire el 4x4 y a la familia dentro de él—. Para empezar, los hijos, en el asiento trasero, no van cantando ni mirando las matrículas con sonrisas blancas y perfectas. La adolescente, insufrible y cargada de complejos, no se separa del teléfono móvil, al que por supuesto ha puesto auriculares para no tener que oír al resto de su familia. —Sonrió a nadie en particular, perdido en las imágenes que su cerebro le llevaba a los labios—. Va pegada a uno de los laterales. Su hermano al contrario, jamás la rozaría ni con la zapatilla que lleva puesta. Está ensimismado con la pantalla de su Nintendo, cabeza gacha y atención puesta solo en el juego.

Oliver deambuló alrededor de los presentes, no miró ni una sola vez a Henry Montero, pero sabía, por aquel instinto que poseía y que tan arraigado estaba, que él no le quitaba ojo de encima.

—El padre, con los nudillos blancos de la fuerza con la que sujeta el volante, está enfadado y riñendo con la madre de cuando en cuando, porque ella no para de entrometerse en el camino a seguir, la hora de llegada y todas esas cosas típicas que hacen que la conducción en pareja sea un completo desastre.

Estratégicamente situado junto a la imagen del brillante campo con el reluciente coche bajo el sol, Oliver pulsó con un dedo el interruptor del proyector y esta desapareció, dejando la pizarra en blanco, desierta de toda representación poética.

—La familia de verdad discute, se pelea, o no se habla en absoluto. Hay gritos y recriminaciones en el coche, y quizá, algún gesto que suponga una pérdida de atención en la carretera por parte del conductor, que se distrae sin querer. Es humano. Tiene una vida complicada y problemas. —Se encogió de hombros, como liberando de toda culpa al hipotético padre fuera de sus casillas—. Entonces, la pantalla queda fundida en negro, escuchamos

algún grito, un fuerte frenazo que deja marcas en la calzada y el sonido que producen dos carrocerías cuando se están destrozando la una a la otra, ¿saben a qué me refiero? Es brutal. Luego veremos que el coche se ha salido del carril y el lateral luce un buen abollón.

Tal como esperaba, aquello captó la atención de todos los presentes. Incluso Montero, que jamás intervenía ni daba muestra alguna de conformidad o disgusto sobre lo que veía u oía, tragó saliva, echándose hacia adelante en la silla, como si, de acomodarse contra el respaldo, pudiera perderse algún detalle.

Los murmullos no se hicieron esperar. Sin duda, el planteamiento de Oliver rompía categóricamente con todo lo que se había visto hasta entonces en cuanto a la publicidad automovilística, donde se lucían el coche y todas sus potencialidades. Él, por su parte, lo mostraba destrozado, grotesco y hecho un amasijo de hierros sin ninguna belleza estética.

Considerando suficientemente larga la pausa dramática, sonrió y emitió un suspiro que denotaba alivio y extendió la mano hacia la pizarra blanca, como si ilustrara algo que no estaba ahí en realidad.

—El plano final vuelve a ser de la familia. Están siendo atendidos por los sanitarios, hay algunos rasguños y caras de susto propias de haber estado a punto de sufrir un accidente. Pero están ilesos. Los cuatro —alzó las cejas, y por primera vez miró de frente a Henry Montero—, no importa que sean ejemplares o se lleven a matar, señor, porque un padre no comprará su coche si se le promete que cantará canciones de viajes cada vez que lo conduzca. Lo hará si poniéndolo ante una situación de emergencia o de peligro ese coche responde. Si usted asegura que este vehículo, su precio y todas las características técnicas que posee lo hacen seguro y fiable. Eso es lo que debemos vender. Y eso es lo que yo voy a publicitar.

Los cuchicheos se convirtieron en conversaciones a viva voz: al parecer, todos tenían algo que decir sobre lo que habían oído, excepto Oliver, que permanecía mudo y expectante, saboreando las ampollas que había levantado. Tenía la mirada fija en Montero, cuyos ojos azules se habían quedado estáticos, quietos en su persona.

Cuando se incorporó del asiento, el silencio pareció bramar en el centro de la sala, pulverizando hasta la más mínima respiración. Por primera vez, desde que lanzara su primera flota de vehículos, Henry Montero decidió que, dadas las circunstancias, prescindiría de las cartas informativas e iría, tal como era su gusto, directamente al grano.

—Señor Hamer —dictaminó con la voz clara, esbozando una sonrisa

socarrona que dejó clara su satisfacción—. Lo reté a tratar de impresionarme y lo ha hecho. Si supera mis pruebas, el contrato es suyo.

## 2

### CHOCOLATE QUE NO TIÑE CLARO ESTÁ

Cuando la segunda ronda se convirtió en una colección de vasos vacíos, y conforme las ansias festivas de Oliver no hacían más que aumentar, Tomy dejó de esforzarse por controlar su curiosidad. Echando un rápido vistazo a su reloj de pulsera, descubrió que pasaban de las diez de la noche, lo que era mucho decir teniendo en cuenta que la reunión con Henry Montero y los directivos de hm Motors había acabado antes de las seis.

Quedaba por delante una ardua tarea administrativa que culminaría, si ambas partes llegaban a un acuerdo, en la firma del contrato que otorgaría a Publicidad Hamer el derecho y honor de hacer llegar a los consumidores el nuevo vehículo de Montero en todas sus gamas.

Por supuesto, antes de llegar a ese momento, los abogados de hm Motors se enfrascarían en complicar cláusulas que habían hecho recular a hombres mucho más versados en el mundo de los negocios de lo que ellos estaban. Incluso para Tomy, que había visto toda clase de contratos cuando iba por libre, antes de entrar a formar parte de la empresa de Oliver, empezaba a tener sus dudas de que pudieran estar a la altura de los duros requisitos de Montero.

Obviamente, y dado el guiño que acababa de hacer a una chica pelirroja sentada al final de la barra del bar del hotel, Oliver no compartía en absoluto sus cavilaciones. Más bien al contrario, parecía dispuesto a celebrar el triunfo hasta que este llegara por sí solo. O hasta que cayera desmayado a causa del alcohol, lo que pasara antes.

Aunque acostumbrado a su actitud pasiva, Tomy era su abogado, por lo tanto, no cejaba en tratar de hacerle actuar con sensatez.

—Dímelo de una vez —exigió Tomy, tocándole el brazo para alejar su atención de la atractiva mujer a la que ya había invitado a un sofisticado Cosmopolitan—, ¿lo tenías preparado desde un principio?

Echándose el flequillo castaño hacia atrás, no porque necesitara recolocarlo, sino porque sabía que era un gesto considerado atrayente en el



sector femenino con el que comerciaba, Oliver sonrió a Tomy, levantando el mentón con fingido gesto exasperado. Hamer no era un hombre que disfrutara viviendo en el pasado, aunque este hubiera tenido lugar tan solo unas horas atrás. Conseguido el entusiasmo de Montero, ¿por qué darle más vueltas?

—Si te respondiera a eso, perderíamos la magia del misterio, ¿no te parece?

—Si me confirmas que te has presentado ante Henry Montero en bragas, tirando de lo primero que esa retorcida mente tuya ha hilado, perderé varios años de vida.

Hamer se rio, alzando los restos de su copa en un brindis mudo. Se la acabó de un trago, paladeando el amargo sabor del ron con sumo placer. Había vestigios de dinero y fama en el fondo de aquel vaso, entremezclados con el hielo y las rodajas cítricas de limón. El cóctel perfecto.

—Ha salido bien —y para ratificarlo, Oliver alzó entre los dedos la tarjeta de visita especial que Montero daba a sus socios potenciales. No se cansaba de mirarla—, tenemos el contrato, y esa campaña publicitaria nos subirá tan alto, amigo mío, que pronto necesitarás oxígeno asistido.

—Yo no cantaré victoria tan pronto —la barra de caoba le devolvió a Tomy su propio reflejo. El ceño fruncido iba a provocarle una terrible jaqueca que el alcohol solo empeoraría—, las cláusulas son casi imposibles de cumplir.

—Escucha, Tomy, no hemos llegado hasta aquí para achantarnos por unas cuantas frases escritas con mala leche, ¿de acuerdo? Si Montero quiere mierda de unicornio a cambio de darme ese anuncio, se la conseguiré.

Si tratara con cualquier otra persona, Tomy habría puesto en duda semejante fanfarronería. Pero conocía a Oliver Hamer lo suficiente para saber varias cosas. La primera, que la mujer del final de la barra subiría a una habitación con él, y la segunda, que si existía un hombre en el mundo capaz de engatusar a Montero, ese probablemente era Oliver.

—No me cabe duda de que lo darás todo —susurró cansinamente, observando con incredulidad cómo Oliver usaba un posavasos para anotar algo que luego el camarero acercó hasta la mujer pelirroja, que lo leyó con avidez.

—Hasta la última gota, compañero —un apretón en el hombro le indicó a Tomy que la charla había terminado—, disfruta un poco. Esta noche marca el comienzo de nuestro futuro.

—Salud por eso. —Solo esperaba no arrepentirse de aquella muestra de

confianza.

Tomy alzó la copa vacía y decidió, mientras veía a Oliver abrocharse el botón central de la chaqueta para ofrecer a su conquista de la noche su imagen más impoluta, que cogería una habitación y dormiría hasta el día siguiente, donde a buen seguro sus preocupaciones lo estarían esperando. Quizá tuvieran suerte, quiso pensar en un alarde de positivismo. Después de todo, Oliver tenía razón: lo difícil había sido ganarse el favor de Montero, y eso ya lo tenían.

Estaban a punto de embarcarse en la peor locura de cuantas habían hecho juntos —sabía Dios que no eran pocas—, pero si aquel negocio salía bien, nunca más tendrían que preocuparse por tener clientes, y sus cuentas rebosarían ceros.

Con el feliz pensamiento inundando su mente atribulada por el alcohol, Tomy deambuló hacia el mostrador de información, esperando que les quedaran habitaciones donde pasar la noche. Pensó en su cama por un segundo, y en la mujer que la compartía con él desde hacía varios años. Ninguna fiebre de conquista pasajera era comparable con eso, se repitió, como hacía siempre que las tentaciones volaban a su alrededor.

Entre tanto, y con su mejor sonrisa depredadora iluminándole el rostro, Oliver se acercó a la desconocida que bebía elegantemente el líquido rosado de su copa, fingiendo una distracción que estaba lejos de sentir. Teniendo en cuenta que se trataba de una noche especial, Oliver decidió que no usaría sus juegos de siempre; a fin de cuentas, a nadie dañaría un poco de emoción.

Acodándose a una distancia prudencial, carraspeó, ganándose con ello la mirada interesada de la mujer. No parecía que fuera a ponérselo fácil, aunque había aceptado el posavasos con la invitación a otra copa sin pensárselo.

—¿Sabes? Hay dos cosas en esta vida que me excitan más que nada. Una, las mujeres hermosas que beben solas; y otra, firmar contratos millonarios. —Haciendo danzar la tarjeta de Montero entre los dedos, Oliver la dejó caer con gracilidad en su bolsillo—. Estoy a punto de lograr lo segundo.

—No me digas... —Echando la copa a un lado, la mujer jugueteó con los mechones de su pelo, enredándoselos en los dedos—. Entonces debes de estar eufórico.

—Depende de ti. —Oliver se inclinó hacia adelante, robándole el antebrazo con una caricia tan sutil como efectiva. La piel se estremeció y aquellos ojos de apariencia fría se derritieron. Era suya, aunque ella aún no

lo supiera—. Si te apuntas a formar parte de esta noche épica, preciosa, las cosas pueden ponerse muy calientes.

—¿Cómo de calientes? —La vio pasarse la lengua por los labios, llamándolo como si fuera ella quien dictara los pasos en el baile. Oliver la dejó creerlo, al menos por un instante.

—Sube conmigo y descúbrelo. No me gusta mostrar todas mis cartas en público.

La mujer sonrió, debatiéndose durante unos instantes, aunque parecía claro que estaba más que dispuesta a dejarse llevar por los designios de la noche.

—¿No quieres alardear un poco de ese... contrato millonario? Quizá me apetezca conocerte un poco antes.

—Cuando empiece contigo, no te interesará saber ni cómo me llamo.

—¿Tan seguro estás? —Él había lucido la cantidad exacta de sarcasmo, aderezado con una sonrisa irresistible. Valoró que la presa siguiera el juego, aunque estaba perdida de antemano.

—Eres la elegida, cariño. ¿Vas a romperme el corazón?

La risita tonta y la caída de ojos dio a Oliver el triunfo. Por supuesto, aquella belleza perdió todas sus inhibiciones tan pronto subieron al ascensor. Besaba con la lascivia de quien no desea desaprovechar un solo minuto, y aunque se presentó, dándole a Oliver un nombre compuesto al que él no puso la menor atención, estaba claro que sus intenciones de ser cauta y entablar conversación habían quedado atrás.

Se hospedaba en una de las habitaciones sencillas, pero aquello tenía poca importancia, dado que tan solo iban a compartirla durante el tiempo que durara el sexo. Bajo el vestido de gasa azul cobalto que llevaba, un minúsculo conjunto de lencería negra, plagado de bordados y transparencias, dio la bienvenida a Oliver. La piel, acaramelada por alguna loción de sabor exótico, tenía un tono moreno de apariencia natural que encendió sus sentidos.

Tan pronto cayeron en la cama, lanzando al suelo el caro traje que Oliver había comprado especialmente para su reunión con Montero, ella se le aferró con piernas y brazos, arañando, exigiendo, besando y mordiendo con tanta pasión que sin duda lo dejaría plagado de marcas. Oliver sonrió: no le importaba, disfrutaba de un buen intercambio salvaje cuando se daba la ocasión.

Dado que el ambiente estaba lo suficientemente caldeado como para prescindir de preliminares, Oliver echó mano de su cartera para coger un

preservativo. Era tiempo de concretar aquel negocio, pensó mientras rasgaba el envoltorio con una sola mano mientras la otra, perdida entre los muslos de la mujer, comenzaba a retirar el pequeño tanga negro que cubría aquel primer plato que Oliver no pensaba tardar en devorar.

Con una sonrisa lasciva, hundió los dedos dentro de ella, viéndola arquearse como una gata sedienta de caricias diestras.

—Qué belleza —dijo con un hilo de voz, en tanto que se ponía el preservativo con una sola mano, haciendo gala de una técnica impecable—, pelirroja natural.

—No necesitas eso —susurró la mujer, entre jadeos, alzando ya las caderas—. Tomo la píldora, te lo juro.

Esta vez, el gesto de Oliver fue más cínico que sexy, pero no respondió nada. Se cernió sobre ella y devoró su cuello y pechos con los dientes y la lengua, haciéndola olvidar rápidamente aquella muda petición que de ninguna manera pensaba cumplir. Jamás, bajo ninguna circunstancia, practicaba sexo sin una protección que él pudiera controlar, y, desde luego, no lo haría nunca con una mujer cualquiera a la que había conocido en un bar.

—Relájate, cariño —le dijo cuando se abrió paso en su interior con la hinchada punta de su miembro—, y disfruta.

Un gemido gutural fue la respuesta que obtuvo, y ya no hubo más conversación.

Era hábil en la cama. Lo sabía. No porque fuera un engreído pagado de sí mismo, sino porque muchos años de sexo con mujeres de todo tipo avalaban esa certeza. Podía hacer que el acto durara o terminara a voluntad y, salvo casos extremos o compañeras con las que apenas había tenido química, siempre lograba hacer que ellas llegaran al orgasmo. Era el premio que merecían por dejarle llevar la batuta y hacer lo que quisiera, porque tanto como adoraba llevar el control en los negocios, Oliver nunca estaba dispuesto a cederlo durante el sexo.

Le dio a su conquista casual sin nombre el clímax por el que ella gritaba y se retorció entre un mar de cabellos húmedos de sudor. Permitted que lo engullera con sus largas y fuertes piernas mientras se corría, y después tan solo necesitó tres embestidas para vaciar su pasión satisfactoriamente. Tan pronto recuperó el aliento, y percibiendo que los brazos fogosos de la mujer empezaban a tornarse suaves, se apartó de ella dedicándole una sonrisa que decía a las claras que había sido un verdadero placer.

Pero que no volvería a repetirse.

Tuvo que escuchar frases vanas y preguntas absurdas mientras se vestía, mas no respondió ninguna. Consintió un último beso e incluso le dedicó una caricia velada, pero después, todavía con la chaqueta bajo el brazo y la camisa a medio abrochar, abandonó la habitación.

Era mejor así, se dijo mientras esperaba al ascensor, todavía con los efluvios del orgasmo dejándose sentir en sus terminaciones nerviosas. Durante diversas épocas de su vida había tenido amantes con las que había compartido periodos relativamente largos de tiempo, e incluso otras conquistas, menos importantes, a las que había dedicado casi noches enteras.

Lady Pelirroja no era una de ellas, desde luego. Había sido solo el trozo de pastel de chocolate que uno toma tras una larga jornada en la que ha conseguido todo cuanto se había propuesto. Un placer para un rato, del que había que desembarazarse antes de que se volviera empalagoso. Ella había cumplido su función y se había llevado un grato recuerdo que podía elegir atesorar o no. Tanto le daba.

Tras una comprobación de última hora en sus bolsillos, y acariciando entre los dedos la tarjeta de Montero con mucha más suavidad de la que había usado con su acompañante de aquella noche, Oliver entró al ascensor y bajó a recepción, dispuesto a preguntar por la habitación de Tomy y sacarlo de la cama sin demora.

El trabajo no esperaba hasta que saliera el sol.

Café.

Aquel era el único pensamiento consciente que Frannie podía conectar entre los restos del sueño que aún perduraban en su subconsciente. Con los ojos pegados y bostezando ante la desastrosa imagen que le devolvía el espejo del baño, se dio cuenta de que aquellos fantásticos focos que la rodeaban la hacían parecer una estrella de cine trasnochada. Y, encima, acentuaban todas sus legañas y ojeras.

Abrió el grifo, y antes de poder pararse a pensar, se echó abundante agua fría en la cara, rogando que eso bastara para espabilarla y lograr que se arrastrara al armario en lugar de volver a la cama, que era lo que realmente deseaba.

Mientras se secaba, comprobó que algunos mechones rubios se le habían pegado a la frente, confiriéndole una imagen aún más penosa. Resignada, cogió las gafas de pasta negra del estante que tenía enfrente y se las

encasquetó sobre la nariz, enfrentándose por fin a su cansado reflejo con toda nitidez.

—Hola, tú —se dijo a sí misma, con ceño—, no me mires así, también es de madrugada para mí.

Caminó por el pasillo rumbo a la cocina, abrazándose a su tibio pijama de terciopelo, del que pronto tendría que despedirse. Tomó una taza alta del armario con puerta cristalera y pulsó con ansia el botón de la cafetera eléctrica. Pronto, el aroma de la cálida sustancia impregnó las cuatro paredes de la cocina, haciéndola suspirar de anticipación y provocándole la esperanza de lograr despertarse después de una taza. O dos.

—Ese es el sonido que todo hombre querría oír escapar de los labios de una mujer.

Sonriendo a su pesar, Frannie giró sobre sí misma y se topó de frente con su amiga y compañera de piso, Teresa, quien, a diferencia de ella, despertaba rozagante, luciendo un coqueto pijama de dos piezas de satén rosado que resaltaba de manera casi vulgar sobre su estilizado cuerpo. Solo había algo que la hacía más atractiva aún que el ébano de su piel, y eran sus ojos, grandes y brillantes. O quizá su pelo, lustroso y siempre perfecto.

De no llevarse tan bien con ella, Frannie la odiaría solo por principios.

—Todavía no puedo creer que tengas que irte a trabajar —la oyó decir, mientras sacaba de la nevera un platito con cupcakes cuidadosamente envueltos en film transparente—, apenas son las cinco, por Dios bendito.

—Tú empiezas a esta hora. —Frannie bostezó, echando abundante azúcar a la taza y removiendo el contenido con la vista perdida.

—Yo tengo una pastelería, Fran, tú trabajas en una oficina.

Era cierto. Pese a la pinta de modelo brasileña que se gastaba Teresa, lo cierto era que se dedicaba a la repostería. Tenía una pequeña tienda en el centro comercial, y si todo iba bien, pronto se liaría la manta a la cabeza y abriría una segunda. Estaba tan orgullosa de su profesión que se pasaba horas horneando, probando glaseados, coberturas y mezclas de toda clase, lo que conllevaba comer magdalenas y bollos casi a todas horas. En su casa nunca faltaban el cacao, la mantequilla de cacahuete, las frutas de entretiempo, el azúcar y los condimentos más dulces y maravillosos que el hombre había creado, ordenados por fecha de caducidad.

Lo cual era malo para la figura de Frannie, que a veces tenía que hacer pequeños sacrificios para no perder su forma curvilínea. Teresa, sin embargo..., bueno, podría basar su alimentación en chocolate y pizza, y ni siquiera se notaría.

—De verdad que creo que podrías denunciarlo por esto —insistió mientras mezclaba algo en un bol pequeño, atenta al estado de frío de los cupcakes que había sacado de la nevera—. Ese tío es un jodido cabrito.

—Viene de una reunión muy importante con el dueño de hm Motors, si nos ha citado en la oficina a esta hora, será importante.

«Por favor, por favor, que sea para algo importante», rezó en su interior, dando sorbos pequeños al café, que estaba demasiado caliente y muy dulce.

—Como si acaba de acostarse con la reina. —Con mimo, Teresa colocó un cupcake en un platito de flores, espolvoreó canela mezclada con azúcar moreno por encima y lo metió en el microondas—. Tu contrato estipula que tienes un horario.

—En realidad... creo que había una cláusula sobre... imprevistos. Decía algo de acudir cuando llamara en caso de emergencia.

—¡Venga ya, Fran!

—No pasa nada, estoy bien — admitió intrigada, porque su jefe era de esas personas que convertían algo ordinario en espectacular solo por el modo en que lo contaba—. Me espabilaré, me vestiré y seguro que hoy será un día memorable.

Teresa lo dudaba mucho, y aunque no dijo palabra, enarcó sus perfectas cejas oscuras para demostrarlo. No sabía mucho del tal Oliver Hamer, el jefe de su amiga, salvo lo que ella misma le contaba, envuelta en adoración y entusiasmo adolescente. Era un hombre joven y atractivo que entraba en la cúpula de los futuros millonarios con pie firme, todo un dandi, el empresario del momento. Por lo menos, en lo profesional. En lo que respectaba a su vida personal... Teresa tenía diversas opiniones muy cortas y concisas, porque todas ellas empezaban por «gilipollas» y terminaban con «imbécil de manual». El tal Oliver era un mujeriego narcisista, y lo peor de todo era que lo exhibía con orgullo.

Frannie estaba encantada de ser su secretaria-barra-chica para todo. Aunque se había graduado con las mejores notas en su carrera de marketing y dirección de empresas, no había dudado en estudiar un secretariado, un semestre de mecanografía y cuanto curso de informática se le había puesto por delante. Era una excelente encargada de todo cuanto al tal Hamer se le ocurriera, y no solo en lo que concernía al trabajo. Frannie prácticamente llevaba la vida de Oliver por él.

—Creo que te explota. Ya lo sabes. —A Teresa se le hacía muy cuesta arriba verla perder el culo por Hamer, aunque su amiga insistiera en que

sus ansias solo tenían como objetivo dar lo mejor de ella misma en el trabajo. Frannie era demasiado lista y estaba exageradamente preparada para dedicarse a llevar cafés y reservar suites en hoteles—. Estás desperdiciada en ese despacho, aunque te hayan dejado elegir el modelo de ordenador y el color de las paredes.

Frannie decidió prescindir de un par de papilas gustativas y se acabó el café en un solo sorbo. Era demasiado temprano para desenfundar las armas, ¿cómo podía Teresa estar en pie de guerra a esas horas? Y con un pijama tan escueto como para llevar tanta munición. Desde luego, ser repostera y estar acostumbrada a poner las aceras cada amanecer le había dado superpoderes. Frannie no podría soñar con igualarla.

Su trabajo en Publicidad Hamer era un impasse para las dos, algo en lo que nunca se pondrían de acuerdo, por más que montaran un cuadrilátero en el salón y se golpearan con sillas de atrezo.

—Me paga un sueldo excelente, gracias. —De hecho, quienes hubieran redactado el convenio laboral se echarían las manos a la cabeza.

—¿Pero de verdad es eso lo que quieres hacer el resto de tu vida? ¿Tener el teléfono encendido veinticuatro horas al día, siete días a la semana, por si a Oliver Hamer se le descose la bragueta?

Con un suspiro, Frannie dejó la taza en el lavaplatos y se giró. Miró a Teresa con esa expresión que ponía cada vez que llegaban a aquel punto muerto. Sabía que su amiga la quería, que se preocupaba por ella y solo buscaba su bienestar y felicidad; lo que Teresa no podía comprender era que Frannie quería justo lo mismo, y lo que para ella eran horarios matadores y peticiones ajenas a lo estrictamente laboral, para Frannie suponían una inversión.

Claro que no quería atender al teléfono durante el resto de su vida, ni comprar regalos para amigos que celebraban fiestas de compromiso firmando la tarjeta a nombre de su jefe. Odiaba rechazar llamadas indeseadas de amantes que habían sido desechadas, pero todo aquello era parte del proceso que suponía convertirse en alguien de confianza para un empresario en auge como Oliver Hamer.

Frannie tenía sueños, ilusiones, y ese contrato millonario que descansaría pronto en las palmas de las manos de Oliver podía ser la llave que los dejara salir por fin.

Entonces, estaría preparada para batir las alas. Al menos, en teoría.

—Necesito este trabajo —le dijo a Teresa, resumiendo unos pensamientos que solo sonaban coherentes en su cabeza porque se los repetía como un



mantra un día tras otro—. Si el contrato con hm Motors sale bien, quiero ser yo quien esté allí en el momento de la firma.

—Y ser indispensable para Oliver. Como una primera dama.

—Exacto. —Pero la sonrisa se le congeló en la cara al ver la expresión de Teresa—. De forma estrictamente profesional.

Teresa se encogió de hombros, emitiendo su famoso chasqueo de lengua, que, en lenguaje morse, debía de querer decir algo como: «no me lo trago aunque me lo rellenes de trufa». Sacó el cupcake del microondas y olisqueó, como si sometiera a pruebas olfativas lo que el calor había hecho con sus condimentos.

—Creo que juegas con fuego, Fran —le dijo sin mirarla, procurando mantener un tono neutro, aunque ambas sabían que era muy capaz de despotricar cuando tocaban aquel asunto—. Me preocupa que te quemes.

—Pues deja de preocuparte. —Frannie le dedicó una sonrisa y pellizcó un trozo de cupcake. Aquellas delicias no eran para ser sometidas a análisis, sino para tenerlas un segundo en la boca y toda una vida en las caderas—. Lo tengo todo bajo control.

Teresa ignoró sus palabras, viéndola salir de la cocina a toda prisa.

Antes de vestirse, Frannie revisó el contenido de su bolso, comprobando que tenía carga suficiente en su teléfono móvil y abundantes cuadernos y bolígrafos para lo que pudiera surgir. Colocó la pestaña separadora de su agenda personal en el día que comenzaba, y anotó la hora estimada a la que llegaría a la oficina en la del trabajo, donde apuntaba todas y cada una de las cosas que necesitaría Oliver a lo largo de la jornada. A veces le gustaba pensar que ella movía los hilos de su día a día, y que si faltara, el pobre señor Hamer no sabría exactamente cómo le gustaba que se hicieran las cosas.

—Tengo que prepararme y salir corriendo si quiero llegar con tiempo suficiente de tenerle el café listo y la mesa despejada. —Hizo un sprint por el pasillo, recogiendo los zapatos que se había quitado la noche anterior y que seguramente volvería a ponerse.

Desde la cocina, oyó vociferar a Teresa.

—¿Tampoco sabe apretar el botón de la cafetera? ¿En qué idioma la tenéis?

—No creo que ni siquiera sepa dónde está. —Frannie se quitó la camiseta del pijama delante de la televisión, viendo su reflejo en sujetador a través

de la superficie negra del plasma—. Dejó la compra a mi criterio, como todo los demás.

—Ten cuidado, Fran, en serio —Teresa sacó el segundo cupcake del microondas y lo partió por la mitad, estudiando el estado en que se encontraba el caramelo líquido que tenía en su interior—, tal vez creas que eres irremplazable, pero...

—Lo soy —la cortó ella, bajándose los pantalones y entrando por fin a su dormitorio—, y si Oliver Hamer todavía lo duda, cuando firme el contrato lo demostraré.

Negando con resignación, Teresa la visualizó ante el armario, escogiendo un conjunto perfecto para salir rumbo a la oficina hecha un pincel.

Frannie parecía la señora de la casa en aquel trabajo suyo tan peculiar. Hacía y deshacía, y sus ideas siempre eran tenidas en cuenta. De haberlo sugerido ella, el tal Hamer habría cambiado de peinado sin dudarle, pues tal era el grado de compenetración que parecía existir entre ambos que, de haber sido mujeres los dos, sus reglas estarían sincronizadas. Sin embargo, no era oro todo lo que relucía, y tanto como tenía beneficios, Frannie también sufría el peso de ser tan necesaria, y a menudo sacrificaba su tiempo libre, reuniones con amigos o momentos de diversión por cumplir con las exigencias de su jefe.

Había zonas oscuras en la importancia que su jefe le hacía sentir. ¿Era realmente tan necesaria, o el publicista se aprovechaba de su buen hacer y, simplemente, delegaba todo cuanto le costaba esfuerzo para que ella lo cargara? A Teresa le preocupaba que se estuvieran aprovechando de Frannie, y que, llegado el momento de volar, sus alas estuvieran atrofiadas por el tremendo poder que Hamer tenía sobre ellas.

Si le ordenaba que no se fuera, su amiga podía dejar de lado sus sueños.

—Eso es algo que nunca me pasará con mis magdalenas —dijo para sí misma cuando oyó la puerta cerrarse y se quedó sola en el silencioso piso, probando la cobertura de chocolate y moca, bajando los párpados con placer—. Sabores y texturas: algo en lo que se puede confiar.

Todavía sin abrir los ojos, Teresa estiró la mano y cogió el mando del reproductor de música. Al pulsar el play, la sensual voz irlandesa de Hozier inundó la cocina, convirtiéndola en su hábitat natural.

# 3

## AL QUE CON LOBOS ANDA, A AULLAR SE LE ENSEÑA

Frannie puso en marcha la Tassimo y preparó las cápsulas de Carte Noire Café Long Classic, que era el que tomaba el señor Hamer. Nunca dejaría de parecerle curioso, pensaba mientras colocaba las tazas de cristal en la bandeja, seguidas del azúcar y un par de servilletas: después de comprar una máquina con tantas posibilidades deliciosas, su jefe tomaba una de las más corrientes.

«En gustos no hay nada escrito», decidió. Su trabajo era, después de todo, darle lo que quería. Seguramente tendría que dar las gracias en idiomas desconocidos por que el hombre que pagaba su sueldo no tuviera deseos más complejos de satisfacer.

Echó las cápsulas en el recipiente, pulsó la selección de teclas y volvió a su escritorio cuando la cafetera empezó a trabajar de forma autónoma. Era tiempo de bucear por Internet y revisar las redes de Publicidad Hamer para comprobar las posiciones de ranking en que se encontraban los anuncios que la compañía había hecho. Era parte de su trabajo el poner valoraciones, compartir informaciones y hacer llegar a la mayor cantidad de personas posible toda la información que pudiera repercutir de manera positiva en el cartel de clientes con que contaban.

Había aprovechado muy bien sus clases de informática, de forma que era capaz de hacer algunos trucos bastante respetables, como conseguir que el logo y los anuncios de Publicidad Hamer salieran destacados en algunas páginas escogidas al azar o crear links que llevaran a la web de la empresa cuando algún internauta visitaba productos relacionados con los que ellos patrocinaban.

Aunque normalmente no empezaba a aquellas horas a prodigarse por el submundo informático, como le gustaba llamarlo, aprovechó que la Tassimo arrancaba para hacer ella lo propio. El reloj digital de la pantalla del iMac dio las seis de la mañana cuando Frannie abrió la cuenta de correo de la empresa y revisó el contenido de la bandeja de entrada. Por supuesto,

había mucho spam inservible que terminaría en la papelera sin ser abierto, pero también otras muchas cosas a las que debía prestar adecuada atención.

Con la fluidez de movimientos que da la costumbre, sacó del cajón dos pequeñas agendas, una en color rojo sangre y otra azul. En la primera anotó los correos que solían terminar en la pestaña de no deseados y cuyos títulos eran un variopinto abanico que iba desde lo erótico hasta lo soez. Pasando por amenazas. Las conquistas del señor Hamer, que casi nunca obtenían su número personal o la dirección de su casa, enviaban sus preguntas y sugerencias, como Frannie las había bautizado, al email de la empresa.

Al principio, cuando se le había explicado que debía llevar un férreo control de ese tipo de correspondencia, Frannie se había sentido incómoda, sensación ratificada con la llegada de los primeros mensajes. En muchos de ellos, las amantes descartadas daban detalles muy escabrosos sobre sus encuentros con el señor Hamer, cosas que una empleada seria como ella no había disfrutado leyendo. Hasta que empezó a encontrarles el punto. Ahora, tras cerca de tres años revisando cartas de amor reconvertidas en deseos de ataques de gonorrea, las palabras vulgares y encuentros sexuales detallados que llegaba a leer cada vez significaban menos para ella.

Incluso esbozaba alguna que otra sonrisa triste, negando con la cabeza, y dando sorbos a un té dulce de frutos rojos mientras leía a la descartada de turno pasar de la completa tristeza a la furia más salvaje. No aprobaba la forma tan tajante en que su jefe daba carpetazo y pasaba a la siguiente, pero le constaba que no hacía promesas que pudieran ser interpretadas de forma errónea. Si las mujeres que se relacionaban con él aspiraban a una relación más seria y se veían decepcionadas, era porque habían creado castillos en el aire.

De todos modos, le daba mucha pena, porque aquella era una posición en la que le resultaba muy fácil reflejarse.

—Veamos qué le han parecido a Helena los pendientes de cristal de Murano que escogí para ella... —murmuró, mientras abría el correo correspondiente de la que había sido la amiga con derechos de Oliver Hamer durante casi tres semanas, de forma alternativa—. Bien..., parece que la despedida ha sido fructífera para ambas partes. Es un alivio. No habrá cartas con insultos esta vez. Ha sido un placer, Helena, echaremos de menos el olor persistente de tu perfume.

Tomando adecuada nota en la bautizada como «Agenda Roja de las

despechadas», Frannie archivó el mensaje y volvió a la bandeja principal, donde, por fin, se ocuparía de elementos relacionados con la publicidad. Pasó a la agenda azul.

No era que le molestara que contaran con ella para todo: ese era el tipo de escalón que quería subir para poder ganarse por entero la confianza de Oliver Hamer y estar a su lado en el momento en que el despegue definitivo llegara. No obstante, elegir regalos caros para romper relaciones, además de denigrante, era una prueba más de lo poco fiable que era su jefe como hombre, ya que ni siquiera se tomaba la molestia de citar a la mujer en cuestión a una copa y decirle a las claras que lo que fuera había terminado.

Por suerte, ella separaba a la perfección la atracción profesional que sentía por él, un hombre que se había hecho a sí mismo, culto, inteligente, capaz de sobresalir a toda adversidad y conseguir a base de tesón lo que se propusiera; de cualquier posible ilusión sentimental. O de las fantasías que solo compartía con la oscuridad de su dormitorio.

A veces flaqueaba. Hamer era atractivo y muy capaz de resultar tan encantador que más de una vez la había hecho volver tarde a casa por llevar un traje al tinte o cualquier otra actividad secundaria que él había olvidado hacer. En momentos como esos, dejaba de lado su faceta de jefe y actuaba con ella como algo cercano a un amigo, consciente de que entre sus ocupaciones no estaba facilitarle la vida más allá de lo que fuera relativo al trabajo. Era sincero y no inventaba excusas cuando quería pedirle algo. No había medias tintas entre ellos, ni otra persona que comprara regalos para evitar conversaciones incómodas.

Frannie era una mujer a la que Oliver Hamer respetaba, quizá porque sabía que gran parte de sus secretos más íntimos dormía cada noche en uno de sus cajones. Aunque ella prefería pensar que tenía el trato que se había ganado.

Cuando la cafetera anunció que había terminado, Frannie se levantó como un resorte, dejando un informe sobre los gastos administrativos del trimestre a medias, y se apresuró a preparar la bandeja que llevaría al despacho.

Desde que había entrado a la oficina, hacía una media hora, había notado que los nervios estaban de punta. Tanto el señor Hamer como Tomy Anders, su abogado, se habían encerrado tras las puertas dobles del despacho principal nada más llegar y habían empezado a intercambiar palabras en susurros. Probablemente, dedujo mientras doblaba las servilletas en forma de palomita que luego engancharía a las asas de las

tazas, cada minuto que pasara sin recibir el contrato de hm Motors, la tensión solo incrementaría. Entonces, las palabras contenidas acabarían en gritos que llegarían hasta ella.

Llevaba trabajando en ese ambiente el tiempo suficiente como para saber que «el contrato es tuyo» no significaba nada si no había un documento firmado de por medio.

Con pasos cautelosos, llamó dos veces a la puerta de madera y luego entró. Ella nunca tenía que esperar a que le dieran permiso, pues sus visitas al despacho del señor Hamer tenían siempre un motivo. De forma habitual, él estaba esperándola, sin que importara el momento en que Frannie apareciera. Sus pasos dejaron de ser audibles a consecuencia de la moqueta, y haciendo un gesto educado de saludo que acompañó con una sonrisa, se aproximó a la mesita anexa a la de escritorio. Allí, además de una licorera —a la que ya habían dado buena cuenta, por cierto— y una selección de caramelos de sabores, quedaba el espacio justo para dejar la bandeja del café.

Tomy, el abogado, estaba sentado en el sillón orejero verde musgo que hacía esquina con la mesa principal. Tenía una pierna doblada sobre la otra y la corbata suelta y se había quitado la chaqueta. Saltaba a la vista que no se había peinado, ni dormido, en demasiadas horas. Los nervios de la presentación a Henry Montero debían de habersele mezclado con los de la espera del contrato. Tal vez sus deseos de descanso y esparcimiento en su casa habían chocado de frente con la idea del señor Hamer de esperar noticias en el despacho, tanto daba. Estaba allí.

Frannie sabía que revisaría el documento con el ojo clínico de un profesional que está adiestrado para encontrar todos los puntos redactados con malicia para atar a su cliente. Además, por lo que le habían contado de Henry Montero cuando toda aquella aventura había comenzado, era posible que, una vez recibidas las cláusulas, el señor Hamer tuviera que replantearse su intención de asociarse con hm Motors. Al parecer, solo los más aptos sobrevivían a una firma con el titán de los automóviles. Tomy Anders no las tenía todas consigo.

—El café, señor —anunció con voz monocorde, solo para llamar su atención—, Carte Noire Long Classic recién hecho.

Oliver, que estaba entretenido con el juego de golf que se había empeñado en comprar para su despacho —alegando que los grandes empresarios a los que había visto en televisión mientras crecía siempre tenían uno—, levantó la cabeza del césped artificial y se llevó el palo a la

espalda, estirando los brazos y provocando con ello que la camisa blanca a rayas azules se le pegara a todos los músculos del torso.

Sonriendo, con aquella dentadura blanca perfecta, le hizo a Frannie un guiño que quedó medio oculto por el rebelde flequillo castaño que le caía sobre la frente. Después, volvió su atención nuevamente a la bola, a la que dio un golpe certero que la llevó directamente al interior del agujero situado a varios metros de distancia de sus pies.

—Hoyo en uno —exclamó, provocando que Tomy pusiera los ojos en blanco.

—De verdad, no asumo que nos hayas hecho venir a estas horas de la mañana al despacho para presenciar tus juegos de crío —gruñó el abogado, tocándose las sienes. Habría dado uno de sus riñones por un analgésico, y el otro por media hora en su cama.

—Perdóname por no pasar la espera con esa cara de angustia y desesperación, amigo. —Dejando el palo, Oliver se acercó a la mesa anexa, desenganchó la palomita con una sonrisa apreciativa y tomó la taza que Frannie le había preparado. Dio un sorbo con aprobación—. Perfecto. Como siempre.

Frannie hizo un gesto afirmativo con la cabeza, inhalando el aroma a recién duchado que su jefe siempre portaba. Perdida en sus pensamientos, trató de recordar si tenía algo que decirle, mas su mente había desconectado de todo lo racional. Se anotó en su agenda mental poner toallas limpias en el aseo del despacho: seguramente, el señor Hamer se había aseado ahí.

—¿Algo de hm Motors? —La paciencia no era el fuerte de Oliver, y estaba claro que no reconciliaba la presencia de Frannie en su despacho con una visita de cortesía—. ¿Tienes el documento?

—Todavía no, señor.

—Maldito viejo... —negó con la cabeza, dando otro sorbo al café y poniendo su mirada pensativa en la nada—. Está claro que piensa hacerse rogar. Tenernos cogidos por las pelotas es su juego, lo que fomenta su poder.

—Parte de él, en realidad. —Tomy cogió su propia taza. Removió el oscuro contenido deseando poder hundir la cabeza entera en él. Quizá así lograra que se le desembotaran los sentidos—. La verdadera partida estará en las demandas y capitulaciones. No serías el primero en echarte atrás al verlas.

—Eso no es algo que vaya a pasar.

La seguridad en sí mismo que lucía Oliver, impresionaba a Tomy y Frannie

a partes iguales. La tensión podía estar devorándolo por dentro, pero nunca lo demostraría ante nadie. Se sabía merecedor de los anuncios para los nuevos coches de Montero, y por nada del mundo pensaba renunciar a tal oportunidad.

Daba igual lo que exigieran por parte de hm Motors: en realidad, era probable que ni siquiera se parara a leer los puntos del contrato. Tan pronto su firma estuviera estampada al lado de la de Henry Montero, ya nada podría pararlo. Se agarraría a él y a cada oportunidad que le brindara esa asociación como un perro a su hueso.

—No voy a permitir que juegue conmigo. —No era un don nadie, se dijo Oliver. Por mucho dinero e influencias que tuviera Montero, su presentación había penetrado en su sistema como el colmillo de una serpiente. Certero, mortal—. Lo impresioné, todo el mundo se dio cuenta. No dejaré que crea que puede manipularme.

—Siento ser yo quien te baje de tu ególatra nube, Oliver —Tomy se removió en el asiento, dejando la taza vacía a un lado—, pero hasta que recibamos ese documento, estás totalmente a su merced. Solo puedes esperar hasta que él te otorgue movimiento.

Estar a expensas de la voluntad de terceros era algo que Oliver no toleraba a la ligera. La impaciencia le sentaba como esas píldoras que uno intenta tragar y se quedan atascadas en algún lugar de la garganta, sin dejar pasar el aire. Frannie lo sabía; había aprendido a andar tres pasos por delante de Oliver para que aquello no pasara.

Satisfacer necesidades que él todavía no tenía era el secreto. Por eso obtendría beneficios de la firma del contrato que la ayudarían a cumplir sueños y ver esperanzas materializarse ante ella. Por primera vez en mucho tiempo, no estaba de acuerdo con la siempre acertada opinión de Tomy Anders, por difíciles que fueran las pautas que Henry Montero exigiera en su contrato; si Oliver Hamer estaba decidido a que aquella asociación tuviera lugar, nada podría pararlo.

Carraspeó con timidez. Inmediatamente, los ojos marrones de Oliver se posaron en ella, atentos a lo que tuviera que decir. Deseó degustar el momento, pero su afán por ser rápida se lo impidió.

—Puedo enviar un mensaje extraoficial a la secretaria de administración de Montero.

—¿Puedes? —Oliver enarcó una ceja, inquisitivo—. ¿Quiero saber cómo tienes esa información?

Frannie pestañeó, como si no entendiera la pregunta. Su trabajo era



salvar aquellos problemas; el cómo, siempre que fuera legal, rara vez importaba.

—Henry Montero viaja mucho —expresó Tomy. Su tono cansado hizo blasfemar a Oliver, que por lo visto no estaba en disposición de apreciar ninguna de sus intervenciones en aquella conversación —y reside en varios países durante el año. Localizarlo es poco menos que un juego de azar.

—Pero su empresa no tiene sede en todos ellos. —Frannie se encogió de hombros, con inocencia—. No es tan difícil dar con cierto personal cuando se sabe dónde buscar.

—Y tú lo sabes.

Ella afirmó en dirección a su jefe, cuya sonrisa parecía iluminar el despacho entero. Este la señaló con todo el aspaviento y la pompa de que fue capaz, dejándose llevar por el entusiasmo que le suponía tener, por fin, un objetivo para mitigar su ansiedad.

—¿Ves, Tomy? No tenemos que sentarnos a esperar a que el viejo decida moverse. Podemos tantear el terreno y saber cómo van las cosas, si ya ha ido a trabajar o empezado a mover la campaña. —Levantó el pulgar en dirección a Frannie, como un entrenador que anima a sus jugadores a darlo todo—. Esa es la actitud que quiero, no la derrotista que traes tú.

—Si crees que va a servir de algo... —Tomy no parecía nada convencido, por más que la idea tuviera posibilidades.

—Servirá. Al menos sentiré que hacemos algo. Frannie —se giró, tomándola de la barbilla con dedos suaves y sonriendo justo frente a su cara. A ella se le empañaron las gafas—, te juro por Dios que si fueras un hombre no habría mejor amigo en el mundo para mí que tú. Incluyendo a Tomy.

El aludido puso los ojos en blanco, sin que le importara un comino semejante desplante.

—Usted no cree en Dios, señor Hamer.

—¡Lo haría si fueras un hombre! Qué juergas nos correríamos, ¿eh? —La soltó despacio, volviendo al café y apurándolo hasta el final. Si le molestó que estuviera frío, no lo dijo—. Ve a escribir a esa secretaria, intenta sacarle lo que sea. Pero no dejes de revisar el correo por si llega el contrato.

Frannie asintió con la cabeza y se perdió de vista, dejando solos a los dos hombres en el despacho.

—Está claro que es una mujer con recursos —comentó Tomy, cruzando y descruzando los dedos—, siempre tiene una respuesta para ti.

—A veces sabe que necesito mear mucho antes de que tenga ganas. —

Oliver cruzó los brazos sobre el pecho, mirando la puerta cerrada por la que había salido Frannie como si tratara de desvelar un enigma de complejidad máxima—. Me pregunto cómo lo hace.

—Bueno..., se llama ser detallista, prestar atención. Tomarse en serio el trabajo y sus implicaciones, ¿te suena?

—Jamás vas a perdonarme haber improvisado en la reunión, ¿verdad, Tomy?

Anders apoyó los brazos en las rodillas, separando la espalda del mullido respaldo del sofá con gesto cansado. Miró a Oliver con seriedad, pero también con la delicadeza que usaría para dar a un niño la noticia de que su mascota ha muerto.

—Solo quiero hacerte notar que eso no va a servirte esta vez. Tan pronto lleguen las cláusulas, no habrá suerte de la que tirar.

—Me subestimas. —Y que estuviera tan convencido de su fracaso empezaba a ser irritante—. Habría puesto la mano en el fuego por que me conocías mejor.

—Intento que empieces a ver las cosas como son, Oliver. Montero no es un empresario de tres al cuarto, tiene firmes convicciones morales y éticas, es un hombre familiar, arraigado y religioso. —Tomy enumeró, muy seguro, todos aquellos hechos irrefutables frente a la cara inexpresiva de Hamer—. En cuanto te plantee sus exigencias, temo que no estarás a la altura.

Aunque molesto, Oliver solo mostró tensión ante lo que oía en la postura de su cuerpo. Con los brazos cruzados a la altura del pecho, apoyó la cadera contra la mesa del despacho, dándose unos minutos para ordenar ciertas ideas, recónditas en su mente, que iba a sacar a la luz.

—Deja que te cuente un secreto, amigo —dijo, sin emoción alguna reflejada en sus palabras—. Como sabes, pasé por varias casas de acogida durante mi infancia. Algunas buenas, otras malas..., ninguna de ellas peor que el orfanato. Créeme si te digo que vivir bajo un puente es mejor que ese lugar.

Tomy, que no se sentía cómodo con temas como aquel —porque aunque el triste pasado de Oliver no le era desconocido, este no solía sacar el tema —, se tensó en el sofá, presintiendo que algo oscuro teñiría la conversación. Que Hamer había sacado fuerzas de flaqueza no era algo que dudase, pero también era consciente de que tendía a sobreestimar sus capacidades, agarrándose a los hitos que ya había conseguido.

—Verás, cuando cumples los trece años y no has sido adoptado, las cosas empiezan a ponerse complicadas. —Oliver se pasó la mano por el mentón,

notando el inicio de barba haciéndose presente—. A los dieciocho podrás irte por fin, pero no es lo mismo marcharte después de haber vivido en el orfanato durante mucho tiempo que hacerlo tras pasar por hogares tutelados. —Lo miró para asegurarse de que estaba siguiendo el orden de su historia—. Cuanto menos tiempo estuvieras en ese nido infecto mucho mejor, así que el objetivo principal era sencillo: estar en acogida el máximo posible.

—Tú estuviste en varias casas, lo sé. —Habían tenido aquella conversación a los meses de conocerse, cuando los temas de la familia empezaron a resonar y Oliver reconoció que no tenía ninguna y, de algún modo, muchas a la vez.

—Poco tiempo. Meses. Solo en una llegué a cumplir el año completo. La última en la que estuve. La historia es la siguiente: tenía casi diecisiete, y aunque empezaba a despuntar entre los mayores, no lo era. —Algo oscuro brilló en sus ojos, restándole parte del cinismo y dejándolo parcialmente vulnerable—. Volver al orfanato no era una opción para mí. Mi padre de acogida tenía contactos laborales, y sabía que si permanecía con él lo suficiente para ganármelo, mi porvenir después de los dieciocho cambiaría. El problema, como casi siempre, era su mujer.

Oliver recordó las noches de incertidumbre, escuchando conversaciones veladas donde aquellos desconocidos comentaban como si tal cosa cuándo lo devolverían al orfanato. Era demasiado mayor y estaba maleado como para quedárselo, decían. En su expresión había algo perpetuamente triste, y además, ya estaba criado; ¿qué podrían hacer ellos, aparte de cumplir con el intento que dictaba la ley de adopciones y soportarlo hasta que por fin les dieran el bebé que querían?

Iban a deshacerse de él pronto, estaba claro. La mujer quería una niñita rubia a la que poder llenar de lazos y flores, y el hombre, que en un principio había parecido un aliado, empezaba a perder el interés, azuzado sin duda por su esposa.

—En vez de desesperarme y recoger las cuatro cosas que tenía, empecé a pensar, a observar. —La sonrisa que mostraba dejaba a las claras que el descubrimiento no había sido bonito, pero sí eficaz—. No tardé en darme cuenta de que el digno padre adoptivo tenía inclinaciones que podía hacer girar a mi favor.

Tomy notó que el café le daba un vuelco en el estómago, anticipándose sin duda a las arcadas que sentiría muy pronto.

—¿De qué estás hablando, Oliver?

—Le gustaba mirar a jovencitos —dijo él, como si tal cosa—, así que decidí empezar a cambiarme con la puerta abierta después de correr por el vecindario.

Sin palabras, Anders miraba a Oliver como si, pese a todos los años transcurridos, estuviera empezando a desgranar su compleja forma de ser por primera vez. Hamer, que no lucía cambio alguno en su rictus, estiró los brazos, sujetando con ellos la superficie pulida del escritorio en el que estaba apoyado. Tras unos instantes de incómodo silencio, volvió a hablar:

—No iba a volver al orfanato, Tomy. Mi propósito era quedarme en esa casa hasta la mayoría de edad, y busqué la manera de conseguirlo. —Su voz, clara y determinativa, rasgó el silencio como si solo fuera una tela de araña—. Me adapto, amigo. Me convierto en lo que se espera de mí para lograr mi propósito. Si logré que ese aprendiz de pederasta me mantuviera a salvo y me proporcionara el primer trabajo que tuve, te aseguro que Henry Montero no será una excepción.

—¿A riesgo de tu integridad? ¡Por Dios, Oliver! —Todo rasgo de cansancio había abandonado a Tomy, cuyos ojos inyectados en sangre por la falta de sueño estaban abiertos de par en par, llenos de repulsa.

Hamer alzó la mano, quitando toda importancia a hechos del pasado en los que apenas se permitía pensar. Todo había sido parte del aprendizaje, de la armadura en la que ahora guardaba sus fragilidades. Cada momento vivido le había resultado de utilidad.

—Si hubiera querido algo más que mirar, te aseguro que el bienestar que hubiera corrido peligro habría sido el suyo. Crecí en un orfanato, la autodefensa no me era desconocida.

—Aunque así sea..., ¿cómo fuiste capaz de...?

—Porque no había más remedio. Igual que ahora.

Estaba dispuesto a aceptar cualquier petición que Henry Montero hiciera, porque no había otra opción que conseguir aquel contrato. El dinero que le supondría haría que su empresa publicitaria se catapultara al Olimpo, más allá de las estrellas y la realidad de a pie.

Para un niño que había llevado zapatos demasiado grandes o pequeños, que había comido sobras y usado ropa desgarrada, aquel era el lugar en el que residían todos sus sueños. Dejaría de ser un empresario ordinario, de contarse como los miles que hacían lo mismo. Aquella asociación marcaría la diferencia, y Oliver sabía, en su fuero interno, que había nacido para destacar.

No renunciaría, bajo ningún concepto.

La llamada de Frannie a la puerta interrumpió la réplica. Entró a paso ligero con un sobre entre las manos. Cuando extrajo de él una serie de documentos grapados, los dos hombres, silenciosos hasta el momento, se pusieron en tensión.

—Iba a hacer dos copias y encuadernarlas, pero suponía que tendrían prisa por revisar el contenido, así que lo he traído lo antes posible —explicó con aquella velocidad de palabra que hacía muy difícil poder seguirla. Se subió las gafas con un gesto mecánico, mirando a Hamer con gesto severo —, acaba de llegar.

Tomy estiró la mano y, dado que era abogado, Oliver consintió que fuera el primero en leer el esperado contrato. Los ojos de Anders se movieron a toda velocidad por las líneas pulcramente mecanografiadas, haciendo gestos y sonidos guturales que fueron incrementando más y más la impaciencia de Oliver.

—¿Y bien? ¿Quiere a mi puto primogénito? ¿Una virgen como sacrificio? —Detestaba profundamente las pausas dramáticas, a no ser que las protagonizara él—. ¿Qué coño pide, Tomy?

El abogado, pese a que la situación no era para nada graciosa, tuvo que sonreír.

—Desde luego, si exigiera que te expresaras con más educación, sería un caso perdido.

Oliver estaba tentado a hacerle un corte de mangas. Muy tentado. Por suerte, recordó quién era y las personas a las que tenía cerca, y se contentó con una mirada amenazante que tuvo casi el mismo efecto. Aunque no fue tan satisfactoria.

—Habla de una vez.

Tomy dejó los papeles sobre el reposabrazos del sofá. Levantó la mirada hacia un tenso Hamer, que se encontraba al borde del infarto. Frannie pensó que debía retirarse para dejar privacidad a su jefe y al abogado —en momentos como ese, maldecía ser tan correcta, pues, de haber tenido un poco más de malicia, habría leído las cláusulas mientras imprimía el contrato y nadie se habría enterado—, sin embargo, no pudo moverse. La tensión que bañaba la estancia había creado una especie de parálisis que los afectaba a los tres.

—El señor Henry Montero, en representación de hm Motors, empresa que dirige —narró Tomy, como si leyera un cuento para antes de dormir—, os invita a su residencia de Guadalajara, en México, para tratar allí los pormenores de contratación y sus peticiones en cuanto a la realización del

anuncio.

Oliver tardó unos segundos en procesar las palabras que oía. Le pareció que estaban en una lengua extranjera, porque, si había entendido correctamente, se había estado dejando embaucar por la preocupación sin ningún motivo. Dejando caer los brazos, que había tenido cruzados a causa de la tensión, resopló.

—¿A México? ¿Quiere que vayamos a México a firmar el contrato? ¿Entre mariachis y nachos? ¿Eso es todo? ¿El gran escollo de Montero es que vayamos de viaje al país cuna del tequila? —Oliver soltó una carcajada—. Ningún problema, amigo. De hecho, me parece perfecto. Frannie, hazle saber que...

Tomy carraspeó lo bastante alto para cortar el chorro de palabras entusiasmadas que salían de la boca de Oliver. Cuando este lo miró, negó con la cabeza despacio, esperando que intuyera por su gesto que las cosas no eran, ni de lejos, tan simples como él había interpretado.

—No me has entendido —le aclaró, levantando el documento para que fuera visible—. He dicho «os» invita Oliver, «os», no «nos».

La ceja de Hamer se alzó, presa de la incertidumbre.

—Os espera a los dos en Guadalajara dentro de cuatro días exactamente. Los detalles del viaje figuran en este documento.

—¿Los dos? —Oliver se llevó las manos a la cintura. Si seguir vivo hubiera dependido de comprender lo que estaba oyendo, yacería muerto junto a su juego de golf para despachos—. ¿A quién demonios se refiere...?

—A ti, por supuesto. —Tomy le dedicó un gesto burlón que bien se podría haber traducido como: «te lo dije»—. Y a tu esposa.

# 4

## EL QUE NACE PA' TAMAL DEL CIELO LE CAEN LAS HOJAS

El silencio fue tan denso que, cuando la impresora multifunción de Frannie se reinició fuera del despacho, todos escucharon el inequívoco sonido de los tóners recorriendo su interior. Tomy Anders tenía la mirada puesta en Oliver, seguramente esperando alguna reacción desmedida que tuvieran que sofocar con una llamada rápida a los bomberos. Frannie, que tenía serias dificultades para comprender lo que había oído, se retorció las manos, sin que se le ocurriera nada mejor que hacer con ellas.

En el caso de Oliver, cuyo estatismo había durado apenas unos segundos, el estallido no tardó en aparecer.

—¿Mi esposa? —Pronunció las palabras como si fueran un insulto de lo más vulgar—. ¿Mi esposa?

—Parece que Montero quiere hacer de este negocio algo sellado dentro de un marco lo más familiar posible —explicó Tomy, dejando los documentos a un lado—, por eso no se ha molestado en exigir nada más de momento. Si te conoce aunque sea un poco, sabe que la primera piedra del camino será imposible de cruzar.

Maldiciendo por lo bajo, Oliver se atusó el pelo, paseándose por el despacho como la bestia enjaulada que era. «Hijo de puta», pensó sin remordimiento alguno. A aquel tipo no le bastaba con que fuera a confeccionar para él un anuncio que hiciera que sus coches se vendieran igual que chucherías en la puerta de un colegio; además, quería manipular y controlar cada nimio detalle.

Había esperado exigencias comerciales, ciertas premisas con las que tendría que tragar a la hora de filmar el spot. Algo que le jodería, pero con lo que podría vivir. Aquello... Semejante puñalada no tenía nombre. El contrato debía ser suyo, Montero había admitido estar impresionado, rodeado de los publicistas más aclamados del país. La idea que Oliver había vendido le había calado hondo, ¿por qué, entonces, recurría a algo tan bajo como eso?

—Me parece que es momento de escribir a hm Motors y retirar nuestra propuesta.

La voz de Tomy le llegó lejos, como si hablara desde otro planeta, desde un infierno al que Oliver no pensaba bajar. Medio de soslayo, vio a Frannie asentir y dar dos cautos pasos atrás, probablemente buscando estar cerca de la puerta de salida cuando todo reventara y la ira frustrada de su jefe se los llevara por delante. Ella redactaría un correo perfecto y adecuado tras el cual toda esperanza de ver Publicidad Hamer catapultada al éxito quedaría rota para siempre.

Henry Montero no aceptaba socios que se hubieran echado atrás. Si fallaban ahora, nunca entrarían al Olimpo. No habría otra oportunidad. La partida habría acabado.

Oliver no pensaba rendirse sin presentar batalla. Cortarse un brazo era una putada insalvable, tener una esposa... algo que un hombre podía permitirse pensar con frialdad.

—Un momento. —Alzó la mano, deteniendo el avance de Frannie y haciendo a Tomy levantarse del sillón—. Pensemos esto un segundo. Con la cabeza fría.

Anders se cruzó de brazos y negó con la cabeza. Conocía a Oliver a un nivel lo bastante profundo para entender que su pensar con la cabeza fría no significaba lo mismo que para el resto de los mortales. En su caso, conllevaba problemas. Y mentiras que traerían, a su vez, problemas todavía mayores.

—Te ha invitado a México con tu mujer, Oliver. No estás casado. Fin de la disertación.

—¡Espera un momento te digo, joder!

Oliver se llevó las manos a las caderas y dejó de deambular de un lado a otro como un perro sin dueño. Miró al techo, después a su mesa, despejada de papeles, y por último, a Tomy. Decir que su abogado tenía cara de pocos amigos habría sido un eufemismo. Probablemente, después de aquellos dos días de carreras y nervios, de la presentación improvisada y todo lo demás, saber que no habían sacado nada en claro habría minado con mucho su moral.

—No podemos permitir que todo el trabajo que hemos hecho sea en vano.

—Sería una pena que todas esas horas invertidas en tu propuesta cayeran en saco roto, ¿eh, Oliver?

Hamer pasó por alto la pulla.

—Ahora ya sabemos lo que quiere Montero —prosiguió, como si no le



afectaran las miradas incrédulas que tenía puestas en él—. Ahora sabemos qué es lo que espera encontrarse para la firma del contrato.

—A ti, con tu esposa —resumió Tomy, haciendo un evidente gesto que implicaba que no había nada más que rascarle a aquella situación—. Pero tú no tienes.

—Exacto.

Ante su sonrisa petulante, Frannie sintió un escalofrío que le puso de punta el vello de la nuca. Conocía aquel gesto de Oliver; era algo así como la sonrisa malvada que ponía el Joker justo antes de armar una buena. Ella la había visto antes, y, tras contemplarla, normalmente tenía que enviar correos desde cuentas ajenas a la empresa, paquetes certificados o más regalos caros a mujeres de dudosa reputación.

Era la expresión que el señor Hamer lucía como aviso cuando iba a cruzar todas las líneas de la decencia. Por alguna razón, tuvo un presentimiento que le indicaba que, de alguna manera, ella iba a verse mucho más involucrada que otras veces.

—Solo necesito estar casado para llegar a tener la pluma de firmas entre las manos. No es algo tan descabellado.

Haciendo gala de la cantidad de años que hacía que conocía a Oliver, Tomy se limitó a cruzarse de brazos y suspirar, preguntándose, quizá, cuándo acabaría todo aquel despropósito y podría volver a su casa, donde dormiría tres días enteros después de una ducha larga y reconstituyente que, con suerte le permitiría volver a ser persona. Hasta que Hamer lo requiriera para su próxima locura.

—Dudo que cuatro días sea tiempo suficiente de establecer una relación monógama con una mujer a la que puedas pedir matrimonio —ironizó, mirando a Frannie con súplica. Ella solo se encogió de hombros.

—Por eso voy a tirar de lo malo conocido. —El brillo en sus ojos retrató que el plan había empezado a tomar forma—. Tal vez mi última amiga pueda servir, ¿cómo se llamaba...? ¿Valerie? ¿Annie?

—Helena, señor —contestó Frannie cuando él la miró, a la espera de respuestas—, y siento decirle que ha aceptado el colgante de Murano como detalle de despedida para su relación de forma pacífica pero... tensa. No creo que desee reabrir esas heridas.

—¡Demonios!

Intentando por todos los medios ver la cara agradable de una idea tan disparatada, Tomy dejó rumiar a Oliver con su decepción. Por supuesto, no habría tenido ni pies ni cabeza usar a una exnovia con la que había

compartido escasas horas en la cama para que Montero creyera que estaba ante un feliz y enamorado matrimonio. El empresario no era estúpido, ni las conquistas de Oliver, tan buenas actrices.

—Quizá podría contratar...

—Ni siquiera lo pienses, amigo. —Tomy le palmeó el hombro, instándolo a que se rindiera—. Nuestro hombre no es famoso por tragarse cebos de tres al cuarto. Nadie a quien pagaras podría hacer un buen papel como señora Hamer en solo cuatro días.

—¿Acaso me tienes por un hombre tan difícil de conocer?

—A Montero no va a bastarle una presentación formal. Querrá interactuar con ella, conocerla y hacerle preguntas. Su objetivo es llevarte al límite, porque de alguna manera espera que le falles.

Por algo esperaba que ambos, Hamer y esposa, fueran de viaje con él. Tenerlos en su terreno era la manera perfecta de descubrir cualquier posible debilidad y, sin duda, usarla en su contra. No negociaba con pusilánimes, y se aseguraba sin escatimar en gastos ni pruebas.

—Dios mío, ¿qué manera de trabajar es esa? ¿Puede vivir ese hombre rodeado de tanta desconfianza? —Frannie negó con la cabeza, incómoda—. Parece que quisiera evitar asociarse con nadie, poniendo semejantes pruebas.

—No me extrañaría que así fuera —corroboró Tomy, con un gesto de la cabeza—, es muy celoso de las personas que entran en su círculo, por eso redacta cada contrato basándose en los puntos débiles de sus posibles socios potenciales.

—... que en el caso del señor Hamer —musitó ella, tratando de encontrar palabras adecuadas para que no sonaran irrespetuosas, por muy cargadas de verdad que estuvieran— tiene que ver con su desarraigo emocional...

—... y su vida disoluta y sin ningún tipo de control —terminó el abogado por ella, casi sonriendo—. Está claro que tú sí lo conoces bien.

—¡Eso es!

Oliver, que hasta el momento había permanecido en silencio tratando inútilmente de hacer memoria sobre alguna antigua mujer de su pasado con la que hubiera tenido una relación lo bastante satisfactoria y con final lo menos amargo posible como para pedirle un favor de semejante escala, abrió los ojos de par en par.

Despacio, giró sobre sí mismo, poniendo los ojos primero en Tomy —cuyo lamentable aspecto de falta de descanso no le provocó ni siquiera un poco de culpa—, y después en Frannie. Permanecía de pie junto a la puerta,

enfundada en uno de aquellos atuendos de falda y camisa de colores vivos y alegres que siempre conjuntaba y la hacían parecer la perfecta y correcta profesora de matemáticas a la que todos los niños querían porque era buena y generosa.

Con las gafas enmarcando su rostro y la coleta rubia oscilando sobre el cuello, Oliver inclinó la cara y la observó desde distintos ángulos, mientras dejaba que la idea tomara el control de todos sus pensamientos. Era tan absurda, algo tan sumamente ridículo, que se preguntó cómo no había caído en ello antes.

—Frannie... —entrecerró un ojo, como si buscara matices en su cara levemente sonrojada bajo los focos del despacho, —¿cuál es mi fecha de nacimiento?

Incrédula, ella parpadeó unos segundos, irguiendo la espalda en posición de firmes y poniendo toda su atención en el señor Hamer. Le habría encantado preguntar qué tenía que ver aquello con el tema que estaban tratando y, tal vez, pedirle con educación que fuera claro en la tarea que quisiera encomendarle, pero, como siempre, demostrar sus aptitudes pesó más que todo lo demás, de modo que ante una pregunta como aquella solo cabía una respuesta posible.

—¿La que figura en su certificado de nacimiento o la auténtica?

La sonrisa marcó los hoyuelos de la cara de Oliver, que chasqueó los dedos en dirección a Frannie, incapaz de ocultar la satisfacción de saber que había dado exactamente con el quid de la cuestión. El Olimpo volvía a ser visible en su futuro inmediato; lo tenía tan al alcance de la mano que casi veía a Dionisio guiñarle un ojo mientras le ofrecía una copa a rebosar. Solo debía jugar muy bien aquel inesperado farol que se le había presentado casi por casualidad, algo tan remotamente absurdo que tenía que salir bien.

—Vaya que eres lista, señorita... —Le dedicó una mirada depredadora que hasta ese momento no había usado con ella jamás, recorriéndola de arriba abajo con tal ardor que fue un milagro que la ropa de Frannie no se pulverizara.

Tomy, cuyas sienes debían de haber explotado hacía horas, se dejó caer con pesadez en el sofá una vez más. En contra de todos sus instintos, que le gritaban que no escarbara en algo que, de verdad, no quería saber, tuvo que tomar partido:

—¿Puede saberse de qué está hablando, Oliver? ¿Cómo es posible que tengas dos...?

Hamer no tenía ninguna intención de poner su foco de atención en otra

cosa que no fuera su rubia secretaria con gafas, de modo que habló muy deprisa cuando respondió:

—Era demasiado joven cuando firmé ciertos contratos para empezar a moverme fuera del orfanato, así que tuve que hacer algunos cambios en mi certificado, ya te lo contaré en otro momento. —Si se hubiera molestado en mirar a Tomy, habría encontrado su expresión atónita sumamente divertida, pero no lo hizo—. La oficial, Frannie, por favor.

—El 16 de octubre —contestó ella sin tener que pensarlo un solo segundo.

Un nuevo paso al frente los acercó todavía más. Con tiento, Oliver se rascó el mentón otra vez, valorando posibilidades en su mente y buscando la mejor manera de expresarlas. Tomy, cruzado de brazos, lo miraba sin comprender, asumiendo por fin el rol de haberse quedado fuera de toda la conversación. Esperaba que lo dejaran en paz el tiempo suficiente, pensó esperanzado; quizá así podría cerrar los ojos un solo segundo.

Con los ojos clavados en una inquieta Frannie, Oliver le dedicó su voz más aterciopelada. La misma que usa el verdugo antes de bajar la guillotina.

—Dirías que me conoces bien, ¿no es así?

—Es mi trabajo, señor —fue la respuesta insegura de Frannie. ¿Sería aquello una prueba? ¿A esas alturas su jefe tenía dudas de su valía y capacidad? Aunque el tema del contrato parecía haberse torcido, Frannie sabía que él encontraría la forma..., y cuando lo hiciera, no se quedaría fuera.

El nuevo paso que él dio al frente barrió sus pensamientos.

—Explícame algo... ¿Por qué escogiste un collar de Murano para Helena sin que yo te diera ninguna indicación?

Como siempre que se ponía nerviosa, Frannie jugueteó con los inexistentes mechones de pelo sueltos de su coleta, ocultándolos tras la oreja como acto mecánico. Su jefe nunca le había pedido cuentas de las decisiones que ella había tomado, ¿por qué ahora lo hacía?

—Responde con toda sinceridad, Frannie, por favor. —Le sonrió para calmarla, aun cuando él era un manojo de nervios.

—Yo... me fijé que usaba joyería de ese estilo las pocas veces que la vi. Imaginé que usted también se daría cuenta si tuviera que escoger el detalle personalmente.

Desde luego. Si hubiera tenido el más mínimo interés, Oliver se habría fijado. No obstante, nunca necesitaba hacerlo, pues Frannie era perfecta en ese tipo de cosas. Sonrió aún más, andando otro par de pasos hacia ella. Podía verse reflejado en los cristales impolutos de sus gafas. Notó unos ojos

grandes, capaces de parpadear con una rapidez insólita. Sonrió con ganas.

—Te propongo un juego. Responde lo más deprisa que puedas y sin pensar a unas preguntas que voy a hacerte, ¿estás lista?

Frannie asintió, más por la costumbre de obedecer órdenes a la primera que porque realmente estuviera convencida de aquello. Oliver apenas le dejó tiempo a pensar antes de lanzarse a bombardearla con cuestiones de índole personal que, incluso para Tomy, habrían requerido de una seria reflexión.

—¿Cuál es mi color favorito de corbata?

—El que combine con el traje.

—¿Alérgico a...?

—La soja.

—¿Y extraoficialmente?

—A los suavizantes baratos.

Oliver estaba ya tan cerca que las últimas palabras de Frannie sonaron más como un susurro que como una afirmación. Mirándola directamente a los ojos, tan cerca que sus respiraciones casi se mezclaban, Frannie notó motitas verdes perdidas entre sus iris marrones. Oliver alzó una ceja y se le curvó la comisura izquierda de la boca. Parecía estar analizándola bajo la luz de un microscopio potentísimo, encontrando en ella rarezas que hasta el momento le habían pasado inadvertidas.

—¿En cuántas casas de acogida estuve?

—En cuatro. —La vio negar con la cabeza enseguida, reconsiderando la respuesta—. Cinco, si contamos de la que se escapó a los ocho días.

Sin darle tregua, Oliver siguió azuzándola, preguntando cada vez más deprisa y sin cesar de acercarse; aunque vestidos y sin una cama de por medio, era humanamente imposible que se fusionaran más.

—¿Qué whisky tomo?

El ceño de Frannie se frunció de una forma que incluso a él, totalmente inmune a ese tipo de gestos, le pareció adorable.

—Cuando debe beberlo con algún empresario, o en eventos profesionales, finge disfrutar con el Red Label.

—¿Y cuál es el que me gusta?

—Ninguno. Prefiere la ginebra.

Tomy, que había permanecido callado hasta entonces, hizo una mueca de incredulidad, preguntándose cuántas veces había brindado con Oliver sin tener conocimiento de aquello.

—¿Ginebra? —cuestionó Tomy ofendidísimo, saliendo del agradable sopor

al que se había abandonado—. ¿Y por qué nunca, en todos estos años, se te ha ocurrido mencionarlo?

Si Oliver lo oyó, no dio muestras. Sus cinco sentidos tenían un único punto fijo, y ese era Frannie. Su diligente secretaria, que solucionaba sus problemas hasta cuando no era consciente de ello. Toda la información que guardaba su prodigiosa cabecita tenía más valor para Oliver en ese momento que cualquier riqueza que hubiera ambicionado jamás.

—¿Sabes por qué no admito ni pido públicamente ginebra cuando voy a reuniones de negocios? —quiso saber Hamer, que apenas parpadeaba, atento como estaba a cada sílaba que salía de los labios de Frannie.

—Siempre dice que es una bebida para pobres.

—Exacto —musitó, deslizando el pulgar por la delicada barbilla de Frannie, quien a esas alturas tenía la cabeza echada hacia atrás en un ángulo nada cómodo—. Vaya, vaya..., qué sorpresa.

¿Había superado la prueba? Frannie esperó unos segundos, pero como su jefe parecía perdido en algún mar de pensamientos inconexos que no estaba dispuesto a compartir..., tuvo que hacer algo que pocas veces se permitía: insistir.

—Señor..., ¿por qué motivo...?

Deslizando las manos con suavidad, Oliver cerró los dedos sobre sus estrechos hombros, provocándole un jadeo de impresión. Estaba tocándola mucho. Mucho más de lo que la había tocado nunca hasta entonces. Oliver sonrió de aquel modo entre peligroso y sexy que ella conocía y temía a partes iguales. Todo su interior se volvió de gelatina y las piernas, de pronto, amenazaron con no sostenerla. Su presentimiento de que algo inmenso iba a pasar latió con fuerza en alguna zona perdida de su cerebro.

Tal vez, si su mente no hubiera estado tan borracha a causa de la presencia y el contacto de Oliver Hamer, podría haberlo adivinado. Pero su olor, el tacto de sus manos y aquellos ojos malvados que la miraban con tanto entusiasmo despistaron a sus sagaces sentidos, dejándolos débiles. Tan inútiles como ella, que en esos momentos no habría podido tocarse la punta de la nariz con un dedo aunque se lo hubieran pedido.

—Solo una cosa más, Frannie. —La pausa deliberada le hizo presagiar que el mundo, tal y como ella lo conocía, estaba a punto de dar un giro radical—. ¿Quieres casarte conmigo?

# 5

## SI QUIERES CONOCER A INÉS, VIVE CON ELLA UN MES

—A ver si lo he entendido bien —Teresa soltó el cesto de la colada sobre la mesa, haciendo que Frannie diera un respingo y levantara la cabeza del cuaderno en el que estaba dibujando—, me estás diciendo que tu jefe, Oliver Hamer, te ha pedido matrimonio. ¿Es eso?

Frannie se subió las gafas con el dorso de la mano, mirando a su amiga y compañera de piso con compasión. Pobre Teresa. Su aturdimiento era tan grande que casi podía ver las ideas corriendo por su cerebro, como hormiguitas en formación.

—En líneas generales...

—¡Pues sigo sin comprenderlo!

Completamente perdida en su mar particular de dudas, Teresa se lanzó al sofá, cruzando las piernas y dejando al descubierto las Crocs fucsias que se ponía para soportar tantas horas de pie en la pastelería. Le había bastado un segundo, uno solo, tan pronto cruzó la puerta del piso y miró las pintas que traía Frannie —coleta deshecha, ojos enrojecidos y facciones de histérica—, para tener claro que algo gordo había pasado.

La bombardeó con opciones de toda clase, desde despidos hasta embarazos, pasando por líos con algún tío no identificado; pero jamás se habría podido preparar para la revelación que tuvo lugar tras apretarle un poco las tuercas. De hecho, era probable que ni con todo su arsenal de repostería fina y las botellas de vino de las ocasiones especiales pudiera digerirlo.

—No se me ocurre ningún motivo por el que algo de esto tenga sentido —le dijo en un susurro, soltándose el moño y volviendo a recogerse solo por no tener las manos libres. Estaba tan nerviosa que hubiera podido estrangularse a sí misma.

—Si me hubieras dejado contarte toda la historia antes de flipar...

Frannie cerró el cuaderno, convencida de que el maremoto no había hecho más que empezar y pronto habría que achicar agua.

—¿Flipar? ¿Me estás acusando de flipar? ¿En serio? —Ofendida, Teresa le lanzó unas bragas del cesto, dando de lleno sobre sus gafas—. Esta misma mañana habíamos llegado a la conclusión de que Oliver Hamer es un cerdo explotador carente de corazón y alma.

—En realidad, no creo que la opinión fuera tan exacta. Ni que yo estuviera de acuerdo. —Frannie, en un gesto conciliador, le tendió las bragas, adornadas a topos—. Son tuyas.

Teresa se las echó al bolsillo, donde seguramente se quedarían olvidadas hasta que volviera a ponerse la sudadera y la encontrara por casualidad.

—¿Cómo pretendes que asuma de manera normal que vayáis a casaros? ¿Cómo narices puedes asumirlo tú?

—Porque no vamos a hacerlo de verdad. Solo seremos pareja mientras duren las pesquisas del dueño de hm Motors, después volveremos a casa con un gran contrato bajo el brazo y todo será como antes.

Salvo por el detalle de que habría tenido que vivir durante unos días —el contrato no estipulaba la estadía exacta en Guadalajara— en un país exótico y fingiendo ser la amante esposa de Oliver, dormiría en la misma habitación que él y tendría que actuar con cercanía y ternura. Y permitir que él hiciera lo propio, lo que implicaba... tocarla. Y besarla. Varias veces. Tal vez hasta lo vería con poca ropa, o... ¿con ninguna?

«No pienses en eso. No pienses en eso. No pienses en eso».

—No intentes fingir conmigo que lo tienes todo bajo control, Fran. O que lo ves tan cristalino como intentas presentármelo a mí.

—Es que no hay más —y para demostrarlo se encogió de hombros—, se trata solo de una estrategia de marketing, no demasiado ortodoxa, estoy de acuerdo, pero...

Teresa la miró como si fuera a mandarla al cadalso. La verdad, no estaba segura de con quién estaba más molesta, si con Frannie por aceptar algo tan descabellado o con el dichoso Hamer, que, sin tener suficiente con esclavizarla laboralmente, ¡ahora encima pretendía hacerlo a través del matrimonio! Hiena, eso es lo que era. Un carroñero de mujeres.

—Y si no hay más, ¿por qué llevas diseñada toda la maldita campaña de otoño—invierno de tu boutique imaginaria? ¿Eh?

Era cierto. Maldiciendo por lo bajo, Frannie se abrazó al cuaderno, intentando ocultarlo de la avispada vista de Teresa. Fue un movimiento absurdo, porque la conocía demasiado como para que pudiera colar. Cuando Frannie estaba nerviosa, era incapaz de gestionar emoción alguna, o cuando no podía enfrentar cualquier otra cosa, dibujaba. Hacer diseños era



la gran y mayor ilusión de su vida, así que no era raro que recurriera a ello cuando todo lo demás estaba desmoronándose.

Había creado grandes colecciones estando en paro, y cuando tuvo paperas, sus diseños rozaron lo espectacular. Ahora estaba a punto de enfrascarse en una aventura de dimensiones épicas que pasaba por mentir y aparentar continua y constantemente a un hombre que parecía haber levantado su imperio cazando tretas como aquella, lo cual la había llevado a estar a punto de terminar con su caja nueva de ceras blandas.

Pero los abrigos de entretiempo eran un sueño.

—Sé que suena como una locura —susurró, intentando que la mirada amenazadora de Teresa no la hiciera perder aplomo.

—Por decirlo con suavidad.

—¿Acaso piensas que simplemente sonreí y dije «por supuesto, señor Hamer»? ¿Qué no puse pegas...?

—Me sorprendería que hubieras sido capaz de decirle que no a algo que él te hubiera pedido.

Pasando por alto las incómodas sospechas de las que Teresa siempre hacía gala, y que colocaban a Frannie en algún lugar donde no deseaba estar, como ocultando sentimientos potencialmente románticos por un hombre al que la mera palabra «relación» provocaba un sarpullido, decidió ser práctica y usar con su amiga los mismos argumentos de los que había sido víctima ella misma horas antes.

—La firma de ese contrato es importante por tantos motivos que no sabría por dónde empezar a enumerarlos, Tess, pero, aparte de todo eso, si acepto y tomo parte activa en conseguirlo..., recibiré un porcentaje.

Esta vez, Frannie alzó las hojas con los bonitos diseños en colores otoñales, dejándolos bien visibles ante la mirada de Teresa, que por más que quisiera permanecer enfadada, no podía menos que derretirse ante el talento de su amiga. Frannie estaba perdiendo el tiempo llevando agendas y haciendo fotocopias, empleándose en cosas que nada tenían que ver con su gran don.

Si tuviera los medios, sería una diseñadora de gran talento y fama mundial, estaba segura. Y ella la apoyaría en todo. Y, por lo tanto, iría siempre impecablemente bien vestida.

—Mierda, ese abrigo me quedaría de perlas. —Hizo un mohín, mirando el dibujo y reconociéndose en la figura de mujer que Frannie había usado para representar los patrones. Un golpe sucio, pero divino, en tonos tierra.

—Y no pensaría en otra más que en ti para modelarlo. —La sonrisa franca

derritió a Teresa—. Tienes mi palabra.

—Fran...

—Sé todo lo que vas a decirme, porque llevo horas repitiéndomelo, así que déjame ahorrártelo. ¿Podría negarme a hacerlo por todas las implicaciones morales que tiene engañar a un hombre que espera contratar al señor Hamer basándose en unas cualidades que no posee? Desde luego, ¿pero qué sacaría yo con eso?

Teresa tuvo la desfachatez de alzar la mano y empezar a enumerar, ante el ceño de Frannie.

—Mantener tu conciencia limpia, no ayudar a un tipo que te entregaría en prenda con su sonrisa más brillante si con eso fuera a conseguir el dichoso contrato, no incurrir en un matrimonio falso... ¿Sigo? Te manipula. Te usa. Te...

—Me necesita, Teresa —y aquello era algo que el mismo Oliver le había dicho, palabra por palabra, mirándola a los ojos. Sin artificios—, sin mí no tiene ninguna posibilidad de conseguir si quiera la entrevista. Tan pronto se presente ante el señor Montero sin una esposa, se acabó.

—¿Le faltan amigas que hacer pasar por sus novias? Me cuesta creerlo.

—Solo tenemos cuatro días antes del viaje. Ninguna mujer podría hacer el papel como yo.

Daba miedo pensar que el hecho de que fuera tan apta para el personaje de esposa de Oliver recaía en su absoluto y total conocimiento sobre su persona. Si lo pensaba fríamente y dejaba volar su imaginación, casi podía verse ante una pared forrada de fotografías trucadas de él, sacadas con un gran objetivo y desde lejos, mientras le espiaba. Sabía tanto que bien podría haber sido una acosadora profesional.

Recordó las preguntas que le hizo, y aquellas otras intercaladas con la charla que vino después. No falló ninguna, ni las puramente prácticas, sobre tallas de ropa, gustos particulares en cuanto a prendas o comidas; ni tampoco las profesionales, estilo y modo de realizar entrevistas con clientes potenciales, anuncios que había firmado, los rechazados, personalidades con las que había trabajado o aspiraba a hacerlo...

Aprobó con nota. Cum laude en Oliver Hamer. Y conforme más dejaba ver sus habilidades, más satisfecho parecía él, que no cesaba de sonreír, acercarse, tocarla de forma imperceptible y susurrarle lo perfecta que era.

Había algo extrañamente delicioso en ser justo lo que otra persona buscaba, en resultar la clave de algo. Por supuesto, Frannie no se hacía ilusiones de que una nueva luz sobre su valía hubiera cegado a Hamer con

respecto a ella, pero estaba claro que se encontraba delante de una oportunidad inmejorable para hacer notable cuánto podía dar.

Ella era más que una secretaria, y estaba dispuesta a demostrarlo.

—Imagino que te ha embelesado el saber que eres justo el ingrediente que le hace falta a su pastel. —Teresa sabía cuándo una batalla estaba perdida, pero eso no haría que dejara de mostrarse disconforme con el asunto—. Ha sabido qué teclas tocar, no me cabe duda.

—Que vaya a darme un porcentaje también ayuda.

—Fran, ¿cuánto hace que nos conocemos? ¿De verdad pretendes que me crea que vas a hacerlo por dinero?

¿Cómo explicárselo? ¿Cómo hacerle ver que aquello iba más allá de cualquier fantasía que hubiera tenido —o no— con su jefe? ¡Era su momento de la verdad! El instante en que demostraría que solo ella podía ayudarlo, que solo ella estaba ahí cuando la crisis era lo bastante importante como para que no pudiera enfrentarla solo.

Frannie sería la piedra angular, el as bajo la manga. Lo que marcaría la diferencia. Y Oliver Hamer no olvidaba esas cosas.

—Teresa —habló despacio, con paciencia, buscando ordenar las razones que la habían impulsado a ella a aceptar—, ya sé que piensas que lo hago porque vivir imaginando ser la esposa del señor Hamer es el sueño de mi vida, pero me gustaría que entendieras que ni yo me respeto tan poco ni él es tan cínico para aprovecharse de algo así.

Oliver había necesitado muchas menos palabras para convencerla de las que ella estaba usando con Teresa. Frannie quería pensar que no era una mujer fácil de manipular, sino alguien que sabía ver una buena oportunidad cuando se le presentaba. El señor Hamer le había expuesto las cosas sin tapujos ni adornos, y ella había asumido que quería ser parte activa de aquel embrollo sin sentido. Porque podía sacar mucho provecho. Porque podría demostrar cuán útil era capaz de ser. Pero, sobre todo, porque él había sido honesto, la había mirado a los ojos y había expresado, sin mentiras, que contaba con ella. No la había utilizado para lograr un fin: la había hecho parte del medio.

—Fran, lo siento si ha parecido que estaba echándote la bronca por soñar con vestirte de blanco al lado de ese capullo, no era lo que pretendía.

—Aunque fuera a narrar esos días en mi diario con todo lujo de detalles, Teresa, no importaría en absoluto. El señor Hamer está más que decidido a conseguir el contrato de hm Motors. —La miró a los ojos, confiándole algo que llevaba horas sospechando—. No me ciega que me haya asegurado que

soy lo que necesita, porque sé que está dispuesto a llevar adelante la farsa, Teresa, y lo hará conmigo o sin mí.

Esta vez, fue el turno de Teresa de levantarse y arquear las cejas, molesta. Cruzó los brazos sobre el pecho, en una actitud que avisaba pelea.

—¿Ha amenazado con despedirte si te niegas?

Frannie meditó por unos instantes la últimas palabras que le había dicho Oliver Hamer antes de dejarla ir a reflexionar... ¿Habían sido amenazantes? O... ¿de ultimátum?

«Te necesito, Frannie. Sin ti esto nunca saldrá adelante. Está en tus manos no solo el futuro de la compañía, sino también el mío propio, como profesional y como hombre. El modo en que quede ante Montero dependerá de ti».

—Su disertación no permitía una negativa.

Teresa leyó entre líneas con bastante facilidad.

—De modo que estás decidida. Vas a hacerlo.

—¿Cuánto crees que durará mi trabajo si no consigue ese anuncio? Y no te hablo de que me despida echándose atrás después de haber recibido ese precontrato: es cuestión de tiempo que los otros empresarios empiecen a dejar de lado Publicidad Hamer como opción.

—¿Tanto poder tiene en el mundillo el dueño de hm Motors? —A Teresa todo aquello se le escapaba. Sus máximos problemas laborales radicaban en la hora a la que el repartidor le llevaba la harina; fuera de eso, controlaba todo lo demás con unos fuertes bíceps para amasar, sonrisas y frases como «gracias», «buenos días» y «vuelva pronto».

—Tanto como para permitirse invitarnos a México con todos los gastos pagados solo para conocernos y tratar los pormenores del negocio. ¿Qué te parece?

«No pienses en el vuelo. No pienses en el avión. No pienses en la muerte segura ni en las turbulencias».

—México... ¿Para poner a prueba a la feliz pareja en un entorno controlado? —Teresa bufó, doblando una camiseta y luego haciéndola una bola. La arrojó al cesto en peor estado del que tenía al salir de la secadora.

Conciliadora, Frannie le sonrió, acercándose a ella para ayudarla con el resto de la colada. Durante unos minutos, ambas guardaron silencio, seguramente cavilando sobre todas las posibilidades que aquel repentino cambio en la vida de Frannie podría traer, ya fuera para bien o para mal.

Teresa se preocupaba como una mamá gallina, pero no era tan obtusa como para no darse cuenta de que si todo aquel lío salía como Frannie

esperaba, los beneficios podrían librar a su amiga de los grilletes a los que estaba sujeta. Era de la firme opinión de que cuanto menos tiempo pasara junto a Hamer, mucho mejor, de modo que si tenía que estar pegada a él durante una semana para luego despegárselo como una tirita para siempre... Quizá aquella boda falsa no fuera una locura tan grande, después de todo.

Iba a necesitar a Hozier en bucle y el uso y disfrute de Spotify durante un mes entero para poder asumir que ella, la detractora de Oliver Hamer número uno, había llegado a aquella conclusión.

Nunca había deseado tanto estar equivocada como en esos momentos, y esperaba de todo corazón que tras todos los motivos expuestos por Frannie para prestarse a aquella jugada, no se escondiera ninguno de tintes románticos, pues si su idea era que la cercanía y la convivencia podrían hacer que su jefe la viera de forma distinta, con toda seguridad iba a sufrir.

A lo mejor, con suerte, era ella quien volvía de México con una nueva perspectiva. Y libre, se recordó. Para diseñar y ser feliz.

—No sé, Fran... —Carraspeó, buscando la manera de hacer concordar sus ideas con las nefastas palabras que le picaban en la lengua—. Desde luego, no me gustaría que la cosa saliera bien y tú te hubieras quedado al margen. Si alguien se merece una recompensa por toda la mierda tragada, sin duda eres tú.

—Los comienzos de toda empresa son difíciles, tampoco me tenían quince horas en un sótano cosiendo pantalones.

Nunca había sentido que se la explotara, aun con los madrugones y las peticiones extrañas. Cuando había necesitado algo, el señor Hamer se lo había facilitado. Le había pagado cada minuto extra sin rechistar y nunca la había tratado con poco respeto o de forma no profesional.

De hecho, hasta pedirle matrimonio para intentar engañar a un empresario de peso, su comportamiento con ella había sido bastante correcto.

—Pero estuviste dos meses sin cobrar mientras tu jefe seguía dándose la vida de lujo a la que estaba acostumbrado. —Teresa levantó la mano al verla sacar los cañones—. Sé que ahora es generoso con el sueldo y que te lo ha retribuido, pero nadie me quita de la cabeza que en parte lo hace para mantenerte la boca cerrada.

—¿Porque podría ir a la tele con su agenda personal y ventilar sus amoríos? —ironizó Frannie, haciendo bolitas con los calcetines a velocidad supersónica.

—Por ejemplo. Oye, quizá con eso puedas montar tu boutique mucho más rápidamente que con el dichoso juego de la boda falsa.

A su pesar, se echó a reír. Imaginaba que Teresa iría de público, y luego grabaría el programa de mil amores, haciendo copias para sus amistades: «Oliver Hamer al descubierto, secretaria desagradecida nos cuenta sus intimidades». ¿Sería trending topic?

—No tienes remedio. —Pero le sonrió con el corazón rebosante de agradecimiento, porque Teresa la apreciaba de verdad y se preocupaba de forma genuina por ella—. Lo que no quiero es que te hagan daño.

—Piénsalo de esta manera —con un par de movimientos hábiles, Frannie dobló un par de leggins de piel, dejándolos en la montaña que tenían sobre la mesa—: voy a irme de viaje a México, después de casi dos años sin vacaciones, y cuando vuelva, tendré beneficios económicos y un nuevo fondo de armario.

Ante aquello, tal y como esperaba, Teresa dejó a un lado la colada y le dedicó toda su atención.

—¿Oliver Hamer te ha dado algún plastiquito de color plata u oro para que vayas de compras?

—Creo que hacernos con algunas cosas está en la lista de pendientes de los próximos días, sí. —Con una sonrisa, Frannie fingió cerrarle la boca empujándole la mandíbula con la mano—. De saber que ibas a salivar, habría empezado por ahí.

—No creas que con ese gesto me gana... —se llevó la mano al pecho, como rechazando la idea de dejarse convencer—. Lo hace por mero interés, para conseguir lo que quiere. Y las mujeres no luchamos por nuestros derechos durante siglos para que se nos convenza de nada con ropa. —Por supuesto, la amante de la moda que vivía dentro de su cuerpo, gimió—. Mierda, admito que no está mal.

El señor Montero había sido hábil. Incluso mujeres como Frannie, nada materialista ni amante de las marcas —salvo de las que un día llevarían su nombre—, se dejaba seducir de tanto en tanto con algún trapo de esos que parecen tener el poder de transformar un día malo en uno espléndido. Seguro que su jefe, hábil en el trato con féminas de todo tipo, le habría vendido la moto de la necesidad de guardar sus ropas de trabajo para otras ocasiones, pues en México y actuando como la esposa de un empresario en auge, necesitaría cosas más exclusivas. Ropa de cóctel, por ejemplo. Ir de compras endulzaba todo trabajo, hasta el de inventarse un matrimonio que no existía.

—¿No te molesta que intente cambiarme? —la cuestionó Frannie, que esperaba la disertación en cualquier momento.

La respuesta era sí, mucho. No obstante, Teresa se aferró como un clavo ardiendo a su idea inicial: aquel plan podría ser la catapulta que enviaría a su amiga lejos de Hamer. Compraría.

—Mira, Fran, dado que para todo el mundo ha quedado claro que esta es una decisión tomada, lo que me molestaría sería que no sacaras todo el partido posible a la situación. Siempre digo que todas llevamos una Julia Roberts dentro, isaca la tuya!

—No creo que un paseo por Rodeo Drive con Pretty Woman de fondo sea lo más adecuado. —Frannie se rio, subiéndose las gafas y notando cómo el peso de su pecho se aliviaba un poco.

—Siempre lo es, querida —bromeó Teresa, haciendo un movimiento de caderas que habría podido enviarla a Broadway—, ¡ojalá pudiera ir a sablear a ese tío contigo!

Más tarde esa misma noche, ya metida en su cama y con el pijama puesto, Frannie se debatía entre la repentina tranquilidad de tener medio convencida a Teresa de que sabía lo que se hacía y el manojito de nervios que ella albergaba en su interior.

Por supuesto, de haberle confesado que nadaba en dudas, su amiga se habría agarrado a ellas como una pulga al pelo de un perro y no las habría soltado ni ante la mención de las compras; así que estaba convencida de que su imagen segura y práctica, aunque falsa, había sido la mejor opción.

Más le valía ser hábil pretendiendo ser una persona distinta a quien era en realidad, se recordó, porque de eso iría su nuevo trabajo.

Con las piernas cruzadas, estaba echando miradas de lástima al papel en blanco que tenía delante, que se suponía que debía rellenar con todos sus datos personales, curiosidades y elementos de interés que cualquier pareja estable ya debería conocer, además de otra serie de cuestiones que se le ocurrieran por su cuenta.

El señor Hamer había dicho que lo quería saber todo. Cualquier dato o secreto oculto en el pasado de Frannie que tuviera localización geográfica, fecha o talla debía ser de su propiedad. Era lo justo, había comentado con una sonrisa galante, dado que ella ya sabía prácticamente todo cuanto existía sobre su persona, que él tuviera la misma ventaja. Quid pro quo.

—¿Cómo va a creer Montero que eres mi esposa si no sé en qué lado de la

cama duermes? ¿O qué número calzas? ¿O si tienes pánico a los tiburones desde la primera vez que viste la película? Detalles íntimos, Frannie. —Y su cara de depredador en lo alto de la cadena alimenticia no dejó lugar para remilgos—. Todos.

Así las cosas, ahí estaba, bolígrafo en mano y preguntándose por dónde empieza uno a narrar sus vivencias más personales. ¿Debería añadir nombre, dirección y teléfono? Le parecía absurdo, dado que el señor Hamer había firmado sus contratos durante tres años y, sin duda, conocía de ella elementos tales como su número de cuenta y dirección postal. Pero ¿entonces? ¿Cantidad de parejas sexuales? ¿Año en que había perdido la virginidad? ¿Cosas que la hacían llorar? ¿Su película favorita de Tom Hanks?

—Un marido sabría eso —recordó que ella bien podría saber las mujeres con la que él se había acostado en los tres últimos años con solo abrir la Agenda Roja de las despechadas y ponerse a contar—, si queremos que sea real...

Le quitó la capucha al bolígrafo con los dientes y decidió que establecería aquella lista como si estuviera escribiéndola para su mejor amiga. Añadiría todas esas cosas que consideraba pequeñas muescas en la culata de su vida, aspectos de su persona que alguien como Teresa había amasado a lo largo de los años. Después, Oliver solo tendría que memorizarlas.

Conque le pusiera un poco de atención, no habría forma de que pudieran pillarlos.



## 6

### ¡A DARLE, QUE ES MOLE DE OLLA!

—De acuerdo..., bien... —De forma descuidada, Oliver echó un ojo a la lista personal que Frannie acababa de entregarle, pasando por alto la gran mayoría de puntos—. Alérgica a las nueces y las gramíneas, talla de zapatos... ¿Están todas las características personales que un marido modelo sabría de su esposa?

Ante la elección de palabras, Tomy carraspeó. Deseaba estar en cualquier lugar menos allí, pero, dado que era el abogado de Oliver y este estaba a punto de incurrir en un delito —porque desde luego engañar a alguien como Henry Montero estaría sin duda tipificado por la ley—, creía que era responsabilidad suya intentar limar todos los pasos que dar antes de enfrentarse cara a cara con el magnate del automóvil.

Para lo cual solo restaban dos días.

—Creo que tiene información que, de hecho, no necesitará jamás —respondió Frannie, que estaba sentada muy tiesa en la silla situada frente al escritorio de Oliver.

—No subestimes al viejo zorro —dijo él, dejando el papel a un lado y recolocándose las mangas de la chaqueta—; sabemos de primera mano que ha puesto a prueba incluso el hecho de que los contrayentes compartan cama.

Los ojos de Frannie se abrieron de tal modo que pareció que sus pupilas eran imposibles de abarcar por los cristales de sus gafas. Atónita, miró a Oliver, para después girar la cabeza casi por completo hasta tener frente a su campo de visión a Tomy, que asintió sin emoción.

—Un colega mío llevó uno de sus negocios hace un par de meses. Por aquel entonces Montero residía en Mónaco y lo invitó, junto con su esposa, a hospedarse allí durante el tiempo que durara la elaboración de los contratos y demás pormenores.

—¿Y qué hizo...? —preguntó Frannie con voz estrangulada, aun cuando en realidad estaba lejos de querer saberlo.

—Se coló en la habitación en mitad de la noche para comprobar que dormía con su mujer —atajó Oliver, haciendo palidecer a Frannie más de lo que ya lo estaba.

—No fue exactamente así...

—Tomy, amigo mío, ¿qué motivos podría tener un hombre de la edad y situación de Montero para abrir sin más la puerta de una habitación cerrada en plena madrugada?

Anders abrió la boca, pero volvió a cerrarla. Esa era una cuestión que él mismo se había hecho más de una vez, sin encontrar ninguna respuesta lógica.

—Él no tenía ninguna razón para desconfiar de que Benjamín estuviera casado —dijo por fin, poniendo palabras a sus pensamientos—. Lo estaba, de hecho. Desde hacía más de quince años.

—Minucias. —Oliver le quitó importancia a todo aquello con un gesto que podría haberse traducido como aburrimiento profundo. No le interesaban detalles de otras personas; tenían poco tiempo, y perderlo no era una opción—. Se equivocara o no al girar en el pasillo, el caso es que esto nos da una prueba fehaciente de hasta dónde está dispuesto a llegar Montero para proteger sus inversiones. No deja nada al azar, así que nosotros tampoco.

Frannie, que había oído toda aquella disertación solo a medias, se hizo una idea muy clara de cuál era la tesis del discurso. Por lo visto, a Henry Montero no le bastaban logros curriculares, cartas de presentación o recomendaciones de ningún tipo ante la perspectiva de dejar parte de alguno de sus proyectos en manos de otra persona.

Se aseguraría de que cada mínimo detalle que sus socios le hubieran contado fuera verdad. Incluidas las relaciones maritales.

—¿Intenta decirme que vamos a compartir dormitorio, señor Hamer? —Algo se apoderó de ella al pronunciar aquellas palabras, un ligero temblor que la recorrió de la cabeza a los pies, erizando su vello. La mirada que detectó en el hombre que tenía delante confirmó sus sospechas, y el vientre se le contrajo.

—Y cama, Frannie. —Oliver lo dijo con un tono ronco que hizo carraspear a Tomy, aunque nadie le prestó atención. Cuando sonrió en dirección a Frannie, lo hizo con diversión, pero también dejando su lado más canalla bien a la vista—. Como comprenderás, no vamos a poner en peligro toda nuestra puesta en escena por una absurdidad semejante.

«Dormir juntos. Y él lo llama "absurdidad"... Por supuesto, debo de ser la

única mujer que ha pisado esta oficina con la que todavía no ha... ¡No pienses en eso ahora, Frannie!».

—Pero... podemos decirle al señor Montero que... estoy enferma o...

—¿Un entregado esposo se iría lejos de ti en esas circunstancias? —Oliver negó con la cabeza—. Mejor no arriesgarse.

—Siempre podéis cerrar por dentro y, en caso de que oigáis venir a alguien, desarmar la cama supletoria y ocupar ambos la principal. —Tomy suspiró, pasándose la mano por la frente con cansancio—. Sinceramente, esta es una estupidez si tenemos en cuenta los mil detalles en los que este plan hace aguas.

—Por eso los iremos puliendo todos, uno a uno. Empezando por el tema de la cama. —Cuando puso los ojos sobre su secretaria, lo hizo con la firmeza del jefe que mira a un empleado al que le falta disciplina—. No quiero remilgos, Frannie, ni tener que pasarme la noche con un ojo abierto y dispuesto a correr para representar un papel. Vamos a dormir juntos, ¿tienes algún problema con eso?

Ciertas partes de su cuerpo, muy femeninas, respondieron antes de que ella pudiera hacerlo.

—Ninguno, señor Hamer.

Fue quizá la frase más honesta, rápida y sin pensar de cuantas Frannie había pronunciado en los últimos días, donde había pasado duros exámenes y pruebas para demostrar no solo que conocía a Oliver, sino también que era capaz de tratarlo de forma diferente a aquella a la que estaba acostumbrada.

Abochornada, recordó la jornada anterior, cuando tras anunciar que se iba a casa después de dejar los últimos vestigios de papeleo solucionados, Oliver Hamer le había pedido que lo llamara por un apelativo cariñoso y se dirigiera a él usándolo cuando llegara o se despidiera. Sin excepción.

—Ninguna mujer llamaría a su marido «señor Hamer», por Dios bendito —había exclamado, como si tal cosa—. Seguro que puedes hacerlo mejor.

Después se había cruzado de brazos y había disfrutado como un canalla de los torpes intentos de Frannie por referirse a él con palabras como «cielo» o «mi vida», antes de salir volando a toda la velocidad que le permitían sus tacones.

Oliver solo diría que había sido divertido ver el rubor en las mejillas de Frannie al pronunciar aquellas palabras, pero en la intimidad de su casa, cuando apagó las luces y las poses ensayadas de hombre de negocios de vuelta de todo quedaron de lado, había pasado más tiempo del que estaba

dispuesto a reconocer rememorando la calidez que se había instalado en su pecho al oírlos. Ninguna mujer se había referido a él en términos como aquellos, porque no lo había permitido hasta el momento.

Resultó tan agradable que se pasó la noche soñando con imágenes inconexas en las que se colaba Frannie, con su pelo rubio y sus labios contraídos en un mohín.

Durante los dos días que siguieron, y sin tomar en cuenta la vergüenza de Frannie, Oliver continuó haciendo sugerencias y pruebas para que aquel matrimonio calara en Henry Montero sin la menor duda. No estaba dispuesto a permitir que ningún detalle, de cualquier naturaleza, empañara el objetivo principal de todo aquello, que era hacer creer al quisquilloso empresario que iba a trabajar con un hombre recto, de principios y familiar.

—Tendremos que soltar algunos datos llamativos durante las charlas, como planes de comprar una casa más grande, visitas a la familia y ese tipo de cosas —comentó, paseándose por el despacho ante la mirada fija de Frannie y Tomy, que empezaba a preguntarse por qué insistía en ser parte activa de todo aquello si su presencia era pasada por alto tan a menudo—, se valorará la iniciativa, Frannie. No desdiré nada de lo que propongas. Haz lo mismo.

—Se refiere a que le sigas la corriente en todo lo que oigas —apostilló Tomy, con una sonrisilla—, como una buena y sumisa esposa.

Hamer permitió que las comisuras de sus labios se arquearan en una sonrisa. Frannie era siempre correcta y amable..., pero no sabía si «sumisa» sería un término apropiado para aplicarle.

—El señor Montero es bastante conservador, católico incluso. De ahí que exija un socio casado. Sabremos hasta qué punto al ver cómo trata a su mujer.

—¿Significa eso que si la señora Montero usa burka usted me forzará a ponerme uno también?

Tomy miró a Oliver con curiosidad, ansioso de conocer la respuesta que daba a la pregunta de Frannie. Hamer se encogió de hombros, sin darle demasiada importancia.

—Mete uno en tu maleta de mano, por si se diera el caso.

—No desesperes, Frannie. —El abogado le puso una cariñosa mano en el hombro antes de dirigirse al aparador y servirse un café—. Siempre puedes dejar caer en alguna conversación que tu pobre esposo es impotente de nacimiento.

—¡Por supuesto que no! —Oliver se llevó las manos a las caderas, como si

quisiera remarcar con un gesto sutil que allí no había problemas de ninguna clase—. Está casada con un semental, ¿verdad, cariño? Eficacia probada en cualquier posición. Garantizado.

Frannie se ruborizó hasta la raíz del pelo, lo que solo provocó carcajadas en Oliver. Azorada, se tapó la cara con la mano, preguntándose hasta qué cotas llegaría todo aquello. Fiel a su manera de ver las cosas, su jefe se tomaba todo el asunto del matrimonio falso como un juego, saboreando ya un triunfo que todavía tendría que conseguir. Frannie solo esperaba que no estuviera subestimando a Henry Montero, pues todos habían apostado mucho en el ardid.

El tiempo apremiaba y todavía quedaban múltiples puntos sobre los que trabajar. Para empezar, esa tarde recibiría en su apartamento una serie de conjuntos nuevos, con zapatos y bolsos a juego, adecuados para el viaje. Obtuvo una documentación distinta, con «Hamer» como apellido de casada. Tomy la había conseguido, aunque no estaba precisamente contento por haberlo hecho.

—No vuelvas a pedirme nada como eso —había decretado el abogado tras entregar el pasaporte y demás en un sobre amarillo cerrado—. Me siento como un jodido estafador.

Oliver se había limitado a agradecerse con un gesto y revisar la caligrafía de los papeles, como si temiera que hubieran escrito mal su apellido. Miró con ojo crítico la fotografía de Frannie, pensando con asombro que debía de ser la única persona que saliera bien en ese tipo de imágenes.

Ella, por su parte, tenía muchos más frentes abiertos. Ser cariñosa y espontánea y, por supuesto, no reaccionar de forma confusa o esquiva si Oliver se acercaba o la tocaba. No era que hubieran practicado mucho, pero él había dejado caer que tendría que besarla o acariciarla en público para erradicar toda sospecha por parte de Montero de que se trataban, en efecto, de un matrimonio enamorado.

El hecho de que esperara con tanta ansia que alguno de esos momentos llegara preocupaba mucho a Frannie, que estaba convencida de que sería capaz de responder con el debido entusiasmo a cualquier muestra de cariño por parte de Oliver. Era posible que se acostumbrara demasiado pronto a ser para él algo más que una secretaria, lo que sin duda sería perfecto para sus planes.

Pero desastroso para su idea inicial de dejar la empresa una vez logaran el contrato con hm Motors y ella obtuviera su porcentaje para volar en solitario.

—¿Y si quiere ver fotos de la boda? —le preguntó de repente, incapaz de dejar escondidos en su mente los temores que empezaban a robarle el sueño—. ¿Y si se pregunta cómo es que no sabía que usted estaba casado hasta este momento?

Oliver levantó la cabeza del informe que estaba revisando y miró a Frannie con el ceño fruncido.

—¿«Usted»? —Chascó la lengua, echando las manos hacia atrás y repantigándose en el sillón con ruedas de su escritorio—. Mala esposa, querida. Muy mala.

—Solo digo... —Se retorció las manos, nerviosa. Tenía docenas de dudas, que solo iban creando más dudas distintas conforme el tiempo les venía en contra.

—Pasas mucho tiempo con Tomy. No dejes que su sensual pesimismo te atrape, Frannie. Eso no nos ayudará. —Tomando una posición más seria, Oliver se acercó a ella todo lo que la mesa de escritorio les permitía. Puso sus ojos en ella, mirándola con aquella especie de adoración falsa que sesgaba las defensas de toda mujer—. Si quiere fotos, me ofreceré a enviarle el vídeo de nuestro primer baile como marido y mujer tan pronto volvamos de México. En cuanto al motivo por el que nuestro matrimonio no había trascendido, somos muy discretos. ¿Algo más que pueda resolver?

Frannie negó con un gesto, pero, por supuesto, mentía.

—Casi lo olvido.

Sin querer dar alas a sus pensamientos, Frannie siguió a Oliver con la mirada, viéndolo abrir uno de los cajones de su mesa. Extrajo de él un saco de terciopelo verde botella con el emblema de una joyería que ella conocía muy bien: no en vano, había encargado en ella multitud de chucherías para entregar a las desconsoladas amantes de Oliver una vez eran descartadas.

Ante su atónita mirada, él extrajo dos sencillas alianzas de oro blanco, brillantes y magníficamente pulidas, y las dejó caer con gracia sobre la palma de su propia mano. Con una sonrisa muy cálida, Oliver tomó la mano de Frannie y extendió sus dedos, haciéndole un guiño que provocó que todo su interior estallara en llamas.

—Se ha acabado el tiempo para echarse atrás, cariño. —Ella solo pudo tragar saliva, contemplando atónita cómo Oliver deslizaba el exquisito anillo en su dedo anular—. Yo nos declaro... marido y mujer.

No había vuelta atrás.

La novia tenía permiso para desmayarse.

Como era extraordinariamente puntual y, además, estaba demasiado nerviosa para seguir esperando, Frannie estuvo lista y preparada en la zona de embarque del aeropuerto casi sesenta minutos antes de que esta estuviera lista para comenzar a facturar.

Llevaba una maleta grande y un bolso de cabina que estaban entre el nuevo ajuar que había llegado a su casa, cortesía de Publicidad Hamer, y sobre el que Teresa había expresado su completa disconformidad.

—¿Y los vestidos exclusivos de noche? ¿Y las marcas? ¡Podría haberse estirado un poco más teniendo en cuenta lo que va a hacerte pasar!

La verdad era que, para sorpresa de Frannie, sus nuevas prendas tenían mucho que ver con ella misma: pantalones y faldas en tonos pastel, chaquetas entalladas y blusas y camisas de distintos tejidos con los que se sentía cómoda y también elegante. Ciertamente que era ropa demasiado sofisticada para llevar a la oficina un día cualquiera, pero parecía algo que la esposa de un empresario de la publicidad se pondría para tratar negocios en un ambiente distendido.

Como sabía por experiencia propia que el señor Hamer —«“Oliver”, no olvides tutearlo, su mujer no lo llamaría “señor”»— tenía el gusto por las cosas femeninas muy oculto, se preguntó si habría pedido consejo a alguna dependiente para escoger aquel nuevo guardarropa para ella. Se sentía segura y no demasiado fuera de su papel, algo que no habría conseguido fácilmente de haberla disfrazado con piezas que ella nunca usaría.

Para el viaje había optado por una falda lápiz color negro hasta la rodilla, una blusa de seda blanca con topes también negros y una chaqueta fina de color rosa palo. Su pelo, como casi siempre, iba recogido en una coleta alta, y como únicos accesorios llevaba unos pendientes pequeños, su reloj de pulsera y la alianza de casada.

Le avergonzaba la cantidad de tiempo que se había pasado mirándola desde que Oliver se la había puesto. Tan solo se la quitaba para ducharse, e incluso en esos momentos se sentía desnuda sin ella. ¿Las mujeres recién casadas solían acostumbrarse tan pronto a llevar sus alianzas o ella tenía un serio problema? Se decía que lo hacía para acostumbrarse a tenerla en el dedo, para no estar tocándola y moviéndola de sitio ante el señor Montero, pero la realidad era otra, y era consciente por más que pretendiera ocultarlo.

Le era imposible quitarse de la cabeza la mirada de Oliver cuando había deslizado el anillo por su anular, lenta, suavemente, como una caricia

íntima y cargada de...

—¡Querida esposa, buenos días!

Vistiendo un pantalón de lino color camel y una camisa marrón chocolate, la sonrisa de Oliver Hamer dejaba traslucir que ninguna preocupación o nerviosismo lo había privado de una noche de sueño reparador. Arrastrando su maleta y con el flequillo castaño cayendo con estudiado desenfado sobre su frente, se colgó las gafas de sol del cuello de la camisa y sonrió con amplitud, para estupefacción y goce de las encargadas de la recogida de equipajes, que empezaban a prepararse para el aluvión de pasajeros con prisa por abordar el avión.

Frannie pensó, mientras usaba el asa de su maleta de ruedas para mantener el equilibrio, que no habría podido estar más atractivo ni aunque le hubiera dedicado todo su esfuerzo. El hecho de que luciera tan tranquilo y seguro debía de significar que lo tenía todo bajo control, por lo tanto, ella no debería sentir todas esas náuseas de preocupación revolviéndole el estómago.

Con una mirada apreciativa que no habría pasado desapercibida para nadie, Oliver la recorrió de arriba abajo. Aquella falda le delineaba las caderas de una forma que, si se tratara de cualquier otra mujer menos importante para su futuro laboral, lo habría inclinado a interesarse de inmediato por dónde estaban los baños más cercanos.

—Estás guapa esta mañana, Frannie, muy chic para un viaje de larga duración. —Como tenía por costumbre, la tomó con suavidad de la barbilla, admirando su cara por ambos lados. Maquillaje suave en unas facciones muy bonitas—. Bonitas gafas, ¿son nuevas, verdad? Un marido nota esas cosas.

Le hizo un guiño que la dejó parcialmente fuera de juego. Con un carraspeo, Frannie logró recordar cómo usar las cuerdas vocales para producir sonidos humanos.

—Lo... lo fueron, señor Hamer. Oliver. Fueron nuevas, hace dos años.

—¿De verdad?

Contrariado —y seguro de que aquel dato no podía habersele pasado por alto—, Oliver se centró en extraer del bolsillo exterior de su bolsa de viaje la documentación pertinente. Frannie se dio cuenta de que llevaba puesto el anillo, que parecía refulgir en la piel morena de su mano como un diamante en el fondo de una cantera.

—Aprovecharé el viaje para repasar algunos puntos que Tomy ha redactado para cuando Montero firme la cesión de los derechos de



publicidad de su flota.

—¿No es demasiado precipitado llevar un contrato de colaboración cuando todavía no sabemos...

—... si va a tragar? —Oliver sonrió, enredándose en un dedo los mechones de la coleta de Frannie. Si lo hizo solo para empezar a calentar para su interpretación de marido modelo, el caso es que salió muy natural—. No te quepa la menor duda, mi amor, de que volveremos con ese anuncio bajo el brazo. Confía en mí.

Quería hacerlo, se dijo Frannie mientras entregaba su pasaporte y su tarjeta de embarque a la sonriente empleada de las aerolíneas una vez esta indicó que era momento de empezar a embarcar. Por su bien, más le valía poner toda su fe y confianza en que Oliver supiera lo que hacía, pues estaban a punto de volar a México para engañar a un hombre que era conocido por no dejarse embaucar por nada ni nadie.

Nerviosa más allá de lo imaginable, caminó por el estrecho pasillo del avión y buscó por las filas hasta dar con sus asientos. Allí, ayudada por otra de las azafatas —vestían conjuntos azul oscuro y lucían unos coquetos gorritos redondos sobre sus cabellos recogidos que le encantaron y despertaron su creatividad. Ojalá llevara encima sus lápices...—, colocó su maleta en el compartimento y aguardó a que Oliver hiciera lo propio.

—¿Qué es eso que llevas? —inquirió él al verla sujetar con cuidado una especie de cajita de plástico cerrada al vacío que había extraído de su maleta antes de guardarla. El soporte era tan pequeño que Oliver no pudo adivinar su contenido, razón por la que, seguramente, le habían permitido a Frannie llevarlo en su equipaje de mano—. No parece un bolso de señora.

—Son... unas minimagdalenas caseras —explicó ella, teniendo que hacer memoria para entender a qué se refería él. Con la ansiedad que le provocaba estar dentro de aquel aparato cerrado que, por algún motivo que no entendería nunca, era capaz de volar, se le había olvidado por completo contárselo—. He pensado que podrían sernos útiles durante el viaje, aunque no llenen gran cosa. Van refrigeradas, aunque no puedo prometer que lleguen a México aptas para...

—¡Joder! —Con una mueca de apreciación, Oliver le cedió el asiento y luego ocupó el que estaba a su lado—. Dulces hechos por mi mujercita para el viaje, ¿cómo no se me ocurrió? Muy bien pensado, Frannie, será un detalle perfecto para contar a Montero tan pronto lleguemos a Guadalajara.

—En realidad, no las he hecho yo. Mi amiga Teresa es dueña de...

—¿Sabes lo más importante de los negocios? —Oliver le hizo un guiño,

colocando la bandeja hermética de magdalenas bajo el asiento—. Que la otra parte no tiene por qué saber todos los detalles.

Se habría ofendido, pero como las azafatas estaban empezando a dar indicaciones, decidió que prestar toda su atención era mucho más importante que entrar en una discusión.

Se encogió de hombros y trasteó con las hebillas de su cinturón, buscando ajustarlas lo mejor posible para que, en caso de colisión y muerte, su cuerpo siguiera sujeto al asiento y, de ese modo, fuera identificable por las autoridades competentes.

«Deja de pensar en eso, por el amor de Dios, ¿por qué cada vez que viajas tienes que ser tan cobarde? Vas a pasar un montón de horas sentada al lado de Oliver Hamer, ¿por qué no aprovechar para conocerlo de verdad? ¿Por qué no usar el tiempo para que su tranquilidad te quite las dudas? Todo saldrá bien, sabe lo que hace..., ¿verdad?».

—No puedes quejarte del servicio —le oyó susurrar, justo a su lado, mientras el clic del cinturón le indicaba que estaba abrochado de forma correcta—, yo habría preferido un vuelo privado, pero Montero es un hombre sencillo, así que daremos una mejor impresión en uno corriente. De todos modos, te ha tocado la ventanilla, no vas a perderte ni un solo detalle del ascenso.

Alzando la mirada con el miedo escrito en los ojos, Frannie comprobó, para su horror, que las azafatas estaban sentándose y abrochándose sus propios cinturones para que el despegue fuera seguro. Las puertas estaban cerradas y el comandante del vuelo había dado su saludo en varios idiomas antes de que el avión, a toda velocidad, iniciara su carrera por la pista. La estructura temblaba de tan deprisa como se movían, recorriendo el asfalto hasta que, de pronto, el morro empezó a elevarse.

Frannie sintió que los órganos internos se le movían de sitio, y, como le ocurría siempre, cerró los ojos con fuerza, esperando una inevitable caída contra el suelo que no llegó.

Con una arcada que la recorrió entera, pegó espalda y cabeza al asiento y sujetó las manos, rígidas y frías como garras, sobre los apoyabrazos. Con los ojos fijos en el centro, justo en el respaldo del asiento delantero, empezó con sus respiraciones controladas, negándose a apreciar cómo el aeropuerto y la pista iban haciéndose borrosos y pequeños a medida que el avión se elevaba más y más en el aire.

Inquieto ante su actitud, Oliver hizo caso omiso a las normas aconsejadas por las responsables del vuelo e inclinó el cuerpo por completo hacia ella.

Le tocó la mejilla con los nudillos, encontrándola helada.

—¿Qué te pasa?

—¡No te separes del asiento! —graznó Frannie, frenética pero incapaz de moverse—. ¡Estamos despegando!

—Lo sé, no pasa nada. ¿Estás bien? ¿Qué te ocurre?

Con los labios temblorosos a causa de un frío que solo ella sentía, Frannie fue capaz, tras un esfuerzo titánico, de girar de forma imperceptible la cabeza, topándose con el ceño fruncido y la mirada inquisidora de Oliver. Estaban tan cerca que una inesperada sacudida hizo que sus frentes chocaran. Podría haberse abierto la cabeza contra un yunque que de todos modos no lo habría sentido.

—Miedo... volar —balbució hacia él, de forma incomprensible.

—¿Qué? Vamos, ni siquiera puedo oírte, ¿qué has dicho?

—Tengo... tengo miedo a volar —logró pronunciar por fin, no sin esfuerzo. Los dientes le castañeteaban. Cada vez que alguna luz se encendía en el panel sobre su cabeza temía ver caer las mascarillas, avisando de un desenlace fatal—. Al despegue... sobre todo..., es lo peor.

—¿Me tomas el pelo? —Ante la expresión de sus ojos, Oliver dedujo que no—. Mierda, y encima te he dejado ventanilla... ¿Por qué no me lo has dicho?

¿Por qué tardaban tanto en estabilizarse? ¿Por qué años de ingeniería no habían hecho aviones que encontraran la posición horizontal en el aire más rápido?

—Está..., lo apunté..., está...

—Frannie, de verdad, cariño, si no vocalizas más...

—¡Está en la lista de cosas que debe saber de mí! ¡Lo anoté en la lista! —chilló, mirándolo como haría con una cucaracha que hubiera salido huyendo al verla con zapatilla en ristre.

—¿Ah, sí?

Tras rascarse la cabeza y meditarlo unos segundos, Oliver estuvo seguro de haberse saltado aquel punto. Decidió que volvería a echar un vistazo rápido a ese listado de peculiaridades de la temblorosa mujer que tenía al lado en cuanto alcanzaran la velocidad de crucero. Por lo pronto, y si no quería tener que abonar a la compañía el precio de los apoyabrazos que Frannie arrancaría a causa del pavor, más le valía intentar tranquilizarla.

Con tiento, soltó una de sus manos agarrotadas del cuero del asiento y entrelazó sus dedos con los de ella. Después, usando la mano libre, la hizo girar el rostro hasta que sus caras fueron lo único que el otro tuvo en su

campo de visión. Permaneció así, solo mirándola y sujetándola durante todo el tiempo que tardó el avión en volar con placidez y sin contratiempos. Cuando las azafatas se soltaron los cinturones y empezaron a mover los carritos por el pasillo, Oliver le sonrió.

—Ha pasado —susurró, rozándole la barbilla con sus dedos suaves—, está todo controlado. Siento no haber prestado más atención a ese punto, Frannie. Solo ha sido un pequeño fallo, ¿de acuerdo? no tienes nada de qué preocuparte. Tienes mi palabra.

Todavía con el cuerpo trémulo —aunque no sabía si por el contacto de Oliver o por el mal trago del despegue—, Frannie bajó el estor de la ventanilla de un manotazo, cerró los ojos con fuerza e intentó, por todos los medios, confiar en que la capacidad de atención de su despistado señor Hamer fuera más efectiva en el futuro.

Por su propio bien.

# 7

## NI TANTO QUE QUEME AL SANTO NI TANTO QUE NO LO ALUMBRE

A pesar de que intentó dormir y desconectar su cerebro del lugar donde se encontraba, Frannie fue consciente de cualquier sacudida, turbulencia, sonido y leve movimiento que hizo el avión durante todas las horas en que tardaron en tocar tierra en México.

Para cuando el comandante en jefe les dio la bienvenida al aeropuerto internacional de Guadalajara —que, según los carteles dispersos por doquier, se llamaba Miguel Hidalgo y Costilla—, Frannie tenía las piernas entumecidas, los dedos de las manos completamente helados, pegados a los reposabrazos, y la cabeza a punto de estallarle. De forma mecánica, y controlando la tentación de saltar del asiento y pasar por encima de todas las personas que se movían con lentitud por el estrecho pasillo intentando recoger sus equipajes y avanzar hacia la puerta al mismo tiempo, se soltó el cinturón y cogió aire varias veces.

Estaban en tierra, se repitió como un mantra. No había pasado nada. El vuelo había sido largo, tortuoso e infame, pero ahora estaban bien. Sanos y a salvo, protegidos por la fuerza de la gravedad.

—¿Lo ves? No ha sido para tanto.

Un Oliver descansado y sonriente le dio un golpecito en el hombro, en tanto se levantaba y se estiraba tras tantas horas en la misma posición. Contrariamente a lo que le había pasado a Frannie, él había dormido a pierna suelta. Hasta había roncado.

Por supuesto, su intención de revisar los puntos redactados por su abogado o el listado de características personales que le había dado Frannie quedó descartado tan pronto se le cerraron los ojos. El señor Hamer sabía de ella, por lo tanto, lo mismo que cuando habían despegado. Resultaba difícil encontrar consuelo en ello.

Sin embargo, y aunque la decepción rivalizaba con la angustia ante ese hecho, Frannie recordó que momentos antes de iniciar la maniobra de aterrizaje la mano fuerte y masculina de Oliver había apretado la suya con

firmeza. Él no había abierto los ojos o hecho comentario alguno; ni siquiera se había movido, pero sus dedos la habían sujetado durante todo el proceso, sin titubear.

La noche había caído con toda su humedad en México, tal como notaron los, a partir de aquel momento, señor y señora Hamer nada más poner un pie fuera del avión. Solícito, Oliver tomó la maleta de Frannie y la guio por la escalinata hasta el interior del edificio que conformaba el aeropuerto, oteando el horizonte en busca de la persona que debería esperarlos.

—Montero ha enviado a un empleado a recogernos —explicó a Frannie, pese a que ella había leído el documento donde todos esos detalles estaban especificados—. Nos acompañará al hotel. Debo de tener.. las tarjetas de reserva...

—En el bolsillo interior. —Guiándose por un impulso, Frannie dejó vagar su mano hasta introducirla a través del calor de la chaqueta de lino, a juego con los pantalones, que Oliver se había puesto nada más desabrocharse el cinturón—. Hotel Villa San Francisco, aquí están.

Con una sonrisa taimada, él le hizo un gesto de apreciación, valorando el detalle de que, por fin, su recién estrenada esposa demostrara un poco de arrojo en lo que a aproximaciones físicas se refería.

—Qué haría yo sin ti... —le susurró con un tono tan empalagoso que Frannie notó como le subía el nivel de azúcar en sangre.

—Café no, desde luego, señor Hamer.

Intentó que su tono no sonara cargado de reproche; después de todo, le pagaban para que se ocupara de ese tipo de cosas, pero fracasó. Todavía sentía los oídos taponados por el cambio de altura y su estómago no se había asentado del todo. No era una mujer que demostrara simpatía cuando estaba mareada.

—Frannie... ¡vamos! ¿De verdad vas a hacerme esto a estas alturas?

—Es... un hecho cierto que no sabe poner la cafetera, señor...

—¡No me refiero al maldito café, joder!

Frannie dio un respingo, quizá porque era una de las primeras veces, en todo el tiempo que hacía que trabajaba para él, que Oliver le levantaba la voz de aquella manera. Estaba claro que, pese a las horas que había dormido durante el vuelo, el temperamento de su jefe no se había aplacado en absoluto. Le sorprendió darse cuenta de que no le agradaban sus arranques, aunque que creía saber de él lo suficiente como para que nada pudiera impresionarle.

Dándose cuenta de que se había extralimitado, Oliver chascó la lengua y

dio un paso cauteloso hacia ella, que lo miraba expectante, protegida tras los cristales de sus gafas.

—Lo siento, no quería gritarte. —Era sincero, por lo menos, eso quiso creer Frannie, aferrada al hecho de que lo conocía bien—. Nada lo justifica, estás haciéndome un favor muy grande, cariño, no creas ni por un segundo que no lo valoro.

Ella asintió con la cabeza, pues poco más podía decir mientras lo veía acercarse con aquella expresión de lobo sanguinario disfrazado del cordero más puro e inocente.

—Al fondo, a tu izquierda, hay un señor de más o menos metro setenta, vestido con camisa blanca remangada y con un tono de piel tropical que sería la envidia de la mayor parte de mis socios —le susurró, tomándole la coleta entre los dedos y sonriendo—; sujeta un cartel que pone «Hamer y señora». Me parece que nuestro transporte está aquí. ¿Entiendes lo que te digo?

El espectáculo empezaba; era hora de apagar los teléfonos móviles y disfrutar del show.

—Entiendo, se... Oliver —se corrigió con prontitud. Más le valía a su cerebro reconectar con el resto de su sistema nervioso o las cosas empezarían muy mal.

—Estupendo. Ahora sé una buena chica y sonrío. —Él hizo lo propio, tirando con fuerza de las dos maletas de ruedas—. Y, por Dios bendito, Frannie, tócame aunque sea un poco.

Sintiendo que el suelo se hundía bajos sus tacones, ella cogió aire con fuerza, temiendo empezar a hiperventilar.

Caminaron con las cabezas muy juntas, compartiendo confidencias sin ningún sentido, pero que pasarían por románticas para alguien que los viera de lejos. Atento a todo movimiento que tuviera lugar por parte del empleado de Montero, Oliver ofreció a Frannie su brazo y caminó con ella bien sujeta por la explanada del aeropuerto que separaba la zona de desembarque de la de recogida de pasajeros. Utilizaron la rampa mecánica para hacer casi todo el recorrido, y aprovechando que podían dejarse llevar por la inercia en lugar de caminar, Oliver permitió que sus dedos juguetones bajaran de la línea de la cintura de Frannie, rozando el inicio de su trasero y motivando una ligera presión que provocó que se alzara de puntillas.

—Esas clases de pilates valen cada euro —le susurró, abriendo la mano para abarcar la mayor cantidad de carne posible—. Deberíamos enviar unas flores a tu profesora.

—No... no voy a pilates.

Él soltó una carcajada tan real que Frannie olvidó el calor punzante que estaba abriéndole los poros, causándole a su cuerpo una agónica sensación por la que tendría que preocuparse. Parecía divertirse tanto que hasta ella se lo creyó.

—Ni falta que te hace. —La besó en la frente, ayudándola a bajar de la cinta cuando llegaron a su destino—. Eres perfecta.

Frannie parpadeó, preguntándose si quedaría algo de ella cuando acabara de derretirse. Una vez situados frente a frente con el hombre que los aguardaba, este se apresuró a estrecharles la mano con un afecto bastante llamativo para alguien que acababa de conocerlos.

—Javier Marzagán, para servirles —expresó, con un claro acento mexicano pero sin ninguno de los dejes característicos que Oliver esperaba oír. Tenía la impresión de estar ante un hombre culto, influido probablemente por Montero—. Los señores Hamer, imagino. Sean ustedes bienvenidos a Guadalajara.

Como pez en el agua, Oliver soltó el equipaje y rodeó con su brazo la cintura de Frannie, paralizada ante la perspectiva de empezar a mentir. Era un poco más alto que ella, con la piel de un tono parecido al barro rojizo; tenía el pelo muy negro y bien peinado y sus ojos, brillantes, parecían radiografiarles. Temió por un momento que el tal Javier la observara con más fijeza y se diera cuenta inmediatamente de su engaño.

Tan perdida estaba en sus propios temores que Oliver tuvo que darle un leve empujoncito para que aterrizara de donde quiera que se hubiera marchado. La vio parpadear y abrir la boca, sin que por ella saliera sonido alguno. Con una sonrisa de disculpa, Oliver la besó en la mejilla, mirando luego a Javier con la expresión de quien comparte una confidencia.

—Esta es mi mujer, Frannie. —La arrimó a él hasta que prácticamente se la había echado encima—. No ha podido descansar nada durante el vuelo.

Javier sonrió en su dirección, bajando la cabeza con una sonrisa amable y tranquilizadora que solo hizo que Frannie se sintiera más culpable. El agradable empleado era la primera persona de una larga lista de receptores de mentiras. Si le era complicado con él, ¿qué ocurriría cuando tuviera de frente a Henry Montero?

—Bienvenida, señora, es un placer para este humilde servidor recibir a una mujer de su belleza —dijo Marzagán con tono zalamero, llevándose la mano al pecho e inclinándose como si estuviera ante una personalidad política de renombre—. Será usted aquí una tentación, si el señor me permite el



atrevimiento.

Con una sonrisa displicente, Oliver aceptó el hecho con un gesto resignado que ocultaba la satisfacción que le producía estar en posesión de algo que provocaría envidias en el resto. Aunque fuera por negocios. Ya había tenido en cuenta que Frannie, con su cabello rubio y su piel blanca, sería para los mexicanos residentes como una visión, un tipo de mujer al que no estaban acostumbrados y a la que, sin duda, tal y como hacía Javier en ese momento, mirarían con cierto desdén.

La mano que descansaba en la cadera de Frannie ascendió unos centímetros, cerrándose en la parte más estrecha de su talle. Él era un hombre al que le gustaban todas las mujeres, y podía actuar con la objetividad suficiente como para asumir lo atractiva que era Frannie. Sin embargo, no fue hasta verla a través de los ojos de otro hombre cuando apreció que era más bonita de lo que había reparado.

—¿Cómo iba a ofenderme que ponga palabras a algo que tengo más que claro, amigo? —Con la mano libre, apartó un mechón de pelo del rostro de Frannie, que lo miraba muda—. Mi mujer es... algo que no se ve todos los días.

—Un hombre afortunado usted, señor Hamer. ¿Me permite el equipaje? El coche no queda lejos.

Con un asentimiento, le entregó a Marzagán la custodia de sus maletas.

—Gracias, la verdad es que ha sido un viaje largo. —Oliver no tuvo el menor reparo en seguirlo sin cargar con más peso del que suponía ayudar a Frannie a avanzar—. Mi mujer lleva lo de volar bastante mal, así que ha estado tensa y mareada todo el camino.

—Cuánto siento oír eso, señora. Pero no se preocupe, el aire queda lejos, y ahora tiene usted el suelo bajo sus pies para sentirse segura.

La sonrisa de Javier iluminó el aparcamiento. Decir que estaba subyugado por Frannie era poco. Oliver trató de interpretar su expresión entregada como algo meramente formal; las ansias de un empleado por caer bien a los futuros socios de su jefe. No obstante, la mirada le brillaba mucho para su gusto.

—No podría estar más de acuerdo —dijo con voz cortante.

Como la primera vez tenía que llegar en algún momento, Oliver decidió que mejor que fuera sin mucho titubeo ni preparación previa. Para que las cosas parecieran reales, tenían que ser espontáneas. Con la sonrisa pintada en la cara, sujetó la barbilla de Frannie y la atrajo hacia su rostro, besándola con los labios entreabiertos.

En un principio, ella solo pudo cerrar los ojos por inercia y mantenerse tan estática como un maniquí. Sin embargo, la boca de Oliver era astuta y muy paciente. Tenía los labios suaves y ávidos, de modo que se dejó llevar y su postura fue volviéndose relajada y maleable entre sus brazos. Con un jadeo gutural y ese sonido tan característico que solo dos bocas unidas pueden crear, rompieron un beso que a ambos supo a poco.

Por unos instantes, se miraron sin comprender muy bien qué acababa de pasar. Oliver fue el primero en recuperar la compostura, pero la expresión de incertidumbre no lo abandonó. Frannie, por su parte, se aferró a la mano que él le ofrecía, temiendo caer de bruces si la soltaba.

Marzagán emitió un carraspeo que pretendió ocultar una sonrisa, sin éxito. Se había azorado por ser testigo de un momento tan íntimo, de modo que se centró en guardar las maletas sin cesar de hacer halagos a su ciudad natal, enumerando todos y cada uno de los lugares que los recién llegados debían visitar antes de volver a su casa. Pronunció nombres cargados de consonantes que Oliver sabía que sería incapaz de repetir aunque su vida dependiera de ello.

Intentando sostenerse sobre su precario equilibrio, Frannie cruzó el aparcamiento con la cabeza embotada. Sentía el corazón revolucionado dentro del pecho y seguía sin verse capaz de susurrar palabra alguna. Gestos y sonrisas era todo lo que le había ofrecido a Javier Marzagán, un hombre que nada tenía que ver con Montero, quien, sin duda, esperaría más de ella.

A menos que Oliver le hubiera dicho al magnate del motor que era muda, en cuyo caso...

De repente, y como si una luz se iluminara en su memoria, se detuvo en seco, tirando de la mano de Oliver, que la miró con las cejas arqueadas. El miedo de que fuera a desmayarse en pleno parking, a vomitar o, lo que era peor, empezar a llorar mientras confesaba entre hipidos su mentira fue latente en su mirada.

—¿Cariño, qué ...?

—¡Hemos olvidado las magdalenas! —exclamó ella. Tan compungida sonó que hasta Javier detuvo su avance, inquieto de que a los huéspedes de su jefe pudiera ocurrirles algo malo—. ¡Quería ofrecérselas al señor Montero y las hemos dejado en el avión!

Oliver apretó los labios en una línea muy fina. Hizo acopio de todas sus fuerzas por no echarse a reír. O proferir en gritos desesperados, tanto daba. La situación era absurda desde cualquier perspectiva.

—Frannie..., tesoro..., no creo...

—¡Cómo no he podido darme cuenta, si las tenía justo al lado! —Se llevó las manos a la cabeza, molesta con su propio despiste. —Debí facturarlas... De ese modo estarían aquí mismo, dentro de mi maleta.

—Señora..., ¿le sucede algo?

Dejando a un lado las maletas, Javier se apresuró a acercarse hasta la doliente mujer, que se paseaba de un lado a otro balbuceando. Oliver, que sabía que todo aquello estaba a un soplo de brisa de salirse de las manos, se apresuró a envolverla entre sus brazos, apretándola contra el pecho como si la consolara de una muerte cercana.

—Vamos, cariño, no tiene ninguna importancia, no te preocupes.

Ella negó sus palabras con firmeza, intentando liberarse, más fue imposible. La cárcel que era el cuerpo fornido de Oliver Hamer no le daría escapatoria.

—¡Pero es que quería tener un detalle, darle una buena impresión!

—Estoy seguro de que nada podría mejorar la que va a llevarse cuando te tenga delante, mi vida.

Dejándose llevar por completo por la situación, Frannie cerró el puño, sujetando la tela de la camisa de Oliver entre los dedos. Con fuerza, aspiró el aroma de su pecho, permitiendo que la acunara entre sus brazos, solícito y cariñoso como jamás lo había visto con nadie. Él sabía que nada de aquello tenía que ver con las dichosas magdalenas. Era un simple ataque de pánico que había encontrado la válvula de escape de la forma más inesperada.

La mimaba para que su angustia no echara por tierra el plan y las falsedades que lo acompañaban, pero, aun así, Frannie aceptó que el bienestar penetrara en cada célula de su cuerpo.

«Es tan fácil olvidar que nada es verdad..., tan fácil creer que esto es real...».

—¿Señor, hay algún problema con su equipaje?

Marzagán esperaba, tieso como un palo, a que se le diera información para saber cómo proceder. Su trabajo consistía en escoltar al matrimonio al hotel sin el menor contratiempo; cualquier cosa que saliera mal repercutiría directamente sobre su persona.

—Me temo que mi esposa ha olvidado el surtido de magdalenas caseras que hizo especialmente para invitar al señor Montero —explicó Oliver, con la mano aferrada a la parte trasera de la cabeza de Frannie, que seguía respirándole en el pecho, más tranquila—. Las hemos olvidado en el avión

con las prisas de desembarcar.

—¡Caramba! —Javier se golpeó una mano con la otra, aunque por su gesto fue evidente que el tema no le parecía tan grave—. Señora Hamer, debo decirle que el detalle complacerá al señor Montero más incluso que los propios dulces. No se aflija usted.

—¿Lo ves, mi vida? El detalle es lo que cuenta. Sonríe, vamos, no hay nada más dulce en el mundo que eso.

Oliver le tomó la cara entre las manos, presionándole las mejillas hasta que logró que Frannie hiciera un torpe intento de sonrisa. Complacido, aproximó su cara a la de ella, y le plantó un beso ruidoso en los labios. Esta vez mantuvo los ojos abiertos, mirando cómo sus gafas se empañaban y las pupilas se le dilataban.

Su reacción le causó tanto placer como un café cargado con mucho azúcar tras un largo día de trabajo. Curioso, pensó, ya que normalmente besar en la boca no tenía para él connotaciones de ninguna profundidad.

Tan pronto Javier decidió que era momento de ponerse en marcha y subió al coche, Oliver le guiñó un ojo con aprobación. Aquella escenita de angustia donde él había podido brillar como un amante esposo preocupado había sido un gran pistoletazo de salida.

—Un poco exagerado —le susurró, mientras fingía acariciarla—, pero bien hecho. Un pequeño altercado marital nada más llegar le da mucha credibilidad a nuestra relación.

Todavía aturdida, Frannie apenas tuvo tiempo de asentir, en tanto la guiaban al asiento trasero de un espacioso Jeep color plata con los interiores forrados de cuero. El asiento, espacioso y cálido, pareció engullirla, tirando de ella hasta que su espalda y piernas se confundieron con el tapizado. Cerró los ojos unos instantes, agradeciendo en lo más profundo de su alma tener una excusa para poder permanecer callada.

Fue inevitable que a su mente viajaran los besos, y como si todavía pudiera saborearlos, se pasó la lengua por el labio inferior, estremeciéndose.

—¿Es el XJ36, verdad? —Oliver silbó, acomodándose en el asiento y poniendo su atención por entero en las características del vehículo. Buscó la mirada de Javier por el espejo retrovisor—. Una máquina potente.

Marzagán asintió una sola vez.

—De la colección personal del señor Montero. Solo salieron a la venta tres mil unidades.

—Y se agotaron a los dos días. Lo esperado para la nueva flota.

—Señor Hamer, no es conmigo con quien debe hablar de negocios, pero soy uno de los pocos afortunados que ha conducido el XJ39. —La sonrisa blanca de Javier eclipsó el brillo del espejo a través del que se miraban—. Le aseguro que no hay comparación.

—Me encantará publicitarlo, amigo mío, no le quepa duda.

Con una risilla, Marzagán encendió los intermitentes y procedió a salir del aeropuerto. Consideraba a Oliver un empresario muy seguro si ya se veía a sí mismo con el estandarte de los nuevos vehículos de Montero, pero hasta que no hubiera firmas de por medio, no pensaba expresar en voz alta sus cavilaciones.

Lo observó con atención solo unos momentos. El hombre miraba a través de las ventanillas y de tanto en tanto, a su mujer, que parecía agotada y temblorosa. Pobre, pensó Javier con lástima; tener miedo a los aviones y verse obligada a volar tantas horas debía de poner a prueba el estómago de cualquiera.

—Hay analgésicos, si la señora se siente mal —comentó, sin perder de vista la carretera.

Dando un respingo en el asiento, Frannie acertó a sonreír y hacer un gesto negativo con la cabeza en dirección a Javier. Parecía que, por fin, iba a poder mantener conversaciones normales. A su lado, Oliver dejó escapar el aire que contenía cada vez que alguien se dirigía a ella.

—En cuanto tome un baño y coma algo, me asentaré.

—Entonces, no esperemos más.

Con la cabeza apoyada en el respaldo, Frannie fue apenas consciente de la dirección que tomaba Javier una vez incorporado a la autopista. Con repentina consciencia de lo agotada que estaba, sintió que las palabras que le había dicho al empleado de Montero no habían estado escasas de sinceridad, pues lo único que deseaba era asearse y darle a su estómago algo que calmara sus nervios. Quizá después pudiera llamar a Teresa para contarle las novedades y esperar que luego se le permitiera dormir para que su mente lograra recolocar las ideas con vistas al día siguiente, cuando tendrían que enfrentarse a la prueba de fuego.

Con la ventanilla bajada, un agradable olor penetró en sus fosas nasales, haciéndola estremecer. Pareciendo leer sus pensamientos, Javier la miró a través del retrovisor, en tanto que sonreía.

—Es eucalipto, señora —le dijo, señalando hacia un lado con un movimiento casi imperceptible de la cabeza—. Estamos entrando en Ixtlahuacatán de los Membrillos, tiene una flora rica y variada. Es una pena

que hayan llegado tan de noche, las vistas son preciosas.

—Estoy seguro de que el señor Montero no permitirá que no las perdamos —tomó partido Oliver, tratando de recordar el plano que Tomy le había facilitado sobre las zonas donde se moverían durante su estadía en México—, vamos al sur, ¿verdad? El hotel está cerca de un lago.

—El lago Chapala, sí, señor. —Marzagán asintió, complacido de que los visitantes conocieran parte de la rica estructura geográfica de su país—. El hotel Villa San Francisco está, como quien dice, posado sobre el lago, por eso el señor Montero lo escogió. Tendrán unas vistas de maravilla desde su habitación. Seguro que al señor y a su esposa los llevarán a isla Mezcala en barco. No podemos dejarlos ir sin que la conozcan.

—Nada nos gustaría más, ¿verdad, cariño?

—Mientras no tengamos que ir en avión...

Javier rio la ocurrencia de Frannie y Oliver le tomó la mano, sonriéndole también. Su mente, sin embargo, estaba muy lejos de allí. Se encontraba, para ser exactos, en aquella pequeña porción de tierra rodeada de agua donde Montero lo llevaría en barco, una vez fueran amigos y allegados, y lejos de miradas curiosas e interrupciones. Sería un paraje idóneo para firmar contratos, pensó, casi sintiendo el peso de la pluma entre los dedos.

Con la vista perdida en la negrura que le devolvían los cristales del Jeep, Oliver lamentó profundamente tener que pasar por el protocolo de la llegada al hotel. Tener que acomodarse y hacer ver que deseaba perder el tiempo con el turismo y conociendo el país solo dilataría sus verdaderas intenciones.

Si por él hubiera sido, la firma habría tenido lugar con carácter inmediato, pero, claro, aquello no estaba en la mente de Henry Montero, quien a buen seguro les habría preparado toda clase de visitas y paseos donde Oliver tendría que simular ser un esposo entregado y cariñoso; y estar pasándolo bien, sin prisa alguna por retomar los negocios y volver a casa.

Iba a resultar mucho más difícil de lo que pensaba.

—¿A cuánto estamos exactamente del hotel, Javier? No quisiera forzar a mi mujer a tener que retrasar más el descanso que tanto necesita.

—Villa San Francisco está exactamente a 33,6 kilómetros, señor Hamer. Una media hora mal contada. Llegaremos a Chapala en unos minutos y podrán acomodarse por fin.

«Y pasar la noche lo antes posible», deseó Oliver. La mañana le traería por fin, y sin más demora, su tan ansiado cara a cara con Henry Montero.

Estaba impaciente.

# 8

## EL HOMBRE PONE, DIOS DISPONE, LLEGA EL DIABLO Y TODO DESCOMPONE

El hotel Villa San Francisco superó, con mucho, cualquier expectativa.

Frannie estaba cansada y el viaje había sido largo, pero ni eso ni la profunda negrura de la noche impidieron que valorara los grandes jardines, el olor fuerte y penetrante de las flores silvestres y el frescor proveniente de las fuentes y piscinas que rodeaban el emplazamiento, cuyos muros de piedra y puertas enrejadas estaban tan adecuadamente adaptadas al paisaje que daban una sensación de comunión perfecta entre la mano del hombre y la naturaleza.

Una vez se despidieron de Javier —les informó de la hora a la que tendría lugar la reunión con Henry Montero a la mañana siguiente, en el bufé de desayuno del hotel—, pasaron a recepción y Oliver tomó las llaves de la habitación de manos de la mujer más guapa e impresionante de cuantas Frannie había visto en su vida. La exótica mexicana les sonrió agitando sus negrísimas pestañas, moviéndose tras la superficie de granito sobre la que estaba dispuesto el ordenador con la misma gracia que tendría un modelo de pasarela. Después un botones delgado y larguirucho los acompañó al ascensor.

Frannie se tensó cuando las puertas se cerraron, temiendo y esperando a partes iguales que Oliver se deshiciera en caricias hacia ella, pero, por lo visto, su nuevo marido no consideraba al empleado como alguien a quien hubiera que impresionar. Demasiado perdido en sus pensamientos, Hamer pasó por alto su existencia y guardó las distancias. Sentirse decepcionada incomodó a Frannie.

La suite que Montero les había alquilado estaba en la tercera planta y tenía, tal como comprobaron nada más traspasar el umbral, unas impresionantes vistas de la isla de Mezcala, iluminada por las luces artificiales que le conferían un aire místico y mágico aun en la distancia.

Entretanto Oliver daba una propina al botones, Frannie abrió el gran ventanal, admirando los muebles de caoba oscuro que componían la

estancia, formada por una gran cama de matrimonio con mosquitera, una cómoda espaciosa, armarios empotrados, una mesa de centro con sus correspondientes sillas acolchadas, aparador con nevera y minibar; y una pequeña estantería sobre la que reposaba un televisor de plasma de considerable tamaño.

El dormitorio estaba decorado en tonos ocre y tierra, con ropa de cama y cortinas de colores étnicos muy vivos que daban sensación de calidez. Frannie abrió el armario, comprobando lo espacioso que era, dividido en sectores para camisas, pantalones y zapatos. Luego, tiró de la puerta del baño y todo su cuerpo tembló ante la visión de la ducha con hidromasaje que casi pareció sonreírle.

Emitió un gemido de anticipación, considerando que las horas de vuelo habrían valido la pena tan pronto pudiera hundirse en el agua caliente y la espuma.

Se dio la vuelta, decidida a aliviar el repentino silencio que parecía haberse instalado en la habitación tras la marcha del botones con algún comentario simpático, como la cantidad vergonzosa de toallas que les habían dejado en el estante, pero el semblante hosco de Oliver tiró por tierra sus buenas intenciones. Por un segundo, pensó que su torpeza inicial le había desesperado. Habían ensayado y practicado conversaciones básicas, y aunque no hubiera sido así, Frannie era una mujer que sabía desenvolverse cuando le presentaban a personas por primera vez.

Su arranque de histerismo por culpa de las magdalenas y la total incapacidad de decir dos palabras a Javier Marzagán, por lo visto, había despertado el mal humor de Oliver, cuya cara no traslucía ya ningún cariño ni amabilidad.

Después de guardarse la cartera en los pantalones, y sin mostrar el menor interés en deshacer el equipaje, Frannie lo vio coger la llave metálica y abrir la puerta de la habitación, preparado para irse y hacer como que ella no existía. No quedaba nada del hombre ardiente que la había besado en el aparcamiento con un ímpetu desconocido.

—Vuelvo en un rato —dijo Oliver en tono monocorde, usando una cadencia de voz con la que bien podría haberle preguntado la hora—, ponte cómoda.

Y se marchó.

Aun temiendo que Oliver fuera a buscar a la Miss Mundo que trabajaba en recepción y cometiera algún desliz que pudiera poner en riesgo su plan, Frannie decidió aprovechar aquellos maravillosos minutos de intimidad y apoderarse del baño para satisfacer todas sus necesidades primarias. Lo



apartó de sus pensamientos, a él, sus exigencias, el enfado y la poca empatía de la que hacía gala. Si era tan incapaz de comprender que le hubiera costado empezar a soltar embustes el problema era suyo, no de ella. Convencida, se dedicó a ocuparse de sí misma. Sacó de la maleta su pijama de dos piezas y procedió a quitarse el maquillaje y la coleta, cepillándose el pelo con ahínco, para después dejar que la fuerza y el frescor del agua a presión relajaran todos sus músculos.

Aunque lo intentó, las deficiencias de su interpretación la acosaron con tanta fuerza que ni el hidromasaje fue capaz de llevárselas. Apenas tres o cuatro palabras intercambiadas con Javier, el empleado de Montero, habían bastado para que pareciera o enferma o tonta, poniendo sobre los hombros de Oliver toda la presión de hacer un papel de marido creíble. Desde luego, si pretendía ser parte activa en la consecución de aquel negocio, iba a tener que dar mucho más de sí. Dudaba que ante Henry Montero valiera la excusa de encontrarse cansada del viaje como para permanecer en perpetuo silencio durante horas.

¿Estaría Oliver arrepentido de haberle pedido ayuda? Los dos se jugaban mucho en aquello: él, prestigio y el nombre de su empresa, y ella..., que se le abrieran las puertas para poder dedicarse a vivir su sueño. ¿De verdad era tan importante una mentira que, cuando las cualidades de Oliver quedaran patentes, pasaría a no significar nada?

«Seguro que su estado civil pierde importancia cuando les deje ver a los ingenieros de hm Motors lo que es capaz de hacer. Pero para llegar hasta ahí...».

Mientras se secaba el pelo con una de las múltiples toallas puestas a su disposición y miraba su deslumbrante alianza en el espejo del baño, Frannie se hizo una promesa en firme: a partir del día siguiente sería la mejor esposa falsa de cuantas hubieran existido. No pensaba escatimar en detalles y gestos para demostrar ante Oliver, Montero y sí misma que era perfectamente capaz de representar aquel papel.

Su vida laboral dependía de ello, se recordó. No estaba dispuesta a fracasar.

Aliviada tras la ducha y las resoluciones, sacó el ordenador portátil de la maleta y procedió a introducir las claves que les habían facilitado junto a la llave de la habitación. Teresa, que había abierto un frente activo contra aquel viaje, había sido muy clara en cuanto se dio cuenta de que no podría pararlo: exigía comunicaciones donde pudiera comprobar con vista y oído el estado de Frannie. No se fiaba de Oliver Hamer, y no se molestaba en fingir

lo contrario.

Así las cosas, la reciente señora Hamer inició la videollamada, sonriendo al rostro cansado pero perfecto de su amiga, que se asomó a la pantalla con una taza de café caliente entre las manos, su delantal de trabajo cubierto de manchas y uno de esos moños deshechos y cutres por los que las celebrities pagaban cientos de dólares a sus estilistas, preparada para continuar con su jornada al mismo tiempo que Frannie la terminaba.

—¿Y bien? —gruñó Teresa, rascándose un ojo—. ¿Cómo es ese lado del charco? ¿Haces pie?

Frannie se echó a reír. Estaba ansiosa por contarle sus planes.

Entre tanto, Oliver se había echado en una tumbona del área de la piscina, fumando para rumiar un mal humor que no le apetecía compartir con nadie.

Veía todo lo que lo rodeaba como una pérdida de tiempo. El trayecto desde el aeropuerto, con los comentarios de Javier Marzagán sobre la flora, fauna y costumbres tradicionales de Guadalajara, no le interesaban en absoluto. Tanto eso como la noche que estaba por pasar en el hotel, compuesta por cena, ducha y descanso, no eran más que desvíos que lo apartaban de su verdadero objetivo: Henry Montero.

¿Por qué obligarlo a vivir todas esas ridículas experiencias turísticas era tan importante para el viejo? Para un hombre que valoraba los negocios más que cualquier otra cosa, que no reparaba en gastos para tener lo mejor y metía prisa hasta casi extenuar a sus trabajadores para cumplir con fechas y plazos, Montero demostraba una completa falta de entusiasmo ante la idea de cerrar el negocio que tenían entre manos.

El anuncio estaba destinado a ser suyo, así que ¿por qué le hacía pasar por todo eso? Reunirse inmediatamente habría sido lo más lógico; aunque quisiera comprobar su estado civil y credenciales, bien podrían haber liquidado todo en un par de horas de forma rápida y eficiente.

De haber sido así, Oliver habría podido empezar a trabajar en el anuncio la tarde siguiente, sentado con comodidad en su propio país y despacho, en lugar de estar atrapado en mitad de un paraje selvático fingiendo ser el marido de una mujer que había estado muy cerca de sufrir un ataque de pánico al menos ocho veces desde que habían bajado del avión.

—Si esto se dilata no sé qué voy a hacer con ella —dijo para sí, tirando la colilla dentro de un cenicero de pie brillante—, no creo que soporte la presión durante mucho tiempo... Maldita sea.

Frannie, que era toda dulzura y candor, tenía la capacidad innata de cometer errores y solucionarlos por sí misma en un tiempo récord, pero era tan honesta, tan verdadera... que convertirla en una mentirosa creíble parecía un imposible.

El arranque de las magdalenas había estado bien, reconoció Oliver permitiéndose una leve sonrisa, pero todo el trayecto en coche, con aquella palidez y expresión de pánico, le había tenido nervioso e inquieto. Uno de los motivos por los que había abandonado la suite nada más llegar había sido el de dejarle tiempo y espacio para que se sosegara, tomara un baño y se recompusiera de todo el histerismo que era capaz de sentir cuando no controlaba la situación.

Esperaba de verdad que estuviera calmada al día siguiente, cuando tendría que sacar a relucir su mejor talante ante Montero y su esposa. Era cierto que nadie lo conocía como ella, pero si era incapaz de abrir la boca y parecer normal, de nada servirían todos los datos que habían preparado, pues su propio miedo, reflejado en aquella cara inocente, la delataría.

—He ido a venir al infierno con la más santa de las mujeres —se lamentó Oliver, levantándose con la lentitud que le provocaba el cansancio que cargaba sobre los huesos—, más me vale ayudarla a encontrar una motivación fuerte o estaremos de vuelta antes de que pueda ver siquiera ese maldito contrato.

Aferrado a los peores pronósticos posibles, Oliver cruzó las puertas acristaladas que daban a la recepción. Se negó a aceptar que llevaba aquel primer beso clavado en un rincón raro e inexplorado de su pecho. La boca de Frannie, temblorosa y receptiva, le había disparado un torpedo directo a la entrepierna. Un solo roce de su lengua lánguida había sido como un afrodisiaco potentísimo que todavía ahora, con el aire de los ventiladores removiéndose sobre su cabeza, le mantenía la piel caliente.

Solo eso le faltaba, pensó contrariado. Meterse demasiado en el papel y acabar haciendo alguna tontería. Por más deseable que fuera, Frannie no era una mujer a la que llevarse a la cama para apagar fuegos repentinos. Debía tenerlo presente.

Sin ánimo de seguir la mirada escrutadora que la encargada de la recepción le dedicó al verlo pasar, Oliver cogió el ascensor y subió a la habitación, preguntándose si habría dado a su esposa el tiempo suficiente para que se calmara y durmiera. Sería mejor para ambos que no se metieran en la misma cama estando despiertos y conscientes.

—Espero que ronques, Frannie —masculló, tocándose la nuca y sintiendo

los músculos terriblemente agarrotados—. Y que uses un pijama muy feo.

Intentó obviar todos sus pensamientos y aparcar su mal humor donde le fuera difícil volverlo a encontrar. Montero no aparecería hasta el día siguiente, así que pasar la noche cabreado y maldiciendo no haría más que empeorar las cosas. Todo lo que pedía era que la noche pasara pronto, encarar al hombre que parecía regir su futuro más inmediato y, con suerte, fimar el acuerdo antes de sentarse a comer las primeras delicias mexicanas del viaje.

Entró al dormitorio en medio de una gran oscuridad. Con el ceño fruncido, se acercó despacio a la cama, apreciando el perfil marfileño de Frannie, que dormía a placer con la boca un poco abierta y emitiendo unos ruiditos que Oliver sintió reverberar en lo más hondo de su pecho. Sonrió, aparcando el cansancio y el hastío. Reconoció, sin parar de mirarla con la libertad que le daba que ella no estuviera consciente, que cuando se quitaba las gafas y dejaba de ser tan sabihonda parecía muy distinta.

Qué irónico, pensó. Elementos que habría considerado taras en otras mujeres eran como las guindas de Frannie. Tal vez estaba tan acostumbrado a ella que había aprendido a apreciarla como era. Especial y diferente.

—Lástima que siempre tengas que preocuparte por todo —susurró, tirando de la manta para cubrirla hasta el cuello—; sería mucho más fácil si perdieras un poco esos escrúpulos. Para los dos.

Tratando de no hacer ruido, se dio una ducha fría y cogió de la maleta un pantalón suelto y la camiseta de tirantes con la que dormía. Despacio, y ahogando una risita cuando Frannie se dio la vuelta murmurando algo que no entendió, se tumbó en el lado libre de la cama, con los brazos bajo la cabeza.

«Todo irá mejor por la mañana», quiso creer mientras miraba el techo, cerrando los párpados para dejarse llevar por el sueño. Ninguna prueba que pudiera ponerle Montero sería más dura que dormir por primera vez con una mujer a la que no había tocado un pelo.

Si era capaz de llegar al amanecer vivo, nada lo detendría.

Cuando abrió los ojos, le costó recordar dónde estaba. Tampoco ayudó mucho que oyera un repiqueteo incesante que se colaba en su cerebro de forma rítmica y constante. Golpecitos a un lado. Golpecitos a otro. Un cajón que se abría y se volvía a cerrar. Más golpecitos.

«¿Qué cojones...?».

Inquieto, se incorporó. Con los codos apoyados en la cama y los ojos medio cerrados, se topó de frente con una estela rojiza que iba de un lado a otro de forma frenética. Haciendo un esfuerzo, se sentó y empezó a desperezarse. Los recuerdos fueron llenando los huecos vacíos de su cerebro poco a poco. Estaba en México y se había casado con Frannie. Había dormido durante el vuelo y también toda la noche. Su cabeza estaba embotada. Ahora todo tenía más sentido, pensó con ironía, mirándose la alianza que, por algún motivo, no se había quitado la noche anterior.

Al verla pasar otra vez, comprendió que los ruidos provenían de los zapatos de tacón que llevaba puestos y resonaban conforme recorría la habitación de un lado a otro buscando algo que debía de faltarle, aunque Oliver —que la miraba con toda la atención que era capaz de mostrar cuando no había tomado café— no encontraba nada fuera de lugar.

Frannie estaba... deslumbrante. Y eso por usar una palabra elegante. Llevaba un vestido entallado rojo apagado con un delgado cinturón color piel que le marcaba la cintura. Con zapatos a juego. El pelo le caía peinado y brillante sobre la espalda, recogido en alto con una coleta que parecía una cascada de hebras rubias.

Bajo las gafas se adivinaba un maquillaje ligero pero favorecedor, que le daba un aspecto descansado y fresco. De sus orejas colgaban unos bonitos pendientes brillantes. Mientras él la radiografiaba sin perder detalle, ella se entretenía metiendo un sinfín de enseres personales dentro de un bolsito que parecía demasiado pequeño para contener tal cantidad de chismes femeninos.

—Nunca entenderé vuestra capacidad de organización. Ni por qué compráis bolsos tan ridículos si tenéis tantas cosas.

Al oír su voz, todavía pastosa por el sueño, Frannie se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa deslumbrante que golpeó a Oliver justo en el bajo del estómago. Vaya, pensó. ¿Dónde estaba la asustadiza mujer al borde de las arcadas que había viajado con él? Menudo descubrimiento.

—Pareces muy preparada para lo que sea —le dijo, restregándose la cara y deseando estar solo la mitad de presentable que ella—. Bonitos zapatos, por cierto. Ruidosos de narices, pero muy bonitos.

Frannie le deleitó con su sonrisa de profesora de matemáticas.

—Buenos días a ti también.

Una vez decidió que su bolso estaba listo, cerró el broche y dedicó a Oliver toda su atención. Estaba despeinado y una ligera sombra de barba le cubría

las mejillas. La camisa de tirantes se le había pegado a la piel y sus brazos y hombros quedaban al descubierto, dejándole apreciar unas formas fuertes y definidas que hicieron que se le secara parcialmente la boca.

Su ceño estaba tan fruncido que podrían haberse colgado perchas de él sin que se cayeran. El señor Hamer no gozaba de un despertar agradable y armónico, lo había sospechado, pero aquella era la primera vez que tenía ocasión de verlo. Cuando había abierto los ojos, sintiéndolo respirar a su lado, Frannie había sentido tal subidón de adrenalina que había salido de la cama casi volando.

Una ocasión desperdiciada, dirían muchos. Ella estaba de acuerdo.

Ajeno a su perorata interna, Oliver apartó las mantas y se levantó, consultando la hora y su teléfono móvil por centrarse en algo que no fueran ella y aquel vestido que, si había pagado él, encumbraría la lista de los mejores gastos administrativos de la historia de Publicidad Hamer.

—Tenemos exactamente dos horas para reunirnos con el señor Montero en el comedor —la señorita eficiencia atacaba de nuevo—, deberías ducharte y prepararte. Por fin vas a tenerlo enfrente.

Esta vez él puso en Frannie sus cinco sentidos. Parecía serena y más que dispuesta a bajar cogida de su brazo, dedicándole miradas melosas y llenas de promesas de vida en común, pero eso no impedía que el pánico pudiera volver a enseñar sus garras. Oliver abrió su maleta y sacó una camisa caqui y unos pantalones de lino blancos, debatiéndose entre ir arreglado, para no dejar mal a su esposa, o informal, como imperaban las temperaturas del lugar donde se encontraban.

Considerando que le había dado a ella el tiempo suficiente para que ordenara sus ideas, procedió a abordar el tema que le preocupaba sin perder el tiempo:

—¿Estás bien, Frannie? Ayer parecías...

—Lo sé. Me pudieron los nervios y apenas fui capaz de decir palabra, pero hoy me siento mucho mejor; he descansado, me he arreglado y estamos pisando tierra firme. Tengo toda mi atención puesta en esto, te lo prometo.

—Montero puede ser muy intimidante —aquello era cierto, no había un solo socio que no lo dijera—, hasta yo los tengo por corbata ante la perspectiva de encontrarnos con él.

—Bueno, pues no deberías. —Con una sonrisa rozagante, ella se le acercó y le plantó las manos sobre los hombros. No fue su intención, pero teniendo en cuenta que llevaba una camiseta de tirantes, fue inevitable que la piel cálida le rozara las yemas de los dedos—. Con un poco de suerte, esta

misma tarde tendré archivado ese dichoso contrato para el anuncio.

«Y pronto todo habrá acabado», se dijo a sí misma.

—Pareces muy confiada. —Oliver frunció el ceño. No acababa de estar a gusto con aquel despliegue tan volátil de personalidad. ¿Qué Frannie le quedaba por ver, tras la temerosa y la segura?

—¿Recuerdas lo que me preguntaste en la oficina, cuando surgió todo esto?

Oliver asintió, aunque tuvo que hacer un poco de memoria, puesto que le había dicho todo lo que se le pasó por la cabeza para asegurarse el sí.

—Te pregunté si tenías algún sueño que desearas cumplir más que nada —clavó los ojos en ella, tal como había hecho entonces—, algo para lo que necesitaras el tipo de empujón que solo esta oportunidad podía darte. Fuiste un poco esquiva con tu respuesta, debo decir.

—Pero lo tengo, Oliver. —Sus ojos brillaron a través de los limpios cristales de las gafas, como gemas preciosas—. Y por una vez en la vida dejaré de lado todo lo que me impida ser lo bastante egoísta como para conseguir cumplirlo. —A través de sus palabras, él vio una determinación que hasta entonces le había pasado inadvertida—. Vamos a bajar juntos y mostrarle a Montero que somos un matrimonio aún más real que el suyo.

«Ahí está —pensó Oliver con satisfacción—. Los escrúpulos mueren cuando se tiene lo que se desea al alcance de los dedos».

Alzando la comisura del labio, asintió con firmeza, sintiendo por fin cómo el nudo de sus preocupaciones se aflojaba. Al final iba a resultar que no necesitaría buscarle a Frannie motivaciones extras, pues ella parecía haber encontrado las suyas en algún momento entre la noche y el despertar. Esperaba que se agarrara a ellas con todo el tesón que había demostrado poseer hasta entonces.

—Somos un equipo, cariño. —Y le rozó la barbilla con los nudillos de forma juguetona.

Ella respondió consultando el reloj de pulsera y dejándolo bien a su vista.

—Pues vístete y no tardes.

—¡Joder, vaya si pareces mi mujer! Es una pena que Montero no pueda oírte.

Con una carcajada, Oliver se sacó la camiseta por la cabeza y regaló a Frannie unas impresionantes vistas de su espalda desnuda que en nada rivalizaban con las que tenía de la Isla de Mezcala. Después, silbando con la calma de quien se sabe con el control de la situación, se metió en el baño.

Puntuales y arreglados, el matrimonio Hamer hizo su aparición en el comedor bufé del hotel Villa San Francisco en el momento exacto. Ni demasiado pronto, para evitar demostrar una excesiva prisa y nerviosismo, ni lo bastante tarde como para faltar al respeto a los anfitriones.

Cogida de la mano de Oliver, Frannie, que había visto a Henry Montero solo en publicaciones de prensa y alguna foto borrosa de los *paparazzi* que intentaban cazarlo cuando iba de un país a otro, pensó que su imagen no distaba mucho de la de un cariñoso abuelo de pueblo. Canoso, entrado en carnes, con un atuendo que nada demostraba la vergonzosa cantidad de dinero que poseía. Lucía una sonrisa afable y pose tranquila.

—No te dejes engañar —le susurró Oliver, acariciándole la mejilla con la nariz para poder hablarle en confidencia—. Pretende hacernos sentir confiados, pero él estará en guardia en todo momento, no lo dudes.

Rompieron la distancia que los separaba y, por fin, Henry Montero le tendió la mano a Oliver Hamer en un apretón que dijo más que cualquier discurso. A Frannie la besó con un guiño pícaro, dejando ver una dentadura limpia pero un poco irregular que le confería la apariencia de un hombre agradable y bonachón. Por el rabillo del ojo miró a Oliver, que ratificó con un gesto mudo las palabras que le había dicho. Montero era un tiburón de los negocios, y, como tal, sabía esconderse para capturar mejor a la presa.

—Señor Hamer, señora...

—Por favor, Frannie —soltó ella sin pensarlo, sonriendo con unos hoyuelos que provocaron respuesta inmediata en el hombre—, ese trato tan formal déjenlo solo para los negocios.

Encantado, Henry Montero aceptó su petición con un elegante gesto de cabeza.

—Estoy totalmente de acuerdo. —La mano de Oliver se posó sobre la cintura de Frannie, deslizándose lo justo para seguir siendo un toque decente en público—. A mí puede llamarme Oliver, si le parece bien.

—Estoy conforme con llamar por su nombre a tan bella mujer, pero a usted, señor Hamer, me va a permitir que no le retire el trato formal. —La voz le sonó hosca, aunque su mirada no era calculadora—. Si llevamos el asunto a buen puerto, seremos iguales, y en eso no cabe el tutear. Soy un hombre anticuado.

—Como guste entonces, señor Montero.

Oliver cedió el paso a Frannie para que tomara asiento en la elegante mesa, que ya estaba servida. Zumos de diversos colores, tortitas, huevos,



bacon y hasta tortillas se les habían presentado. Además de todos los platos que pudo identificar, Frannie vio otros muchos que le eran por completo desconocidos, con tonos vivos y aromas que despertaron su apetito por completo.

—Es una pequeña selección de lo más típico de la región —explicó Montero con una sonrisa—: tiene como base las tortillas de maíz, y luego puede variar entre enchiladas, huevos rancheros, queso panela... Algunos son fuertes, pero no tema hincarles el diente, le gustarán.

—No dude de que los probaré encantada.

Servicial, Frannie colocó en su plato una pequeña selección de todas aquellas recetas que seguramente no habría visto en su vida, procediendo a dar o no su visto bueno a los distintos grados de picante que rozaron su lengua, provocando una sonrisa en Montero.

«Estupendo —pensó Oliver, removiendo su café y colocando distraídamente la mano sobre la rodilla de Frannie—, déjese conquistar».

—Una chica encantadora la suya, Hamer —determinó el hombre, que se llenaba el plato copiosamente.

—No podría estar más de acuerdo. —Oliver la miró con tal cariño que Frannie se ruborizó—. ¿La suya no nos acompaña?

—Angelita se unirá a nosotros esta tarde, cuando les enseñemos los alrededores. Me temo que se ha puesto en la tarea de que conozcan ustedes el máximo posible de Guadalajara en estos cinco días, y no piensa escatimar en preparativos de ninguna clase.

El café, negro y dulce, cayó como una bomba en el estómago vacío de Oliver. Una leve tos le sobrevino, y como pudo, la ocultó tras la servilleta blanca que portaba el emblema del hotel. Frannie también se había paralizado ante la noticia, pues intercambió con él un gesto de alarma.

—¿Cinco... cinco días? —¿Para firmar un simple documento? ¿Estaba loco? Oliver puso a trabajar su mente a toda velocidad, ¿había fecha de vuelta en los pasajes de avión que les habían dado? No podía recordarlo, pero, por lo visto, el vuelo que los devolvería a casa estaba abierto. Debió haber imaginado que eso también escaparía a su control. Maldita sea...

—Me parece un periodo de tiempo razonable para conocerlos, ¿a usted no? Además, ¿por qué tendría alguien prisa en abandonar un paraíso como este, Hamer?

Las cejas canas de Montero se arquearon mientras apoyaba los dedos entrelazados en su barbilla. Aquella mirada escrutadora se centró en Oliver, que supo, aunque su fuero interno chillara de indignación, que tendría que

ser muy cauto en la réplica, pues un paso en falso daría al traste con todos sus planes.

El hombre podía haberse mostrado manso, pero no lo era. Allí las riendas las conducía una sola persona, y, por lo visto, era su intención dejar claro que ese era él.

—Pensé... Pensamos —e hizo extensible sus palabras cogiendo a Frannie de la mano— que no querría alargar demasiado este trámite.

—No deseábamos abusar de su hospitalidad —añadió ella con prisa, al notar que Oliver le apretaba los dedos para que participara en la conversación—; el hotel, todo este servicio..., sin duda los gastos...

—Por favor, señora mía, no me ofenda. —Montero sonrió, disfrutando de un surtido de fruta bañado en azúcar sin que la expresión lívida de Oliver pareciera afectarle—. ¿Cree que, de no haber podido permitírmelo, los habría invitado, en primer lugar? Un sitio como este tiene que disfrutarse, no pasar por él de puntillas.

—Desde luego, señor Montero, pero el motivo que nos trae...

—No es adecuado hablar de negocios en el desayuno, Hamer. —Y aunque sonrió, su expresión fiera no dejaba lugar a la réplica—. Los motivos de este experimento bien los conocemos todos los presentes. Yo tengo que saber de ustedes cuanto necesite antes de comprometerme a nada, ¿o acaso se casó usted sin conocer a la dama primero?

Un sudor frío bajó por la espalda de Frannie y un pensamiento, un único y terrible pensamiento, la asoló. Montero lo sabía. De algún modo lo había descubierto y ahora iba a hacérselo pagar. ¿Cómo habían pretendido que lo engañarían? ¿Cómo habían podido pecar con una ingenuidad semejante?

Sintiendo que temblaba, hizo acopio de todas sus fuerzas para mirar a Oliver, esperando de todo corazón que no ofreciera una respuesta que acabara por confirmar todas las sospechas que Montero, suspicaz y atento, pudiera ya tener en la cabeza.

Para su sorpresa, Oliver soltó una risotada y tiró de ella con fuerza, aplastándola casi contra su pecho. Vehemente, la besó en la sien de forma ruidosa y exagerada, dirigiendo luego su vista a Montero y guiñándole un ojo con tal camaradería que parecía que la tensión compartida momentos antes no había existido en absoluto.

—Le puse el anillo en el dedo tan pronto me crucé con ella, Montero, ¿o cree que iba a darle tiempo a buscarme los fallos y salir huyendo? No le di ni una sola oportunidad.

El rico empresario golpeó la mesa con la palma de la mano, carcajeándose

y señalando a Oliver con el rechoncho dedo como si este hubiera dicho la madre de todas las bromas. Pasado el temporal, Hamer tomó su café y dio un profundo sorbo, dejando la sonrisa pintada en los labios, pero sin traslucir nada en su mirada. Su gesto era tan pétreo que podrían haberlo confundido con una estatua sin el menor problema.

—¿Quiere que disfrutemos de la tierra de los mariachis, señor? No pondremos objeciones. —Y para confirmarlo, se echó hacia atrás en la silla, llevándose la mano de una incrédula Frannie al muslo y sin quitar la vista de encima a Montero.

El hombre aceptó el pulso, levantando la taza de café a modo de brindis metafórico.

—Eso me gusta más, Hamer, me gusta mucho más.

Deseando poder hacerse muy pequeña y desaparecer, Frannie se limitó a centrarse en su desayuno, tratando de ignorar la fuerte disputa silenciosa que aquellos dos hombres habían empezado a librar.

# 9

## A VER, A UN VELORIO, Y A DIVERTIRSE, A UN FANDANGO

La primera parada del improvisado tour turístico después de un desayuno que sería recordado por lo tenso fue el Poblado de Ajijic, situado a poco menos de veinte minutos del emplazamiento del hotel.

Mientras bordeaban el litoral del lago Chapala, con la brisa del mar moviéndoles los cabellos y trayendo el aroma a agua salada y el canto de los pájaros, Frannie miraba a Oliver de cuando en cuando, preocupada y más inquieta de lo que aparentaba estar.

Parecía haber dominado la situación, después de que Montero expresara a las claras que el acuerdo comercial tendría lugar —si llegaba— solo cuando él dispusiera, y ni un minuto antes, pero, aun así, Oliver no era ni mucho menos tan buen actor como para engañar a Frannie con aquella fingida pose relajada y contemplativa del exótico y bello paisaje mexicano. Ella había aprendido, a fuerza de varios años interpretando sus señales sin necesidad de palabras, cómo leerle el lenguaje corporal.

Estaba de pésimo humor, y no era posible que aquel día de excursión se lo cambiara.

Desde el asiento del acompañante del Jeep descapotable que conducía el mismo Henry Montero, de un rojo escandaloso, provino una suave risa que hizo a Frannie girar la cabeza hacia el frente. Pronto, el amable rostro de Angelita, que se inclinaba hacia atrás, le quedó visible. La elegantísima mujer, que llevaba un vestido blanco de verano con sandalias planas, maquillaje exquisito sobre su piel bronceada y algunas joyas discretas pero de muy buena calidad, se había puesto un sombrero típico de pescador sobre el pelo oscuro, rompiendo totalmente con su cuidada imagen cosmopolita.

Desde luego, no había que ser adivino para averiguar que el amor de Montero por México tenía mucho que ver con aquella mujer de aspecto regio pero trato afable y sencillo. Por lo que había contado, le había conquistado hasta el punto de hacerle regresar a la tierra del tequila más

para el placer que para los negocios.

Con una sonrisa, Frannie esperó a que Angelita diera las siguientes instrucciones, puesto que toda aquella salida había sido fraguada por ella.

—Ajijic está a unos cinco minutos. Ya veréis, es un poblado precioso, con unos colores y unos sonidos magníficos. —Sus ojos brillaron al decirlo y su voz cantó de tal manera que incluso Oliver, ceñudo como estaba, le prestó atención.

—Parece un lugar importante para usted, o no lo habría priorizado sobre sitios más turísticos —comentó Frannie, que se agarraba a cualquier situación que le permitiera tener conversaciones fluidas donde mentir no fuera estrictamente necesario.

—Debes de decirlo por la isla de Mezcala. —Angelita hizo un gesto de asentimiento que acompañó con una sonrisa—. Intentaremos ir, la semana es larga si se sabe aprovechar. Está en lo cierto, señora Hamer. Ajijic es especial porque es el poblado donde nací. Estoy segura de que no les decepcionará.

Tan pronto la mujer volvió a girarse hacia adelante, haciendo indicaciones a su marido que este trataba de seguir con más o menos acierto, Oliver y Frannie intercambiaron una mirada silenciosa. Suponía un problema tener que actuar como pareja en una salida informal, acompañados únicamente por otro matrimonio. Las muestras de afecto tendrían que salir lo más naturales posible, o nadie creería que fueran un par de enamorados disfrutando del paisaje.

Tan pronto bajaron del coche, Frannie se dio cuenta de que no desentonaba en absoluto. Lo primero que pensó de Ajijic fue que los folletos de viaje que había estado recolectando y las páginas de Internet visitadas no se habían equivocado. Aquel lugar bien podría bautizarse como «la California mexicana», a juzgar por la variopinta cantidad de gente de aspecto urbanita con la que se cruzaba, de cabellos claros, pieles de todos los tonos y ojos desde el azul más gélido al negro más profundo.

Tratando de hacer equilibrios por las calles adoquinadas con sus zapatos de tacón, abrió bien los ojos para no perder detalle de todo aquel colorido, que teñía las fachadas de las casas de fucsias y amarillos y hacía que las plantas y las banderitas que colgaban de palmeras y farolas parecieran saltar ante los ojos de tan vivas como estaban.

Las casas se mezclaban con pequeños negocios, restaurantes y puestos ambulantes de comida que Frannie no había visto nunca, y desde donde estaban, disfrutaban de una vista envidiable del embarcadero y el mar.

—Este es un lugar rico en arte y cultura —iba diciendo Angelita, que cambiaba su posición a medida que decidía ir del brazo de su marido o acercarse a sus invitados—, cuenta con una gran cantidad de poetas, pintores y escritores que vinieron aquí hace años y que nunca se han ido.

—Y ahora venden o regalan su arte por las calles —comentó Montero, señalando a un joven que pintaba un hermoso lienzo con tizas de colores—; por más veces que vengo, este sitio siempre me sorprende. Aunque debo decir que lo mejor que tenía me lo quedé yo.

Angelita soltó una risilla más propia de una quinceañera que de una señora de su edad cuando Montero la besó en la mejilla. Frannie, que había estado entretenida leyendo los letreros bilingües con que se tropezaban, sintió una punzada de envidia que casi la hizo detenerse en seco. Aquello era amarse de verdad, pensó: no tener que fingir y simular cada roce o gesto para que pareciera desenfadado.

Lo que Montero y su esposa tenían era cierto, y resultaría muy difícil que, viviendo día a día el amor, cayeran ante uno que solo era mentira.

De pronto, su campo de visión se vio reducido y un halo de sombra, agradable y fresco, cayó sobre su cabeza. Ante sí vio la sonrisa brillante de Oliver, que trataba de colocarle sobre la cabeza una amplia pamelita de color café con bordados de todos los colores posibles. Colorada hasta hacer juego con su vestido rojo, los ojos de Frannie se abrieron más allá de todo lo posible, preguntándole sin palabras qué hacía. ¿Dónde había quedado su mal talante? ¿A qué venía aquella sonrisa juguetona?

—Tu piel es demasiado delicada para este sol —le susurró Oliver, apartándole unos mechones de las sienes y colocándolos detrás de sus orejas—, debemos tener la precaución de traer algo para protegerte, pero... casi mejor así. No he podido resistirme.

Estirando el brazo, entregó un billete al dueño del puesto de sombreros y después, soltando una risa muy natural, envolvió a Frannie en sus brazos, sirviéndole de apoyo para que no perdiera el equilibrio con los zapatos por las alteraciones del terreno. Con la alegría pintada en la cara, Oliver miró hacia arriba, dejando que el sol mexicano bañara sus facciones. Si estaba actuando —y casi seguro que así era—, Frannie votaría porque le dieran un premio.

—Seguro que combina a la perfección con el vestido —masculló, subiéndose la pamelita para poder ver por dónde pisaba.

—Estás preciosa —oyó que él le decía, asomando la cara bajo el ala ancha del sombrero y ayudándola a ajustarlo—. A ti todo te queda bien.

Sorprendida, Frannie echó un ojo a su alrededor, apreciando lo relajado que parecía Oliver, con su camisa remangada y el flequillo sobre la frente. La llevaba cariñosamente cogida y sonreía ante todas las explicaciones y datos curiosos que Angelita iba dando. Pensó con cierta preocupación que quizá Montero estaba acechando más de lo que ella habría notado y por eso Oliver había tenido que improvisar. No obstante, Henry estaba entretenido mirando unas pinturas, sin reparar en los afectos que ellos estaban protagonizando. ¿Entonces? ¿Por qué...?

—¿Estás bien? ¿Tienes mucho calor?

—¿Cómo? —Frannie parpadeó y giró la cabeza tan deprisa que el sombrero volvió a taparle los ojos. Gruñendo, intentó ponerlo en su sitio, topándose luego de frente con la atractiva cara de su marido de mentira, que no parecía tener nada mejor que mirar que a ella—. Lo siento, perdona, no te he oído.

—Que si tienes calor —le repitió Oliver, solícito y pendiente de sus necesidades— puedo buscar un puesto de refrescos o agua. Llevas un vestido muy ajustado, no me quejo, pero estamos andando mucho.

Para enfatizar sus palabras, la cogió por las caderas, rozando la tela con unos dedos cálidos que sabían muy bien el recorrido que se esperaba de ellos. Frannie boqueó, pero ni aunque un volcán se hubiera abierto bajo sus pies, habría podido moverse del sitio.

—¡Oh, querida, no lo he tenido en cuenta! —Angelita se paró en seco, visiblemente molesta con su error—. Debes de sentirte sofocada. Menos mal que tienes un marido tan atento.

—Pero que quede claro que valoro mucho los vestidos ceñidos, señora Montero. —El guiño pícaro de Oliver encantó a Angelita, que le golpeó sin fuerzas con la mano en el bíceps a modo de reprimenda—. ¿Qué puedo decirle? Soy un hombre simple.

Frannie no sabía si sonreír o esconderse debajo del ala de su descomunal pamelita para siempre. Oliver la hacía sentir perdida, y era una sensación de falta de control que no le gustaba en absoluto. El semblante malhumorado del coche había desaparecido por completo y en su lugar aparecía un hombre amable, cariñoso y hasta seductor que no solo no le quitaba los ojos de encima, sino que además parecía muy interesado en su bienestar. Era como si, de pronto, todo cuanto importara a Hamer fuera su satisfacción más plena.

«Vaya si es capaz de adaptarse», pensó, intentando dejarse llevar por la agradable sensación de tener su atención solo lo justo, por temor a verse

inmersa en algo que tan fácil como había venido se iría.

Con todos pendientes de ella, no le quedó más remedio que suspirar y empezar a abanicarse con la mano. Para su sorpresa, descubrió que no tenía que simularlo en absoluto. Estaba extenuada por el calor y la humedad reinantes en el ambiente.

—Me tomaría algo frío, si pudiera ser. —Miró a Oliver, que asintió de inmediato, sacando la cartera del bolsillo trasero de los pantalones.

—Allí enfrente está el mejor puesto de nieve de garrafa de todo Ajijic —anunció Montero, señalando con su dedo rechoncho a algún lugar indeterminado entre la masa de turistas y lugareños—. Aprovecharemos para descansar un poco.

—Helados —le susurró Oliver al oído cuando ella abrió la boca. Después se rio y volvió a subirle la pabela para que pudiera ver por dónde iba—. Empiezo a pensar que tenía que haber pedido una talla infantil.

Caminaron a trompicones el trecho que los separaba del puesto, esquivando personas y adoquines que castigaron con dureza los pies de ambas mujeres, demasiado presumidas para haberse puesto zapatos más adecuados para pasear. Henry Montero insistió en invitar a los postres, que les sirvieron en unos cucuruchos de galleta deliciosos. Frannie disfrutaba del suyo, lamiendo con énfasis, cuando la boca de Oliver se cruzó en su camino, llevándose por delante parte de su helado de chocolate.

—¡Oye!

Él le guiñó un ojo, sonriéndole y ofreciéndole el suyo.

—Lo mejor de tener gustos distintos es que podamos probar de varias cosas —le dijo, acercándole el tentador helado de menta—. Venga, sé que antes has dudado sobre cuál pedir...

Sumergida en la vorágine inequívocamente sexual de su tono de voz, Frannie fue capaz de mirarlo a los ojos y lamer el cucurucho que Oliver le ofrecía. La mirada de él, como la del gato que veía al ratón atrapado entre sus zarpas y la pared, se encendió. Con un movimiento sutil perfeccionado con el tiempo, la boca fría de Oliver bajó sobre la de Frannie, en un beso corto y simple que sirvió para que, a pesar de los helados, volviera a sentir un calor abrasador recorriéndola.

—Tienes los labios fríos —le susurró; Frannie lo sentía tan cerca que podía oler su loción para después del afeitado.

—Tú me los calentarás.

Oliver le dio toda clase de preliminares con una sola mirada. Estaba pasándolo tan bien alterando los nervios de Frannie... Quizá no debería



aprovecharse de que fuera tan impresionable, pero ella tenía toda la culpa. El vestido apretado y la ridícula pamea la hacían todavía más deseable que tomar helados bajo el sol. Era una tentación que dolía en un punto muy concreto de su anatomía masculina.

Ella, por su parte, había subido la palma de la mano hasta sujetar entre los dedos la tela fresca de la camisa que llevaba Oliver. Para retenerlo, supuso. O como punto de apoyo por temor a que se le aflojaran las rodillas. ¿Cómo podía hacerle sentir tanto con tan poco? ¿Cómo, además, si nada de aquello era cierto? La imagen reprobatoria de Teresa voló a su mente, recordándole que tuviera cuidado, que no se embelesara más de lo que ya lo estaba, pero Frannie fue capaz de ignorarla, pues en aquel momento todo cuanto le importaba era seguir sumida en su matrimonio de mentira.

Oliver estaba siendo tan encantador y maravilloso..., ¿por qué no dejarse llevar? Después de todo, así sería más fácil seguir adelante con el plan.

«Haces esto por un motivo, ¿recuerdas? Mejor hacerlo bien».

—Me parece que hemos arrancado a esta encantadora pareja demasiado pronto de su dormitorio, Henry. —Angelita se cogió del brazo de su marido, con una risilla que hizo a Montero girar la cabeza para mirarlos—. Amenazan con derretir todos los helados de México.

El hombre los miró con atención, y aunque Oliver seguía tentando a Frannie con su helado de menta por el simple hecho de disfrutar su turbación, notó los ojos de Montero clavados en ellos.

Continuaron el paseo, dejando atrás los puestos y teniendo como vista frontal las altas torretas de la parroquia de San Francisco, ubicada en Chapala. Con su majestuoso tamaño parecía dar la bienvenida a los viajeros a la fe y la espiritualidad tan propias de la tierra mexicana. Poco a poco, el grupo fue alternando posiciones, y Frannie terminó andando junto a Angelita, que no se mordió la lengua para comenzar su desinhibido interrogatorio tan pronto la tuvo cerca y pudieron disminuir el paso, para alegría de sus pies.

—No lleváis mucho casados, ¿verdad? —Señaló con un gesto de la barbilla hacia la espalda de Oliver, que caminaba unos metros más adelante.

—¿Es tan evidente?

La risa de la mujer le dejó claro que así era. Echando un vistazo al frente —todo lo que la pamea le permitía—, Frannie vio a Oliver enfrascado en una conversación con Montero en la que tenía puestos sus cinco sentidos. Gesticulaba y movía la boca sin callar ni un segundo.

«No te muestres demasiado ansioso».

—Los hombres y sus negocios... —Angelita la tomó del brazo con cariño—. Debemos decir a su favor que al menos han esperado para dedicarnos un tiempo solo a nosotras.

—Oliver está muy interesado en conseguir el anuncio para los nuevos coches. —Teniendo mucho cuidado de sus palabras, Frannie suspiró y midió las palabras que pronunciar a continuación—. De hecho, está tan entusiasmado que antes de salir debí advertirle que no olvidara que estamos de vacaciones.

Angelita se abanicó mientras asentía con la cabeza. Ella conocía perfectamente aquella sensación; no en vano, llevaba muchos años casada con un hombre que vivía y dormía pensando en el siguiente negocio.

—¡Y has hecho muy bien, güerita! Estos hombres, acostumbrados a trabajar y a querer siempre subir al escalón siguiente, suelen pasar por alto lo importante.

—El señor Montero no parece ser así —tanteó Frannie, sabiendo que aquella información era muy valiosa porque procedía de primera mano—; dejó claro en el desayuno que esperaba unos días donde no se hablara de nada por el estilo.

—Y tú, que tienes un hombre empresario también, ¿le crees capaz de cumplir esa promesa? —Angelita movió su pelo oscuro al negar con vehemencia—. Quiere ser él quien lleve la voz más alta, eso siempre. Pero si ha traído a tu señor Hamer hasta aquí, es porque los negocios van a prosperar, confía en mí.

«A menos que descubra que la base de toda la confianza depositada en nosotros es mentira».

Mientras tanto, y ajeno a lo que ella hablaba con la señora Montero, Oliver hacía su propio papel para limar el resto de asperezas que pudieran quedar diseminadas después de su torpeza en el desayuno. Todavía se castigaba a sí mismo por haber perdido las formas de aquella manera, pero no podía haber hecho otra cosa.

Estaba en su naturaleza ser directo y decidido, sin dar rodeos innecesarios, algo que, por lo visto, iba a tener que soportar durante cinco días eternos. Por lo menos, contaba con Frannie como divertida e inesperada distracción.

—Aprovecho que estamos conversando para disculparme por mi insistencia de esta mañana, Montero —comentó, encogiéndose de hombros como si no se reconociera en el retrato que estaba haciendo de sí mismo—; mi mujer dice que me puede el entusiasmo y que atropello a los demás con

mis ideas.

El hombre hizo un amago de sonrisa, seguramente porque le sonaba aquello de haberlo vivido en carne propia.

—Bueno, un hombre de negocios que no tenga iniciativa ni rasque en las oportunidades está en camino al fracaso.

—Eso digo siempre. —Oliver se tocó el mentón, atreviéndose a poner una mano sobre el hombro de Montero, que levantó la cabeza para mirarlo, a la expectativa—. Pero cuando uno tarda en meterse en la cama en su noche de bodas porque quiere dejar atados unos asuntos de oficina..., no hay explicaciones que valgan.

El inaccesible empresario automovilístico soltó tal carcajada que tuvo que doblarse sobre sí mismo para no caer al suelo. Sujetándose las rodillas con las manos, rio y señaló a Oliver con una mano rechoncha y algo temblorosa, apreciando la confianza y empatizando con él al instante.

—Hay que priorizar, joven —le dijo con simpatía, todavía sonriendo—. No elija nunca la pluma antes que la cama, por Dios.

—Ni se me ocurriría —sonrió, reemprendiendo el camino con pose relajada—. Estamos aquí para aprovechar la ocasión de conocer tierra extranjera y disfrutar de sus placeres. —Oliver, muy consciente de que toda la atención de Montero estaba puesta sobre él, dejó escapar un suspiro—. Se nota que he recibido mi tirón de orejas, ¿verdad?

Tal como esperaba, el hombre aceptó la baza, y esta vez fue él quien le tocó el brazo, con una camaradería que dejaba el contrato y todas sus cláusulas mucho más cerca de Oliver.

—Que no paren los detalles y los halagos, y ella perdonará cualquier escaqueo de cuando en cuando para tratar temas de trabajo —le aconsejó Montero, alzando sus pobladas cejas con la sabiduría que solo la vejez podía darle a un hombre—. El matrimonio es equilibrio.

—Más me vale aprenderlo deprisa, o me sorprenderá usted durmiendo en recepción más de una vez.

—Estar casado es un arte, Hamer, uno en el que todos somos torpes por naturaleza.

Una mirada de soslayo dedicada a Frannie cuando Montero y Angelita se reencontraron bastó a Oliver para comprender que ambos habían usado la misma estrategia sin haberse puesto de acuerdo. Sorprendido gratamente, cogió a Frannie de la mano y siguieron a sus anfitriones de vuelta hasta el coche para continuar su camino, esta vez, con destino al lugar escogido por Angelita para almorzar.

Tan pronto estuvieron junto al Jeep y Frannie se vio por fin libre de la limitada visión de la estrafalaria Pamela, Oliver sonrió de medio lado, señalando con la cabeza el vehículo y asegurándose, al alzar la voz, de que Montero lo oyera.

—La publicidad de este modelo fue muy deficiente, en mi opinión profesional —declaró, dejando a Frannie, que estaba abriendo la puerta, inmóvil—; por sus extras, no es un coche familiar para personas de clase media. El anuncio no lo recogió así, de ahí su caída de ventas durante el año pasado.

Angelita, que revolvía en su bolso en busca de las gafas de sol, fijó su atención en Henry Montero, que aguardaba cruzado de brazos a que Oliver terminara su disertación. De haber tenido el poder de asesinar a alguien a través de los cristales de sus gafas, Frannie le habría calcinado en cuestión de segundos.

—Así que... le invito a unas vacaciones pagadas de mi bolsillo, ¿y se permite criticar mi gestión y mis decisiones profesionales?

—Con todo respeto, señor. Pero sí, las critico.

Montero apoyó su mocasín sobre el resalto de la acera, rascándose la barbilla sin afeitarse. Su mirada, aunque fiera, destilaba en aquellos momentos una rara simpatía que quienes no lo conocían no habrían sabido apreciar.

—Quiere usted ganarse mi favor para que le permita anunciar mis nuevos coches ¿y su estrategia es esa?

—Soy sincero. Usted no me habría considerado para el puesto en caso contrario. —Con una caballerosidad envidiable, tiró de la puerta que Frannie tenía a medio abrir y le cedió el paso—. Sube, cariño.

El hombre, respetuoso, guardó silencio hasta que la esposa de Oliver estuvo a buen recaudo en el coche, que tenía aire acondicionado y asientos acolchados. Con un suspiro que indicaba que aquello podía ir para largo, Angelita se puso por fin sus gafas y ocupó su asiento, poco interesada en intercambios de opiniones comerciales.

Tan pronto Oliver volvió a mirar a Montero, este asestó su golpe.

—También podría retirarle la palabra dada de que anunciaría el XJ39, ¿qué le parecería eso?

—Una estupidez por su parte.

La carcajada de Montero reverberó en el interior del Jeep una vez todos estuvieron sentados. Meneando la cabeza, el hombre arrancó el vehículo, toqueteando con gracia el muslo de Angelita, que lo miraba expectante.

—Todavía no sé si me cae bien por sus pelotas y su labia o lo odio por lo mismo.

Oliver se arrellanó en el asiento, tirando de Frannie para que se apoyara en su hombro. Ella lo miró con reprobación, buscando susurrarle sin que nadie más que él pudiera oírlo.

—¿Qué pretendes? Si sigues desafiándolo así...

—Se dará cuenta de que soy justo lo que necesita. Confía en mí, sé tratar a los hombres como él —susurró Oliver en respuesta. Después, chascó la lengua—. Te has quemado la nariz, tendría que haber aparecido antes con el sombrero.

Le dio un beso dulce y después se dedicó a mirar el paisaje, manteniéndola acomodada sobre su pecho.

Frannie no dudaba de que Oliver fuera muy capaz de amoldarse al carácter explosivo de Henry Montero si la ocasión lo requería, pero, por lo poco que sabía del empresario de hm Motors, estaba claro que la línea que separaba la gracia que le hacía que le llevaran la contraria del profundo enfado que le provocaba que alguien le quitara la razón era muy delgada.

En cuanto a ella..., el clavo al que tenía que aferrarse para estar a salvo de Oliver Hamer empezaba a hacerse más y más difícil de sujetar.

Comieron en Casa Braniff, una preciosa edificación de planta cuadrada y dos pisos de alto situada en el paseo Ramón Corona. Con su estilo afrancesado, llamaba la atención por su color rojo cereza, sus tejados cónicos y pináculos. Rebautizada como «Restaurante Cazadores», era uno de los principales centros de interés turístico de Chapala. Con las verjas y las ventanas de color blanco y unos jardines bordeándola, la casona había sido antaño una de las fincas más clásicas de la región, allá por el siglo xx. Ahora estaba reconvertida en uno de los restaurantes más famosos de la región.

Angelita les contó que el propietario de la casa había sido Thomas Braniff, hijo de inmigrantes irlandeses que llegó a México para trabajar en la construcción del ferrocarril. Una vez derrotado el régimen monárquico y restaurada la república, supo amoldarse como accionista y más tarde como director en la empresa que finalizó las obras.

Braniff conservó el puesto de director hasta su muerte, y fue responsable de la edificación de algunas de las estaciones ferroviarias más importantes de su época.

—Fue una hazaña importante —les decía la mujer, mientras tomaban asiento a la mesa que ella misma había reservado—; el ferrocarril representó todo un despegue para esta ciudad, trajo economía y mejores comercios. Tanto la estación como la casa se conservan como símbolo de lo que supusieron para Chapala grandes hombres como Braniff.

—Y además, la comida no tiene desperdicio —añadió Montero, provocando risas generales.

Tan pronto estuvieron sentados, un atractivo camarero de piel oscura y ojos verdes se apresuró a extender la servilleta sobre el regazo de Frannie, a quien halagó en silencio con miradas y sonrisas brillantes que pusieron a Oliver en incómoda tensión. Después de un día donde habían demostrado sobradamente los unidos que estaban como pareja, solo faltaba que un imbécil prendado del aspecto extranjero de Frannie lo echara todo a perder.

—Nos hemos permitido pedir un surtido de comida típica mexicana, con variedad de picantes, para que podáis probarla.

—¿Qué son los tejuinos? —preguntó Frannie, con la carta de bebidas entre las manos.

—Es una bebida con base de maíz —le respondió Montero—; una cerveza refrescante con muy poco alcohol. Pruébela, señora. No se arrepentirá.

—Que sean dos —coincidió Angelita, mirando al camarero, que ya tomaba nota.

—Para nosotros..., imagino que la duda ofende. —Henry Montero golpeó la mesa con la mano, tal como había hecho durante el desayuno—. El mejor tequila que tenga, muchacho. No escatime.

Oliver, aún con la mirada fija en el recorrido que el empleado hacía al marcharse, sonrió por fin, asintiendo. Esperaba que un poco de alcohol templara los ánimos de Montero y le soltara la lengua sobre cuándo le vendría bien que se centraran en los negocios, y, de paso, él mismo podría relajarse un poco y parar de estar pendiente de cada movimiento y palabra.

Como obviamente la reserva había sido hecha con antelación suficiente, los platos no tardaron en llegar. Pronto, la mesa se llenó de colores y aromas que hicieron rugir los estómagos. Ante ellos aparecieron cazuelas de enchilada de pollo, pozole de carne, tortas ahogadas y quesadillas.

Durante unos momentos, solo se escuchó en la mesa el sonido de los cubiertos, y los platos individuales se fueron llenando y vaciando a buen ritmo. Cuando el camarero iba y venía trayendo segundas raciones o más bebidas, Oliver se aseguraba de evidenciar que su presencia allí estorbaba más que otra cosa, y se apresuraba a hacer alarde de su mejor actuación,

rodeando la silla de Frannie con su brazo, acercándole algún bocado para que probara o utilizando apelativos cariñosos que no dejaran lugar a dudas sobre su relación.

Se dijo, para calmar aquel rugido extraño que sentía en el estómago y el tequila no parecía sofocar, que le molestaba tanto la atención que despertaba Frannie porque esta podría ser notada por Montero, que sin duda esperaba una reacción por su parte como marido ofendido.

De postre tomaron jericalla, un plato que a Frannie le recordó a su añorada crema catalana. Estaba hecho con base de huevos, harina, vainilla, canela y azúcar, y su dulzura y frescor fueron el punto culminante para una velada donde, en opinión de Oliver, habían conseguido una comunicación casi perfecta con el matrimonio anfitrión.

Henry Montero, que vaciaba otro vaso de tequila con cierta torpeza, clavó sus ojos en él, casi como si leyera de pronto su pensamiento y no estuviera del todo conforme.

—Entonces... no le gustó el modo de proceder de los publicistas en la campaña anterior, Hamer...

—¡Oh, Henry! ¿De verdad? —Angelita frunció el ceño, molesta por que se sacara un tema de trabajo cuando el ambiente en el almuerzo estaba siendo tan agradable.

Tomándose un tiempo excesivamente largo en degustar una cucharada de jericalla con toda parsimonia, Oliver asintió, cruzando los dedos y apoyando las manos en la mesa con gesto casual, aunque su cerebro iba a mil por hora organizando todas y cada una de sus palabras.

—Yo lo habría enfocado de forma muy diferente.

—No me cabe duda, puesto que quiere mostrar mi última creación abollada y salvándose de un accidente por los pelos, con toda una familia dentro.

«Y no puedes quitártelo de la cabeza, viejo».

—Le aseguro que el planteamiento habría sido tan sorprendente como ese, señor Montero.

Con una sonrisa satisfecha, Oliver tuvo la desfachatez de girarle la cara a Montero, dedicando su mirada a una Frannie que, tensa, había parado de comer. Con el ánimo renovado, Oliver le indicó el postre con una seña y, luego, abrió la boca con actitud mansa. Con la punta de las orejas enrojecida, y a punto de echarse a reír aunque la situación no era para nada simpática, Frannie le concedió el capricho, dándole una cucharada de jericalla de su propio plato.

—La próxima vez —le advirtió, viendo cómo se relamía—, pide dos para ti.

—Comes muy despacio, cariño. No he podido resistirme.

Montero tamborileó en la mesa con los dedos, harto de que se le dejara en un segundo plano a causa de un dulce y una mujer bonita.

—Bien, carajo, si tan seguro está, diga de una vez: ¿qué anuncio habría propuesto usted, Hamer?

Angelita puso los ojos en blanco, señalando a Frannie con su cuchara y teniendo que subir el tono para hacerse oír por encima de las voces de los hombres, enfrascados ya en su propia conversación aparte.

—¿Qué te había dicho, güerita? Imposible mantenerlos alejados de los negocios, por más que una lo intente con todas sus ganas.

Aunque asintió y simuló el mismo malestar, Frannie dio palmas en su interior. Que Henry Montero insistiera tanto tenía que ser una buena señal. Llena de esperanza, siguió devorando el postre, decidida a disfrutar lo máximo posible de los placeres mexicanos, por si acaso la vuelta a casa tenía lugar antes de lo previsto.



# 10

## CUESTA MÁS CARO EL CALDO QUE LAS ALBÓNDIGAS

—Creo que estamos a punto de conseguirlo.

Oliver sonreía y casi silbaba de éxtasis mientras sacaba del armario su traje negro, comprobando con ojo experto que estuviera libre de arrugas. El tiempo se les había echado encima y no podría avisar a los encargados de lavandería del hotel para una pasada de plancha rápida, de modo que tendría que valer como estaba.

Desde que habían vuelto de la excursión con los Montero, no había parado de hacer llamadas y enviar correos a la oficina. Echado en la cama con su ordenador portátil y la conexión a Internet que había pagado como extra — no tenía paciencia suficiente para la wifi del hotel, admitió para sí mismo—, el escaso tiempo que tenía desde el regreso a Villa San Francisco y hasta la cena había volado.

Frannie, que era más cauta por naturaleza, se encontraba en un estado zen de calma que le permitió preparar su vestuario sin tanto sobresalto. Ella también tenía buenas vibraciones después de la conversación con Angelita y Henry Montero, en aquel almuerzo donde las jericallas se habían hecho cortas para la interminable charla de negocios que vino después entre los dos hombres.

No obstante, iba a pasos muchos más cortos que Oliver: después de todo, aún les quedaban cuatro días enteros que debían superar. No contaba, ni mucho menos, con que lo peor hubiera pasado.

—¿A qué viene esa cara? —inquirió Hamer, levantando la vista de la camisa blanca que tenía en las manos y posándola en ella—. Tú misma me contaste lo que la mujer de Montero opinaba de todo esto; si yo estoy aquí, es porque ese maldito contrato es mío.

—Eso es lo que piensa ella. —Cauta, Frannie procuró por todos los medios que su tono de voz no mostrara las dudas que tenía.

—¿Y no te dio la impresión de que supiera cómo se las gasta su marido? Vamos, Frannie, el viejo apenas pudo esperar a terminar de comer para

sacar el tema del anuncio del Jeep. Está intrigado por mi trabajo, le interesa.

—No digo que no...

Pero tampoco habían presentado propuestas en firme todavía. Montero no le había pedido a Oliver el dossier sobre su plan de trabajo y, por tanto, no había valorado la idea con todas las de la ley. Todavía podía exigir cosas con las que Hamer no transigiera. Frannie presumía de conocerlo bien, y sabía que Oliver no aceptaría cualquier cambio por más que deseara aquel anuncio.

—¿Crees que me precipito? —Dobló los brazos, apresando la tela de la camisa entre ellos y dedicándole a ella toda su atención, con aquella ceja levemente arqueada que quería decir «no veo dónde demonios está el problema»—. Porque yo lo veo hecho, ¿por qué querrían cenar con nosotros si no? Han pasado todo el día pegados a nuestros culos, fingiendo no interesarse demasiado pero sin parar de sacar información.

Aquello era verdad, también Frannie lo había notado, pero donde Oliver veía interés por parte de Montero, ella sentía una extraña palpitación que la llevaba a estar preocupada. Con tiento, se acercó a él y le quitó la camisa de las manos, dejándola colgada del pomo del armario para evitar que la arrugara todavía más.

—Es un hombre difícil de predecir, acostumbrado a tocar y que los demás bailen a su ritmo. Da dos pasos adelante y luego vuelve hacia atrás, sin asegurar nada. Ten cuidado con él. Creo que va a mantener este juego hasta agotar los cuatro días que quedan. —Su mirada era cristalina a través del brillo de las gafas. Le dedicó la expresión serena de quien está acostumbrado a observar sin que se le vea—. Te pondrá a prueba solo porque puede hacerlo, sin importar lo que ya haya decidido.

Oliver miró muy fijamente a Frannie y apretó la mandíbula. Empezaba a inquietarle reconocer en ella rasgos que hasta el momento ignoraba que tuviera, y que le ponían nervioso. Era una mujer inteligente y muy espabilada, eso siempre lo había sabido —era el motivo principal de que la hubiera contratado—; discreta, correcta, casi perfecta en todo cuanto se le encomendaba.

Ahora, sin embargo, estaba demostrando cualidades que él nunca hubiera esperado encontrar. Con sorpresa, había visto aquel día a Frannie como una mujer divertida, sin miedo a arriesgarse y probar cosas nuevas, respetuosa pero también con algún tipo de halo cercano y dulce que había hecho que hasta el mismo Montero se derritiera al verla lamer como una chiquilla la

nieve de garrafa. Aquel recuerdo en particular conseguía que el vello de la nuca se le erizara y un escalofrío le recorriera la espalda. Sintiénose como un adolescente inexperto, se preguntó por qué algo que en cualquier mujer habría considerado más infantil que erótico resultaba sensual cuando se trataba de Frannie.

Tras aquellas gafas se ocultaba una mujer muy distinta a lo que Oliver esperaba, pues había creído que ella interpretaría con más o menos acierto el papel que le había tocado con el fin único de colaborar con él y ayudarlo a conseguir su meta. No obstante, ella corría por su propio testigo, buscando sus ambiciones y sueños, el cumplir con sus objetivos personales. Lo cual era algo muy digno de admirar.

Aquello la convertía en algo que hasta el momento Oliver jamás había tenido cerca: una mujer a la que respetar.

—¿Has descubierto todo eso solo por pasar unas horas con él? —susurró con cierto aire burlón, sin dejar de mirarla—. Quizá debería cambiar las cláusulas de tu próximo contrato y darte labores propias de psicóloga.

—Me he ido haciendo opiniones según la manera que tiene de expresarse. Luego lo he unido todo a lo que ya sabíamos.

Observar sin ser vista, un verdadero don en situaciones como aquella. Oliver meditó con mucha seriedad sus palabras. Hasta el momento Frannie nunca le había dado un mal consejo, ni dicho nada que pudiera descartar a la ligera. Le gustara delegar o no, lo cierto era que el éxito de aquel contrato dependía de ambos, por lo tanto, más le valía seguir las indicaciones de quien era, sin lugar a dudas, la persona más inteligente en aquella habitación.

—Crees que jugará conmigo hasta que deba darme una respuesta definitiva. —No se lo preguntó, sabía la respuesta de antemano.

—Puede intentarlo —Frannie se encogió de hombros, sonriendo con una leve malicia que tentó a Oliver a cosas cuyo nombre prefería no pronunciar —, la diferencia está en que ahora tú lo sabes.

—¿Intentas animarme a que simule falta de interés en los negocios para no morder los anzuelos que Montero me lanza?

—Si te haces el desentendido, disfrutando del paisaje, la comida y mostrándote integrado en todas estas banalidades...

—No caeré en su juego, y eso quizá, le haga bajar la guardia y adelantar su decisión.

—Es lo que yo haría —determinó Frannie con un asentimiento, notando un agradable bienestar que solo se le despertaba cuando ambos, Oliver y ella,

estaban en sintonía—, claro que yo disfruto mucho comiendo y este país es un paraíso para mí, así que tampoco me cuesta mucho esfuerzo fingir que estoy de vacaciones, porque realmente..., bueno, estoy de vacaciones.

Oliver se echó a reír. Se rio con ganas, tanto que el pecho se le movió y los hombros le temblaron. Después, cogió a Frannie por las mejillas, apretándola de forma juguetona hasta que los labios, húmedos y carnosos, le hicieron perder el sentido. Con la sonrisa quebrada y el corazón acelerado, Oliver la acercó a él y le dio un beso fuerte y largo con los ojos abiertos. A Frannie le pitaron los oídos, y aunque creía que era algo que solo pasaba en las comedias románticas, su talón derecho se separó del suelo, haciéndola arquear la pierna como las heroínas del cine, que casi siempre suspiraban por el hombre equivocado.

Cuando se separaron, ella estaba aturdida y con los cristales de las gafas empañados. Oliver, que era más que diestro en ocultar sus emociones, compuso una sonrisa franca y despreocupada. Le dio un toquecito en la nariz y luego suspiró, como si todo volviera a girar de forma adecuada en el mundo.

—Frannie, creía saber lo lista que eras, pero me parece que me he quedado obscenamente corto. —Se sacó la camisa por la cabeza sin perder tiempo en desabotonarla y luego se metió en el baño—. Démonos pisa, nuestros anfitriones nos esperan abajo.

Henry y Angelita Montero habían decidido cenar con ellos en el restaurante del hotel, aludiendo a que habían paseado suficiente durante el día y que tener que conducir para ir y volver limitaría mucho la velada. De ese modo, evitarían tener que retirarse antes y se abriría la veda de las bebidas alcohólicas.

Además, la señora Montero había comentado que sus pies agradecerían el descanso y, por otro lado, darían oportunidad a Oliver y Frannie de poder subir a su habitación tan pronto se despidieran, algo que sin duda apreciarían estando recién casados.

Frannie, que estaba terminando de colocarse un collar de perlas pequeñas sobre el cuello redondo de su vestido negro de cóctel, se dejó embargar por cierta inquietud cuando recordó la conversación en que Angelita les había hecho partícipes de sus planes. Había sido con toda amabilidad tras pagar la cuenta del almuerzo, pero en el último momento, para no darles ocasión de negarse.

Oliver se había reído y la había cogido por la cintura, asegurando que apreciaba el gesto y que sin duda no desaprovecharía la ocasión. Por supuesto, todo ello formaba parte del paripé que protagonizaban para simular ser una pareja enamorada ante Montero, pero ¿qué pasaría después de la cena?

Sin excusas para trasnochar ni ningún sitio al que ir, los dos subirían al dormitorio a la vez y se meterían en la cama. Juntos. Frannie estaba tan nerviosa por el hecho de tener que acostarse junto a su jefe que el broche del collar se le resbalaba de los dedos una y otra vez.

«No seas estúpida —se decía sin contemplación alguna—. Ya has dormido con él ayer y ni siquiera se giró para mirarte, ¿por qué hoy habría de ser distinto?».

—Porque no estaré en fase rem cuando llegue —se contestó en alto a sí misma, mirando con ceño su reflejo en el espejo—, y porque es mi jefe, y una cosa es tutearle y otra muy distinta meterme en la cama con él, siendo los dos conscientes, estando despiertos, con poca ropa y...

—¿Hablando sola?

El collar cayó con estrépito sobre el tocador en tanto Frannie, muda, observaba el reflejo de Oliver a través del cristal. Estaba imponente con aquel traje negro hecho a medida y la camisa blanca. Se había dejado el cuello abierto, mostrando el moreno de su piel. Estaba afeitado, pero una sombra oscura muy sexy le ensombrecía las mejillas, dándole al conjunto un aspecto peligroso que provocó en ella el mismo efecto que en las demás mujeres.

«Sabe que podría tener lo que quisiera con solo sonreír. No le haría falta ni pedirlo».

Ella lo conocía y se sabía sus tretas de memoria, pero era una mujer, y aquella convivencia tan personal estaba afectándole más de lo que en un principio había creído. Sobre todo, pensó mientras lo veía acercarse y tomar el collar entre sus dedos, porque Oliver empezaba a comportarse de un modo muy peculiar que nunca hasta entonces había usado con ella.

El de seductor y cazador.

—¿Me permites? —le susurró, señalando con un gesto casi imperceptible de sus cejas en dirección a su cuello.

Frannie asintió y contuvo la respiración mientras él colocaba las perlas sobre su garganta, centrándolas en el escote del vestido, y procedía a abrochar el cierre. El olor de su colonia le inflamaba los sentidos, sintiéndose como perdida en una nube de un aroma que nunca confundiría

con otro. En un segundo, el inequívoco clic le indicó que el collar estaba cerrado. La pericia de Oliver le hizo bajar de súbito al mundo real. Estaba versado en poner y quitar accesorios en mujeres, eso era evidente.

¿Había esperado otra cosa? ¿Ella, que llevaba el control de la Agenda Roja de las despechadas?

—Muy formal —le oyó decir, sonriendo a través del espejo. La imagen que proyectaban juntos era cautivadora, al menos para ella, que se sentía tentada a no apartar la vista jamás—, la joya de toda una señora. No te imaginaba con algo así.

—Eran de mi madre —explicó Frannie. Cogió el cepillo de pelo y procedió a darse largas y enérgicas pasadas, con el objetivo de tener las manos ocupadas y vencer la ansiedad por rodear con ellas a Oliver—, se lo regaló mi padre el día que nací y, cuando ella murió, quiso que yo me lo quedara.

Incómodo, Oliver puso a su cerebro a trabajar a toda velocidad, tratando de recordar algún hecho puntual o una conversación en la cual él hubiera sabido que la madre de Frannie estuviera enferma o hubiera fallecido.

Su cerebro lo llevó un año atrás, la primera y única vez hasta la fecha en que ella le había solicitado dos días de asuntos propios. ¿Había preguntado la razón? ¿Se había interesado al menos en saber por qué una empleada que bajo ninguna circunstancia faltaba a su puesto de trabajo parecía tan afectada y rogaba ausentarse durante dos jornadas consecutivas?

De aquellos momentos solo pudo acordarse del enfado que sintió por la falta de Frannie. Que ella no estuviera presente le conllevó un escándalo de órdago protagonizado por la que había sido su conquista de aquel momento, que se había colado en la oficina dispuesta a exigir explicaciones de por qué Oliver no la había llamado. A falta de técnicas mejores para disuadirla, él se había acostado con ella, dejando para Frannie, cuando volviera, la tarea de hacerla desaparecer oficialmente de su vida.

Había estado tan cabreado por tener que salir de nuevo con aquella mujer, de cuyo nombre jamás se acordaría, que no había pensado en los motivos de Frannie para ausentarse. Incluso mientras se la follaba con el único objetivo de hacer callar sus reproches, recordó con asombro y desagrado, había tenido varios pensamientos desafortunados para su secretaria ausente.

Y ella estaba despidiendo a su madre fallecida.

—Lo siento tanto, Frannie... —La culpabilidad no era un sentimiento que resultara conocido a Oliver, por tanto, le era difícil saber qué se esperaba de él a la hora de demostrarla. Con tiento, puso su mano sobre el hombro

delgado de Frannie e hizo una ligera presión. Le ardió la palma de la mano al tocarla, imaginó que porque se sentía sucio por su falta de interés—. No tengo excusa. Debí haberte presentado mis respetos.

El reflejo de Frannie negó, mostrando un gesto misericordioso que podría haber sido una sonrisa. No obstante, aquel era un perdón que Oliver necesitaba ganarse.

—Ya ha pasado tiempo..., está bien.

—No, no lo está, ¿te mandó la empresa una corona de flores? ¿Acudió alguien al sepelio? Joder, ¿hicimos algo por ti?

—Cargué una corona de flores a Publicidad Hamer.

Ella se mordió el labio, quizá esperando el estallido que aquel atrevimiento conllevaría, pero Oliver, que se había dejado embargar por la vergüenza de su poco tacto, solo pudo suspirar con alivio. Frannie le había involucrado. No se lo había dicho, pero de algún modo le había hecho estar presente. Eso valdría, por el momento.

—Gracias a Dios. Hiciste bien.

Bajaron al comedor en un silencio extraño y poco agradable.

Frannie se sentía confusa por la mirada que Oliver lucía desde el episodio del collar. Intentando concentrarse en andar en línea recta con el estrecho vestido negro y los altos tacones, no podía pararse a indagar sobre sus ocultos sentimientos. A su lado, un Oliver muy tieso no traslucía una sola palabra de sus pensamientos, aunque estos estaban arrugándole el entrecejo de manera más que notable.

La realidad era que Hamer estaba experimentando, quizá por primera vez en su vida, una muy agria ración de remordimientos. Nunca se había parado a pensar en cómo de deficiente podría haber sido su trato hacia Frannie, pues estaba convencido que reflejar en su salario todas las tareas y horas de más que ella hacía era pago justo a su dedicación.

Tal vez, pensó con asombro cuando llegaron al comedor, le había faltado ser humano con ella. ¿Cómo podía haber aceptado ayudarlo entonces? No se lo explicaba.

«Debe de desear mucho poder invertir su porcentaje en ese negocio que tiene en mente... De otro modo, dudo que estuviera aquí».

Desde que el inesperado ramalazo de culpa lo había asediado en el dormitorio, abofeteándole como una amante desdeñada, Oliver parecía sentirse fuera de su cuerpo. De pronto, el traje no le resultaba cómodo, los

zapatos le apretaban y el cuello de la camisa amenazaba con cortar la respiración. Mirar a Frannie, cuya sonrisa era deslumbrante, con todas aquellas curvas perfectas acopladas a un vestido que debían de haber confeccionado para su piel en exclusiva, le provocaba un daño casi físico.

La mezcla de emociones, aquella vergüenza por no haberse mostrado más compasivo, unida al inequívoco azote del deseo que se iba volviendo cada vez más acuciante le desconcertaba. Más le valía terminar con todo eso cuanto antes, decidió, dejando caer su mano en la parte baja de la espalda de Frannie mientras caminaban, o su papel de marido alcanzaría cotas de realidad extremas.

Tomaron una copa en el bar hasta que les avisaron de que su mesa estaba lista. Angelita, con un traje de chaqueta azul claro y Montero, de oscuro, ya esperaban allí.

—Esta vez vamos a arriesgar mucho más —explicó Angelita, cogiendo la carta y abriéndola como si fuera un abanico—, la especialidad de esta noche son chiles en nogada, y no podemos quedarnos sin probarlos.

—Espero que tengáis buenos paladares, resistentes al picante —añadió Montero, tomando una botella de vino rosado y sirviendo él mismo, ante la estupefacción del camarero, que se vio incapaz de saber cómo proceder—. Puedo crear un coche de la nada, joven; ¿cree que lo necesito para llenarme la copa?

Con un murmullo de disculpa, el empleado se retiró de la mesa, sin nada que pudiera añadir.

Como entrantes, les sirvieron una selección de tacos al pastor, rellenos de carne de cerdo adobada de los que Frannie dio buena cuenta. Había algo atractivo, decidió, en una mujer que no temía mostrar que tenía apetito a la hora de sentarse a la mesa. Y, desde luego, aquella figura de guitarra merecía disfrutar de tal placer.

—¿Oliver?

El aludido alzó la vista, dándose cuenta de que había estado con la mirada perdida en ella durante mucho tiempo. Frannie le hizo un gracioso gesto con la nariz, preguntándole sin palabras qué ocurría, más Oliver hizo caso omiso. No tendría forma de explicarlo, de modo que se centró en lo que tenía en el plato, aunque no había prestado atención alguna para saber lo que era. Angelita aguardaba, al parecer, que respondiera a algo, pero Oliver no había oído palabra alguna.

Por una vez, imaginó que salir del paso usando la verdad sería el camino más corto.



—Disculpe, siempre me quedo absorto viendo comer a mi mujer. Me encanta que tenga apetito y pasión por las cosas que la rodean —declaró, con toda sinceridad.

—Es su forma elegante de decir que debería reducir las raciones —susurró Frannie, dejando el taco que pensaba coger, en la bandeja principal—; el vestido empezará a protestar.

—Pues compraremos otro —Oliver le sirvió y luego le guiñó un ojo—, estás perfecta. Come.

—Es una maravilla ver a un par de jóvenes tan apapachados, ¿no crees, Henry? Ahí donde lo veis, con esa cara tan seca, en privado somos exactamente igual que vosotros. ¡Los años hacen que el amor sea cálido y confiable!

Frannie sonrió ante las palabras de Angelita, que sin duda era una de esas mujeres que disfrutaba de los grandes culebrones mexicanos que demostraban que una pareja, si de verdad lo quería, podía superar en su vida hasta la inundación más profunda y el secuestro más prolongado.

Si Montero estaba o no de acuerdo con las palabras de su mujer, no se pronunció. En lugar de eso, puso su atención en Oliver, acabándose la copa de vino y procediendo a llenar la siguiente. Había temas que tratar con prontitud, y los cariños que demostrara con su mujer su socio potencial le importaban muy poco en ese momento.

—Dígame, Hamer, ¿dónde se crio?

La tensión fue palpable en la manera en que Oliver cuadró los hombros. Sonrió, pero sus ojos estaban fríos. Clavó en Montero la misma mirada que habría puesto en alguien a quien estuviera a punto de llenar de puñetazos. Sin embargo, su gesto fue estudiado cuando se decidió a contestar:

—Me cuesta creer que no lo sepa ya todo sobre mí, señor Montero. Existe la leyenda urbana de que tiene espías para sus socios potenciales.

El aludido removió el contenido de la copa con un gesto de muñeca, quitando importancia a un asunto que, probablemente, fuera cierto.

—Digamos que... contraste lo que ellos me cuentan.

El viejo zorro sonrió, extendiendo la mano hacia Oliver para darle pie a que respondiera a su pregunta. El camarero se acercó y sirvió platos grandes ante cada uno de los comensales, sustituyendo luego la bandeja de tacos por aquella donde pondría la cazuela de chiles una vez estuvieran listos.

—Pasé mis primeros años en un orfanato —dijo Oliver, sin dar a su voz ningún matiz especial—; estuve en varias casas de acogida por tiempo

variable, hasta que a los dieciocho años me marché.

Frannie dejó los cubiertos, con el estómago cerrado. Sin darse cuenta, colocó la mano sobre la de Oliver, apretada y fría, y la mantuvo ahí, hasta que poco a poco él fue reaccionando al contacto. ¿Por qué Montero había insistido en algo así? Por supuesto que debía saber de la tragedia familia de Oliver, ¿no le bastaba? ¿De verdad era importante para el dichoso anuncio de coches oírlo de sus propios labios?

—¿No ha sabido nada de su familia biológica? ¿Los motivos por los que acabó en ese lugar?

—No me ha interesado. —Era una verdad a medias, pero Oliver no dio más datos.

—Y nunca lo adoptaron.

—Vamos, Henry —Angelita chascó la lengua, mirando a su marido con reprobación—, deja de insistir. Estás incomodando a nuestro invitado.

—Tranquila, señora, no me importa contestar. —Oliver le regaló su sonrisa más suave, aunque al volver su gesto a Montero se le endureció la mandíbula. Sabía que estaba siendo puesto a prueba y valorado como mercancía, pero no importaba. Podía llegar hasta ese punto: aquella cicatriz ya se había cerrado—. Nunca me adoptaron. Cuando eres huérfano y vas creciendo, tus posibilidades de conseguir una familia escasean. Todos los padres quieren bebés, y muchos, niñas rubias y preciosas a las que convertir en muñecas. Así que no, yo solo pasé de familia en familia, intentando aprovechar todo el tiempo posible con ellos para estudiar y aprender.

—Y se hizo a sí mismo. —Frannie sintió una necesidad apremiante de salir en su defensa, de lanzar un cabo que protegiera a Oliver de aquel oleaje que lo estaba ahogando sin motivo—. Todo cuanto tiene y es fruto de su propio tesón. No debe nada a nadie.

Agradecido hasta más allá de lo que las palabras podían expresar, Oliver abrió el puño en que se había convertido su mano y sintió la calidez de los dedos de Frannie entrelazados con los suyos. Para él, que se había acostado con una cantidad amplia de mujeres, fue el momento más íntimo que había vivido hasta entonces.

—La última noche que pasé mirando al techo del dormitorio del orfanato, me hice una promesa —susurró, perdido ahora en sus propios pensamientos, contándose la historia a sí mismo, más que al resto.

—¿Y cuál fue, Hamer?

Esta vez, Oliver sonrió mientras tomaba un sorbo de vino. Montero aguardaba, con el cuello tieso y toda su atención puesta en aquel hombre

que se había convertido, a pesar de sus planes, en una baza muy importante que tener en cuenta.

—Que no volvería a ser pequeño nunca más —dijo Oliver con determinación—; le prometí al niño al que nadie quería que un día los hombres más importantes irían detrás de él —alzando la copa hacia Montero, brindó—, y aquí me tiene, señor. Sentado frente a usted.

El golpe en la mesa propinado por Henry Montero no impresionó a nadie a esas alturas, pero el gesto bonachón que mostró después fue todo un descubrimiento. Su dedo rechoncho apuntó a Oliver, pero antes de hablar, se limitó a observarlo, quizá como si se viera a sí mismo, un empleadillo más, de los más bajos de la cadena de mando que paso a paso, y a fuerza de morder, había escalado hasta lo más alto.

—Tienes pelotas, Hamer.

—No lo dude ni por un momento.

Fue como si el pulso hubiera quedado en tablas. Frannie entendió, por la mirada que ambos compartieron, que habían decidido considerarse como iguales.

—Nunca trabajarías para mí en caso contrario. Bien, me ha gustado la conversación, ahora, icenemos!

Demasiado sobrecargada con todo lo que había experimentado durante la charla, Frannie se disculpó para ir al aseo. Soltó la mano de Oliver y se levantó, perdiéndose de vista en un segundo. Necesitaba mojarse la cara y estar unos minutos a solas para contener el aluvión de emociones que aquella información le había supuesto.

Conocía bien el pasado del hombre para el que trabajaba, pero oírsele contar de esa forma, en una atmósfera lejana al despacho, estando a su lado y teniendo la posibilidad de consolarlo, hizo mella en ella. Había notado el desgarró en su voz al recordar aquella última noche, el miedo y la angustia cuando confesó que siempre supo que jamás lo adoptarían. Había brechas dentro de su coraza de seguridad y confianza. Y heridas, comprendió. Muy profundas y arraigadas.

Parecía que bajo su fachada de hombre despreocupado y de vuelta de todo había algo oscuro que había enterrado tiempo atrás, algo débil y temeroso de ser descubierto. ¿Sería posible que Oliver no fuera en realidad el mujeriego desentendido que parecía? ¿Era todo un mecanismo de supervivencia que poco a poco había terminado creyéndose?

—No intentes convertirlo en mártir por su pasado —se dijo en alto, paseándose por el baño hasta lograr calmarse—. ¿Qué dice siempre Teresa?

Que los hombres hayan sufrido no significa que quieran redimirse, quizá son así porque les gusta, porque es su manera de actuar y comportarse.

Pero su voz, antaño segura, empezaba a sonar dudosa. Oliver estaba calando en ella con tanta profundidad y tan rápido que pronto perdería de vista la superficie.

Entre tanto, el camarero procedió a dejar las bandejas de chiles en nogada en el centro de la mesa, para deleite de los comensales, que aguardaban ansiosos después de la profunda conversación que habían mantenido.

—Son chiles poblanos —explicó el empleado, que llevaba en el chaleco el emblema del hotel—, rellenos de cerdo y frutas de temporada. La salsa está hecha con nuez de castilla y granada. ¿Les parece correcto?

Montero y señora asintieron y Oliver, distraído, hizo lo propio, indicando también el plato de Frannie para que sirvieran su ración.

Una vez ella estuvo de vuelta a la mesa, alegando sentirse mucho mejor y cortando ahí toda posible batería de preguntas, comenzaron a comer. Angelita llevó la voz cantante en la charla en esta ocasión, seguramente previendo que su marido podría volver a dejarse ir por derroteros mucho menos agradables.

—Hace una noche muy apacible, sé que habíamos dicho que nos retiraríamos después de cenar, pero...

—¿No te dolían los pies? —Henry la miró, suspicaz. Se congelaría el infierno antes de que se creyera que lo que fuera que su esposa iba a sugerir no había sido cuidadosamente calculado desde mucho antes.

—Bueno, más dolerá el estómago si nos metemos a la cama después de todo este picante.

—Habla por nosotros —Montero sonrió, regando de vino sus chiles—, los jóvenes aquí presentes ya traían suficiente picante por sí mismos. Y dudo mucho de que quieran otro destino que no sea la cama.

Oliver correspondió la risa del empresario, aunque no hizo ninguna declaración. Parecía que Montero perdía todo sentido de la propiedad cuando el alcohol empezaba a circular por su sangre, y era evidente que se había quedado con ganas de detalles jugosos, aunque a él en nada le importaran.

—Un caballero no afirma ni desmiente. —Oliver escondió una sonrisa tras la copa de vino, moviéndose como pez en el agua en asuntos como aquel.

Por un segundo, se preguntó si debería obsequiar al rey del motor con

algún detalle íntimo que le suavizara aún más el humor, sin embargo..., la idea de compartir con alguien sus supuestos momentos maritales con Frannie le pareció de terrible mal gusto.

Echándole una hojeada distraída, decidió que si estuviera acostándose con ella —en sentido figurado, por supuesto—, con toda seguridad, querría guardar cada gemido y ronroneo para su disfrute personal.

Luchando contra una imaginación poderosa que quiso mostrarle cómo podría ser, se acabó el vino, aunque la garganta siguió quedándose seca.

—Qué labia tiene, Hamer... Si es la mitad de bueno con los anuncios que con las palabras..., ¡maldición! Empieza a ser un grano en el culo que no sé si quiero quitarme o no.

«Otro de los anzuelos», pensó Oliver sonriendo. Estaba claro que Montero no era tan firme como pensaba en un principio, pues cada vez más a menudo era él quien sacaba el tema del negocio a colación. Esta vez, sin embargo, recordó los consejos de Frannie y lo dejó pasar con estudiado desinterés.

—No puedo hablar por mí sobre ese paseo, aunque mis preferencias están dentro de estas paredes, desde luego. —Estiró la mano buscando la de Frannie. Sintiéndose de ánimo juguetón, se la llevó a los labios y fue besándole los nudillos uno a uno. Tenía los dedos helados—. ¿Qué te apetece a ti, cariño? No temas romperme el corazón.

Ella no respondió. De hecho, no se movió.

Frannie tenía la cara muy roja y se cubría los labios con la servilleta. De pronto, tosió repetidas veces, apartándose de la mesa con un chirrido de la silla que Oliver se apresuró a imitar, inclinándose sobre ella con los ojos muy abiertos. Toda actuación quedó rápidamente en un segundo plano. Oliver se olvidó de dónde estaban y qué pretendían, pues con solo mirarla se dio cuenta de que, fuera lo que fuese que le pasaba, Frannie no estaba bien.

—¿Te has atragantado? ¿Qué...? Vale, vale, respira..., respira despacio... — Con una torpeza que le indignó, intentó darle suaves golpecitos en la espalda. Le apartó el pelo de la cara y sintiéndose inútil, buscó sus ojos, intentando que le dijeran qué hacer—. Respira, cariño, ¡respira!

—No... pue... do...

Apenas sin voz y con el rostro comenzando a hincharse, Frannie se echaba las manos a la garganta, con gestos impotentes que pronto fueron identificables.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Angelita, acercándose rauda con un vaso de

agua que Frannie no pudo tragar—. ¡Está ahogándose! ¡Se ahoga!

—¡Que alguien llame a un médico, maldita sea! —vociferaba Montero, levantado y haciendo aspavientos, buscando interceptar al primer camarero que pasara cerca—. ¡Llamen a un médico, por Cristo!

Frannie señaló los chiles a medio comer de su plato y Oliver, que tenía la mandíbula desencajada y solo podía sostenerla sin saber qué hacer, los contempló como si fueran una bomba a punto de explotar. Sintió que el entendimiento le golpeaba el estómago como un puño cerrado y entonces, comprendió lo que había pasado.

Y que era culpa suya.

—Llevaban nueces —declaró, comprobando con horror que el aire ya apenas entraba en la garganta obstruida de Frannie, que jadeaba en una agonía insoportable—, es alérgica.

Todo se volvió negro para ella, y sin poder responderle, se desmayó.

# 11

## DANDO Y DANDO, PAJARITO VOLANDO

—¿¿Cómo que estás en el hospital??

La voz de Teresa sonó histérica y mucho más aguda de lo que era en realidad al otro lado de la línea. Consciente de la diferencia horaria, Frannie la imaginó de forma muy vívida cerrando los hornos donde crecerían las masas con las que luego elaboraría su deliciosa repostería. La vio paseándose de un lado a otro con el delantal y las Crocs fucsias llenas de harina.

En su imagen, además, Teresa tenía la cara descompuesta por la preocupación, claro que, para ser justos, ella estaba mucho peor. Solo tenía que echarse un vistazo, enrojecida y todavía medio hinchada, con la vía en el brazo, el pelo hecho un moño sin orden ni concierto y aquella incómoda bata del hospital que la hacía sentir medio desnuda.

Las náuseas y mareos eran el colofón definitivo. De la vergüenza que suponía haberse desmayado en condiciones tan penosas delante de su jefe y su posible socio era mejor ni hablar.

—¿Qué se oye de fondo? ¿Es Work Song, de Hozier? Algún día tendrás que enseñarme a tener una playlist tan bien definida como la tuya. —No iba a colar, su voz rasposa lo hacía casi imposible, pero, aun así, Frannie lo intentó.

—No cambies de tema. —A Frannie le pareció oír un ruido metálico, algo como una espátula golpeando masa con mucha más ira de la necesaria—. ¡Estás en un país extranjero! ¡En el hospital!

Y lo decía tan indignada como si ella misma no se hubiera dado cuenta.

—Solo ha sido un pequeñísimo ataque de alergia —susurró, tratando de ponerse cómoda para que no le tirara la vía con el suero—, una tontería, en realidad, no sé ni por qué lo he mencionado.

—Fran..., ¡estás ingresada! Dime ahora mismo la dirección de ese hospital, la calle, el número..., no sé, algo para localizarlo.

—¿Por qué? ¿Vas a coger un avión y venir a México a darme la gelatina en

persona?

—¿Crees que no soy capaz?

Frannie sonrió. Aquello era cierto: de haber puesto una voz un poco más lastimera, Teresa se habría liado la manta a la cabeza y habría buscado en todas esas páginas de vuelos exprés, baratos e incómodos un billete para presentarse allí lo más deprisa que pudiera. En su fuero interno, aquel dominado por la morriña y la gran capacidad que tenía para echar de menos, Frannie casi estuvo tentada de aceptar la propuesta.

Por suerte, su sentido común solía sobreponerse a las debilidades.

—No ha sido para tanto —repitió, intentando que esta vez sirviera para algo—, me atendieron enseguida en la enfermería del hotel y después, el señor Montero insistió en enviarme al hospital Justo Sierra, en Guadalajara. El problema, es que está a una hora, más o menos, de Villa San Francisco. Imagínate la de contratiempos que he creado en un momento.

Desde la distancia, Frannie casi podía oír el rumiar del cerebro de Teresa. Con calma, entendió que necesitara tiempo para unir los puntos y entender la imagen al completo. Después de las inyecciones de rigor para contrarrestar el shock anafiláctico y una vez recuperada la capacidad de respirar, Frannie había sido llevada al hospital donde ahora se encontraba. Tenía cerca su maleta de mano y todas las comodidades que en ella guardaba. Por supuesto, se había enterado de todo eso a posteriori, cuando despertó de los calmantes, medio grogui, y una simpática enfermera —que bien podría protagonizar una telenovela escrita por Caridad Bravo Adams si quisiera— la había informado de todo.

—Estoy muy bien atendida y no me falta de nada —comentó, echando un vistazo a su bloc de dibujo y el desgastado libro romántico que tenía en el regazo—, solo te he llamado para que supieras que va todo bien.

Y para distraer su mente del papelón que había hecho delante de sus compañeros de cena, se dijo, aunque eso se lo guardó.

—¿Cómo se te ocurre comer algo que lleva nueces, Fran? ¡Parece mentira que no te hayas acostumbrado a pedir los ingredientes de las cosas! —Teresa había renacido de su leve mutismo con renovadas fuerzas—. Y mucho más estando en otro país.

Mordiéndose el labio, Frannie debatió consigo misma si callar en ese punto o dar a Teresa los detalles que le faltaban. Odiaba ocultarle cosas, aunque fuera para evitar que su enfado alcanzara cotas realmente peligrosas. Al otro lado de la línea, su amiga parloteaba sobre la importancia de pedir todos los datos de un plato desconocido antes de comerlo, experta como



era en aspectos culinarios de venta al público.

Al final, y quizá más por hacerla callar que por defenderse a sí misma —aunque le venía bien, pues Teresa no paraba de atacarla por su torpeza—, Frannie tuvo que cortarla y confesar el quid de la cuestión.

—Yo había ido al servicio y Oliver pidió los chiles —declaró, sintiéndose culpable al instante—; en realidad también el señor Montero y su mujer comieron lo mismo. Era el plato del día.

Un segundo de silencio previo al apocalipsis. Frannie cerró los ojos, y casi deseó volver a desmayarse. Bocazas, bocazas...

—¿Me estás diciendo que tu jefe fue incapaz de recordarle al camarero que su supuesta mujer era alérgica a las nueces?

—No creo que él mismo lo supiera.

«Mierda, mierda. ¿Quieres guardarte tus pensamientos para ti de una vez?».

—¿Me estás diciendo que ni siquiera ha preguntado...?

—Le di una lista con todo tipo de detalles antes de subir al avión —con un suspiro, Frannie se tocó las sienes. Los efectos secundarios de la medicación no se hacían esperar—, pero no tienes ni idea de lo complicado que...

—¿Me estás diciendo...?

—¡Por Dios, Teresa, para! —Frannie intentó cruzar los brazos, pero la vía limitó sus movimientos—. Ya no tengo ni idea de lo que te estoy diciendo, ¡no paras de interrumpirme!

—¿Te das cuenta de que a ese tío le importas tan poco que ni siquiera por tu salud se ha estudiado los puntos que le escribiste en esa dichosa lista?

Oír de boca de su mejor amiga la idea que ella misma había estado pensando dolió mucho más de lo esperado. Sobre todo porque la actitud de Oliver había sido tan increíble esos días que le resultaba muy difícil creer que de verdad la valorara tan poco. Claro que... solo tenía que mirarse, ¿no?

—Eso es muy injusto, Teresa. Tú no conoces a Oliver como para decir algo así.

—Lo grave es que tú lo conoces mejor que su propia sombra y, aun así, caes una y otra vez en lo mismo. —Otro sonido brusco. Lo que fuera que se estaba cocinando no saldría a la venta con amor, eso estaba claro—. ¡Has podido morir, Fran!

Era cierto. No que su vida hubiera corrido peligro, pues no había comido la cantidad necesaria de nueces como para que el shock anafiláctico hubiera sido fatal, pero sí que Oliver había pecado de no prestar ninguna atención. Frannie no esperaba que recordara sus flores favoritas, el nombre de sus

mejores amigas de los años de estudio o los títulos de libros que prefería para leer, pero en su fuero interno mantenía la esperanza de que, al menos, él tuviera la curiosidad suficiente —o el interés profesional— como para conservar en su memoria solo algunos detalles sobre ella.

Al menos lo principal, como sus alergias. No había sido así, y aunque podía haberse debido a un despiste desafortunado, no era el primero que su jefe cometía. Oliver había resbalado las suficientes ocasiones como para darle alas a Teresa con respecto a su odio hacia él, pero incluso con todos los hechos en su contra, había algo que Frannie mantenía como estandarte y nadie podía rebatirle.

—Desde que estamos aquí está comportándose de manera muy distinta, Tess. Para bien.

No tenía que verla para saber la cara de asco que debía de estar poniendo.

—Permíteme que lo dude, a la luz de los hechos.

—Está siendo cariñoso y detallista, Teresa, hablo en serio. Es amable, cercano, no tiene miedo a dejarse aconsejar.. No parece el mismo Oliver de la oficina, el que solo vela por sí mismo y sus intereses.

—Esa actitud que tanto te enloquece es justo eso, Fran. Velar por sí mismo. Está mostrando la cara que quiere que el tal Montero vea. La que le conviene para que sigas subida en ese barco.

—No es así, tú no puedes entenderlo, no convives con él.

Teresa quiso decirle que ella tampoco, que aunque hubieran pasado dos días juntos, con interrupciones breves de tiempo, aquello no era vivir juntos. Ni conocerse de verdad. Oliver representaba su papel tan a la perfección que no lo abandonaba en ningún momento durante las veinticuatro horas del día, estaba convencida de ello.

El problema era que Frannie creía lo contrario, y se esforzaba en defenderlo por razones que, quizá, ella misma desconocía, pero que Teresa sospechaba.

—Ten mucho cuidado con creerte de más ese cuento del matrimonio feliz.

—Soy muy consciente de la realidad, gracias. —Con un suspiro, se estiró sobre la cama, cubriéndose las piernas con la sábana—. La verdad es que ni siquiera puedo decir que haya habido momentos incómodos... Hemos dormido juntos, pero en un sentido extraño, yo estaba k. o. cuando él se acostó, y esta noche..., bueno, la cama de hospital no es de matrimonio.

—Pasaré por alto la pena que me parece interpretar en tu voz. —Frannie supo que estaba señalando con el dedo, aunque estuviera a un océano de

distancia—. Al final harás que me guste la idea del hospital, Fran. Solo porque eso me asegura que te alejas de sus zarpas.

—¿Crees que si me meto en la cama con él siendo consciente voy a perder completamente el norte?

La idea le contrajo el estómago, claro que también podía ser el urbasón que corría por su sistema.

—Perderás los cuatro puntos cardinales. —A pesar de la situación, Teresa la hizo sonreír—. Escucha, ojalá me equivoque y, como dices, él esté comportándose y actuando de manera más cordial y solícita contigo. Espero que note cuánto vales y el tipo de persona que eres. Y que te cuide.

—Lo está haciendo. —Frannie suspiró, recordando las miradas a través del espejo, los roces y caricias cuando nadie los estaba mirando o aquel beso compartido en la habitación del hotel, donde Oliver se había aferrado a ella y había buscado su boca con pasión, sin ningún motivo oculto que fuera aparente—. Lo hace, Tess, de verdad.

Como si lo hubiera llamado con el pensamiento, Oliver escogió precisamente aquel momento para entrar a la habitación. Llevaba la camisa blanca remangada, con algunos botones abiertos, y la chaqueta en la mano. El flequillo se le había despeinado por completo y le daba un aspecto desaliñado por el que muchos modelos de fama mundial habrían pagado millones a sus estilistas.

Al cruzar el umbral, le sonrió a Frannie, dejando sobre la mesilla de noche un paquete cuadrado con aspecto de comida de máquina expendedora. Por un loco segundo, ella temió que le llevara flores, uno de esos horribles ramos de hospital que la harían empezar a estornudar y por el que necesitaría otra dosis de calmantes, pero por suerte no fue así.

—Teresa, tengo que colgar —susurró en dirección al teléfono, sonriendo a Oliver como invitación a que no se quedara en la puerta—. Mañana volveré al hotel y te llamaré para que veas que no ha sido nada del otro mundo. ¿De acuerdo? Tendré que sacar partido a esa lata del roaming.

—Aprovecha la noche para reflexionar, Fran, por favor. Recuerda que esos días no son reales, no pueden contar para que subas a nadie a un pedestal, pero sí lo pueden bajar.

—Lo tendré en cuenta. Descansa, y no te preocupes.

Frannie cerró el bolso una vez dejó el móvil dentro y echó un vistazo desconfiado al contenido de la bandeja hermética que Oliver había traído. No estaba segura del todo de lo que podría ser aquello, aunque por su aspecto parecían esas flautas de pollo y queso precocinadas que vendían en

los grandes supermercados.

—Espero que cumpla mis duros requisitos alimenticios —dijo con sorna—. Como habrás podido comprobar, mi cuerpo es exigente sobre lo que acepta y lo que no.

—Por supuesto. Tiene doble ración de nueces, como a ti te gusta. —Oliver se sentó en una esquina de la cama, tocándole la pierna por encima de la manta. La sonrisa solo le duró un segundo—. Lo siento mucho, Frannie, no tengo cómo disculparme.

Tal vez fueran los focos de la habitación, pero le pareció que su semblante era bastante miserable en aquellos momentos. Tenía marcadas arrugas de preocupación y sus ojos lucían ese tono mate propio de la tensión del momento. Frannie sintió el deseo de aliviar su malestar, aunque el de ella fuera mucho peor.

—Estoy segura de que el camarero cantó los ingredientes tan deprisa que nadie les prestó atención... Podría haberme pasado incluso a mí.

—Pero he sido yo el que casi envenena a mi esposa delante de mi futuro socio.

Con la mano abierta, Oliver se cubrió el rostro de forma tan cómica que Frannie tuvo que reírse de la situación. Ella se había desmayado, pero antes de eso recordaba a Montero vociferando por un médico y a Angelita empeñada en hacerle tomar agua a pesar de que ni siquiera podía respirar. Un espectáculo digno de cualquier teleserie.

—¿Te estás riendo? —Oliver enarcó las cejas, mirándola como si le hubiera salido una tercera oreja en el centro de la frente—. Tus reacciones no son muy normales.

—Admite que fue un show muy bueno. Creo que el camarero estaba más pálido que yo.

—No sé cómo vamos a solucionarlo.

Oliver estaba convencido de que una torpeza semejante conllevaría otros problemas, además de afectar a la salud de Frannie. Por más que los médicos insistieran en que después de la inyección estaría como nueva en unas horas, aquella sensación de remordimiento que había empezado a degustar horas antes, con el episodio del collar, se había incrementado hasta la alerta roja.

La voz interior que pugnaba por buscar ideas con las que contentar a Montero tras el fracaso de la cena parecía hacerse más pequeña conforme más minutos pasaba observando a Frannie en aquella habitación. Pálida e incómoda aunque hiciera parecer lo contrario. Oliver se sentía culpable de

su estado, y por primera vez en su vida no hallaba palabras o gestos con que redimirse.

Ninguna de sus tretas habituales valía para Frannie. La había dañado de forma física por ser un incompetente, y esa era una verdad que tardaría mucho tiempo en olvidar.

—Estoy segura de que tanto Angelita como Montero lo entenderán —le dijo ella con el acostumbrado tono de voz que usaba para aligerarle las pesadas cargas—, no van a olvidarse de sus intenciones de trabajar contigo por esto.

—No me refiero solo a eso. —Con sorpresa, encontró que contar lo que de verdad sentía no era tan complejo—. Si hubiera prestado más atención, me habría dado cuenta de que no podías comer los chiles con nueces.

—Ya me has pedido perdón.

—¿Y eso te parece suficiente?

—¿Esperabas que pidiera una joya a cambio? —Frannie se toqueteó la barbilla, alzando los ojos al cielo en una pose que a Oliver le resultó muy tierna—. Veamos... Tendría que escogerla yo, así que siempre podría ser algo de un precio exorbitante.

—Touché. —Sonrió de medio lado, reconociendo la ironía—. Está claro que eres mucho más generosa que yo. Suelo guardar este tipo de cosas para sacarlas en el futuro. Mi rencor no conoce límites.

—Bueno, yo no he dicho que no vaya a echártelo en cara la próxima vez que intentes provocarme una crisis alérgica.

Frannie, que se sentía especialmente benévola, le sonrió. Cuando él puso en ella una vez más aquella mirada felina, sus buenas intenciones pasaron por completo a un segundo plano. ¿Sería lícito pedir sexo de hospital como compensación? ¿Estaba realmente pensándolo o los químicos que ahora nadaban en sus venas hablaban por ella?

Y lo que era aún más importante: ¿aceptaría Oliver?

«¡Déjalo ya!».

—Te prometo que seré un marido mucho más dedicado y atento a partir de ahora. —Con la yema del dedo índice, Oliver resiguió el interior del brazo de Frannie, pasando por alto los tubos que le administraban el suero—. Te he traído la cena, y fui yo quien preparó tu maleta personal para que estuvieras más cómoda, ¿crees que voy bien?

—Nadie dudaría de tu preocupación —musitó, todavía alterada por las escenas que su imaginación había recreado.

—Estupendo. Entonces come algo y procura no morirte estando a solas

conmigo. Me daría una imagen terrible.

Le alcanzó las flautas envasadas y ella asintió, asumiendo comer como algo válido que le mantuviera la boca ocupada.

Ya fuera por guardar las apariencias o no, Oliver permaneció en la habitación con Frannie durante tres horas más, hasta que finalizó el permiso de visitas. Durante ese periodo de tiempo, le dio conversación, la hizo reír e intentó, en vano, lograr que le enseñara los misteriosos dibujos que tan celosamente ella guardaba en su cuaderno. Hasta se puso de pie ante ella y le hizo toda una demostración de cómo conseguir un hoyo en uno con un palo de golf imaginario sujeto entre las manos.

Estuvo sentado en el sofá de los visitantes, observándola mientras comía. Incluso mientras llamaba a Tomy para asegurarse de que los asuntos de Publicidad Hamer iban como debían —lo oyeron gruñir y soltar improperios a causa del cambio horario que a su jefe parecía no importarle—, Oliver se negaba a quitarle los ojos de encima ni un solo momento. Estuvo atento a las valoraciones que hizo la enfermera que pasó a comprobar el estado de Frannie, le sirvió agua en el vaso cuando este se vació y su actitud solícita fue en aumento conforme se acercaba el momento de la despedida.

Frannie intentó ponerse a leer, dolorosamente consciente de que la mirada de Oliver no se apartaba de ella. Un poco inquieta, se preguntó si él pretendía solo fingir que se preocupaba o si, por el contrario, de verdad estaba tan conmovido por verla en ese estado que, de forma natural, había decidido mantenerse presente.

Montero no sabía si estaba o no con ella, se dijo, de modo que todo ese despliegue debía de haberle salido a Oliver de forma natural. Nadie podía ser tan cínico durante tanto tiempo, ¿verdad?

Aunque una mentira los hubiera llevado hasta allí, en los momentos en que se encontraban a solas todo parecía honesto y verdadero entre los dos. Por un momento, Frannie le devolvió la mirada, preguntándose si habría bajo aquella coraza algo mucho más hondo de lo que ella pensaba. Tal vez Oliver se sintiera responsable de su suerte y por eso estuviera con ella, pero también era posible que la apreciara sinceramente y cuidarla naciera de su interior.

¿Empezaban a equilibrarse sus roles? ¿Ya no era una empleada para él que solo estaba haciéndole un favor? Tal y como estaban las cosas, Frannie casi se sentía con pleno derecho a asegurar que Oliver nunca la defraudaría ni haría nada para perder su confianza. En el terreno profesional, él la respetaba, y aunque estaban juntos en aquel paripé, llegado el momento,

sabía que él no la utilizaría con crueldad.

—Pasaré por alto que has dejado la comida casi entera...

—Todavía tengo un poco de náuseas —se excusó, poniendo el libro sobre la mesilla—, prometo que no es desconfianza.

Acercándose despacio, Oliver tomó la novela y lo miró con curiosidad. Las tapas estaban un poco ajadas y no cerraban bien, prueba evidente del uso que sin duda Frannie le habría dado. Algunas páginas estaban dobladas, aunque ella señalaba el capítulo por el que se había quedado con un folleto de propaganda delgado que Oliver reconoció como uno de los que tenían en la recepción del hotel.

—Me gusta llevarme esas cosas como recuerdo —se excusó Frannie al verlo mirarla con suspicacia.

—«El diablo en invierno» —leyó Oliver, dando la vuelta al libro para ver su sinopsis—. No debes de tenerle mucho aprecio teniendo en cuenta el estado de conservación.

—¡Al contrario! —Frannie recuperó el libro, abrazándolo contra su pecho, como si así lo protegiera de los insultos de Oliver—. Es una primera edición. Ni te imaginas lo que significa para mí haberlo conseguido.

—Está claro que no entendemos el valor de las cosas de la misma manera.

—Incluso tú debes de saber lo que supone tener una primera edición de algo, Oliver. —¡Cuántas librerías y tiendas de segunda mano había recorrido! Había abierto tantos ejemplares, buscando el tiquet dorado, que casi había perdido huellas dactilares.

—Puede ser —él se echó el flequillo hacia atrás—, pero siempre he creído que una primera tirada no tiene mucho mérito. Una vigésima, por el contrario... Si algo es tan bueno como para que lo saquen a la venta veinte veces, será más productivo hacerte con una de las versiones más nuevas y lucrativas, ¿no?

—Hablar así de un libro es soez.

Oliver se rio, recogiendo su chaqueta del respaldo del sofá y procediendo a bajarse las mangas de la camisa para luego ponérsela. Una vez estuvo lo más presentable posible, se apoyó en la cama, inclinándose hacia Frannie de tal modo que ella pudo casi contarle las pestañas, una a una.

—Respeto tu punto de vista emocional y sin ningún fundamento empresarial.

—Muchas gracias.

La sonrisa cínica de Oliver hizo que la piel se le volviera tibia. Con suavidad, como siempre, él la tomó de la barbilla, mirándola muy de cerca,

como si esperara encontrar un rasgo nuevo y hasta el momento desconocido en ella.

—De todos modos, te compraré otro. Si tanto te gusta esa historia, al menos léela en un libro que no se caiga a pedazos cada vez que pases las páginas.

—Que no sea una vigésima edición. —Tragó saliva, segura de que él se daría cuenta en cualquier momento de que estaba sufriendo una arritmia cardíaca.

—Me aseguraré de ello.

Con los dedos todavía bajo su barbilla, Oliver la acercó a su rostro hasta que sus labios se rozaron en un beso tan suave e imperceptible que Frannie casi creyó haberlo imaginado. Cuando se separaron, ella parpadeó, despertando de una ensoñación que había revuelto todo su cuerpo más de lo que habían logrado las nueces.

—¿Estás segura de que no quieres que me quede a pasar la noche?

—¿Has dormido alguna vez en un sofá de hospital? —Frannie sonrió al verle torcer el gesto—. Es mucho más incómodo de lo que parece.

—Seguro que he dormido en sitios peores. —Las camas del orfanato, sin duda, habían dejado huellas imborrables en su espalda—. Y aunque no fuera así, lo haría por ti.

Vio verdad en sus ojos; estaba segura de que no se trataba de su corazón alterado o su cerebro medio derretido por el beso. Oliver estaba haciendo un ofrecimiento sincero, por culpa o de buena fe, tanto daba. El gesto la conmovió, pero se obligó a negar con la cabeza, consciente de que no había ninguna necesidad médica que hiciera necesario que tuviera compañía esa noche. Además, si él estaba presente, no pegaría ojo.

—Descansa entonces, vendré a recogerte por la mañana.

Lo vio salir de la habitación, llevándose de pronto todo el aire con él. Abrazada todavía a su ejemplar manoseado de *El diablo en invierno*, Frannie dejó caer la cabeza sobre la almohada, a sabiendas de que habría un único protagonista en sus sueños narcolépticos de esa noche.



# 12

## MATAR PULGAS A BALAZOS

Aunque la intención de Oliver fue cumplir su palabra y recoger a Frannie del hospital a primera hora de la mañana siguiente, sus planes se vieron truncados al toparse de frente en recepción con Henry Montero.

Después de toda una noche preguntándose qué cara pondría el empresario del automóvil cuando volvieran a verse después del estropicio de la cena, Oliver se mantuvo callado, expectante, esperando que Montero le hiciera partícipe de sus conclusiones. Rogó en su interior que fuera benévolo y no tomara su error garrafal como una prueba de que no conocía de Frannie todo lo que un marido debía saber.

Por lo visto, sus súplicas recibieron atención inmediata.

—No podía dejar pasar las horas sin interesarme por el estado de salud de su señora, Hamer —dijo Montero, cruzando los brazos sobre su abultada barriga—, desagradable asunto el de la cena, sí, señor. Muy desagradable.

—La verdad es que no comprendo cómo pudo pasar. —Oliver puso su mejor cara de inocencia, consciente de que gran parte de la culpa, si no toda, era suya—. Estoy convencido de que el camarero me avisó de que el plato llevaba nueces, pero...

—Bueno, bueno, Hamer, no se castigue más. Todos hemos resbalado alguna vez con algo relacionado con la pareja. No es el fin del mundo, si ella está bien..., mejor dejarlo en un incidente aislado. —Montero le dio un amistoso golpe en el brazo, mostrándose solidario—. No permitamos que nos estropee los días que les quedan aquí.

Agradeciendo a todos los santos en los que no creía su buena suerte, Oliver sonrió mientras asentía con fervor. Nada quería más que agarrarse a aquel clavo que Montero le ofrecía con todas sus fuerzas, deseando poder olvidarlo y centrarse en la meta, que, aunque cercana, empezaba a verse difusa en su imaginación.

—Cuénteme, Hamer, ¿cómo está ella?

Oliver, que todavía no había llamado al hospital por temor a despertar a

Frannie, decidió contarle un resumen de la noche anterior, última vez que la había visto y habían hablado.

—Mejor. Sigue algo mareada, con náuseas y apenas quiere comer, pero el médico dice que poco a poco su cuerpo se irá normalizando y se encontrará bien del todo.

—¿Efectos secundarios? —Las cejas de Montero se alzaron—. Caramba, no pensé que esas cosas atacaran tan fuerte.

—El viaje, el cansancio, el jet lag..., todo eso pudo afectar a Frannie, haciendo el shock alérgico peor —Oliver se encogió de hombros, recordando las palabras del médico con la mayor exactitud posible—; su estado es algo delicado por todos esos factores.

—Y dice que... ¿tiene náuseas y mareos?

Oliver asintió. Había visto a Frannie tan pálida que había estado bastante preocupado, aunque era un sentimiento que se había guardado para sí mismo.

—Todo el rato, ayer estaba de un color amarillento bastante preocupante, la verdad. Pero en el hospital nos aseguraron que en cuanto coma en condiciones...

—¡Hamer, semental! ¿No se ha dado cuenta?

El segundo manotazo en el hombro propinado por Montero casi hizo desestabilizarse a Oliver, que temió que sus pies perdieran un paso y se viera propulsado contra el suelo. El empresario, que ahora tenía una sonrisa más que burlona pintada en su cara redonda, lo miraba como si de repente se hubiera vuelto tonto.

—Disculpe, pero no le sigo...

—Hombre, es evidente que esa mínima cantidad de nueces dentro del relleno de los chiles en nogada no puede llevar a una mujer sana y fuerte al hospital.

Él había pensado lo mismo, pero no siendo alérgico a nada, no podía decir que supiera de lo que estaba hablando. El médico había dicho que los atenuantes habían podido empeorar el estado de Frannie, pero que de todos modos, si la alergia era grave, hasta una ínfima cantidad del alimento en cuestión podía tumbar a un hombre. Y llegar a matarlo si no se tomaban las medidas pertinentes.

—Puede ser, pero, como le digo, hay que tener en cuenta otros factores, el tipo de comida, los cambios de hábito por el viaje...

—¿Un posible embarazo, quizá?

Oliver abrió la boca, pero después la volvió a cerrar. Con las cejas

enarcadas, se preguntó cómo era posible que Henry Montero hubiera podido llegar a una conclusión semejante, ya que, en su opinión, nada sostenía la hipótesis de que Frannie pudiera estar embarazada. No obstante, y antes de poder siquiera negar con la cabeza, Montero empezó a frotarse las manos, esbozando aquella sonrisa satisfecha que Oliver solo le había visto en contadísimas ocasiones y, casi siempre, ante la comida o el tequila.

—Tiene todo el sentido, ¿no le parece, Hamer? La mujer se pone muy sensible cuando está en estado, la comida le cae mal, se muestra cansada y más débil a este tipo de cosas. O dígame, ¿acaso se indispone con frecuencia cuando están en casa?

—Pues... no, la verdad es que nunca la había visto enferma.

Salvo el permiso por la defunción de su madre, Oliver no recordaba que ella hubiera faltado al trabajo ni siquiera por una gripe. A toda prisa, empezó a negar con la cabeza. El tiempo se le echaba encima, tenía que recoger a Frannie, y los balbuceos del presidente de hm Motors no hacían más que retrasarle.

—Escuche, Montero, no creo...

—Lo sé, lo sé, probablemente sea demasiado pronto para sacar los puros. Sé cómo funcionan estas cosas. Primero debe enterarse la familia, la cosa tiene que cuajar..., ese tipo de detalles.

—No es eso lo que quería decir. —Consultando el reloj, Oliver gruñó por lo bajo, imaldita fuera! No tenía tiempo de aquello—. Mire, ahora no puedo entretenerme, pero le aseguro que Frannie no...

—¿Cómo no me dijeron nada en un principio? ¡Demonios, coger un avión a México cuando la posibilidad de un hijo está presente! ¿No sabe lo peligroso que es?

—Usted quería que viniéramos. Lo exigía en sus capitulaciones.

Dichoso viejo loco, ¿es que no se daba cuenta de que Frannie estaba esperándolo? Oliver solía respetar a los hombres de negocios, sobre todo aquellos con los que aspiraba a trabajar, pero en esos momentos Montero parecía más una cotilla de rellano que un empresario respetable. Se negaba a atender a razones, por más que él intentaba explicarse con la brevedad que daba la prisa.

Por otra parte, su ansiedad por comprobar que Frannie seguía en plena forma empezaba a ponerle de tan mal humor que pronto echaría humo por las orejas.

—¡Pero no habría insistido si hubiera conocido el caso! —Golpeándose el muslo con la mano, Montero chascó la lengua—. Tal vez debamos acortar

las vacaciones... No me cabe duda de que querrá que su propio médico la revise y esté pendiente de todo... —Perdido en sus propios pensamientos, Montero pareció encontrar de pronto la solución—: Ya está, decidido. Lo organizaré todo para revisar ese contrato de una vez por todas. ¡La salud de la futura madre lo es todo!

Oliver, que solo había podido retener trozos sueltos de la conversación mientras intentaba, en vano, explicar a aquel apasionado de la vida familiar que no iba a ser padre, se quedó de pronto bloqueado.

Una única idea reinó en su mente, eclipsando su preocupación: Frannie y todos los buenos deseos de recuperación y cuidados que había fraguado la noche anterior. Henry Montero creía que ella podía estar embarazada, motivo por el que estaba dispuesto a reducir aquella infernal prueba constante y firmar el contrato que le daría a Oliver, por fin, su billete de entrada al Olimpo de los publicistas.

La alergia de Frannie a las nueces se había convertido en la tecla apropiada para manejar la voluntad de Montero. Su inesperada enfermedad, el hecho por el que Oliver había temido verse apartado de un manotazo, había sido la solución.

«Si me exigía ser un hombre casado..., estar a punto de formar una familia, solo podría allanarme más el camino».

Mentir era un arte que dominaba sin el menor conflicto moral; seguirle la corriente a Montero fue como tomar una bocanada de aire fresco en lo alto de una montaña. Fácil y placentero.

—Creo que eso sería lo mejor. —Dejando caer los hombros, Oliver suspiró como un hombre que llevaba semanas ocultando un gran secreto de la mejor forma que podía—. Es muy pronto para tomar riesgos y hacernos ilusiones, pero estando en casa...

—Por supuesto, muchacho —exclamó Montero, tan extasiado que hasta lo tuteó por primera vez—, ¡no tienes ni que decírmelo! Ante situaciones como esta, todo lo demás pierde importancia. ¡Caramba, lo preocupado que tienes que haber estado!

—Le agradezco mucho su comprensión, señor. Y disculpe por no haberle hablado de nuestras sospechas antes... Temíamos que no llegaran a buen puerto si lo compartíamos demasiado pronto.

El entusiasmado empresario aseguró no sentirse ofendido en absoluto por la piadosa mentira. Encantado, escoltó a Oliver hasta la salida del hotel, dándole toda una diatriba de ánimos y esperanzas sobre aquel supuesto retraso que debía convertirse en su primer hijo. Le habló de los suyos, que

ya habían volado del nido, y compartió una suerte de memorias que Oliver solo escuchó a medias.

Olvidando su palabra de ceñir las mentiras que debieran contar a la mayor realidad posible, Oliver solo se centró en una cosa: tener el contrato para el anuncio de la flota de vehículos de Hm Motors entre las manos, y cegado por ello, ni siquiera se planteó hacer a Frannie partícipe de aquel nuevo giro en su historia, ¿para qué? Él bien podía cargar con las implicaciones que tuviera por sí mismo.

Después de todo, ambos luchaban por el mismo objetivo, ¿qué más daba cómo lo consiguieran?

«El fin justifica los medios —se dijo con convencimiento—. Ella estará de acuerdo».

Sobre todo, si no se enteraba.

Tras una inesperada llamada de Montero unas horas después, tanto Oliver como Frannie alteraron sus planes inmediatos de regresar a Villa San Francisco y decidieron almorzar en los alrededores del hospital, haciendo tiempo hasta la hora convenida en que Javier Marzagán, el empleado de confianza que los había acompañado el día de su llegada, acudiera a recogerlos para trasladarlos al siguiente punto de la ruta, todavía desconocido.

Dando vueltas a su ensalada hasta desgranar cada ingrediente, Frannie no podía apartar los ojos de Oliver, que comía con apetito y sin dejar de sonreír —por difícil que fuera hacer ambas cosas prácticamente a la vez—. Desde que había ido al hospital a por ella, su humor era tan bueno como el de cualquier crío en la mañana de Navidad.

—¿Puede saberse por qué estás tan contento? —insistió, mirando con ojo crítico el huevo duro que acababa de atravesar con el tenedor—. Pareces un payaso colocado.

Él sonrió, limpiándose las comisuras de los labios con la servilleta de papel. Había ido a buscarla con su semblante más cariñoso, llevándole bombones sin relleno y todos los papeles del alta firmados. ¡Un marido ejemplar! Y con un as bajo la manga que hacía que el mundo volviera a girar como debía.

—Podría preguntarte por qué estás tan gruñona, pero soy un caballero.

—Acabo de salir del hospital, dame un respiro. —Subiéndose las gafas por la nariz, Frannie jugó al fútbol en su bol de plástico con un tomatito cherry

que no se decidía a comer—. Vamos, por favor, isuéltalo de una vez!

—Ya te he dicho que creo que Montero está a punto de ceder. —Oliver se encogió de hombros, dando un trago a su Coca Cola Zero y guardando muy bien las apariencias de ser un hombre que no tiene nada que esconder—. Además, estás aquí delante, sana y con un color casi humano comiendo conmigo. ¿No son motivos suficientes para estar de buen humor?

Buen intento. Frannie se lo reconoció, pero no era suficiente.

—Todavía quedan casi dos días para que se cumpla su plazo.

—Dudo que los gastemos del todo. —Oliver cargó su tenedor con un poco de todo y dio un gran bocado—. Confía en mí, tengo... una corazonada.

Todas las alarmas de Frannie se encendieron de golpe. ¿No eran aquella seguridad y aquel aplomo la prueba de que el volcán iba a explotar? Se la había visto antes, justo cuando hacía algo que bordeaba la delgada línea que separaba lo legal de lo que no lo era.

—¿Algo que yo deba saber? —le cuestionó, aunque imaginaba que, si no se lo había sacado ya, tenía pocas posibilidades.

—Nada importante —mintió él con toda naturalidad—, tu accidente le habrá suavizado, eso es todo.

—¿Y has sacado todo eso de una simple conversación casual esta mañana?

—Observo y uso esa información a la que ya tenía. Tú me lo enseñaste, ¿no estás orgullosa de mis progresos, cariño?

Frannie se encogió de hombros y decidió seguir comiendo, en vistas de que no iba a obtener más información que aquella. Tampoco sabía adónde irían a continuación, aunque lo único que le pedía el cuerpo era darse una ducha en aquel maravilloso baño del hotel y, quizá, pasar una tarde tranquila y solitaria en compañía de ese nuevo Oliver al que estaba empezando a descubrir.

Le gustaba. No era ningún nuevo hallazgo que la pillara por sorpresa, pero decirlo en voz alta, aunque fuera dentro de su cabeza, suponía una verdadera revelación. Que estuviera tan preocupado y pendiente de ella, que en su presencia solo mostrara calma y sosiego y evitara preocuparla decía mucho a su favor. ¿Cuándo había sido así de detallista antes, anteponiéndola a ella a sus propias peticiones y deseos?

«Nunca. Sigo siendo su secretaria, dedicarme a sus necesidades es por lo que me paga, así que no tendría por qué hacerlo».

Pero ahora lo tenía ahí delante, positivo y animado. Ciertamente esperaba poder marcharse de México cuanto antes, con su ansiado anuncio bajo el

brazo —ella también, se recordó, tenía planes para aquel porcentaje, sueños y esperanzas en tonos otoñales—, pero era tan distinto al principio... Ya no se parecía demasiado al hombre que necesitaba la Agenda Roja de las despechadas.

Todo aquello no podía ser solo por interés, por mantenerla de su lado para que los planes salieran bien. Era consciente de que, sin su presencia, el factor «hombre casado» no habría tenido validez, pero Oliver no podía ser tan cínico como Teresa pensaba: aquellos días compartidos, aunque escasos, le decían que no estaba equivocada.

«¿Entonces qué significa esa inquietud que siento en el estómago...?».

—Oliver..., si hubiera algún cambio de planes..., me lo dirías, ¿verdad?

Él, que había estado entretenido mirando su teléfono, levantó la vista con el ceño fruncido. Con toda delicadeza, dejó el aparato en el bolsillo interior de la americana color beis que llevaba puesta y, estirando la mano, le rozó cariñosamente la nariz a Frannie.

—Cariño, no hay ningún plan sin que tú estés en él. Eres mi esposa. En la salud, la enfermedad, la mentira..., ¿recuerdas? La palabra dada a Tomy vale tanto como la que se dice ante un cura.

—Aun así, ¿si hubiera algo...?

—Deja de preocuparte. —Oliver usó su tenedor para pinchar un tomatito y acercarlo a la boca de Frannie, tentándola con el suave dulzor acariciándole los labios—. Céntrate en comer y recuperar fuerzas. No querrás estar convaleciente para el gran momento, ¿verdad? Vamos, cielo, abre la boca. Por mí.

Con aquella sonrisa podría convencer a un esquimal de que encendiera un hornillo dentro de su iglú, decidió Frannie, que no obstante asintió y comió con obediencia, incapaz de negarse a esa mirada tan segura de sí misma, empañada quizá por unos secretos que no estaba segura de querer conocer.

Entre tanto, la mente de Oliver libraba una dura batalla que había comenzado desde que entrara en la habitación del hospital donde Frannie había pasado la noche. En un principio, se había planteado la posibilidad de contarle sin la menor importancia el error el que había caído Montero y del que él no lo había sacado, convirtiéndolo en algo anecdótico que usar a su favor.

Después, a medida que pasaba el tiempo y mientras la veía recogía sus pertenencias, decidió que su primer impulso había sido el acertado. Se dio cuenta de que probablemente ella, que tantos problemas había puesto al principio a toda aquella locura del matrimonio falso, no estaría de acuerdo

con el giro de los acontecimientos, e insistiría en decir la verdad. Sus escrúpulos y sentido de la decencia así lo exigirían, estaba convencido. Frannie no usaría a un hipotético bebé para ganar nada. La conocía lo bastante para saber que no jugaría con la maternidad.

Oliver confesaría, por descontado: un embarazo inexistente era algo imposible de mantener, pero eso saldría a la luz a su debido tiempo. Por ahora, pensaba agarrarse a aquella sospecha anidada en Montero hasta que tuviera entre los dedos su copia del contrato. Después... Bueno, los accidentes pasaban.

Mantener a Frannie en la ignorancia era vital para que su artimaña no se descubriera. Ya vería él cómo sacar a los implicados de la equivocación — con los menores daños posibles—, cuando el momento le conviniera. Después de todo, lo único que tenía que conseguir era evitar que Henry Montero le hiciera algún comentario alusivo a Frannie sobre su estado la próxima vez que la viera.

Para ello, simplemente tenía que mantenerse pegado a ella en todo momento. Algo que según sus últimos descubrimientos no sería difícil de cumplir.

—Mira, ahí está Javier —anunció Frannie, cogiendo su bolso del respaldo de la silla y dejando recogidos los restos de su almuerzo sobre la bandeja.

En efecto, el atractivo empleado de Montero bajó del mismo coche en el que los había recogido el primer día y procedió a abrir las puertas para que los invitados de su jefe pudieran subir. Una vez la maleta de Frannie estuvo guardada, Marzagán sacó del asiento trasero una cesta de tamaño considerable llena a rebosar de magdalenas y muffins de todos los colores y coberturas posibles.

Ante la atónita mirada de Frannie, Javier se la entregó con una sonrisa brillante y una reverencia muy caballerosa que hizo a Oliver apretar los dientes, incómodo. Parecía que el galán de culebrón no se rendía con facilidad.

—El señor Montero quería devolverle el gesto que quiso tener con él a su llegada y tanto disgustó le costó. Está seguro de que estos dulces no se pueden comparar a los caseros que usted hizo, pero espera que le agraden.

—Seguro que están exquisitos, todo un detalle —se apresuró Oliver, temiendo que Frannie, en aras de la honestidad, admitiera que aquellas olvidadas magdalenas del avión no habían sido obra suya—. Muchas gracias.

Ella se había quedado absorta, con la vista perdida en una catrina



mexicana que le sonreía con sus grandes ojos brillantes hechos de fondant.

—Caramba..., no sé qué decir...

—Solo disfrútelos, señora. —Javier le sostuvo la puerta y cogió la cesta para que ella pudiera subir al coche con comodidad—. Ah, le aseguro que ninguno lleva una sola pizca de nuez. Nos hemos asegurado a conciencia.

—Bueno es saberlo. —Por fin, Frannie fue capaz de sonreír sin rigidez—. ¡Menudo atracón de magdalenas! Muchas gracias, de verdad, se lo transmitiré en persona al señor Montero, aunque no creo que pueda comérmelas todas.

—Tonterías —Javier ocupó el lugar del conductor, haciéndoles un guiño a través del espejo retrovisor—; con suerte, ahora podrá comer por dos, señora.

—¿Cómo...?

—Que nos las acabaremos los dos —determinó Oliver, tomando uno de los muffins cubiertos de glaseado rosa y mordiéndolo con fuerza, ofreciéndole luego el resto a Frannie.

En tanto el coche arrancaba y tomaba una dirección sin identificar, el azúcar de Oliver se disparó a niveles tan altos como sus nervios. Tal vez, pensó con preocupación, había sido demasiado optimista sobre lo fácil que iba a resultarle mantener su doble mentira oculta.

Más valía que la firma tuviera lugar pronto o todo aquello le explotaría en la cara.

# 13

## CON AMOR Y AGUARDIENTE, NADA SE SIENTE

Resultó que el plan de Henry Montero para aquella soleada mañana fue acudir a una charrería en el mismo centro de Guadalajara.

Frannie nunca había presenciado nada parecido, así que abrió la boca tan pronto entraron al recinto y ya no volvió a cerrarla. Ocuparon sus asientos en unos bancos colocados frente a la plaza de arena amarilla y contemplaron, absortos, cómo una gran cantidad de hombres y mujeres ataviados con el típico traje de charro iban aproximándose a los engalanados caballos, que aguardaban el momento de salir a escena y lucirse en todo su esplendor.

Montero, que había acudido solo en aquella ocasión, llevaba puesta una alegre camisa mexicana y un sombrero para protegerse del calor. A su lado, una cómoda nevera portátil y una cámara de fotos último modelo esperaban entrar en acción.

—Podéis pedir bebidas en el puesto si queréis, pero este no es mi primer rodeo, Hamer y señora. —Con un guiño, Montero sacó una Negra Modelo y dio un buen trago—. Sé que si me levanto a hacer cola me perderé gran parte del espectáculo. Os aseguro que nunca habréis visto nada igual.

Conforme los integrantes de los grupos iban haciendo aparición, Montero, sentado junto a Frannie, empezó a contarle algunas de las nociones básicas más importantes, en tanto Oliver observaba, atónito, cómo el inaccesible presidente de hm Motors se convertía poco más que en un agradable abuelo que disfrutaba parlotando de todo cuanto veía.

Le oyó explicarle a Frannie, por ejemplo, la gran importancia que tenía en aquel evento que se cumpliera el reglamento antes de comenzar, y este pasaba por que el atuendo de los participantes fuera rigurosamente correcto. El traje de charro tradicional estaba formado por pantalón de corte charro sin bolsillos traseros, chaqueta y chaleco en caso de los trajes de gala, pachuqueña de colores serios y corbata de moño, chaparreras de cuero que se colocaban por encima del pantalón, sombrero de ala ancha

lorenzana de copa alta bordado o galonado, botín charro y espuelas.

Asimismo, el evento constaba de varias categorías, lo que podría darle una duración aproximada de tres o cuatro horas, dependiendo de la maña de los participantes.

—Van a comenzar con una escaramuza —comentó Montero, cogiendo la cámara y disparando al ruedo unas cuantas instantáneas—, es una coreografía, a trote o a galope. Se puntúan la velocidad y el estilo.

Frannie vio un grupo de hermosas mujeres con trajes de vivos colores aproximarse al tendido. Llevaban las riendas de sus caballos y parecían recibir instrucciones antes de comenzar. Para su sorpresa, las Amazonas montaron de lado, y mientras se sujetaban a las riendas con una mano, iniciaron el saludo con la otra.

La música de los mariachis comenzó a sonar en tanto ellas iniciaron su exhibición, compitiendo por equipos y demostrando pericia, porte y estilo en su manejo del caballo y el terreno. Además, regalaban una gran belleza de movimientos, una clase y postura sobre el animal que creaban envidias entre los hombres más experimentados.

Oliver, que estaba sentado al otro lado y había mantenido un silencio casi sepulcral desde que habían llegado a la sede de la charrería, estaba ahora completamente concentrado en contemplar a Frannie. Ella se había recogido el pelo en una trenza que le caía sobre el hombro; su boca, abierta de la impresión ante la pericia con que veía manejar caballos de tamaño considerable a mujeres menudas, tendía a la sonrisa constante, extasiada como una niña que valora lo nuevo del mundo que empieza a conocer.

Pronto, Frannie comenzó a batir palmas al ritmo de la música, animando a sus charras favoritas, haciendo preguntas con toda confianza a un Montero que estaba más que encantado de gesticular y explicarle con todo lujo de detalles lo que veía. Vitoreó y casi saltó del asiento cuando una de las muchachas perdió un paso y estuvo cerca de estropear la elaborada coreografía.

Oliver no se veía capaz de prestar atención a nada que no fuera ella. Bien podría estar rodeado de algunas de las mujeres más bellas y exóticas del mundo, que aquella felicidad visceral que su secretaria demostraba eclipsaba incluso el magnífico espectáculo que estaba teniendo lugar en la plaza. Nada habían mirado sus ojos que fuera tan bello como la expresión de alegría de Frannie. Su gesto se le clavó muy hondo, dándole un tirón en algún lugar oculto entre el pecho y el estómago cuya existencia había desconocido hasta entonces.

—¿Te diviertes? —le preguntó Oliver, debiendo alzar la voz cuando los aplausos al final de la Escaramuza rompieron a sonar, ensordeciéndoles—. Pareces muy animada.

—¡Jamás había visto algo como esto! —gritó ella, removiéndose en el asiento, porque permanecer quieta era imposible—. ¡Ha sido increíble!

—¿Ni siquiera en las películas?

—Como si el cine pudiera compararse con el olor y los colores que tenemos delante, Hamer. —Montero lanzó un par de fotos más, silbando con toda potencia en tanto las charras abandonaban la arena—. Esta es la esencia de México, ¡empápate de ella, carajo!

«Lo que quiero es empapar un contrato con tinta, maldita sea, ¿no habíamos quedado en agilizar el proceso?».

Pero de nada valdría presionar en un momento como aquel, con Montero rendido a los sonos de los mariachis y Frannie embelesada de cada movimiento que tenía lugar ante ella. Mirándola con fijeza, Oliver suspiró. Qué demonios..., había estado enferma por su culpa, merecía divertirse. Por verla tan feliz, merecía la pena retrasar la firma un poco más.

—Sí..., creo que usaré una bebida para eso. —Oliver puso la mano sobre la mejilla de Frannie para llamar su atención. La notó demasiado cálida—. Estás un poco sofocada, te traeré algo de beber.

—¡Vas a perderte las suertes! —la oyó decirle a viva voz, sin apartar prácticamente la mirada del ruedo.

—Tú me las contarás.

Con un guiño, Oliver se levantó de su asiento, dirigiéndose al puesto de bebidas más próximo, donde, tal como temía, había ya una cola considerable. Sin quitar ojo a su espalda, temeroso de que su ausencia soltara la lengua de Montero y este hiciera a Frannie algún comentario inapropiado que descubriera la mentira del embarazo, aguardó su turno con impaciencia, dándose aire con la mano en un inútil intento de apartar el calor.

Su mirada dio entonces con otro puesto cercano al de bebidas, solo que este ofrecía toda clase y variedad de sombreros charros. Con una sonrisa malévola, se sacó la cartera del bolsillo trasero de los pantalones y decidió que, ya que tendría que esperar bastante para refrescar la garganta, al menos emplearía el tiempo en algo útil.

Entretanto, la pista había sido tomada por los hombres, quienes con sus conjuntos de brillantes colores comenzaban a desarrollar las suertes.

Las nueve suertes de una charrería constituían el punto álgido de la

celebración. Con la cambiante música de los mariachis, los participantes iban ejecutando una serie de disciplinas distintas, con mayor o menor peligrosidad, que levantaban al público de sus asientos. Hacían las delicias de niños y mayores, quienes apenas podía permanecer quietos mientras veían las acrobacias y atrevidos movimientos que los jinetes efectuaban sin aparente dificultad.

—Esa es la piales —le dijo Montero al oído, aunque en un tono lo bastante alto como para dejar a Frannie parcialmente sorda—; tienen que lazar a la yegua solo por sus cuartos traseros. Y por supuesto, sin perder la montura.

Frannie observó cómo la yegua salvaje iba reduciendo su velocidad hasta rendirse al jinete que logró controlarla. Aplaudió con fervor, no queriendo casi parpadear para no perderse un solo detalle. Nunca imaginó que espectáculos como ese la hicieran disfrutar tanto, pero estaba tan maravillada que solo podía aplaudir y vitorear. México tenía tantas maravillosas tradiciones... Era afortunada por poder vivir ese momento, aunque las razones que la habían llevado a aquella tierra no fueran las más nobles.

A la suerte piales le siguieron las demás, como la cala, una demostración de obediencia y buena rienda en la que el charro sometía a prueba a su caballo y este demostraba en exhibición la buena doma; después, fue el turno de la colas, la terna en el ruedo y el jineteo de toro, teniendo todas ellas como protagonistas a un inmenso toro negro de aproximadamente quinientos kilos que hizo enmudecer por completo al público. Incluso Frannie, que se había acercado al borde del banco donde estaba sentada, observaba con creciente preocupación el tamaño del animal y la aparente fragilidad de los charros.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó, temiendo sangre, pinchazos y muerte.

—Primero, saludarlo a la salida por la puerta —iba diciendo Montero, que gesticulaba imitando los movimientos de los charros, aprendidos a fuerza de verlos repetidamente—; después, ese joven que ves ahí intentará aguantar sobre el toro. Los ayudantes lo colocarán en la posición correcta, y el montador debe procurar mantenerse arriba.

—¿Hasta cuándo? —Le parecía un suicidio que alguien pretendiera siquiera acercarse a semejante animal. ¿Montarlo? Eso ya era inimaginable.

La voz de Oliver, venida desde su espalda, respondió.

—Hasta que consiga demostrar quién es más macho de los dos.

Con gracia, dejó caer un enorme sombrero de charra de color fucsia

chillón, engalanado con borlas naranjas y amarillas, sobre la cabeza de Frannie. Una vez más, ella tuvo serias dificultades para ponérselo de forma que sus ojos quedaran fuera del ala ancha del sombrero. Montero soltó una carcajada e insistió en disparar una foto. Oliver la miró con gesto apreciativo, muy orgulloso de su ocurrencia.

—Preciosa. Todo un deleite para los ojos mexicanos.

Frannie le habría contestado, pero intentaba que el peso del sombrero no le provocara una caída desafortunada que la hiciera rodar hasta el suelo cubierto de arena.

—¿Piensas obligarme a llevar a casa un sombrero diferente según cada sitio al que vayamos?

—No he podido resistirme —se excusó Oliver, entregándole una bebida helada de la que Frannie dio buena cuenta—. Despacio, charra, está suave pero lleva alcohol.

Al parecer, Montero estaba demasiado ocupado poniendo sus cinco sentidos en el jineteo, pues no hizo ningún comentario sobre lo inadecuado de que Frannie tomara alcohol en su supuesto estado.

Oliver lo entendió: él también tenía mejores cosas que mirar. Era muy difícil perder de vista un solo movimiento de los que el joven jinete realizaba sobre el bronco toro, que reparaba, se removía y tironeaba con toda la fuerza que le daba su tremenda potencia para librarse de la molestia que suponía el hombre al que llevaba encima.

El joven, que destilaba virilidad, extendía los brazos y levantaba el cuello, queriendo mostrar una pose atractiva y sexual pese a encontrarse en serias dificultades para mantener el equilibrio. Con el cabello negro como el tizón húmedo de sudor y la piel brillante, jaleaba y profería gritos y silbidos, dándose aires y moviéndose sobre el animal de una forma que hacía suspirar a las mujeres, por sus claras connotaciones íntimas.

Un fanfarrón, decidió Oliver, que acabó de un solo trago su Negra Modelo.

—Es increíble —susurraba Frannie, tomando sorbos de la bebida y con la mirada completamente perdida en el hombre que medía su fuerza con el toro.

—Lo que es es imbécil —respondió Oliver, cruzado de brazos—; si prestara más atención al animal que a las mujeres que lo miran, mantendría un mejor control.

—¿Acaso tú podrías hacerlo mejor?

Era muy difícil tomarse en serio un reto de una mujer que llevaba gafas de profesora de matemáticas sexy bajo un enorme sombrero chillón. De todos

modos, la hombría de Oliver, que era susceptible en toda situación, se resintió con el claro tono de duda que impregnaba las palabras de Frannie.

—¿Intentas pincharme para que salte a la arena y monte ese bicho para tu complacencia? —La sangre se le estaba calentando con algo que no tenía nada que ver con la cerveza.

—Solo preguntaba si te verías capaz de hacerlo.

«No te lo imagines, Frannie, por lo que más quieras, no crees esa imagen en tu cabeza».

—Si existiera una razón poderosa... y el premio lo mereciera —Oliver se aproximó, echándole el ala del sombrero hacia atrás—, lo domaría con una sola mano.

Con un último sorbo, el tejuino que Frannie estaba tomando se terminó. Una gota fría resbaló por su barbilla y Oliver, sin perder el contacto visual ni un solo segundo, la recogió con la yema de su dedo pulgar, llevándosela después a los labios y chupándola con embriaguez.

—Ni... siquiera tienes el atuendo adecuado. No cumplirías el reglamento.

Él sonrió, pagado de sí mismo, porque sabía que Frannie estaba imaginándolo. Ser el centro de su fantasía resultó muy placentero. Y la posibilidad de cumplirla había empezado a convertirse en una verdadera tentación.

—Puedo conseguir uno.

—¿Hablas en serio?

Con expresión depredadora, Oliver jugueteó de forma distraída con la trenza de Frannie, felicitándose a sí mismo por haber conseguido su objetivo principal, que era mantener la mirada de ella apartada de la testosterona que el jinete derramaba por la pista de forma indiscriminada.

—Como he dicho —susurró muy cerca de su cara, viendo su propio reflejo en el cristal brillante de las gafas—, solo necesitaría la motivación adecuada.

—¿Y... cuál sería?

Sin apartar la mirada de ella, Oliver echó una mano a su espalda, de donde sacó otro vaso helado al que procedió a dar un trago. Una vez calmada la sed, lo dejó entre los dedos de Frannie, que se apresuró a beber también. Las mejillas se le habían vuelto a colorear, aunque esta vez nada tenía que ver con el sol abrasador de mediodía, que lucía espléndido sobre sus cabezas.

—Si te lo dijera, perderíamos la emoción, cariño.

La intimidad entre ellos se hizo tan patente que pronto las palabras

dejaron de tener ningún sentido. Los vítores parecieron opacarse, e incluso los brillantes colores que teñían aquel espacio con su vibrar se opacaron. Oliver sabía un par de cosas sobre la tensión no resuelta y lo que esta provocaba en un hombre; no podía hablar por Frannie, pero su lenguaje corporal la delataba.

Estaban paseándose de forma muy peligrosa en aquella cuerda tensada que los llevaría sin remedio al desastre o a la cama.

El hecho de que el flirteo tuviera matices suaves, de ternura, risas y cariño, le era desconocido, pues no era así cómo él sentaba las bases de las aventuras que tenía. Claro que nunca había considerado posible llevar su relación con Frannie a un nivel semejante. Ni creía que, con ella, las cosas pudieran solo clasificarse como pasajeras.

—Bebe despacio. Podría aprovecharme... —le susurró a Frannie, con una mirada encendida que, estuvo seguro, ella comprendió— y hacer valer los derechos que como marido me corresponden.

No se esperaba la sonrisa coqueta que ella le devolvió, tocándose el sombrero con torpeza y gracia a partes iguales. Tenía los labios hinchados por el efecto frío de la bebida y Oliver deseó morderlos y succionar el sabor lejano del alcohol, hasta provocarle gemidos que escandalizaran a todos los presentes.

—¿Lo prometes? —le dijo con un mohín meloso que atacó directamente a su entrepierna. Incrédulo, Oliver comprendió que estaba a punto de tener una erección sin que la mujer en cuestión le hubiera puesto una sola mano encima—. ¿Umm? ¿Lo prometes, maridito?

—Frannie... —Oliver cerró los dedos sobre la rodilla de ella, haciendo presión y preguntándose si sería capaz de subir la mano hasta debajo de la ropa sin que nadie se diera cuenta. O aunque los vieran todos, tanto daba —, no me empujes...

—¡Qué espectáculo, señores, qué maravilla!

La estruendosa voz de Montero rompió su burbuja, obligándolos a volver al presente de mala gana. Por lo visto, el jinete había conseguido sobreponerse ante el toro y su hazaña era aplaudida por los asistentes, que chillaban en pos de la siguiente suerte, llenos de alcohol y emoción burbujeante.

Sin cerveza y embutido en unos pantalones que ahora le resultaban incómodos, Oliver miró a Frannie de reojo. Sonrió, aunque no se sentía de humor para hacerlo. Por lo menos ella estaba tan turbada como él, aferrada a su bebida y sorbiendo como si la vida le fuera en ello. Era lo que tenía



jugar con fuego... y que no diera tiempo a quemarse en condiciones.

El paso de la muerte era quizá el momento más esperado en toda charrería, pues era la suerte que más destreza exigía y, también, la que más peligro suponía para la integridad de los participantes. El charro que se había lanzado a la arena para protagonizarla dio una vuelta de saludo para ganarse los vítores y el favor de los presentes. En su faena, tendría que cambiarse de montura de un salto, utilizando únicamente las crines como punto de apoyo hasta dominar al caballo o yegua sobre el que estuviera. La suerte comenzaba tan pronto el jinete hubiera pisado la arena, y no terminaba hasta que desmontara por sí mismo o fuera derribado por el animal.

—Aunque parezca que los otros tres solo están ocupados en jalearse a esos broncos —dijo Montero en voz baja, para quien, al parecer, los ánimos caldeados de sus invitados habían pasado inadvertidos—, también están preparados para intervenir en caso de que el salto salga mal. Si el muchacho cae bajo los cascos, se llevará una buena paliza.

La música se volvió tan tenue que pareció cesar; los animales, piafando y corriendo, levantaban polvareda y expectación. El joven charro, trotando en su yegua mansa, inclinó el cuerpo hacia adelante, preparándose para el impacto y calculando, con la medida que le daba la experiencia que sin duda tenía, la velocidad y grado en que debía desplazarse para no errar.

Con la fuerza de sus piernas, se incorporó en la montura, agarrado las crines de la yegua; después, en un giro imposible, efectuó un salto preciso y quedó sentado en la grupa de un semental negro, que protestó inultamente entre la ronda de aplausos y gritos que precedieron a su rendición.

Extasiada, Frannie se puso de pie y empezó a aplaudir mientras saltaba, dejando caer su sombrero hacia atrás, cubriéndole la espalda y parte de la trenza. Montaba tanto escándalo por sí sola que el charro que había dado el salto, paseándose ahora en su triunfante nueva montura, le lanzó un beso agradecido desde la arena. Oliver puso los ojos en blanco.

—¡Bravo, bravo! —le chillaba ella—, ¡ha sido impresionante, vaquero! ¡Viva, viva Guadalajara!

Montero, que ya cerraba el objetivo de la cámara, rio a gusto, dando codazos a un Oliver que para nada compartía aquel subidón de adrenalina.

—Parece que lleva México en las venas, ¿eh, Hamer?

—Lo que lleva... —masculló el aludido, poniéndose de pie y agarrando sin miramientos a Frannie de la cintura para arrancarla del banco— es demasiado tequila en sangre.

Por suerte para Oliver, Montero estuvo de acuerdo en que tomaran caminos separados para volver a sus respectivos alojamientos. Javier Marzagán escoltó el coche de su jefe hasta casa, y de esa manera la reacción de Frannie al alcohol pasó desapercibida. Y con ello, la mentira sobre su supuesto estado se mantuvo.

Por lo visto, la idea de Angelita era unirse a ellos para cenar en los alrededores del Malecón de Mezcala, y aunque en principio Oliver deseó poder poner alguna excusa para evitar un nuevo encuentro con la pareja — desde luego, la cena que había precedido a esa y sus resultados serían motivo suficientes—, algo en la mirada y gesto de Montero le dijo que haría bien en aceptar.

—Será una gran noche —dijo el empresario, corroborando así las sospechas de Oliver—, una cena agradable entre amigos. Y mañana después del desayuno, dejaremos todo el asunto de los negocios atado y firmado. Ya es tiempo.

Aquella expectativa fue más que suficiente para que las escasas ganas de cenar en grupo que Oliver sentía se multiplicaran por mil.

Sin embargo, y antes de paladear la rica gastronomía mexicana con el convencimiento de que para el almuerzo siguiente sería formalmente el nuevo socio de hm Motors, tenía por delante la tarea de refrescar a Frannie, quien daba palmas, cantaba y jaleaba a caballos imaginarios desde el asiento del copiloto del coche que habían alquilado para volver al hotel.

A pesar de la preocupación que no lo había abandonado durante la jornada, temiendo que en cualquier momento su mentira se descubriera, Oliver tuvo que admitir que aquella faceta desinhibida por parte de su mujer le hacía sentir un agradable cosquilleo en zonas muy particulares de su anatomía. Frannie estaba muy sexy medio despeinada, sonrojada y sin tener el control total de sus emociones y sentimientos.

Había sido seductora y atrevida con él, un rasgo hasta el momento desconocido que Oliver había apreciado con curiosidad. Y anhelo creciente.

Para una mujer que siempre era tan correcta, dar aquella imagen podría ser algo de lo que terminaría horrorizándose, pero, por el momento, Oliver disfrutaba de cada risa y movimiento brusco con toda la diversión que no se había permitido tener desde que aquel viaje comenzara.

—Creo que serías un buen sharro, Oliver —declaró Frannie muy segura, asintiendo con fervor y provocando que el ala del sombrero le tapara la

visión—, uno muy, muy bueno. Lo pienso de verdad. Yo.

Se señaló con el dedo, echándose luego a reír al darse golpecitos en el pecho repetidamente.

—Estoy seguro de que sí. —Con cierto esfuerzo, la ayudó a salir del coche, manteniéndola sujeta para que intentara andar hacia la entrada de recepción—. Apuesto a que nunca habías bebido tanto, ¿eh, cariño?

—Tengo una tolerancia muy baja al alcohol —comentó ella, echándole los brazos al cuello con gesto apasionado—, pero eso era refresco, suave, suave, sharro.

—Claro que sí. Entraba solo, ¿verdad?

Entre risas, Oliver logró meter a Frannie en el ascensor. Tratando de mantenerla erguida, la vio sonreír a su propio reflejo y luego hacerle muecas. Parecía imposible, pero cuando cogió la mano de Oliver y se la estampó sobre sus propios pechos, él corroboró que era cierto: de verdad estaba muy borracha. Y jugaba con su autocontrol, que siempre había sido más bien escaso.

—Vas a matarme —le gruñó, intentando no tocarla por encima o por debajo de la cintura mientras ella se removía de una forma que habría ofendido a las yeguas broncas del ruedo—. Quieta, Frannie.

La condujo por el pasillo hacia la habitación, mientras ella canturreaba y rogaba por ver el espectáculo una vez más.

—Quiero un autógrafo del salto de la muerte —exigió, intentando escaparse mientras Oliver abría la puerta—, que me firme el sombr... sombrrrreer.... sharro.

—Más que firmar querría el Ken mexicano ese... —Oliver apretó la mandíbula, tirando de Frannie hacia adentro. ¿Cómo podía pesar tanto una mujer tan menuda?—. Te pusiste justo delante de él, con tu pelo rubio y tus saltitos. Solo te faltó envolverte para regalo.

Frannie lanzó el bolso y los zapatos a un rincón, donde ya estaba su maleta de cabina, aquella que había usado en el hospital y, posteriormente, Javier Marzagán cargara en el maletero del coche en el que los había recogido. ¿Cómo había llegado allí?, se preguntó Oliver en un momento de lucidez que pasó tan pronto como había venido. ¿A quién le importaba?

—Ese era todo un hombre —declaró Frannie con una afirmación categórica—. Un... un masho.

Oliver alzó la ceja. Se dijo que él estaba demasiado de vuelta de todo como para entrar al trapo en una discusión absurda con una borracha. Pero fracasó.

—¿Así que bajo esa fachada de señorita recatada y eficiente se esconde una mujer a la que le van los tíos primitivos? —La observó moverse de un lado para otro de la habitación, con el sombrero bien puesto sobre la trenza deshecha y la blusa escapándose de la cinturilla de los pantalones—. Increíble.

—Me gustan los hombreees, Oliver, ¡despí... deme si quieeeeeres!

—¿Y tienen que llevar cuero y caballos obligatoriamente o eres flexible?

Frannie se echó a reír, intentando quitarse la chaqueta con tanto esfuerzo que a punto estuvo de verse enredada en ella. El sombrero cayó al suelo con estrépito, oscilando con gracia a sus pies.

—Ahora intensas sonsa... carne si me gustas tú.

—¿Sonsacarte? —Oliver terminó por apiadarse y le sacó las mangas de un tirón—. No tengo quince años, Frannie. A mí no me «gustan» las chicas, ni intento sacarles información con notitas.

Lo miró con aquellos grandes ojos. Las gafas se le habían resbalado un poco y tenía los labios húmedos y brillantes. Oliver resopló. Maldita fuera... ,estaba perdido.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué tenías tanta prisa en llevarme de allí cuando el sharro estaba lanzándome besos? —La vio hacer un movimiento de cejas ridículo, pero bastante eficaz.

«Touché. ¿Desde cuándo las borrachas son capaces de hilar pensamientos de esa manera? Joder».

—Porque temía que le vomitaras encima de su elegantísimo traje regional. ¡Estate quieta, Frannie! —Alzó los brazos para sujetarla, pero se le escapó.

—¡Mentiroso!

Oliver intentó cazarla, pero ella se le escurrió con una agilidad impresionante. Señalándolo con el dedo, lo llamó mentiroso al menos cuatro veces más, huyendo por la habitación cada vez que él intentaba agarrarla para sentarla en la cama y conseguir que se tomara un café. O veinte, ya puestos.

Si Montero o Angelita la veían en aquel estado, no importaría que su mentira saliera a la luz. Desde luego, tener a su esposa falsa completamente borracha la noche previa a firmar el contrato más importante de su carrera sería impresión suficiente.

Como pudo, venció la inmensa tentación que le suponía verla así, libre del corsé de su propia moralidad, sexy, atrayente. Compuso su expresión más seria, pretendiendo usar el tono de jefe que ella, hasta entonces, había obedecido a pies juntillas.

—Frannie, vamos, ven aquí.

—Yo sé bien que estoy afuera... —La vio levantar los brazos al cielo, cerrando los ojos y empezando a cantar con una voz dulce, pero terriblemente desafinada.

—No me jodas.

—Pero el día que yo me muera...

—¡Frannie!

—¡Sé que vaaaaaas a lloraaaaaar!

De un salto que haría palidecer de vergüenza al jinete del paso de la muerte, Frannie terminó por subirse a la cama ante la atónita mirada de Oliver, que no sabía si llamar al servicio de habitaciones para pedirles un tranquilizante o quedarse justo donde estaba, de pie en mitad de la estancia con los ojos como platos, comprobando cómo era señalado con el dedo mientras oía, a voz en grito, los reproches femeninos más interesantes de cuantos había recibido en su vida.

—Dirás que noooo me quisiste, pero vas a estar muuuy triste... —hipó, pero se recompuso para continuar la estrofa—: ¡y así te vas a... quedaaaaaar!

—Genial, has dejado claro tu punto, Frannie, vamos, baja. —Oliver se le acercó por la espalda, pero ella se dio cuenta y escapó, arrugando las mantas bajo sus pies y saliendo de su alcance.

—¡Con dinero y sin dinero, yo hago...! No, no, espera, tú, itú haces siempre lo que quieres, y tu palabra es la... la... leeeey!

Frannie lo señaló esta vez con las dos manos, con el rostro girado hacia arriba como si una nube de focos la estuviera iluminando en aquel momento. Parecía la estrella invitada a uno de esos macroconciertos pop que duraban tres días y de los que uno salía tan perjudicado que apenas recordaba qué había visto u oído.

Aprovechando su momento de epifanía, Oliver la cogió el talle y la bajó de la cama, asegurándose de mantenerla muy aplastada contra su cuerpo, atrapada entre el colchón y él. Despacio, Frannie abrió los ojos y lo miró con fijeza. La trenza deshecha hacía que su rostro estuviera bordeado de mechones rubios, se le habían empañado las gafas y en sus labios un mohín de tristeza había suplantado a la sonrisa.

—¿Qué pasa? —susurró Oliver, apoyándola despacio en el suelo pero sin soltarla—. ¿No recuerdas cómo sigue?

Ella negó, con la cabeza tan compungida que Oliver notó que algo dentro de su pecho dolía un poco. ¿Los remordimientos podían ser tan fuertes

como para notarlos físicamente? ¿Podía uno sentirse mal por haber engañado y usado a una persona incluso si era por un motivo muy concreto?

¿O era... otra cosa?

«Mierda, Frannie... Harás que me descubra a mí mismo si sigues mirándome así. Me estás volviendo loco..., y puede que ni siquiera lo sepas».

—No tengo... no... —Aquel balbuceo fue más de lo que un hombre como él, podía aguantar.

Con un suspiro, se rindió.

—No tengo trono ni reina —dijo Oliver, con voz grave y sin entonación. Usó su mano derecha para sujetarla con un agarre que era más caricia que cárcel; y con la otra, le rozó el rostro, apartando el pelo hacia atrás. Lentamente, con una cadencia enloquecedora, le subió las gafas hasta que ella fue capaz de enfocarle con toda nitidez—, ni nadie que me comprenda, pero sigo siendo el rey.

Las manos frías de Frannie se posaron en sus mejillas, acariciándolas con suavidad. Pegada a su pecho, con la respiración agitada y la mirada brillante, quizá por el alcohol, o por la lluvia de sentimientos que se agolpaban en su interior, Oliver la vio negar con la cabeza, firme. Sus labios sonrieron otra vez, de forma suave y comedida.

—Yo te comprendo, Oliver —le dijo sin más, justo antes de presionar sus labios contra los de él.

Oliver ni siquiera intentó reprimirse por la consabida cantinela de que un borracho no recuerda lo que hace cuando llega la resaca. Se moría de hambre y ella se había convertido en su plato preferido. La besó con los ojos abiertos, contemplando cómo se le empañaban aún más las gafas, cómo movía la nariz graciosamente mientras el beso se alargaba y le hacía preguntarse con inquietud si sería capaz de poner fin a aquello antes de que las cosas se descontrolaran.

Porque la verdad era que no quería.

—Espera, Frannie —dijo despacio, sujetándola de las muñecas para apartar aquellos tentadores labios húmedos de los suyos.

Tragó saliva cuando la vio negar sus palabras con toda serenidad. Liberando sus manos, Frannie se abrió los botones de la camisa uno a uno, sin ruborizarse ni apartar la mirada de Oliver. Él, tan hábil como era en los discursos, no encontró palabra alguna que fuera capaz de pronunciar.

—He esperado tres años, señor Hamer. —El tono de Frannie, aterciopelado y lleno de pasión, no dejó traslucir titubeo alguno—. ¿Es justo

que espere aún más?

Oliver era un hombre con muchos y notables defectos, pero sabía aceptar que otra persona tuviera la razón cuando daba argumentos tan válidos como los que Frannie acababa de exponer. Jamás rechazaría a una mujer hermosa, y mucho menos, si ella misma lo pedía.

—No, cariño —le dijo con voz ronca, enredando la mano en su pelo e inclinándola hacia la cama—. No es justo.

Cayeron sobre el colchón entre un mar de besos apasionados. Frannie llevaba un sujetador negro de encaje que Oliver habría apreciado más de no encontrarse en un estado de excitación exacerbado. Sintióse como un crío inexperto de tanto deseo como le corría por las venas, la dejó llevar las riendas que ella porfiaba por controlar y permitió que invirtieran las posiciones, dejándola sentada a horcajadas sobre sus caderas. La visión estuvo a punto de arrancarle una oración.

Cuando Frannie le sacó la camisa por la cabeza y sus delicadas manos, de uñas cortas pero afiladas recorrieron su carne, Oliver jadeó, mirándola como lo que era: algo que anhelaba más que cualquier otra cosa.

—Dios bendiga lo que has aprendido de esas charras, Frannie —susurró con una sonrisa ladina. Con cuidado, le quitó las gafas y las dejó a un lado, acariciando su cintura y acercándola más a su hinchada erección, que protestaba dentro de los pantalones.

De un empujón que lo impresionó, Frannie lo dejó tumbado a su merced. Removiéndose, bajó la cabeza y empezó a recorrerle el pecho desnudo con los labios, emitiendo sonidos apreciativos que se llevaron la poca capacidad de razonar que le quedaba a Oliver. Ella le abrió los pantalones, y después, distraída por el ronco gruñido que él emitió, lo miró con un semblante inocente que habría hecho llorar a un semental.

—No he aprendido nada, señor Hamer —le dijo en un susurro, como si compartiera un secreto—. Esto ya lo sabía.

Oliver cerró los ojos un segundo y después decidió que era hora de sobreponerse y actuar. La besó con fuerza, buscando el broche de su sujetador y el cierre de los pantalones al mismo tiempo. Quería desnudar a Frannie, y lo quería inmediatamente; sin embargo, ella estaba tan cómoda en su papel de amazona que volvió a tumbarlo, dejando a sus manos y labios recorrer cada centímetro de piel que había quedado expuesto. Cuando Oliver sintió aquella boca traviesa rodear su ombligo, tuvo que reconocerle el triunfo y entregarle el poder con gusto.

Ya se cobraría la revancha más tarde.

—Esa canción estaba equivocada, Frannie... —jadeó, bajando los brazos para poder tocarla, porque no hacerlo era un imposible—. La ranchera dirá lo que quiera, pero la reina, mi vida, eres tú...

Esperó un gemido como respuesta, pero obtuvo un ronquido.

—No..., no, no, no... no me jodas, ¿Frannie? ¿Fran...?

Oliver apartó el pelo rubio a un lado y la miró: se había dormido sobre su estómago con tanta profundidad que una leve baba caliente estaba mojándole la piel. Sonreía, empezando a emitir ruiditos propios de quien está próximo a alcanzar una inmediata fase rem.

Sin saber si maldecir su suerte o golpearse la cabeza contra la primera superficie saliente que encontrara, Oliver se movió con todo el tacto que pudo y la dejó sobre el colchón, dormida y medio desnuda. Frannie emitió un leve quejido de protesta y se removió hasta encontrar una postura en la que hacerse un ovillo, sin despertarse. Por lo visto, la excitación compartida no había sido lo bastante fuerte como para que el alcohol les diera tregua hasta después de llevar aquel jueguito a término.

Cachondo como un patético adolescente, Oliver tuvo que hacer de tripas corazón. La tapó con el edredón, mirándola con la lástima de quien ha encontrado algo que quiere y aún no puede tenerlo. Después, con los hombros caídos y la frustración recorriendo cada gota de su sangre, decidió que era momento de meterse bajo la ducha y darle a su mano derecha un uso que hacía muchos años que no necesitaba emplear.

«Joder, Frannie...», masculló para sí. Y poco después, con los ojos cerrados y los músculos en tensión, lo gruñó una vez más.



# 14

## NADA SABE SU VIOLÍN, Y TODOS LOS SONES TOCA

Después de una siesta de varias horas y un número indeterminado de cafés cargados, Frannie fue capaz de levantarse de la cama con más o menos dignidad y meterse bajo el agua potente de la ducha.

Dejó que el frío que caía de aquella cascada en forma de chorros le despejara la cabeza, y de paso intentó que se llevara parte de la vergüenza que sentía cada vez que recordaba retazos de la que había sido la primera gran borrachera de su vida.

La sensación que tenía ahora en la boca del estómago le traía a la memoria con dolorosa viveza por qué no disfrutaba especialmente bebiendo, y tal como ocurrió en las ocasiones anteriores en que había tomado más de una copa —al terminar sus estudios y en la inauguración de la pastelería de Teresa—, se prometió que no volvería a caer nunca más.

Sobre todo, si acabas en la cama en paños menores, con flashes muy vívidos de algo que has estado a punto de hacer con tu jefe... y que es demasiado real como para que te lo hayas imaginado.

Envuelta en una toalla mullida y examinando su reflejo en el espejo ahumado, Frannie intentó acordarse de hasta dónde había llegado con Oliver. Todo estaba borroso, pero el subconsciente le decía que era grave. Las ardientes miradas que él le había dedicado cuando la vio despertar todavía le ponían el vello de punta. Cuando se había levantado de la cama, trastabillando y con la boca pastosa, había sorprendido a Oliver fumando en la balconada de la habitación, algo que hacía en muy contadas ocasiones.

—Tu don de la oportunidad para dormirme deja mucho que desear —le había dicho, dando una gran calada que ella aprovechó para huir al baño y esconderse.

Tenía los labios hinchados y la piel sensible. Le ardía todo el cuerpo con una sensación que era lo bastante experta para reconocer: deseo insatisfecho. Estaba frustrada. Y había despertado en sujetador. Dudaba mucho de haberse desnudado con el único objetivo de dormir más cómoda.

«Dios mío... Dios, Dios...».

Echando un ojo al reloj de pulsera que reposaba sobre el mármol, decidió dejar los arrepentimientos a un lado por el momento y darse prisa en arreglarse. La cena de aquella noche traía consigo grandes expectativas que de ninguna manera deseaba retrasar. Con un poco de suerte, aquellos pálpitos positivos de Oliver llegarían a buen puerto y el contrato por el anuncio de Montero estaría por fin en sus manos en pocas horas.

Con la mente centrada únicamente en eso, Frannie se puso una falda lápiz negra muy ceñida conjuntada con una camisa de seda beis suelta en la cintura que le daba a su atuendo un aire desenfadado, perfecto para una velada en un restaurante de la costa. Se arregló el pelo de forma diferente y, dado que se mareaba con solo intentarlo, prescindió de ponerse las gafas. Después de todo, no las necesitaría demasiado si no tenía que leer, y dado que ya conocía los posibles peligros de las cartas de los restaurantes de comida mexicana, creía poder salir del paso yendo a lo seguro.

Esta vez solo tenía que asegurarse de dejar muy claro que su plato no podía llevar nueces. No le apetecía repetir experiencia en el hospital.

Se maquilló de forma suave, dándose rosa en los labios y máscara de pestañas. Cogió sus zapatos y, como no encontraba más excusas para retrasar el momento, salió del baño.

Tan pronto cruzó la puerta su mirada se centró en Oliver, que estaba frente al espejo colocándose los puños de la camisa en aquellos momentos. En cuanto sus ojos se encontraron, la sonrisa peligrosa de Hamer puso en alerta máxima la temperatura corporal de Frannie, no por lo sensual, sino por lo maliciosa que lucía, como si hubiera estado esperándola con mucha paciencia para empezar a burlarse.

—Una piedra en el camino me enseñó que mi destino era rodar, y rodar...

—No podías dejarlo pasar, ¿verdad? —Con un bufido nada femenino, Frannie se sentó en la cama para ponerse los zapatos—. Habría sido lo cortés.

—Cariño, nunca, en lo que me resta de vida, olvidaré tu transformación en la hija desconocida de Vicente Fernández.

—Muy ingenioso. De verdad. Eres desternillante.

Con la risa pintada en los labios, Oliver intentaba terminar de abrocharse los botones de los puños mientras sus cinco sentidos seguían puestos en aquella mujer. Qué actitud tan curiosa, pensó, sin dejar de mirar uno solo de sus movimientos. ¿Sería posible que el alcohol hubiera obrado el milagro de borrar todo lo que había pasado hacía solo unas horas entre ellos? ¿O

era mejor mentirosa de lo que él había supuesto y estaba fingiendo? Frannie se había despertado lo bastante ruborizada y en un estado de desnudez lo suficientemente alarmante como para atar cabos.

Y si no era así, bueno..., de algún modo tendría que compensarle a él los trabajos manuales que había tenido que hacer en su nombre al quedarse dormida.

—El alcohol hace maravillas en todo el mundo —Oliver sonrió, disfrutando con toda plenitud de la incomodidad que empezaba a reflejar aquella cara tan inocente que escondía a una verdadera tigresa—; a algunos los vuelve estrellas de la ranchera y a otros los vuelve especialmente cariñosos. En tu caso, ambas cosas.

Tensa, Frannie se llevó las manos a las caderas, mirándolo con reprobación. Oliver chascó la lengua, sintiendo un poquito de piedad ante la mirada suplicante que ella se esforzaba por hacer pasar por seria.

Por un segundo, los remordimientos por la mentira que todavía dormía entre ellos le hicieron bajar la cabeza. Había estado a punto de llevársela a la cama manteniéndola engañada, y en el ardor del sexo no le habría importado. Ahora, sin embargo, ambos eran conscientes y estaban en plenas facultades, de modo que las cosas eran diferentes.

Deseaba a Frannie con cada fibra de su cuerpo; cada músculo y terminación nerviosa le gritaban que la tomara en ese momento, allí y ahora, sin esperar un solo segundo más, sin dar ocasión a los escrúpulos de que tomaran el control. Ella también lo quería, ¿verdad? Había estado dispuesta y excitada, melosa respondiendo a sus caricias, llevándolo a una fiebre que casi le había hecho acabar antes de haber empezado.

¿Entonces? ¿Por qué no se lanzaba? ¿Por qué no estaba seduciéndola?

«Sabes que está mal, de algún modo... No puedes hacerlo sin contarle la verdad. Maldita sea, Hamer, este es el peor momento posible para que se te despierte la conciencia».

—Es... evidente que tenemos algo... de que hablar —balbuceó Frannie, acabando de ponerse los zapatos con unas manos más que temblorosas—. Yo... yo recuerdo...

—¿Recuerdas? —Oliver aguardó, abriéndose el primer botón de la camisa y mirándola con una despreocupación que no sentía en absoluto—. Bien, no quiero ser el único torturado sin piedad por su memoria.

Frannie tragó saliva, rememorando cómo su boca había descendido por aquel torso que ahora apenas alcanzaba a adivinar a través de la tela prieta de la camisa, bebiendo de sus músculos mientras él, jadeando a causa de

ella, enredaba las manos en su pelo. Había querido poseerlo con tanta fiereza... que nada podría haberla detenido.

Salvo, por supuesto, estar muy borracha y ser incapaz de mantener los ojos abiertos.

—Tenemos una cena con los Montero. —Se puso de pie con mucha dignidad, disimulando a la perfección lo nerviosa que estaba—. Debemos centrarnos en ello.

—Estoy de acuerdo, los negocios son los negocios.

—Y para eso hemos venido —determinó Frannie, evitando el contacto visual con tanto esfuerzo que fue evidente para todos que mentía.

Oliver levantó las manos en señal de paz. Entonces, miró a Frannie de arriba abajo. Observó su rostro despejado sin las gafas y su cabello, suelto y libre de la constreñida coleta. La melena le caía salvaje, medio rizada por la espalda, dándole un aspecto sofisticado y sexy, adjetivo que desde hacía un par de días aplicaba cada vez más seguido a aquella secretaria suya que parecía esconderse habitualmente bajo un montón de capas inaccesibles que él no había logrado desentrañar hasta el momento.

O al que tal vez no había dedicado la suficiente atención.

Aquel día había sido toda una revelación. El evidente flirteo en la charrería y el posterior asalto en el hotel lo habían vuelto del revés, no se avergonzaba de admitirlo. No era justo que siguiera esperando, había dicho ella, borracha de alcohol y de pasión sincera. Era bueno que pensara así, decidió Oliver, porque ahora era él quien no estaba dispuesto a esperar mucho más.

—¿Qué? —la oyó preguntarle, al darse cuenta de que se había quedado mirándola en silencio—. ¿Vas a aconsejarme que me ponga el sombrero de charra color fucsia para la cena? Eso daría más veracidad a mi concierto.

Con una sonrisa ladeada, Oliver se acercó y la acarició despacio, notando en sus dedos la tersura de la piel del brazo desnudo de Frannie, que le mantuvo la mirada.

—En realidad iba a decirte que estás preciosa esta noche. Muy guapa. —Buscó su reflejo a través del cristal, en aquella imagen que se había ido repitiendo con el paso de los días—. Y también quería advertirte... que no soy un hombre que deje las cosas a medias, Frannie. Lo que ha pasado entre nosotros va a continuar, cariño. Así que cena y bebe hasta que tengas todas las fuerzas de las que puedas disponer. —Sin cerrar los ojos, Oliver ladeó la cabeza y depositó un beso húmedo en su cuello—. Las vas a necesitar.

La cena tuvo lugar en el restaurante Isla Cozumel, situado a un par de minutos andando del hotel. Se trataba de una construcción a pie de playa que tenía el aspecto de una choza, con su tejado en pico y sus colores llamativos decorando cada rincón.

Los Montero esperaban en una mesa reservada fuera, sobre la misma arena de la playa. Con velas encendidas y un conjunto de mariachis tocando la guitarra y amenizando la velada en directo, Angelita y Henry saludaron con entusiasmo a Oliver y Frannie, en tanto un camarero de marcado acento y altura impresionante los guiaba a su mesa.

—Es una pena que no nos quede casi tiempo, pero haremos de esta noche algo memorable. —Angelita alzó la copa, solicitando un brindis que corroborara sus palabras.

Corrió el tequila, pero Frannie tenía demasiado fresco en su memoria el dolor de cabeza que le había producido sorber el delicioso tejuino, que, pareciendo inofensivo, la había hecho perder con mucho los papeles — además de diversas prendas de ropa, recordó con mortificación—, por lo que lo rechazó con toda la educación que pudo reunir. Mientras fuera capaz de recordar lo ocurrido, no volvería a probar el alcohol.

—Solo agua con gas y limón para mí, por favor —pidió al camarero, evitando la mirada sarcástica de Oliver.

—Hace bien, señora. —Montero la miró apreciativamente—. Si siempre se ha dicho que el alcohol es malo para su condición, será por algo. Uno no debe arriesgarse.

—¿Su condición? ¿Qué condición?

La mirada suspicaz de Angelita casi hizo palidecer a Oliver, que enseguida compartió con Montero lo que esperaba que fuera una mirada cómplice donde él pedía silencio y el otro lo confirmaba.

—Hace muy poco que ha estado enferma —comentó, aludiendo a la intoxicación y esperando que Frannie no decidiera desdecirlo—. Mejor que no beba tequila por el momento.

La llegada de los platos lo libró de más explicaciones. El surtido, lleno de los acostumbrados colores y aromas deliciosos, les abrió el apetito. Cenaron una selección de tacos de cochinita pibil, presentada en enormes tacos y adornada con aros de cebolla roja y perejil, verdura y huarache con frijoles. Esta vez, Oliver reiteró al camarero —con cada bandeja que iba trayendo— que su esposa no podía tomar nueces. Divertida, Frannie se vio obligada a

ponerle la mano en el brazo para que se contuviera. El sentido de la culpabilidad parecía haberlo obsesionado, y su mirada crítica amenazaba con desgranar cada ración en busca de algún fruto seco traidor.

—Estoy bien, deja de preocuparte.

—Eres demasiado importante —le susurró Oliver, bajando la mirada hasta sus labios sin darse apenas cuenta—. No me pidas imposibles.

Hubo brindis por los negocios que el nuevo día traería, planes velados que Montero no podía callarse y que convencieron a Oliver de que las horas de angustia estaban contadas. Pronto, muy pronto, podría volver a casa con el anuncio bajo el brazo, libre de pretensiones y de que sus días estuvieran gobernados por mentiras. Sería libre de alzarse con el triunfo por el que tanto había peleado, y quizá..., quizá se llevara de México algo más, algo que sin buscarlo le había salido al paso, y en lo que pensaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Cuando los platos comenzaron a vaciarse y la conversación amenazaba con irse por derroteros profesionales, el conjunto de músicos empezó a tocar unos acordes que arrancaron en Frannie un suspiro. Divertido, Oliver le sonrió, girando el cuerpo en la silla y mirándola con fingida rendición. El aire nocturno le mecía los cabellos mientras en su rostro se reflejaban las luces de ambiente. La belleza que desprendía resultaba dolorosa.

—No me lo digas —musitó Oliver, acercándose a ella cuanto podía para mantener sus palabras sumidas en una íntima confesión—. Te encanta esta canción.

El murmullo femenino que resonó en la terraza del restaurante tan pronto la letra fue reconocible le indicó que, si su respuesta era afirmativa, ella no sería la única.

—¿Quién podría venir a México y no emocionarse oyendo a Luis Miguel? —defendió Frannie, que ya sentía el rasguear de las cuerdas haciendo temblar su piel—. Oírlo aquí, en voces que provienen del mismo lugar que la suya es...

—Entonces no puedo permitir que te pierdas la experiencia.

Ante la encantada mirada de Angelita, Oliver se levantó y tomó a Frannie de la mano sin darle ocasión a replicar. La llevó a la improvisada pista, que no era más que una porción de arena cubierta de las huellas de quienes ya se habían animado a digerir la cena con un poco de movimiento. Las voces profundas de los mariachis iban pasando de una estrofa a otra en tanto Oliver ceñía la cintura de Frannie con sus brazos, manteniéndola tan pegada a su cuerpo que la tela de su camisa se calentó.

Con una mirada nublada por un deseo que la estremecía, ella le rodeó el cuello con los brazos, recordándose que actuaban, que estaban siendo observados en ese momento por dos personas a las que buscaban impresionar..., pero sin encontrar fuerzas para convencerse de que todo aquello no era real.

—Una vez dijiste que odiabas bailar —susurró, creyendo que conversar rompería la atmósfera de romance donde se ahogaba sin remedio.

—Me dejo llevar con facilidad si cuento con la motivación adecuada. —Las manos masculinas acariciaron las curvas de las caderas de Frannie, del mismo modo que los cantantes abrazaban sus instrumentos, con una pasión desgarradora—. Tú eres una muy poderosa.

—Oliver...

Él la acalló con un gesto, animándola a que acomodara la cabeza en su pecho. Nunca antes deseó tanto que una mujer ignorara por completo su espacio personal como esa noche, donde un cielo cuajado de estrellas y la quietud del mar en calma le hacían presagiar un abandono que, tiempo atrás, le habría preocupado. Pero que ahora quería abrazar.

No era un capricho, decidió, entonces, ¿qué era? ¿Qué nombre ponerle a aquello que le abría el pecho y le dejaba el corazón al aire por primera vez?

—No dejo nada a medias, Frannie —le repitió, moviéndose al son cadente de la música, sin saber si lo decía solo para sí mismo.

—Y yo no quiero que lo hagas —oyó con un suspiro. Después, Frannie se fundió entre sus brazos, y Oliver cerró los ojos, dejándose arrastrar.

«Me haces falta, mucha falta, no sé tú...».

Dieron un paseo por los malecones de Chapala, situados en la zona portuaria. Tenían unas vistas envidiables con las luces del paseo encendidas, confiriendo al lugar un ambiente inequívocamente romántico que multitud de parejas escogía para terminar sus veladas, igual que ellos.

Angelita y Henry Montero precedieron la caminata, dejando atrás el Villa San Francisco y deleitándose con algunas de las embarcaciones que permanecían amarradas en el puerto, adornadas con banderines y grandes mástiles con velas recogidas.

—Podríamos aprovechar mañana para ir a isla Mezcala, ¡no podemos permitir que se marchen sin verla! Oh, lo tenía todo tan bien organizado... ¡y el tiempo ha terminado por echárseme encima!

Montero besó la mano de su mujer, aunque no asintió a su propuesta tan

rápido como ella habría querido.

—Mañana va a ser un día de negocios —declaró el presidente de hm Motors, para deleite de Oliver, que se obligó a devolver su cabeza al asunto en cuestión, en vez de en las nubes donde se había perdido—; me parece que ya es momento de poner los papeles sobre la mesa, establecer los puntos y proceder a firmar.

—Será un desayuno muy esperado, se lo aseguro —declaró Hamer, que llevaba a una silenciosa Frannie cogida de la mano—, pero no tengo problema en celebrarlo luego con un viaje en yate a la isla, señor Montero. Me sacrificaré por los deseos de su esposa.

Este soltó una risotada, sin duda disfrutando de la escasez de pelos en la lengua de la que Oliver hacía gala. Le gustaba que fuera tan avisado y no tuviera reparos en expresar a viva voz cuáles eran sus preferencias. Aquel joven publicista había demostrado arrojo desde un principio, seguridad y ganas de empezar a trabajar, cualidades todas que valoraba mucho.

—No sé yo si el estado de su señora le permitirá un viaje por mar...

—Se encuentra perfectamente —atajó Oliver, notando el peso de la mentira arañándolo por dentro una vez más—, pero siempre puede ser una escapada de hombres.

—¡Vaya que tiene usted respuesta para todo! —Angelita batió con gracia las pestañas—. No me importaría llevar a la güerita de compras por la zona mientras tanto. Seguro que todavía le queda espacio en la maleta para algún souvenir de última hora.

—Qué pronto lo has resuelto —le susurró Montero, ofreciéndole un brazo que ella tomó con gusto—, eres un ángel, ¡mejor nombre no te podían poner!

—Bueno, espero que no dejes de pensar lo mismo cuando veas las cuentas.

El aire nocturno mecía las palmeras, dándole a la noche el olor a dátiles y hojas húmedas por el rocío que Frannie tanto había aprendido a apreciar. Cogida de la mano de Oliver, recorrió el paseo mirando el mar, el romper de las olas contra las rocas y las pequeñas construcciones de palos y palma que servían de cenadores y escondites naturales a los rayos del sol.

La luna brillaba en el cielo, y aunque la apreciaba un poco borrosa por no llevar las gafas, le parecía que su reflejo sobre la superficie oscura del mar era una de las cosas más bonitas que había visto.

¿Podría algo no parecerle de belleza irreal, teniendo en cuenta cómo le saltaba el corazón dentro del pecho? Todavía notaba en la piel el calor que



emanaba Oliver mientras bailaban, aquella suavidad con que la había abrazado y susurrado palabras que provocaron temblores muy vívidos dentro de su cuerpo. Lo deseaba, era cierto, pero también sabía de él lo bastante para no hacerse ilusiones de que todo el despliegue de pasión no fuera más que la emoción de la conquista en estado puro. Ser consciente ayudaba, pero no la hacía inmune.

Ambos estaban ahí, a un paso de dejarse tentar y caer en las profundas aguas de una lujuria que había ido en aumento y amenazaba con desbordarlos. Ella no era tan fuerte como para evitar sucumbir. Y esperaba que Oliver tampoco.

—¡Estamos a punto de conseguirlo! —Oliver tiró de su mano, haciéndola girar sobre sí misma como si fuera una bailarina de ballet—. Parece mentira, después de todo este tiempo.

—¿Se te han hecho eternos estos días? —Frannie sonrió al ver cómo sus dedos unidos se balanceaban. Tan reales, tan perfectos...—. Debes de ser el único hombre del mundo que se agobie con unas vacaciones.

Con gesto protector, Oliver pasó su brazo por los hombros de Frannie, haciendo que recostara la cabeza sobre su hombro, en una posición tan cercana que pareció que bailaban bajo las estrellas otra vez.

—Montero no está mirando —le susurró ella, entregada a su pesar.

—Eso no impedirá que te abrace si quiero, cariño.

Despacio, Frannie levantó la vista, topándose con la mirada serena pero directa de Oliver, que parecía haberse olvidado de dónde estaban y con quién. Por un momento, solo existieron ellos, y tal como aseguró, poco importaba si el gran hombre al que pretendían engañar los estaba vigilando o no. Solo deseaba tocarla, estar cerca de ella.

—No podría haber llegado hasta aquí sin ti —le dijo con una humildad que nunca hasta el momento había empleado con nadie.

—Seguro que habrías encontrado otra esposa.

—¿Estás de broma? Ninguna mujer en el mundo me conocería como tú y, aun así, no se prestaría a ayudarme.

—No es tan fiero el león como lo pintan. De verdad. —Le regaló una sonrisa, porque era el único gesto que le salía de forma natural cuando la atmósfera entre ellos se teñía de tanta ternura como en ese momento—. Subestimás tus puntos buenos, Oliver.

—Y tú los sobrestimas —su pulgar bordeó el rostro de Frannie, memorizando cada detalle, cada hendidura y marca—, pero pienso sacar ventaja de ello.

Usando el mismo dedo con que la había acariciado, Oliver la acercó hacia sí, y ya casi tenía los labios puestos sobre ella, ambos sobrios, conscientes y anhelantes, cuando el ruidoso carraspeo de Montero los sacó de su repentina ensoñación.

Rehaciéndose, Oliver compuso una expresión risueña que estaba lejos de sentir. Recordó el entusiasmo con el que había hecho girar a Frannie entre sus brazos, preguntándose cómo había podido olvidar hasta tal punto que todavía no se habían quedado solos.

—Me parece que hemos abusado demasiado del tiempo de estos recién casados —se lamentó Angelita, que parecía azorada por la interrupción—, no me cabe duda de que tienen planes que no nos incluyen.

—Por eso iba a despedirme ya. —Montero extendió la mano abierta hacia Oliver, en un gesto que significaba mucho más que un mero adiós—. Voy a contarle algo, Hamer, y como sé interpretar la cara de pocos amigos que me está dedicando, prometo ser breve.

—Lo escucho.

Un asentimiento seco fue todo lo que pudo obsequiar al hombre con el que ansiaba trabajar.

—Cuando lo cité para venir aquí y aceptó tan deprisa temí toparme con lo mismo de otras veces. —Montero abrió los brazos, como si señalara a cualquier transeúnte que pudiera estar cruzando el malecón en esos momentos—. Alguien que haría y diría todo cuanto pensaba que yo quería ver y oír. No obstante, usted me ha desafiado, llevado la contraria, apremiado y mostrado, en casi todos los momentos posibles, que no se encontraba a gusto haciendo cosas que lo alejaran de la mesa donde hablaríamos de los negocios.

—No me gusta perder el tiempo, señor Montero. Me he disculpado por mi falta de tacto, pero, siendo honestos, usted me citó aquí porque le gustó mi proyecto. No veía motivo de que no habláramos de él.

Y ahora que tenía la pluma casi en la mano, Oliver tampoco comprendía por qué dilataban la despedida con explicaciones que ya no venían al caso. Con Frannie a su lado, callada pero haciendo notar su presencia aunque no se moviera, se obligó a morderse la lengua y dar al viejo la satisfacción de llevar las cosas a su manera hasta el mismísimo final.

—Ahí lo tenemos —Montero rio, sacudiendo la cabeza con exasperación—, ni habiéndole dado fecha y hora deja de jalar la cuerda. Quédese tranquilo, Hamer, vaya al hotel y duerma con su mujer como es evidente que está deseando. Descanse y levántese relajado. Mañana le cederé los derechos

para anunciar mis coches, ¡y por fin me veré libre de sus prisas!

—¿Debo entender que he agotado su paciencia hasta tal límite que vuelve a tratarme de usted?

—Nunca tuteo a mis socios, Hamer. Merecen por mi parte el mismo respeto que me dan.

Por fin, ambos hombres se estrecharon la mano. Después, Montero asintió una única vez con la cabeza en dirección a Frannie y se dio media vuelta, emprendiendo el camino de regreso a un paso lo bastante lento como para que Angelita pudiera demostrar su efusividad abrazándolos a ambos, como si estuviera preparada para considerarlos amigos durante el resto de su vida.

—Sé que es un hombre contradictorio —le dijo a Oliver, en confidencia—, a veces parece cercano y otras tan hosco que es imposible decirle nada, pero tú le has caído en gracia, Hamer. No te habría llevado a la charrería de no ser así.

—¿No formaba parte del itinerario establecido?

—Dios, no. Henry adora esos espectáculos, me ha hecho ir a tantos que ahora me niego a acompañarlo siempre que puedo. Nunca ha visitado uno con ninguno de sus otros socios, porque no los considera tan cercanos como para incluirlos en sus aficiones privadas. Ha hecho una excepción contigo.

La mujer le sonrió y después agitó la mano en el aire, prosiguiendo el camino que su marido había emprendido y perdiéndose con él por el malecón, al abrigo de la noche fresca que los había acompañado.

—Bien..., pues ya está —encogiéndose de hombros, Oliver se metió las manos en los bolsillos—, mañana firmaremos.

Aguardó un segundo. ¿No tendría que ocurrir algo? Las puertas del Cielo se abrían, su empresa estaría en boca de todos y su nombre resonaría en las más altas esferas de la publicidad. ¿Entonces? ¿Por qué se sentía tan... poco satisfecho?

—¡Dios mío, Oliver! ¿Ya está, dices? ¿Solo yo he oído toda esa conversación? —Frannie dio unos graciosos saltitos sobre sí misma, conteniéndose para no estallar en carcajadas—. ¡Montero está encantado, le gustas tú y le gusta tu idea! A partir de mañana vas a ser socio de hm Motors, ¿sabes lo que significa?

—Que podía hacerse. —Se encogió de hombros, sin mayor ceremonia—. Tal como yo había dicho desde el principio.

Juguetona, Frannie le golpeó el hombro con la mano abierta, sin hacerle el menor daño. Oliver sonrió, dejando que la arrogancia se fuera lejos y la

sincera emoción que le embargaba. Para su sorpresa, no toda provenía de Montero, sino de verse contagiado por la suprema felicidad que Frannie experimentaba en esos momentos.

«¿Qué coño pasa? ¡Ya lo tengo, joder, lo tengo, y no puedo evitar seguir frustrado!».

—Podrás decir un «te lo dije» muy alto a todos aquellos que no creyeron que lo conseguirías. —Frannie sonrió, tentada a lanzarse a sus brazos, pero conteniéndose—. Empezando por Tomy Anders, ¡ojalá viéramos su cara cuando se entere!

Oliver la miró, olvidando a su abogado y amigo, los papeleos y los meses frenéticos de trabajo que se le venían encima y antes había tenido tanta prisa en retomar. Ahora estaba allí, en un lugar paradisiaco y perdido del mundo con la mujer que le tenía cogido por las pelotas de la forma más agradable posible.

De pronto, seguir hablando de trabajo le pareció aberrante. Aún estaba de vacaciones, se recordó, y todavía le quedaba algo pendiente por concluir.

—Sé que Montero se ha marchado —le susurró, alzándole la barbilla despacio con la yema de los dedos, en un gesto que había aprendido a disfrutar—, pero no soy un hombre que esté dispuesto a bajar la guardia en ningún momento.

Se besaron con lentitud, degustando cada fibra y resquicio de sus bocas. Oliver permaneció una vez más con los ojos abiertos, apreciando cada gesto y movimiento de Frannie, que se entregaba con una pasión que él nunca habría esperado despertarle.

Abrazados con fervor, pegaron sus cuerpos y dejaron que el calor de sus pieles atravesara las capas de ropa. Cada beso se encadenaba con el siguiente, como si todos aquellos días juntos, conviviendo en una mentira que los dos habían estado dispuestos a mantener a toda costa, se transformaran ahora en un velo opaco que los protegía de la realidad.

Ya no se sabía dónde empezaba la verdad y terminaba el embuste, si se besaban como el matrimonio que pretendían ser o como los casi desconocidos en que se habían convertido; lo único exacto, lo único real, era que el deseo se había abierto paso sin tregua, como si llevara años recluso en un lugar lejano y escondido y ahora pugnara por vivir en libertad.

—Demos un paseo —jadeó Oliver cuando se separaron, con los ojos entrecerrados y su frente acariciándose con la piel del rostro de Frannie—. Solos tú y yo, por el malecón... hasta la playa.

Un certero escalofrío le dijo sin palabras a Frannie lo que ocurriría si aceptaba, y su pecho aleteó de alegría. Había dejado de ser invisible; la sombra oscura cuyo brillo Oliver nunca había visto con claridad desapareció en ese momento.

Asintió con la seguridad de que el día solo podía deparar cosas buenas cuando uno estaba dispuesto a arriesgarlo todo por empezarlo entre los brazos de la única persona con la que quería estar. Confiada, aceptó la mano de Oliver y lo siguió por el paseo portuario, dejando que él llevara sus pasos hacia la arena de la playa, que empezaba a enfriarse por la falta del calor del sol.

Su cuerpo entero le rogó que creyera en él con más fuerza que nunca, convencida de haber encontrado la brecha definitiva que apartaría su pose fría y calculadora y le mostraría solo como aquello que ella siempre había visto: un hombre sensible y capaz de sentir, oculto tras una coraza cuyos escrúpulos estaban empezando a emerger.

—Frannie —gruñó Oliver, abriendo la boca y tocando con su lengua la humedad que se escondía tras los labios femeninos. Delicados, suaves—. Creí que todo lo que quería era conseguir ese anuncio... y ahora no significará nada hasta que tú seas mía. ¿Cómo ha podido pasar?

Ella deseó decirle que así era el amor, pero tuvo tanto miedo de utilizar aquella palabra, aunque fuera solo para sí misma que guardó silencio. Sintió la calidez de las manos de Oliver en su cuerpo cuando le sacó la blusa por la cabeza, memorizándola con las palmas de sus manos para evitar que el frío de la noche la estremeciera. Escondidos bajo la protección que les daba la piedra del paseo marítimo, perdido sobre sus cabezas, encontraron un lugar íntimo sobre la arena donde enredarse en un abrazo que no tuvo fin.

Oliver la desnudó con la impaciencia de quien se sabe atrapado entre lo que desea y el precio que debe pagar para tenerlo. Dejó de lado su sentimiento de culpa conforme los pechos de Frannie le llenaron los labios, apartando de ellos palabras que en realidad no quería decirle. La recorrió entera, hundiendo la boca en cada curva de su cuerpo, desde el vientre hasta el pliegue de sus rodillas, amándola sin saber si algún día estaría a la altura de merecer lo que tomaba sin pedir permiso.

Frannie yacía perdida en un ensueño del que no despertaría jamás. Abrazada a la espalda de Oliver, con la blanda arena bajo su espalda y el murmullo lejano del mar como canción de cuna, se arqueó con un gemido que le reverberó en las entrañas, sintiéndolo tentarla y buscar lugares prohibidos de su cuerpo a los que dedicar una atención que la atormentaba

y hacía feliz a partes iguales.

—Mereces que te hagan el amor aquí, Frannie —susurró Oliver, con la voz ahogada de quien no puede controlar el deseo—. En este rincón perdido, dentro del país donde se escriben las mayores historias de pasión del mundo.

No habría querido emocionarse, pero Frannie carecía de voluntad para evitarlo. Besó a Oliver largamente, hasta que se quedó sin aliento y las palabras que tanto pugnaban por escapársele encontraron sosiego, quedando reclusas y a salvo en su interior. Deseaba ser suya con la misma fuerza que lo aceptaba, aunque no pudiera decírselo.

—Esta vez prometo no quedarme dormida.

Oliver acompañó la sonrisa con el sutil movimiento de su cuerpo, que encontró el espacio deseado entre las sedosas piernas de Frannie. Se sintió encarcelado de inmediato, notándola toda enroscada a su alrededor.

—Esta vez no te lo permitiría, cariño. Me debes algo más que unos pocos besos..., y no sería un buen hombre de negocios si no cobrara mis deudas.

Usó los dedos para demorarse en su rostro, apartando los rubios cabellos que el aire mecía. Le acarició las sienes, los párpados y la punta de la nariz, la recorrió entera con una lentitud enloquecedora, hasta llegar a la boca, que Frannie entreabrió con un jadeo ahogado cuando Oliver la penetró.

Siguiendo el ritmo marcado por el mar, se mecieron el uno contra el otro, abrazados sobre la arena y a medio desvestir, perdidos en las miradas que compartían, buscando en ellas verdades escondidas y respuestas a preguntas que no estaban preparados para formularse.

La ira contenida, el deseo acuciante y una ansiedad que no era capaz de comparar con ninguna otra impulsaron a Oliver desde el fondo mismo de su pecho. Perdió el control y solo acertó a incrementar la intensidad de las acometidas, como si una voz en su oído lo avisara de la pronta llegada de la tormenta y el único lugar donde pudiera guarecerse fuera dentro de Frannie.

Cuando ella le clavó las uñas en la espalda y se arqueó con un gemido perfecto, Oliver cerró los ojos, dejando que las potentes llamaradas del clímax apartaran a unos demonios que ya habían anidado en él, sembrándolo de dudas. El hombre que nunca se dejaba llevar por las emociones sucumbió a un orgasmo que hizo más que vaciar su cuerpo: le estremeció el alma entera.

Se derrumbó sobre Frannie, demasiado sobrecogido para atreverse a mirarla a la cara. Sintió el feo estremecimiento de la culpa abalanzándose

sobre él, y cuando ella lo abrazó para calentar su piel, los remordimientos hicieron amarga la caricia.

«Si se entera de la verdad jamás me perdonara. No después de esto».

Levantó la cabeza y la radiante sonrisa que lo recibió le impactó en el pecho. Con una ternura que creía desconocer, besó a Frannie en la frente, manteniéndola cobijada entre sus brazos mientras los fantasmas de su culpa encontraban por fin una manera de manifestarse; no estaba dispuesto a arriesgarse a perderla contándole la verdad, pero tampoco se veía capaz de volver a mentirle.

«Conseguiremos lo que hemos venido a buscar.. y después... Después serás mía, y nada de esto importará».

# 15

## AMOR NO QUITA CONOCIMIENTO

Había algo muy bucólico en hacer el amor en la playa, decidió Frannie. Algo mágico que lo convertía en uno de los escenarios preferidos de las novelas y las grandes películas de amor. Ella, que se sentía flotar mientras retomaban el camino de vuelta al hotel, desaliñados y con las ropas arrugadas, estaba dispuesta a concederle el estatus que merecía.

A pesar de la arena incrustada en la piel y el salitre que le enredaba el pelo, la experiencia de caminar quedamente con Oliver abrazado a su cintura, despeinado y con la mirada perdida, era una de esas que no se olvidaban con facilidad.

—Hay algo que quiero que veas —le susurró cuando ya casi veían la alta figura del Villa San Francisco en el horizonte.

—¿De qué se trata?

—Mi sueño. Algo en lo que he estado trabajando durante mucho tiempo y que no he enseñado más que a un par de personas. —Una sonrisa franca le dijo cuánto significaba aquello para ella y el enorme paso que significaba compartirlo—. Es para lo que quiero el porcentaje que me ofreciste del anuncio.

—¿Y quieres que yo lo vea?

—No quiero ocultarte cosas, Oliver. —Se encogió de hombros, como si aquello fuera lo más natural del mundo—. No importa lo que tengamos alrededor, entre nosotros no hay mentiras. Quiero ser sincera contigo y compartir algo que es importante para mí.

Incómodo, él la soltó, dando un par de pasos hacia atrás y notando cómo su boca, hasta hacía unos segundos dulce por el sabor de los besos, se le volvía amarga, revolviéndole el estómago.

—Hemos estado rodeados de secretos todos estos días, Frannie; uno más no tiene importancia. —Se metió la camisa por dentro de los pantalones. De pronto, la arena pegada a su cuerpo le resultaba incómoda y la humedad que impregnaba su ropa le desagradaba. El ambiente se había enrarecido, y



no le gustaba.

—Para mí sí es importante. Muy importante. —Acercándose, ella le tomó la mano, tirando de él en una dirección que parecía reacio a tomar—. Puede que hayamos mentido a todos, pero no el uno al otro. Nosotros siempre hemos sabido la verdad, así que no quiero esconderte algo que significa tanto para mí.

«Maldita sea, ¿por qué tienes que sacar esto ahora? ¿No sería más fácil dejarlo todo como está? ¿Seguir desde aquí y no revolver en lo pasado?».

Forzando una sonrisa, Oliver usó su fuerza para detenerse en seco y atraer a Frannie hacia él, sintiéndose de pronto rastrero y miserable. Negó con la cabeza, esperando que sus palabras sonaran coherentes mientras las pronunciaba. Esperando creer en ellas con la suficiente fuerza como para no flaquear y terminar echando a perder todo lo que ahora tenía al alcance de las manos.

—¿Y por qué no seguimos besándonos? Eso también es de verdad. —Devoró sus labios, embriagándose del sabor marino que la piel de Frannie todavía mantenía intacta. El calor le corrió por las venas, y supo que ella también lo sentía—. Volvamos a la playa y hagamos el amor hasta que no podamos movernos. Te deseo, eso también es real.

—Lo es —con una sonrisa, ella esquivó sus labios en cuanto volvieron al ataque—, pero es noche cerrada y hace mucho frío.

—¿Crees que no podré mantenerte caliente? —Hundió la boca en su cuello, mordisqueándola mientras sus manos la apresaban—. Ponme a prueba.

Frannie se dejó embaucar por sus labios y sus caricias atrevidas, pero solo durante unos segundos. Sus ojos brillaban de éxtasis, pero también con determinación: había decidido confiarle una parte íntima de ella misma, abrirle una puerta a su interior que cambiaría por completo la dinámica entre ambos. Pronto, no habría nada oculto por parte de Frannie, y aunque Oliver la deseaba de forma irracional, no estaba dispuesto a igualar su apuesta.

La tendría de igual modo, decidió. Ya había callado antes sus escrúpulos, podía hacerlo otra vez.

«Siempre consigo lo que quiero, Frannie, y resulta que ahora lo que quiero eres tú. No voy a destrozarme mis propias posibilidades siendo sincero. No merece la pena».

Se supo atrapado tan pronto cruzaron las puertas del hotel. Caminó tras los pasos de Frannie y fue notando cómo el mal humor creciente amenazaba con provocarle dolor de cabeza. Oliver se preguntaba, no sin inquietud, cómo era posible que una noche que había comenzado llena de triunfo para él estuviera dando de forma repentina un giro tan dramático.

¿Por qué pasar de besos apasionados a confesiones? ¿Por qué tenía Frannie aquella necesidad de hacerle parte de sus secretos? Mentiría si dijera que no sentía curiosidad por saber lo que aquella mujer de apariencia discreta pero trasfondo atrayente escondía en lo más recóndito, pero ahora que estaba próximo a saberlo, le parecía que el momento no podía ser peor. Con gusto habría renunciado al descubrimiento si ello le hubiera supuesto seguir justo donde había estado momentos antes, en el malecón oscurecido por las hojas de palma, oculto del aire nocturno y bajo el cielo estrellado, con Frannie en sus brazos, dispuesta, suave, complaciente...

Enterrando entre sus muslos sus mentiras y secretos, tan profundos que nadie pudiera encontrarlos jamás.

—¿Me esperas un segundo? —La voz de Frannie le pareció muy lejana, a pesar de que la tenía justo al lado.

Remordimientos..., malditos remordimientos.

—¿Qué? Perdona, me... he distraído, ¿qué me decías?

Ella alzó su teléfono móvil como respuesta. Le indicó con un gesto de las cejas que se trataba de un asunto que no podía posponer.

—Solo serán un par de minutos —se excusó, llevándose el aparato a la oreja y manteniéndose entre la puerta de entrada a recepción y la zona de los jardines.

—Estaré aquí —dijo Oliver a nadie en particular, viéndola salir.

Deambuló durante unos minutos, echando vistazos sin interés al stand de folletos con ofertas de excursiones, parques temáticos, lugares de ocio, restaurantes y un sinnúmero de opciones más que harían de la estancia en México para cualquier turista algo inolvidable. Trató de leer alguno, pero le fue imposible concentrarse en nada.

A medida que pasaba el tiempo, estaba más cerca de subir a la habitación con Frannie y escuchar cómo ella compartía con él, confiada y sincera, parte de sus pensamientos y deseos más personales. ¿Qué haría él después? ¿Darle unas palmaditas e intentar emborracharla con tequila para que no pretendiera sacarle confesiones a él?

«Debo sacar ventaja de esa vulnerabilidad. El sexo siempre es más dulce cuando se sienten comprendidas».

No negaría que había usado antes esa táctica. Una buena historia del orfanato solía abrir más piernas que el mejor de los diamantes, así que era bastante posible que, después de tener un momento tierno con Frannie y asegurarle que su sueño, cualquiera que fuera, estaba a solo una firma de distancia, pudieran seguir exactamente donde lo habían dejado en el malecón.

¿Pero sería capaz de hacerlo teniendo en cuenta todos aquellos sentimientos de repulsa que empezaba a experimentar? Ella no era como el resto de mujeres; para Frannie, el fin no justificaba que uno perdiera los papeles y se convirtiera en un ser sinvergüenza dispuesto a cualquier cosa.

Nunca se habría acostado con él de saber que había dejado creer a Montero que estaba embarazada para sacar provecho. Si se enteraba, no solo era muy improbable que volviera a tocarla, sino que, además, perdería su confianza, su respeto y cualquier oportunidad de tenerla. Aunque reconocerlo le hiciera sentir enfermo, aquel final no era uno que estuviera dispuesto a contemplar.

¿Entonces? ¿Qué coño vas a hacer, Oliver? ¿Vas a seguir engañándola para llevártela a la cama después?

—Perdone, señor, ¿puedo ayudarlo en algo?

La voz ronca y de marcado acento de la atractiva encargada de recepción lo puso rápidamente en alerta. Centrar su atención en algo sin importancia siempre lo había ayudado a aclarar sus ideas. Componiendo una sonrisa que le salía de forma natural, se acercó al mostrador, valorando a la guapa muchacha mexicana con un repaso visual que a ella pareció encantarle.

Embaucar seguía siendo muy fácil cuando no había sentimiento alguno de por medio.

Echándose hacia delante de manera evidente, el largo cabello oscuro y brillante cayó a los lados de un escote que estaba demasiado pronunciado para ser adecuado cuando uno trabajaba de cara al público. Apoyándose con indolencia en el mostrador, Oliver alzó las cejas en un gesto apreciativo, indicando que había entendido el mensaje y que valoraba el esfuerzo de la muchacha.

No pensaba aceptarlo, pero era agradable comprobar que sus armas seguían estando en buen estado a pesar de los embates de la marea de la culpa, que no cesaba de subir.

—¿Podrías enviar una botella fría de champán y dos copas a mi habitación?

Lamiéndose los labios de pura anticipación, la recepcionista levantó el

teléfono e hizo el encargo rauda y sin perder un segundo. Dejando ver su sonrisa de lobo, Oliver suspiró para sí, preguntándose por qué toda aquella situación, en lugar de atrayente, le parecía cada vez más aburrida.

«No está siendo ningún reto —pensó—, ni siquiera he tenido que acercarme a dirigirle la palabra».

Claro que eso nunca antes había sido un problema.

—¿Quiere unas fresas para acompañar la bebida, señor?

Evidentemente, la joven esperaba instrucciones sobre cuándo tendría que subir a la habitación a llevar el encargo... y quedarse allí para disfrutarlo con Oliver. Decidiendo aprovechar el instante para divertirse un poco y apartar las preocupaciones que en escasos minutos le vendrían encima, Oliver se enredó en el dedo uno de los largos mechones negros de la mujer, que acercó solícita el rostro y parpadeó con toda intención.

Puro deporte. Ensayo y error. Depuración de técnicas.

—¿Sabes? —le susurró Oliver, aproximándose también—, hay dos cosas en esta vida que me excitan más que nada. Una, estar cerca de firmar contratos millonarios —le sonrió, apartándose sin darle lo que quería—, para lo cual solo me faltan unas horas.

—¿Y la otra? —preguntó la recepcionista, conteniendo casi el aliento, expectante.

«La otra es rubia y tiene un talento realmente molesto para estropear momentos que podrían ser muy placenteros».

Era tiempo de terminar el juego, decidió. La joven mexicana estaba haciéndose ilusiones que él estaba muy lejos de encontrarse en disposición de complacer. Había estado bien, pero no era lo bastante estimulante como para plantearse siquiera un revolcón rápido tras el mostrador.

Iba servido, y sus ansias de repetir estaban puestas en otra mujer.

Oliver abrió la boca, pero ahí murió toda réplica ingeniosa que pudiera haber expresado. La parte trasera del mostrador estaba decorada con un gran espejo en el que en ese momento se reflejaba una incrédula Frannie, todavía con el teléfono en la mano y la expresión helada, muda de asombro.

«Joder. Mierda, mierda, imierda!».

Incorporándose soltó el cabello oscuro de la recepcionista como si le quemara —¿cuándo se había acercado tanto? ¿Por qué coño la estaba tocando? ¡No quería hacerlo!—. Oliver intentó recomponerse y mostrar en su cara la mayor inocencia posible. En su defensa, se dijo, nunca había pensado llegar con aquella mujer a nada más que un intercambio picante

de palabras para entretenerse, claro que desde el punto de vista de Frannie, la imagen hablaba por sí sola.

—El champán estará bien —declaró con un carraspeo, sin mirar atrás, — ¿ya has terminado tu llamada, cariño?

Pero Frannie no le respondió. Ni tampoco cogió su brazo cuando Oliver se acercó a ella para ofrecérselo. En lugar de ello, lo miró con un gesto que denotaba desconfianza y decepción, se dio media vuelta y echó a andar hacia el ascensor. Pulsó repetidamente el botón, taconeando en el suelo pulido con nerviosismo. Oliver, que la había seguido a una distancia prudencial, intentó rozarle el hombro, pero una vez más ella se deshizo.

«Estupendo. Ni siquiera ha tenido que empezar la ronda de confesiones para que todo se jodiera».

—Frannie..., no es lo que parece.

Ella tuvo la sangre fría de reírse.

—¡El mayor cliché del mundo hecho frase! Supongo que no podía faltar.

Exasperado, Oliver intentó tocarla de nuevo, pero ella se apartó. Conteniendo un gruñido, Hamer se preguntó cómo demonios era posible que tuviera que dar explicaciones la única vez que le habían pillado haciendo nada. Había vivido situaciones de donde habría salido con mucha dificultad de haber sido descubierto, ¡pero aquella no era una de ellas!

—¿De verdad piensas que habría sido capaz de hacer algo con esa mujer después de lo que pasó entre nosotros? ¡Ni siquiera sé quién es!

—Ignoraba que eso fuera un problema para ti.

Las puertas del ascensor se abrieron y Frannie entró a toda prisa por ellas. Trató de pulsar el botón de cierre, pero Oliver metió el brazo y las puertas no se movieron. Molesto, con la mandíbula tensa, se apretó contra ella en el reducido espacio y le dio a la tecla adecuada para subir a la habitación. Le molestaba que fuera tan fría con él, ella no comprendía los grandes esfuerzos que estaba haciendo por que lo que fuera que existía entre ambos no se estropeará.

—No entiendo a qué viene este numerito de esposa ofendida, la verdad.

De haber podido, Frannie lo habría fulminado con la mirada.

—¿Tengo que explicarte lo que podría haber pasado si, por designios del destino, alguien relacionado con Montero te hubiera visto coquetear con esa... mujer?

A Oliver le molestaba la actitud de Frannie. Le molestaba mucho que ella tuviera los brazos cruzados y el rostro girado para no mirarlo, y le molestaba porque, si no tenía puesta en él toda su atención, no podría

derribar aquella barrera que, de repente, ella había levantado para esconderse. En ese momento los separaba una distancia que no estaba dispuesto a aceptar.

Si difícilmente asumiría una discusión por cuestiones serias —como que ella descubriera sus mentiras—, mucho menos dejaría que se apartara de él por algo que no había tenido la más mínima importancia.

—¿De verdad pretendes que crea que te molesta lo que has visto solo por cuestiones de trabajo?

—¿Acaso no estamos aquí para hacer creer que somos matrimonio? —Le dolía, pero ni aun desangrándose por dentro de celos lo reconocería. Verlo coquetear con otra cuando ella todavía sentía el sabor de su boca en la piel la hacía sentir enferma. Pero se lo había buscado, confiando ciegamente en algo que había sido solo fruto del momento.

—Montero se ha ido hace horas, Frannie, el negocio está casi cerrado, idudo mucho, por no decir otra cosa, que envíe a nadie a vigilar lo que hacemos antes de meternos en la cama!

Debió de usar un tono lo bastante áspero, pues ella por fin se dignó mirarlo. Tenía la punta de la nariz roja y las mejillas hinchadas, como si contuviera aire o palabras hirientes que no se decidía a soltar.

—No sería la primera vez que hace algo semejante, ¿o no recuerdas lo que nos contó Tomy Anders?

«Deja de esconderte detrás del paripé, Frannie, ¡admite de una vez que ardes de celos por mí! ¿No reclamas sinceridad? ¡Enséñamela!».

—Lo que no voy a tolerarte, Frannie, es que juegues a engañar a un mentiroso y pretendas que toda esta escena tiene algo que ver con el anuncio —le dijo con petulancia, cansado de excusarse sin que ella lo creyera—. No seas cínica.

Ofendida, Frannie trató de apartarse de él, pero Oliver estaba colérico, y no pensaba permitir que se le escapara. Había tomado un único segundo de distracción de toda la maraña de preocupaciones y nuevos sentimientos que inundaban su mente, ¿y ella pretendía culparlo por eso? ¿Tenía idea acaso de cuánto había tragado por ella? ¿De cuánto se había arriesgado? Para empezar, él no daba explicaciones, las mujeres sabían de antemano a qué atenerse si decidían libremente relacionarse con él. ¿Por qué creía ser tan distinta? ¿Por qué tenía el derecho a hacerle sentir culpable?

«Porque ella es la única cuya opinión te importa».

—Reconócelo. Hasta hace una hora habrías dado lo que no tienes por seguir en mis brazos, y ahora has creído ver que cerraba un doblete con la

repcionista del hotel, cuando todavía no se te había enfriado el cuerpo. Eso es lo que te ha cabreado, no que Montero pudiera aparecer por arte de magia.

—Si piensas que esto no es más que una pataleta de celos... —Acertaría, pero estaba loco si esperaba que ella lo reconociera—. No puedo ni mirarte a la cara, Oliver.

Las puertas se abrieron y Frannie echó a correr por el pasillo, revolviendo en su bolso hasta dar con la tarjetita rectangular con la que podría abrir la habitación. Oliver la siguió, llegando hasta ella en dos zancadas. Intentó cogerla del brazo, pero la agilidad de Frannie le hizo errar una vez más.

Detestaba que no le permitiera tocarla. Era un golpe demasiado bajo. La miró con acidez, dispuesto a hacerle daño con sus palabras solo porque se sabía capaz de hacerlo. Así era él, comprendió, tragando saliva y sintiéndola como hiel bajando por su garganta. Atacaba por acto reflejo, para defenderse.

—No soporto las escenitas maritales, sobre todo cuando no estoy casado de verdad.

Con una mirada fría, Frannie traspuso el umbral del dormitorio, lanzando el bolso sobre una silla y dándole la espalda. Estar en el mismo espacio físico que él le provocaba un dolor lacerante en la piel. En la misma piel que él había estado acariciando poco antes.

Oyó el portazo que él dio al entrar y se estremeció con un presentimiento de que las cosas solo podían ir a peor.

—¿No puedes entender que has estado a punto de estropearlo todo en el último segundo? —Su voz sonó sorprendentemente tranquila, aunque toda ella era un mar de tristeza en ese momento—. ¿Era muy difícil esperar un día más para irte a la cama con cualquiera? ¿Tenías que hacerlo aquí, en el hotel que costea el hombre con el que aspiras trabajar, y justo después de...?

—Maldita sea, iya te he dicho que no tenía ninguna intención de liarme con esa maldita mujer! ¡Ni con ninguna otra!

«Ni siquiera contigo, que no me has traído más que complicaciones, volviéndome loco y ofreciéndome algo que ahora me quitas».

—Eso todavía es peor —susurró Frannie, que ya no podía seguir levantando la voz—. Si no pretendías nada con ella, significa que solo te acercaste a coquetear por diversión. Habrías podido arruinar todas tus opciones con Montero para nada. Por un juego absurdo sin ningún fin. Ese es el valor que tú les das a las cosas.

«Es el valor que me has dado a mí y a lo que ha pasado entre nosotros».

Esta vez, Frannie no fue lo bastante rápida para esquivar a Oliver, que la tomó por los brazos, acercándola a él lo suficiente para que las miradas de ambos se encontraran. Describirlo como enfadado se habría quedado en nada. Ella había pinchado en hueso, lo conocía lo bastante como para entenderlo. Después de todo, ese era su trabajo.

—¡No te permito que juzgues la seriedad con la que me tomo mis asuntos! ¿Crees que no me he comprometido con todo esto? —Las palabras picaron en su garganta; decirlas iba a ser un error mayor, algo garrafal, pero el instinto, la rabia, lo obligaron a asestar el golpe que infligiera mayor daño a su enemigo, que en esos momentos era la mujer a la que deseaba—. ¿Piensas que no me he tomado este matrimonio nuestro en serio, Frannie? Pues, para tu información, si he conseguido que la firma tuviera lugar antes de lo previsto, ha sido porque Montero está convencido de que estás embarazada, y adivina qué: ¡esa es una situación que me conviene mucho mantener!

La mirada de Frannie se había congelado en algún momento indeterminado de la confesión. Sus mejillas estaban pálidas y su expresión, antes molesta y seria, era ahora de pura incredulidad. Su cuerpo pareció perder tantos grados de calor como los que había subido el de Oliver, quien tuvo que soltarla porque seguir tocándola estaba destrozándolo por dentro.

Todo lo que habían vivido en el malecón parecía ahora un sueño muy lejano. Había desaparecido, no quedaba nada.

—Cuando te intoxicaste con las nueces —Oliver habló, sin saber si buscaba la ruina completa o redimirse con alguna explicación que los convenciera a los dos de que aquella mentira había sido algo más que el recurso egoísta de un hombre desesperado—, Montero estuvo convencido de que te habían hecho tanto daño porque estabas débil por tu estado. Al decirle que tenías náuseas y mareos, ató sus propios cabos.

Se la quedó mirando, preguntándose si le abofetearía, deseándolo incluso, pero Frannie solo lo miró, como si lo observara bajo una luz muy potente que dejara a la vista todas las imperfecciones que hasta el momento ella se había empeñado en no ver.

—Y tú no lo desmentiste. —No fue necesario que Oliver dijera nada, ella sabía la respuesta—. Porque querías conseguir ese contrato por encima de lo que fuera. Incluso de mí.

Frannie sentía ganas de llorar de pura impotencia. Era imposible hacerle ver a alguien como Oliver, para quien las reglas morales y éticas poco



importaban en asuntos de negocios, hasta qué punto había cruzado todos los límites con aquella falsedad. ¿Embarazada? ¿De verdad falsear con una vida era lícito para conseguir una dichosa firma en un papel?

—Hice lo que debía para conseguir nuestro objetivo. —Si se arrepentía de algo, no se dejó traslucir en sus palabras, que eran frías, como la mirada que le dedicó—. En eso quedamos antes de empezar y tú estuviste de acuerdo.

—Nunca accedí a que hiciéramos esta bola de nieve aún más grande, Oliver, ¡y si no me lo preguntaste es porque sabías que no iba a estar de acuerdo!

—¿Que no te lo pregunté? ¿Acaso habíamos acordado consultarnos cada jodido paso que dar? —Enarcó las cejas, retándola a que le dijera que aquello era mentira—. Ambos estuvimos conformes con hacer lo que fuera necesario, Frannie, sin descubrir al otro, ¿o es que no te acuerdas?

—A esto no —y negó con la cabeza para reafirmarse ante el hombre que tenía delante y al que de pronto desconocía—, jamás te habría secundado en algo tan horrible como fingir un supuesto embarazo. Nunca habría jugado con la vida inocente de un niño, Oliver.

«Y por eso es imposible. Por eso no tiene ningún sentido escuchar ni entender. ¿Para qué vas a hablarme de tus sueños e ilusiones? ¿Para qué vas a abrir el cajón de tus secretos? Los míos son así, Frannie. Este soy yo».

—¡Maldita sea, si no hay ningún niño! ¡Una vez firmado el contrato le diremos a Montero que ha sido una falsa alarma o que has abortado y ya está!

Fue cuestión de un segundo lo que Oliver tardó en arrepentirse de pronunciar aquellas palabras. No por el gesto de horror que vio en Frannie, aunque eso influyó, sino porque incluso él, que no era un hombre que se dejara conmovir por casi nada, comprendía la crueldad que había imperado en sus frases.

Oliver había sido un niño no deseado, y aunque aquel embarazo no fuera real, darle tan poco valor a la vida de un bebé era algo que traspasaba límites que, hasta el momento, había respetado. Él había justificado los medios, pero no habría honor en aquel triunfo si usaba como técnica de lucha algo tan vulgar.

Con tiento, se acercó un paso a Frannie, que se había quedado callada.

—Solo pude pensar en sacar provecho del momento —le dijo en voz baja, sin atisbo de cinismo en sus palabras—, no lo planeé, pero cuando se me presentó la ocasión, la cogí.

—Y no te has arrepentido de hacerlo.

—No.

Frannie asintió con la cabeza, apoyando la cadera contra el mueble-bar que tenía detrás. No lloraba, y tampoco estaba enfadada. Oliver se preguntó si aquello que veía en su cara era la descripción gráfica de la decepción, pues ella parecía estar contemplando a través de un agujero en la pared, los horrores más profundos que escondía en su alma. Su retrato de Dorian Gray particular.

—¿Sabes? Cuando estuve en el orfanato, casi siempre me ofrecía voluntario para ayudar en el comedor —Oliver dejó caer las manos en los bolsillos del pantalón, con gesto distraído, y para que no se viera que tenía los puños apretados con furia—, no porque tuviera alma de sirviente ni quisiera ser útil, solo lo hacía porque estando allí era capaz de ir robando pequeñas cantidades de comida que guardaba para cuando las raciones escaseaban.

Frannie levantó la cabeza, mirándolo con atención, pero sin ninguna expresión en su cara que Oliver pudiera descifrar.

—Sabía que eso suponía que los otros tuvieran menos que comer. Pero no me importaba, siempre que mi estómago estuviera lleno.

—Eso es horrible.

Fue tan franca su opinión que Oliver notó el tirón de las comisuras de sus labios, tentado a sonreír. ¿Su actitud le resultaba detestable? Bueno, toda su infancia había sido un cúmulo de horrores y soledad sin fin. Hacer daño a otros para asegurarse el bienestar había sido su única salida. Su modo de sobrevivir.

—Me puse por delante de otros porque nadie más me convertiría en su prioridad, Frannie —explicó: más que justificarse, buscaba hacerle entender el porqué de su falta de escrúpulos—; nunca me importó ni me planteé que mis acciones repercutieran en otros. Me daba igual. Siempre me ha dado igual.

Dio un paso más. Con cuidado, tomó la mano de Frannie, fría y pequeña, entre las suyas. La miró a los ojos, y en esta ocasión se prometió ser todo lo sincero con ella que pudiera. Quizá dejarle ver su lado oscuro terminara de romper con las escasas posibilidades que le restaban para acercarse tanto como deseaba, pero, descubiertas ya sus cartas, solo le quedaba apelar a cualquier posible emoción que Frannie pudiera sentir por él, y agarrarse a ella como a un clavo ardiendo.

—La primera vez que he sufrido remordimientos ha sido estos días.

Cuando te miraba y sabía que te engañaba. Me sentía de nuevo como en mis años de orfanato, un don nadie, alguien inútil y sin valor.

«No lo creas», le gritaron a Frannie todos sus instintos. Tenía ante ella a un hombre que tan pronto era el seductor lleno de encanto capaz de amarla en la playa como si todo lo demás hubiera dejado de importarle cómo se convertía en un abrir y cerrar de ojos en alguien calculador, que no dudaría en inventar la mayor atrocidad para conseguir lo que quería, sin tentarse el corazón.

—No me habrías confesado la verdad si no hubiera surgido esta noche. — No era una pregunta, los dos lo sabían.

—No, no lo habría hecho. —¿Por qué ocultarlo? Así eran las cosas, ya no quedaba nada que esconder—. No habría servido más que para provocar una discusión y un distanciamiento por algo que ya no se puede cambiar.

—¿Crees que mentir es válido si con eso te libras de peleas y momentos desagradables?

—¿Qué podría haberte aportado saberlo? ¿Para qué te habría servido?

—¡Para no sentirme utilizada! —gritó con renovadas ansias, moviéndose por la habitación, porque estar parada frente a él era insoportable—. ¡Para no pensar en lo estúpida que he debido de parecer, hablándote de honestidad y queriendo compartir cosas contigo mientras te burlabas a mis espaldas, escondiendo una mentira como esa!

—Frannie, escúchame, yo jamás, nunca, me he burlado de ti. Callé lo que había hablado con Montero porque decírtelo significaba terminar con mi ventaja, y eso solo me habría supuesto perderos tanto a ti... como al negocio. —Pero a ella primero. Sobre todo, a ella—. Deseo ambas cosas, y no sé vivir renunciando a aquello que deseo. He mentido a Montero una vez más, ¿y qué? No volveremos a hablar de tu hipotético embarazo, no pronunciaremos una sola palabra sobre ese tema. Mañana firmaremos el contrato, pasaremos con él un último día y todo habrá terminado.

«Sí, todo ha terminado —pensó ella con amargura, sintiéndose derrotada y muy cansada—. Pero ni siquiera te has dado cuenta».

Podrían pasarse horas hablando de eso, pero los resultados serían los mismos. Frannie ni siquiera podía decir que estuviera decepcionada, porque en el fondo, en algún lugar remoto de su subconsciente, estaba recibiendo de Oliver lo que siempre había esperado. ¿Qué podía esperar, después de todo, de alguien que necesitaba una Agenda Roja de las despechadas?

Ella había querido confiar, y ahora era solo otro nombre en la lista. No recibiría una joya en compensación por los servicios prestados, sino un

porcentaje económico como agradecimiento a su colaboración en aquella mentira. Era su pago por haberlo creído, el precio por haberse acostado con él creyendo que sería diferente.

—¿Y después qué, Oliver? ¿Volver a casa, seguir como siempre?

—No, Frannie, ¡claro que no! —La buscó y volvió a abrazarla, con fuerza, con pasión, pero ella solo sintió frío—. Después será todo lo que queramos. Tendremos el anuncio, tú conseguirás tu porcentaje, harás realidad todo lo que quieras, y nosotros estaremos juntos.

Intentó imaginárselo; durante unos segundos, trató de aceptar que aquello era posible, que nada de lo que había visto, oído y descubierto importaba, pero no pudo hacerlo. La confianza estaba rota, y por más que Oliver le ofreciera el paraíso, ella ya no podía creer que fuera a entregarlo sin reservas, dobleces, o mentiras.

Alzó la cabeza y Oliver le sonrió. Ella aprovechó el momento para apartarse de él, con la voz serena y la mirada clara de quien tiene las cosas en perspectiva por fin.

—¿Cómo podríamos estar juntos, Oliver? ¿Cómo puedes hablar de avanzar cuando ni siquiera hemos empezado?

—Frannie..., ¿qué...?

—Tú no sabes nada de mí, nada en absoluto. No me conoces, ni como persona ni como mujer, y está claro que, por más que yo me creyera una experta, tampoco te conozco a ti en absoluto.

Volviendo a sentirse inquieto, Oliver se alejó unos pasos, salvaguardándose de las palabras que oía. Frannie se había recompuesto totalmente, ya no estaba débil y afectada, sino que parecía haber renacido en fuerza y seguridad. Su mirada, tan triste como segura, le atravesó el pecho, dejándolo sin habla.

—¿Cómo me llamo, Oliver? —preguntó de pronto, con la barbilla bien alta.

Todo hubiera esperado él, salvo aquello. Confundido, parpadeó.

—¿Es una broma? ¿A qué coño viene esto, Frannie?

—Te he preguntado mi nombre, Oliver. Mi nombre completo, el que figura en el contrato que firmaste y en todas las nóminas mensuales con que pagas mi sueldo. ¿Lo sabes? ¿Puedes decírmelo?

Él boqueó, pero, tal como ella esperaba, fue incapaz de superar la prueba. Aunque estaba segura de cuál iba a ser el resultado, el comprobarlo fue para Frannie como un mazazo que dio al traste con las pocas esperanzas que aún conservaba.

«Teresa tenía razón. Deseabas de esto algo más que ese dinero para

poner en marcha tu negocio, deseabas que te viera, comprobar que, de alguna forma, siempre había habido algo, que eras especial para él. Que le importabas. Lo deseabas a él, y ahora aquí lo tienes, tal como es de verdad. No hay más».

—Creo que eso lo resume todo.

Con los hombros caídos, Frannie abrió el armario y sacó su maleta. La colocó sobre la cama y procedió a meter en ella toda la ropa, zapatos y efectos personales que había desparramados por el dormitorio, sin orden ni concierto. Oliver, que apenas podía moverse, salió del embrujo e intentó detenerla, sin éxito.

—¿Vas a permitir que lo enfadada que estás ahora por una mentira que ya no tiene remedio lo estropee todo? ¡Estamos muy cerca, Frannie, lo tenemos al alcance de la mano! ¿No puedes olvidarlo? Lo arreglaremos, ideja que lo arregle!

Podía convencerla de que lo perdonara. Podía hacer que volviera a derretirse y desearlo más que a nada en el mundo, él sabía que podía.

—¿Arreglar qué, Oliver? ¿De verdad esperas que viajemos juntos de vuelta y tengamos algo cuando está claro que jamás te he importado como persona?

Fue como si le hubiera dado un puñetazo. Airado, intentó apartarla de la cama para impedir que siguiera recogiendo, pero aunque lo consiguió durante unos segundos, tan pronto se vio libre Frannie continuó, manteniendo la calma mientras refugiaba sus sentidos en la tarea encomendada. En lo único a lo que podía sujetarse para no derrumbarse.

—¡Eso es mentira! ¡Ni siquiera te permito pensarlo! La única persona por la que he demostrado tener escrúpulos eres tú. Todo está cambiando entre nosotros, ilo deseo, te deseo a ti! Quiero tenerlo. Y quiero tenerte a ti también.

—Pues yo no. No así.

Frannie cerró con fuerza la cremallera de la maleta y la bajó de la cama con mirada desafiante. Oliver estaba en medio, mirándola entre el desconcierto y el enfado.

—No me creo que no sientas nada por mí —le oyó decir, sin el menor reparo—; puedo ser un cerdo sin moral, pero soy un hombre también. Temblaste en mis brazos, Frannie. Estuve dentro de ti, y no eres tan buena mentirosa como para haber fingido todo lo que sentías.

El recuerdo, demasiado reciente, la golpeó, pero logró sobreponerse a él.

—Tienes razón. Mis sentimientos existen, están ahí desde hace mucho

tiempo, pero no puedo plantearme avanzar con alguien a quien ni siquiera le ha importado nunca tener un comienzo.

—¡Te lo estoy ofreciendo ahora!

—No, tú sugieres partir desde este punto hacia delante, dejando la suciedad y los escombros debajo de la alfombra. Eso no es lo que yo quiero. Merezco a alguien que quiera tener un principio, conocerme y saberlo todo de mí. Merezco interés y ser el fin de una persona, no su medio.

Frannie cogió su bolso y pasó a su lado, con pasos lentos pero seguros. Se preguntó si él se movería para intentar detenerla, si refutaría alguna de sus palabras, pero Oliver no dijo nada. Se quedó callado, mirándola alejarse con sus cosas como si nada de aquello pudiera estar pasando.

—Dormiré en otra habitación esta noche. Volveré a casa mañana.

—No puedes irte ahora —le oyó decir a su espalda, con la mandíbula apretada—, todavía no hemos firmado el contrato, podríamos perderlo.

—Ya no me importa. —Comprobó, asombrada, que era cierto. Tanto habían porfiado... por algo que ahora no era tan importante...—. Cumplir mi ilusión empresarial no vale tanto como para soportar esto un día más.

—¡Maldita sea, Frannie, no puedes hacerme esto! —Colérico, él se giró hacia ella, dispuesto a sujetarla, a retenerla, a impedirle todo movimiento de la manera que fuera posible, con violencia incluso, si fuera necesario—. ¡Si crees que puedes dejarme tirado y volver a la empresa como si nada...!

—No te preocupes, presentaré mi renuncia tan pronto aterrice.

La miró como si estuviera loca, esperando que así fuera, para que todo aquel sinsentido tuviera alguna razón de ser. Frannie era una mujer inteligente, ¿no veía que Oliver no estaba dispuesto a perderla? No aceptaría que estuviera lejos de él, por más irracional e imposible que fuera impedir a una persona libre hacer de su vida lo que él quisiera.

Había comprendido lo que sentía, y renunciar no era una salida que estuviera en disposición de tomar.

—¡No quiero tu jodida renuncia, Frannie! —le espetó, ciego de rabia y lleno de un dolor que nunca había sabido expresar—. No la acepto. De modo que no puedes irte.

«Estás dolido..., pero yo también sufro. Por una vez, mi dolor irá primero. Me lo he ganado».

—Yo tampoco quería descubrir cómo eres en realidad, Oliver, ni corroborar que sería algo imposible de asimilar. —Con un encogimiento de hombros que seguramente precedería al llanto, Frannie abrió la puerta, dispuesta a apartarse cuanto antes de él—. Supongo que todos tendremos que aceptar

lo que nos ha tocado.

—No aceptaré tu renuncia —decretó Oliver, con voz cortante y fría, como si solo existiera el empresario y el hombre se hubiera esfumado—. ¿Lo has oído? No te irás. No trabajaré con ninguna otra que no seas tú.

Frannie le dedicó una última mirada, forzando a su memoria a que contuviera los recuerdos bonitos e hiciera desaparecer los demás. No obstante, los buenos momentos compartidos estaban tan impregnados de engaños que le iba a ser muy complejo salvaguardar algo de ellos.

—Adiós, señor Hamer —dijo por fin, cruzando la puerta y sin mirar atrás.

# 16

## ECHANDO A PERDER SE APRENDE

Henry Montero, todavía con la pluma en la mano, levantó la vista de los documentos y la clavó en Oliver con una seriedad que podría haber congelado de miedo a cualquiera.

Alzando una ceja, repasó con una mirada la apariencia de Hamer, que venía sin afeitar, con la misma camisa del día anterior y despeinado como un demente. Decir que tenía mala cara y que parecía haberse pasado la noche peleándose con alguien sería una amabilidad, de modo que Montero había preferido pensar que Oliver había estado celebrando prematuramente la consecución de aquel negocio por el que tanto había porfiado.

Pero tanto su expresión de duelo como sus recientes afirmaciones no concordaban en absoluto con dicha teoría.

—Hamer..., ¿puede repetir lo que acaba de decirme?

Por supuesto, aquella pregunta, expresada con un tono de voz seco, no era otra cosa que una oportunidad que Montero estaba dándole a Oliver para retractarse de sus palabras. No obstante, Hamer, que seguía con la vista perdida en algún lugar indeterminado de la sala de reuniones del Villa San Francisco, se limitó a sujetar el respaldo de la silla con las manos y suspirar. De pronto, nada de aquello era de su interés, y el simple esfuerzo de explicarse lo llenaba de tedio.

Ni siquiera había tomado asiento al entrar. Todo lo que quería era despachar el tema de hm Motors cuanto antes y después... Después se iría al infierno, que era a donde pertenecía.

—Lo siento, señor Montero —la voz pastosa habló de alcohol y noches en vela. Fue más elocuente que sus intentos vanos por dar alguna razón que fuera coherente—, no puedo firmar el contrato.

De haberse dejado llevar por sus raíces, Montero habría tumbado a Oliver de un puñetazo. Recordó, a duras penas, que era un empresario respetable, aunque muy dentro de él seguía sintiéndose como el airado joven que resolvía todo por las malas.



—¿Pero qué está diciendo, por Dios? ¿Sabe cuánto tiempo y dinero he invertido en este viaje, la estancia, la organización de agenda...? ¿Se hace una idea de los hilos que he movido para demostrar a mi junta de accionistas que mi decisión de apostar por usted, un pimpollo recién salido del cascarón, no era prueba de que chocheo con la edad?

Montero soltó la pluma con ímpetu, provocando que esta rebotara en la mesa y rodara hasta el borde. Oliver siguió la trayectoria, preguntándose por qué ni siquiera se sentía tentado a recogerla. Estampar aquella rúbrica le habría dado todo, su ascenso profesional, pero de pronto, sin más, todo había perdido sentido.

Ya no lo quería a toda costa.

La vergüenza había dominado a la ambición. Ahora acompañaba a la culpa, que roía sus entrañas como una mala enfermedad que no abandonaría su cuerpo mientras quedara vida en su interior.

Gestionar todas aquellas emociones estaba resultando mucho más arduo de lo que Oliver imaginaba. Sentía la cabeza a punto de estallar, y no estaba seguro de ser capaz de dar a Montero las explicaciones que merecía antes de salir corriendo y desaparecer a cualquier lugar donde pudieran vivir su rabia y frustración sin tener que ver a nadie.

—Es mi última palabra —decretó sin emoción—. Retiro mi candidatura para gestionar sus anuncios. Siento haberle hecho perder el tiempo.

«Y siento haberle mentado. Siento que se haya enterado. Siento no haber sido capaz de convencerla de que el ahora era suficiente. Lo siento..., lo siento».

Montero se puso en pie; tenía los puños apretados y la vena de su frente estaba a punto de explotar. Abrió la boca, pero después la cerró. Intentó coger aire y luchó por dominarse antes de volver a hablar. De pronto, parecía un anciano cansado de todo, deseoso por terminar lo que fuera que había empezado.

—Mire, Hamer..., no he dicho antes nada de su apariencia personal porque, la verdad, no me apetecía escuchar algo que quizá no me gustase, pero no hay que ser demasiado listo para darse cuenta de que no ha tenido una noche de fiesta precisamente. —Con tiento, el hombre se encogió de hombros—. Los empleados me han comentado al verme llegar que su mujer se marchó a primera hora de la mañana. Con las maletas.

«Estupendo», pensó Oliver con cinismo; sus problemas maritales falsos estaban ya en boca de la mitad de la plantilla del hotel, que no habían dudado en dar cuenta de ello a Montero.

—Tener problemas con la esposa siempre desequilibra a los hombres, icree que no sé por lo que está pasando, pero se equivoca! ¿Acaso imagina que entre Angelita y yo todo son paseos y buenas comidas? Y todo eso empeora cuando los hijos vienen en camino.

«Cállese. Cállese de una vez, maldita sea. Déjelo estar».

—Lo que no puede hacer, Hamer, porque es una falta de respeto y una muestra de debilidad, es echar por tierra un negocio como este. —Montero golpeó la mesa, cubriendo con su gran manaza el contrato que allí aguardaba—. Después de cuánto me ha importunado y sacado de mis casillas con sus prisas y su agonía por firmar, no puede retractarse. Hágalo de una vez, consiga lo que ha venido a buscar y después arregle lo que tenga que arreglar con su mujer, pero le pido, Hamer, que no...

—No estoy casado, Montero.

Tal como esperaba, el asombro enmudeció al presidente de hm Motors, lo que permitió a Oliver disfrutar de unos escasos minutos de silencio hasta que la avalancha que se avecinaba acabara por destruirlo. La cabeza le dolía horrores, se notaba las sienes palpitantes y la boca seca. A ratos, incluso se le nublabla la vista y tenía las palmas de las manos sudorosas.

Recordó la noche anterior vagamente. Apenas diez minutos después de que Frannie abandonara con teatralidad la habitación, el champán había hecho aparición por fin, de la forma más oportuna. Su primer impulso fue estrellar la botella contra la pared que le quedara más cerca, pero contuvo el impulso y decidió darle al líquido burbujeante un final más digno.

Así que se lo bebió. Se bebió el equivalente a tres cuartas partes de la botella, sentado en la cama como un estúpido, rememorando la discusión acontecida y descubriendo respuestas y defensas que, tal vez, lo habrían salvado de la situación que vivía. Si las hubiera dicho antes.

Recordó aquel sexo maravilloso sobre la arena, la piel de Frannie temblando bajo sus caricias, cada movimiento y quejido emitido en el momento mágico donde Oliver había sentido que el mundo entero giraba para su única complacencia.

Lo había tenido todo durante unos instantes. Y, después, se había quedado sin nada.

Se planteó, cuando el alcohol empezó a hacerle efecto, buscar a Frannie puerta por puerta para exigirle que cumpliera con la obligación que con él había contraído, prohibiéndole su marcha y toda escena propia de una esposa resentida. ¡Él era Oliver Hamer!, había gritado el alcohol en su sistema nervioso, ininguna mujer podía desamarlo de esa manera y luego

desaparecer y dejar el país por más justificación que pudiera tener!

Con la madrugada y la borrachera de la mano, Oliver había alcanzado el estado de enfado irracional. Sin atender a razones de ninguna clase, había llamado a Tomy Anders, insistiendo hasta que uno de sus timbrazos fue atendido. Debió de pensar que su abogado y amigo tenía una vida y unos horarios de sueño completamente distintos a los suyos en aquellos momentos, pero su capacidad para sentirse mal por sus acciones había alcanzado el tope con su falsa esposa y ya no le quedaban remordimientos para nadie más.

—¡Despide a Frannie! —había voceado a través de su móvil, sin saludar ni hacer preguntas previas—. Sin finiquito ni preaviso.

Al otro lado de la línea, un destrozado Tomy bostezaba, intentando arrancar sentido a unas palabras que no lo tenían.

—¿Qué coño estás diciendo, Oliver?

—¡Y que no se lleve nada de la oficina, nada en absoluto! Y descuéntale las vacaciones, los días de permiso y todos los retrasos por ir al baño o salir a fumar o... lo que sea.

—Mierda, ¿estás borracho?

Tirado en la cama, abrazado a un champán que había esperado beber de la fragante piel de Frannie, Oliver cerró con fuerza los ojos, deseando poder eliminarla de su cerebro, pero consciente de que no lo conseguiría.

—¿Estás apuntándolo, Tomy? Eres mi puto abogado, ¡lo menos que puedes hacer es apuntar lo que te digo, joder!

—¿Sabes qué hora es? ¿Para qué narices me llamas ahora, estás loco? —Tomy hablaba muy deprisa, con la voz embotada por el sueño—. Has despertado a Rebeca, capullo. Es enfermera, ¿sabes a qué hora tiene que levantarse?

¿Quién coño era...? Su novia, claro. ¡Y qué! ¿Acaso él tenía que ser el único que sufriera?

—Si se cree que puede irse sin más está muy equivocada y no me conoce. No pienso aceptar su renuncia. Tú la despides. Yo, yo te lo mando. ¿Lo has hecho ya? ¿La has despedido, Tomy? ¡Contéstame, joder!

—Vete a dormirla, Hamer.

Aquello era todo. Después, solo una nebulosa de vacío. De hecho, Oliver tenía serias dudas de que fuera Tomy con quien había hablado, pues en su mente, la voz distorsionada y extrañada que le llegaba desde el otro lado de la línea no se parecía en nada a la de su amigo. Claro que, teniendo en cuenta el tono de la charla, era muy posible que Anders no hubiera estado

de humor para ser comedido durante la conversación.

Lo siguiente que sabía era que se encontraba frente a Montero, dispuesto a decirle lo que hiciera falta para poder salir lo más pronto posible del hotel y dejar atrás aquellos funestos días que se habían convertido en una pesadilla.

Si Frannie creía que sería ella la que pronunciara la última palabra, se equivocaba. Aunque tuviera que arrastrarse a la oficina y atarla a la silla de su mesa de secretaria, iba a escucharlo.

Ya pensaría qué decirle cuando su cabeza recobrarla la normalidad.

—¡Hamer!

La voz ronca de Montero lo sacó de su ensoñación, haciéndolo volver a la truculenta realidad en que estaba inmerso. ¿Cuándo se había convertido su vida en aquel circo grotesco? ¿Y qué narices había hecho para merecerlo?

«¿Quieres casarte conmigo?». Sí..., había sido justo en ese momento. Putas ideas de loco...

—Frannie no es mi esposa —repitió, sin reparar en que Montero probablemente había estado hablándole mientras él tenía la cabeza en otra parte—. No lo ha sido nunca. Es mi secretaria, o lo era, antes de dimitir anoche. Lo fingimos todo para engañarlo.

Paralizado, el hombre con el que ya nunca trabajaría clavó los ojos en Oliver. Desprendía furia por los cuatro costados, pero fue capaz de contener la rabia ciega que brillaba en sus ojos. Preludio, sin duda, de unas intensas ganas de terminar todo aquello sin ninguna vía diplomática.

—¿Fue premeditado? —cuestionó sin emoción.

Oliver asintió.

—¿Por qué demonios ha caído en una treta tan baja, Hamer? ¿Con qué fin?

Oliver suspiró. No tenía ganas de excusarse ni de dar razones. Estaba hecho una mierda, borracho y sin asear. ¿No podía Montero insultarlo y dejarlo estar? Aunque no esperaba que le quedase nada, el escaso orgullo profesional que todavía le restaba tomó el control. Algo tenía que decir, después de todo. A peor no podía ir.

—A usted le gustó mi proyecto. Pude verlo en sus ojos tan pronto expuse el anuncio según mi visión. Se maravilló, pero, desde luego, tenía que poner todas esas cláusulas imposibles y estúpidas, hacerlo todo a su manera.

—¡Siempre exijo un conocimiento exhaustivo de mis posibles socios! ¿Y sabe qué? —golpeó la mesa, haciendo maldecir a Oliver. La cabeza iba a estallarle en cuestión de minutos—, ¡me ha ratificado que tengo más que

razón al desconfiar y llevar al límite a las personas que intentan entrar en mi círculo!

—Yo no pretendía estafarlo, Montero, solo darle el anuncio que usted quería. Exigió que viniera aquí con mi mujer, y yo no estaba dispuesto a que ser soltero me impidiera conseguir lo que quería.

—Así que mintió, sin escrúpulo ni decencia algunos. Me engañó simulando estar casado y después permitió que creyera que esa mujer suya podía estar en estado.

—Eso fue solo idea de usted, no mía. —Y se cruzó de brazos, decidido a no ceder ni un centímetro de terreno en aquel aspecto. Bastante caro le había costado ya.

—Pero aprovechó la confusión para asegurarse la firma lo antes posible, ¿o va a negarlo?

—No tengo nada que negar. Mis cartas están boca arriba y usted puede verlas. —Oliver suspiró, cansado hasta más allá de lo razonable—. Habría simulado cualquier cosa por ganarme su confianza y conseguir ese maldito contrato. ¿Quiere saber si me arrepiento de haberlo hecho? La respuesta es no. ¿Quiere saber si actuaría diferente de tener ocasión? Tampoco.

Ambos hombres guardaron silencio unos segundos. Oliver entendió que continuar siendo él mismo era imposible. Fue como si, de pronto, su vida estuviera atada con pesadas cadenas que no podía controlar. Montero, todavía incrédulo, lo observaba como si tuviera delante al ser más despreciable de cuantos hubiera visto en su vida.

«Bueno, no es el único que piensa así. Tal vez podrían fundar un jodido club».

—Tan solo lamento una cosa —susurró Oliver, más para sí mismo que para el hombre que tenía delante, poniendo por fin palabras a los pensamientos que lo habían asediado durante toda la noche—, y es haberle ocultado cosas a Frannie. Ella no se merecía que la tratara con tan poco respeto.

—Ya veo... Lamenta haber herido a su empleada, pero no haberme faltado a mí, ¿es eso?

—Somos negociantes, Montero. Nunca hay transparencia entre tipos como nosotros.

—Bien..., si eso es lo que piensa...

De un impulso, Henry Montero cogió el contrato de la mesa y lo rompió en pedazos, dejándolos caer al suelo. Oliver contempló cómo sus posibilidades se hacían añicos y se desperdigaban por la habitación. A cada trozo que se

desgarraba, estaba un paso más lejos de ampliar sus horizontes empresariales.

Montero era poderoso y haría de aquella afrenta algo personal. Pronto todo el mundo lo sabría, y Oliver, con toda probabilidad, estaría acabado.

—Ha tenido su momento de gloria, Hamer —escupió Montero, guardándose la pluma y cruzándose de brazos—, se ha quedado a gusto confesando sus intrigas y vilezas, declarando con el pecho hinchado cuánto ha mentido y lo dispuesto que estaría a hacerlo otra vez... Pues bien, es mi turno. Ahora, muchacho, va a escucharme a mí.

Una semana más tarde

Teresa siempre había creído que las decepciones y los enfados eran como el luto: cada persona necesitaba un periodo de tiempo determinado para sanar. Durante dicho trance, el individuo vivía su sufrimiento como mejor podía, tanto dejándose llevar por una vida de salidas nocturnas y desenfado como encerrándose en sí mismo y cayendo en el llanto incontrolado durante días.

En el caso de Frannie, la pena se había abierto camino a través de la creatividad. Cuanto más dolida estaba, cuanto más profundas eran las conversaciones que mantenían y en las que Teresa se esforzaba por poner a Oliver Hamer más verde que a Hulk en sus malos momentos, más diseñaba Frannie. Sin parar ni cansarse.

Siete días después del regreso de México, la casa estaba llena de bocetos y esbozos de distintas prendas confeccionadas con todo lujo de detalle. Las puertas de la nevera lucían una colección completa de primavera, en tonos alegres y bulliciosos, en tanto que la mesita del salón apenas se veía de tantas hojas con diseños propios para un invierno frío y gris.

Por más que agradeciera todas aquellas ideas potenciales para mejorar su vestuario, Teresa decidió que la agonía de Frannie había durado demasiado.

No podía estar más orgullosa del comportamiento de su amiga, pensaba mientras le preparaba una ración de mini muffins terapéuticos con caramelo líquido y nata batida; ese arrojo a la hora de soltarle las verdades a Hamer a la cara y luego retirarse sin mirar atrás había estado muy bien. Teresa echaba en falta algún bofetón, o incluso haberle pasado las ruedas de la maleta sobre los carísimos zapatos, pero asumía que el estilo de Frannie tenía ciertas limitaciones.

Había hecho lo que debía, protegerse y mantener su integridad, por más tentada que se hubiera sentido a aceptar los desvaríos de un hombre desesperado que veía desmoronarse su castillo de mentiras.

Con todo, no había salido indemne, y era probable que las caricias venenosas que había compartido con su exjefe tardaran mucho en cicatrizar.

—Lo que no puedo entender es que él no viera dónde estaba el problema —había dicho Frannie, rotulador en mano y con el pelo recogido en un moño alto que habría servido a cualquier cigüeña para anidar—, pretendía seguir adelante desde ese punto.

—Y meter la mierda bajo el sofá —había añadido Teresa—. Fran, odio decírtelo, pero...

—Ya, me lo advertiste, lo sé. —Se bajó las gafas de la frente, cubriéndose con ellas los ojos y dejándose manchas oscuras de tinta en cada lugar que tocaron sus dedos—. No conocía a Oliver tanto como pensaba.

«Pero me acosté con él. Lo creí y me acosté con él, y la idea de no volver a hacerlo me tortura».

—Ojalá me hubiera equivocado, de verdad, pero este Hamer solo piensa en una cosa, y es en pisar a los demás para subir él.

—Creo que quería estar conmigo, de verdad, solo que sin hacer ningún sacrificio. Sin nada que me demostrara que merecería la pena para mí, perder quien soy para aceptarlo.

Teresa apretó los labios. Se movían en un terreno muy resbaladizo. No quería hacer leña del árbol caído con su amiga, pero tampoco ser demasiado suave como para que siguiera albergando esperanzas, si acaso le quedaba alguna.

—Es que nada justifica que debas dejar de lado tu manera de pensar y de ser. Por más bueno que esté, por más dinero que guarde en el banco o por mucho que te guste... —La miró con ceño cuando Frannie intentó negarlo—. Sé que tienes sentimientos por él, pero no se los merece.

Ella llevaba razón. Oliver ni siquiera había mostrado intención de disculparse con sinceridad por haberla utilizado para una mentira tan vulgar como la que había soltado. De hecho, si la cosa no le hubiera estallado en la cara, seguramente nunca se habría enterado.

—Ni siquiera le parecía algo importante. No entendía que estuviera enfadada, total, ¡el niño no existía, siempre podíamos decir que había abortado!

—Es un cerdo, Fran. Y dejando de lado que como empresario da asco si su

afán por subir escalones es tal que no le importa mentir a sus posibles socios, incluso quitando el hecho de que utilizar a un bebé inexistente es rastrero y propio de una rata apestosa...!

—Creo que me he perdido, Teresa. —Logró sonreír, aunque la alegría tardaría en volver a llegar a sus ojos—. Demasiados insultos hasta para ti.

Sentada a su lado en el sofá, Teresa la abrazó con fuerza, apretujándola contra su cuerpo fibroso a causa del duro trabajo que le exigía amasar casi de sol a sol.

—Si no puede entender el daño que te ha hecho es porque no le importa lo suficiente conocerte. Y eso pesa más que todo lo demás.

Para sorpresa de Teresa, Frannie había asentido sin añadir nada más. Había llorado poco, alguna lágrima que se escapaba mientras contaba lo vivido en la tierra de las rancheras, pero más que sumirse en el dolor desgarrador, Frannie estaba oscilando en una peligrosa tranquilidad bordeada de resignación.

Tenía la esperanza de que los sentimientos de Frannie por Oliver no fueran tan fuertes —por favor, Señor del fondant, haz que así sea— o quizá lo hubiera dado por perdido y asumiera esa decepción como el punto final a algo que no había tenido ocasión de empezar.

Mientras llevaba la bandeja con los mini muffins al dormitorio de su amiga, Teresa esperaba que aquella congoja abandonara pronto a Frannie, pues era una de esas mujeres risueñas, divertidas y dulces que merecían tener a alguien a su lado que potenciara todos sus puntos fuertes, y no que amenazara con extinguirlos por culpa de su aura oscura.

Además, pensó con nostalgia, ya había pasado demasiado tiempo —por respeto al luto de Frannie— desde la última vez que Better Love había sonado entre esas cuatro paredes. Y Teresa la echaba mucho de menos.

—Oliver Hamer, no sabes lo que has perdido —susurró para sí misma—, y cuando te des cuenta, te arrepentirás de todo esto.

Llamó a la puerta con los nudillos, y la voz de Frannie le indicó que podía pasar. Su amiga estaba todavía en pijama, sentada en la cama con las piernas cruzadas y el bloc de dibujo sobre una mesita de trabajo portátil que se había comprado hacía unos meses.

—Si sigues a ese ritmo, te quedarás sin cervicales.

—No es que tenga mucho más que hacer —Frannie soltó el rotulador y sopló la hoja en la que había estado trabajando para secar la tinta—, no tengo trabajo y mi sustituta está prácticamente formada para suplirme.

—Sigo pensando que tendrías que haberte desentendido. Que se buscaran



la vida ellos contratando a alguna inepta que les metiera un virus en sus equipos.

Frannie sonrió un poco, apartando la mesa y estirando las piernas.

—Le he dedicado mucho tiempo y esfuerzo al sistema de Publicidad Hamer como para que ahora cualquiera lo tire por tierra.

—No deberías seguir preocupándote por eso.

—Lo que ha pasado no significa que deje de importarme —Frannie bajó la voz, consciente de que aquella era una gran verdad, aunque doliera—; no es culpa suya no ser lo que yo pretendía.

Como tenía las manos ocupadas con la bandejita de los mini muffins, Teresa dio una infantil patada en el suelo con las Crocs fucsias, esperando que el gesto dejara en evidencia lo muy en contra que estaba de tener consideraciones con el enemigo.

—¡Claro que lo es, Fran! Es culpa de uno convertirse en un ser despreciable y asqueroso del averno. Eso no viene dado de serie.

—Aun así —vislumbrando un brote en Teresa, Frannie relajó el tono—, el hecho de que yo haya creído ver algo que no existía es solo responsabilidad mía. Oliver es como es, no va a cambiar. Creer que le importaba lo suficiente fue un error mío.

—Cómete un mini muffin, o la vamos a tener.

Frannie obedeció. Lo mejor de estar triste —aparte del uso ininterrumpido del pijama como outfit— era poder darse atracones de cosas prohibidas con la satisfacción de que se hacía por una buena causa, como mantener sus niveles de azúcar en sangre, y, por tanto, sus ánimos lo más elevados posible.

Cogió una pequeña magdalena con cobertura de caramelo y le dio un mordisco, echando ojeadas nerviosas a un sobre acolchado de color amarillo que el cartero le había entregado esa misma mañana y que todavía no había abierto.

Teresa se dio cuenta de que lo observaba con toda atención y procedió a cogerlo ella misma. Nada más leer el nombre del remitente bufó, soltándolo sobre la cama como si quemara.

—¿Crees que es tu finiquito con un montón de palabrotas subrayadas en colores chillones?

Frannie negó, tocando el sobre con los dedos que no tenía pringados de chocolate o tinta, y empezó a darle vueltas. Mentiría si dijera que no se había preguntado qué era, pero no se había sentido preparada para descubrirlo. La curiosidad era algo poderoso, pero también lo era el miedo a

lo desconocido que uno podía encontrar.

—He tramitado todo eso con Tomy Anders, el abogado de la empresa —le contestó Frannie—, no tengo idea de qué puede ser.

—¿Y no vas a abrirlo?

—¿Me animas? Pensé que, viniendo de Oliver, tú más que nadie querría quemarlo en el Monte del Destino tras un duro viaje por la Tierra Media que nos enfrentaría a toda clase de peligros.

Teresa hizo el gesto de quitarse un anillo imaginario mientras ponía caras raras. Funcionó a medias, porque Frannie sonrió, aunque la tensión en el ambiente no se disipó del todo.

—Los sobres cerrados son una tentación demasiado grande, Fran. Además, quizá su contenido nos dé nueva munición contra el tipo este.

«¿Y si contiene una carta con explicaciones? ¿Y si se reafirma en todo lo que dijo y expresa, con palabras hirientes, que nunca supuse para él algo tan importante como para merecer justificaciones?

»Tal vez no fui más que otro peón, y aquellos besos y caricias con las que he me sostenido estos días no significaron para él más que las otras que ha tenido. Solo un medio más, para obtener un fin.

»A lo mejor ni siquiera se planteaba en serio intentar...».

—¿Frannie?

Con un asentimiento, ella decidió cerrar la boca a su subconsciente y abrir la carta de una vez. Con fuerza, tiró del precinto y el sobre cedió. Extrajo con cuidado un libro, que estaba sin envolver, y del que sobresalía un papel metido entre sus páginas.

Al darle la vuelta y contemplar la portada, todas aquellas lágrimas que no había derramado días antes se le agolparon a Frannie tras los párpados. Con dedos temblorosos, abrió la tapa y leyó, solo para confirmar lo que ya sabía, que se trataba de una primera edición intacta.

Probablemente, de la primera tirada original. Un valor incalculable, en todos los sentidos.

—¿Qué es eso? —Teresa estiró el cuello, mirado por encima de su hombro—. ¿Un libro? Me suena... ¿No lo tienes...?

—Es El diablo en invierno, de Lisa Kleypas. Una primera edición. —Frannie notó que la voz le fallaba. Con reverencia, acarició la cubierta y pasó las páginas, dejándose llevar por el olor a nuevo que solo el papel impreso era capaz de tener.

«—De todos modos, te compraré otro. Si tanto te gusta esa historia, al menos léela en un libro que no se caiga a pedazos cada vez que pases las

páginas.

—Que no sea una vigésima edición.

—Me aseguraré de ello.»

Él lo había recordado.

—¿Y eso que sobresale? —La curiosidad de Teresa era casi antológica, por más enfadada que estuviera—. ¿Viene con marcador?

—No lo sé...

Frannie sacó el papel rectangular de entre las páginas del libro. Era un cheque a su nombre. Leyó con asombro, la cantidad reflejada en él y comprendió enseguida a qué se refería.

Había pasado toda aquella semana desconectada, no tenía idea, ni había querido saberlo, de cómo habían terminado las cosas entre Oliver y Montero una vez ella se había marchado. Aunque dudaba mucho de que los planes que Oliver había hecho se alteraran, algo en la expresión de Tomy Anders el día que se vieron para firmar su renuncia le había hecho pensar que quizá las cosas podían no haber salido bien; después de todo, se requería de la presencia de una esposa que había desaparecido.

Al parecer, Oliver había sabido cómo justificar su ausencia, o, quizá, Montero no hubiera reparado en ello a la hora de centrarse por fin en el negocio que ambos deseaban emprender.

Como fuera, tenía ante ella el porcentaje que se le había prometido al embarcarse en todo aquel absurdo plan de mentiras y matrimonios falsos. Oliver había cumplido su palabra, y el cheque venía escrito de su puño y letra.

—Lo ha conseguido —dijo, a nadie en particular—, al final ha firmado con hm Motors, tal como quería.

—¡Ni siquiera ha recibido justo castigo por lo que te ha hecho! —Teresa estaba colérica, paseándose de un lado a otro mientras engullía el otro mini muffin—, y conociéndote, seguro que vas a rechazar ese dinero en lugar de invertirlo en tu negocio de diseño, que es lo que mereces, porque al haberlo obtenido a base de mentiras y jugarretas no lo consideras limpio.

—Te equivocas.

Teresa se sorprendió al oírla, pero Frannie también se quedó estupefacta consigo misma. Su forma de pensar y de ser le dictaba que hiciera justo lo que su amiga había sugerido: romper el cheque e intentar salir adelante por sus propios medios, incluso si estos eran tan escasos como para que su primera colección nunca viera la luz.

Sin embargo, ya había renunciado a demasiadas cosas como para perder

aquello también. Tenía en sus manos la posibilidad de hacer lo que quisiera: viajar, estudiar, aprender, abrir una pequeña tienda y financiar algunos diseños con los que despegar. Sería mucho trabajo, pero eso la mantendría ocupada y evitaría que pensara en nada ni en nadie que no fuera su inversión.

Tal vez no estuviera bien, pero con todo lo que había sacrificado, aquella retribución era justo lo que necesitaba. Tenía que salir adelante; y parecía de justicia que fuera Oliver, el culpable de que se hubiera metido en todo ese asunto, quien le diera las armas para hacerlo.

Después de todo, pensó mientras miraba de soslayo hacia su armario — donde había guardado envuelto en papel de seda y con sumo cuidado su sombrero de charra color fucsia—, no todo lo que habían vivido había estado condicionado por Montero, la empresa, la firma del contrato y las mentiras. Pequeñas pinceladas robadas les habían pertenecido solo a los dos. Tal vez aquel sobre era la manera de Oliver de rendirles tributo a esos momentos.

De decirle a ella que lo recordaba.

—¿Estás segura, Fran? —Teresa la vio sonreír, incrédula—. ¡Me parece estupendo, lánzate!

Lo haría, decidió. Ya había mantenido sus aspiraciones en un rasero muy bajo durante suficiente tiempo. Si había sacado algo en claro de toda su experiencia como empleada de Oliver era que los negocios siempre se abrían camino si uno aprovechaba sus oportunidades.

No pensaba dejar pasar aquella.

«Yo también alcanzaré mis metas. Perseguiré mis sueños, aunque estos me alejen todavía más de ti».

# 17

## LA MULA NO NACIÓ ARISCA, LA HICIERON A PALOS

Seis semanas después

Con el plató preparado y los actores ultimando los detalles para las secuencias que se rodarían aquella mañana, el nuevo anuncio para el lanzamiento mundial del XJ39 de hm Motors en colaboración con Publicidad Hamer avanzaba en su grabación a un ritmo vertiginoso.

Desde un discreto segundo plano, Oliver vio llegar los dos vehículos que se usarían durante los cortes de las escenas.

Uno era impecable, de carrocería plateada impoluta e interiores decorados para que pareciera que una familia real viajaba en él. En ese momento, los técnicos de efectos especiales estaban trabajando en los neumáticos, aplicándoles un poco de serrín para evitar que chirriaran —estaban recién sacados de la fábrica, después de todo— al girar por el asfalto de exteriores donde simularían la carretera.

Tanto Montero como Oliver habían estado de acuerdo en el enfoque realista que debía tener el anuncio, por eso Jacob Stellinguer, que era el actor que daría vida al padre, conduciría de verdad el coche, de modo que sus movimientos serían más fluidos que si solo colocara las manos sobre el volante mientras la grúa guiaba al XJ39 por la pista. En ese momento, Jacob era asesorado por la chica de efectos especiales que se ocuparía de simular el frenazo y choque del coche en las tomas finales.

Al otro lado del plató, y rodeado de expertos en el sector de siniestros automovilísticos, guiados en todo momento por un representante de la dgt, se encontraba el otro XJ39, cuya carrocería estaba abollada de forma notable. Cuando estuvieran listos para grabar, el capó se mancharía con barro y los cristales mostrarían salpicaduras de tierra para hacer realistas el frenazo y la salida del carril que Stellinguer tendría que interpretar.

El resto de actores, una mujer adulta y dos niños, estaban terminando de maquillarse para sus escenas de esa mañana, que ocuparían la primera

mitad del anuncio. En ellas se vería una familia de verdad, con rencillas, discusiones y despistes en carretera que pondrían a prueba todas las características de alta gama que Montero había añadido a la joya de su corona.

—Todavía no puedo creerlo. —Tomy Anders, que acababa de entrar a plató en ese momento, emitió un silbido en dirección al enérgico movimiento que se respiraba a su alrededor—. He vuelto a leer los documentos del contrato porque no me hago a la idea.

Oliver estaba apoyado en una pared, al lado de la mesa de catering. Sonrió a su amigo, sin moverse ni mostrar una emoción exacerbada que, según su modo de ver las cosas, sería de terrible mal gusto ahora que todo estaba hecho. Todos debían ver su cambio de estatus como algo estable, por lo tanto, no podía permitirse alucinar como un niño con cada pequeño destello que se encontrara por el camino.

—Pues estamos a punto de rodar, y ya hemos cobrado el anticipo; harías bien en aceptar que está ocurriendo. De verdad.

—No me cabe en la cabeza que te haya salido bien.

—Pareces sorprendido. —Oliver se cruzó de brazos, viéndolo coger canapés como si no hubiera desayunado esa mañana—. Yo nunca lo dudé.

—Ya, me imagino que toda la historia de México fue parte del espectáculo. —Tomy lo miró con suspicacia—. ¿Vas a decirme que desde un principio tenías el as del ataque de sinceridad bajo la manga? ¿Tú?

—Si lo supieras todo, amigo, le quitaría magia al asunto, ¿no crees?

Tomy puso los ojos en blanco, negando con la cabeza. Estaba de tan buen humor por el trato que acababan de cerrar que ni siquiera el temor a que Oliver siguiera dando bandazos en los negocios enturbiaría el momento. Se moría de curiosidad por saber cómo era posible que después de que Henry Montero descubriera todo el engaño estuvieran allí grabando el spot de su coche, pero tal y como decía Oliver, conocer los detalles solo lograría... provocarle una úlcera. Mejor dejarlo estar.

—Si esto sale bien, estaremos los primeros de la lista para cubrir los próximos coches de Montero —susurró, sin perder de vista los preparativos para el rodaje—. Esperemos que tu golpe de suerte no se termine justo ahora.

—No lo hará. —Sonó tan seguro que Tomy dejó un canapé a medio camino de su boca, expectante por oír el resto—. Esta es la clase de anuncio que cala en el público. Les llegará, y sentaremos las bases. Pronto, la publicidad automovilística dará un giro, y nosotros habremos sido quienes

han dado el primer empujón.

—Ojalá no te equivoques, Oliver. Sabe Dios que con un contrato más de estas características, Publicidad Hamer se pondrá en cabeza en el sector.

—Cuenta con ello.

Aunque no mostraba expresión alguna, Oliver estaba orgulloso de lo que veían sus ojos. Había sudado sangre por llegar hasta donde estaba y había dejado muchas cosas en el camino para contemplar ahora, con cierto placer cínico, cómo el maravilloso XJ39 recién montado era abollado y cubierto de manchas para quedar acorde con su visión del anuncio.

Desde que se había hecho pública su firma con Montero, el despacho era un hervidero de llamadas y potenciales clientes que nunca antes habían querido trabajar con Hamer. De repente, los diseñadores gráficos, distribuidores y representantes de marcas y marketing que hasta el momento lo habían considerado demasiado inexperto, nuevo en el negocio o, simplemente, fuera de sus cabales, veían en él una promesa, algo fresco y con sumo potencial.

Ahora, Henry Montero respaldaba a Oliver Hamer, y estando a su sombra el tiempo suficiente, la cumbre de la publicidad por fin se había vuelto accesible.

La gloria era dulce, pero Oliver seguía notando una persistente amargura que no lo abandonaba.

—Te diré una cosa: este año pienso adelantar mi aniversario y comprarle a Rebeca el jodido bolso de diseño que lleva queriendo meses —oyó decir a Tomy, sin prestarle demasiada atención—; con los papeles que acabo de archivar y la comisión que me llevo de esta fusión, voy a ser el jodido novio del año.

—Ten cuidado, no vaya a ser que luego te acuse de no conocerte en absoluto.

—Después de seis años juntos, no me parecería creíble.

Oliver le dedicó un gesto mordaz. Pobre Anders, ¡qué poco sabía del verdadero funcionamiento de las mentes femeninas!

—¿Crees que eso importa? Haz solo una, Tomy, una cosa mal, y serás crucificado, ¡y no importará una mierda que eso te lleve al objetivo que buscabas!

—Me parece que ya no estamos hablando del bolso de mi novia...

Oliver se dio la vuelta, centrando su atención en los bocadillos fríos que se habían dispuesto en una bandeja y cogiendo uno de salchicha y queso suizo que terminó por dejar otra vez donde estaba. Cada vez que Frannie se

cruzaba por su mente todo su interior ardía, no solo de pasión, aunque había gran cantidad de eso, sino también de frustración y enfado.

La deseaba tanto y al mismo tiempo sentía tanta rabia contra ella que bien podría follársela durante un mes entero —sin detenerse en trivialidades como comer y dormir— y luego echarle en cara todas las recriminaciones que guardaba dentro.

Ella debía estar allí. Tenía que haberse tragado sus remilgos y su orgullo inútil y estar a su lado, viendo el sueño materializarse. Aquello era de los dos, lo habían hecho juntos, cometiendo errores y perdiendo por el camino algo que prometía haber sido maravilloso.

Lo mínimo que tendría que haber hecho era aparecer.

Oliver todavía no concebía cómo era posible que no verla cada día, ocupada tras su escritorio, sabiendo que en cualquier momento de la mañana podría cruzar la puerta del despacho, le suponía una sensación de ahogo que no lo abandonaba. Y así llevaba seis semanas, como un patético náufrago en su propia oficina. Un perro sin correa.

La había dado demasiado por sentado, y ahora ni siquiera las ansias que tenía por decirle a la cara lo muy decepcionado que estaba por su desertión servían para que la pena fuera menor.

—Al menos ha aceptado el cheque, Oliver —susurró Tomy, que había atado cabos con facilidad—. A mi entender, eso significa que ya no está tan enfadada.

—No quiero hablar de eso. Ni de ella.

—Bueno, no quieres, pero sacas a colación lo que pasó en cada oportunidad que tienes.

—¿Y te parece raro? ¡Después de lo que...!

Tomy alzó la mano para callar la diatriba antes de que tuviera lugar. Apreciaba mucho a Frannie, pero había llegado a su límite. No podía seguir escuchando su nombre y aquella misma historia una y otra vez.

—Esperabas que dándole la parte acordada por participar en el engaño a Montero reulara y volviera hacia ti, sedienta de amor y agradecimiento al comprobar que eres un hombre desprendido, generoso y lleno de virtudes que opacan todo lo demás.

—No seas imbécil, Tomy.

Anders enarcó una ceja, cogió un canapé y se lo comió despacio, dándole a Oliver tiempo para que se serenara y descubriera, por fin, que aquel enfado que simulaba tener no era más que una máscara para esconder sentimientos más profundos, descubiertos en el peor momento posible.



—No pasa nada por admitir que te duele que se haya ido.

«Como si echarla de menos fuera a servirme de algo, como si eso fuera a darme paz...».

—Estoy perfectamente. —Hamer le dedicó una mirada que dejaba a las claras que aquello no entraba en discusión—. Le mandé ese cheque porque era lo justo. Hicimos un negocio, y yo saldo mis deudas.

—Como tú digas.

Tomy sintió la tentación de sacar el tema del libro, pero decidió dejarlo así. Para alguien como Oliver, que nunca había tenido que esforzarse por conseguir afectos y compañía ni había hecho jamás el esfuerzo de mostrar una cara más amable de sí mismo ante una mujer que le interesara, debía de ser muy confuso encontrarse en la posición donde ahora estaba, entre la espada y la pared, debatiendo consigo mismo si merecía la pena perder el egoísmo que lo caracterizaba para acercarse a la primera persona que le había llegado tan hondo.

—¡Silencio, vamos a grabar!

Jacob Stellinguer estaba ya en el XJ39, junto a los tres personajes que, durante las siguientes horas, interpretarían a su imperfecta familia. El director de la secuencia le acercó a Oliver unos auriculares, con los que escucharía de forma más nítida las conversaciones y sonidos que ocurrirían dentro del vehículo, y tras una señal comenzaron a rodar.

El gran sueño se hizo real ante la mirada de Oliver, que vio cómo todo su alocado planteamiento cobraba vida.

«Tendrías que estar aquí, Frannie».

De vuelta al despacho, con la promesa de tener en su cuenta de correo los primeros cortes del anuncio para su revisión y aprobación, Oliver se dejó caer en su sillón y cerró los ojos con fuerza, agotado como si hubiera corrido una maratón. Oyó entrar a Tomy, aunque estaba demasiado cansado como para prestarle alguna atención.

—Creo que ha ido bastante bien. —Anders estaba entusiasmado, y no se molestaba en disimularlo—. Stellinguer parece haber pillado el enfoque a la primera.

Lo complicado vendría en los días sucesivos, cuando tuvieran que grabar las escenas del frenazo y el choque, haciendo coincidir los sonidos interiores de la familia con los del exterior, el patinazo de los neumáticos, las marcas en la calzada... y que la posición en que quedara el coche fuera acorde con

el abollón, visible ante la cámara.

Sin duda, contar con un experto de la dgt iba a ser muy útil.

—La cosa va a ralentizarse —siguió Tomy, sin aparente molestia por hablar solo—; simular un accidente llevando niños dentro es un riesgo.

—Pues no pienso aceptar dobles de ochenta kilos que se limiten a encorvarse y taparse las barbas con sudaderas de capucha.

El abogado levantó la cabeza de la pila de papeles que había cogido y miró a Oliver con expresión burlona. Hamer volvió a cerrar los ojos, como si aquellas palabras hubieran sido el punto cumbre de un discurso muy pensado.

—Por supuesto. ¿Por qué hacerlo con seguridad si podemos dar un buen susto a un par de críos?

—Joder, Tomy...

—Habrá que valorarlo —le cortó, levantando la palma de la mano como haría en el estrado, gesto que era muy útil cuando uno trabajaba para alguien como Oliver, que tendía a hablar sin escuchar—. Montero no aceptará que haya riesgos que puedan salpicar su marca, además, ¿no es seguridad lo que vendemos en este anuncio?

—Pues cuando acabe y la pantalla quede en negro pondremos un puto rótulo que diga «No se ha dañado a los críos durante la grabación de este spot», ¿contento?

—Eres un cínico de mierda.

—¡Muchas gracias!

Tomy se levantó, airado. Dejó a un lado los papeles y se llevó las manos a las caderas, apartando la chaqueta hacia atrás.

—Hablo en serio, Oliver. Desde que volviste de México estás inaguantable, no paras de exigir y hacer locuras.

—¿Te refieres a... conseguir un contrato millonario que hará posible que tu novia tenga un bolso de diseño? —El corte de mangas sobró, pero no por eso Oliver se privó de hacerlo—. De nada.

Tomy ni siquiera se molestó en responderle.

—Me refiero a chorradas como esta, ¿no quieres dobles? ¿En serio?

—¡No vamos a hacer chocar el puto coche de verdad!

—¿Y qué? Puede que sea necesario cubrir a los niños; los ruidos y golpes a la carrocería les pueden asustar.

Era lo que le faltaba, un arranque moral de última hora. La cabeza iba a estallarle y Tomy no se callaba.

—Pues que vayan al colegio en vez de meterse a actores.

—Vete a la mierda, Oliver. —Tomy negó con la cabeza, sabedor de que nadar contra corriente no le serviría para nada—. No sé cómo puedes pretender que Frannie te perdone con esa actitud.

La mirada de Hamer fue entonces como la del tigre que se prepara para el zarpazo definitivo. Clavó en Anders los ojos, sin parpadear. Era una advertencia que no precisaba palabras.

«No la menciones».

—Yo no busco el perdón de nadie. Ten cuidado con lo que dices.

—¿Sabes lo que creo, amigo?

—Me importa una mierda. Métete en lo legal, que es para lo que te pago.

—Creo —Tomy llevaba con Oliver el tiempo suficiente como para no dejarse amedrentar por bravuconadas— que estás acojonado. Tienes miedo de no ser capaz de mostrar que eres mejor persona de lo que Frannie ha visto. Te asusta no poder enseñar más capas de ti, y ante ese miedo reaccionas sacando lo peor que tienes, para justificarte. Para justificar ante ti mismo el haberla dejado ir.

Oliver se levantó como un resorte, apoyando las palmas de las manos en la mesa y abriendo la boca para dejar que sapos y culebras rompieran sin ninguna lástima años de amistad. Pensaba atacar con todo, insultar de la peor manera posible, y no se arrepentiría.

O lo habría hecho si Tomy no hubiera tenido toda la razón.

Si demostraba que era peor que malo, la huida de Frannie habría tenido razones de peso y él, la excusa perfecta por no haberla buscado.

Un golpe en la puerta anunció a Maggie, la nueva secretaria. Cuando apareció en el umbral, con su figura escultural, sus tacones de veinte centímetros y su melena negra y larga ondeado sobre un perfecto y redondo trasero, todo intento de Oliver por pronunciar palabra se esfumó, aunque no por deseo, algo que todavía le sorprendía, sino a causa de la decepción que le provocaba que fuera ella quien entrara en su despacho.

Como pasaba siempre desde que había sido contratada, Maggie le hacía guiños que mezclaban una inocencia genuina con altas cantidades de peligrosidad. Dejó la bandeja con el café sobre la mesita y esbozó una sonrisa radiante, como si hubiera estado portando un corazón humano listo para el trasplante que salvaría una vida.

—Carte Noire Café Long Classic —anunció con su voz como cascabeles.

—Gracias, Maggie. Ocupate de revisar los correos: esperamos los cortes del anuncio del XJ39.

La secretaria asintió y salió con un contoneo muy poco natural. Oliver,

consciente de que tendría que retomar la conversación interrumpida, cogió la taza, removi6 el azúcar y procedió a beber el café para hacer tiempo. Al primer sorbo, una mueca de disgusto tiñ6 sus facciones, ya ajadas por las ojeras y la sombra de una barba que no se había afeitado.

—¿Está malo? —Tomy se sirvió su propia taza, paladeándolo con atención—. A mí me parece bien. Sabe como siempre.

—Está perfecto. Es exactamente la manera en la que me gusta tomar el café.

—Y lo dices como si estuvieras a punto de maldecir porque...

Oliver soltó la taza y arrugó con el puño la servilleta que no había tocado, dejándola sobre la mesa hecha una pelota de papel. Se paseó por el despacho, dando con el pie al tapete de césped artificial de su olvidado juego de golf. Cuando volvió a mirar a Tomy, sus ojos brillaban cargados de emociones que llevaba demasiado tiempo conteniendo.

—Frannie las doblaba con forma de paloma.

—¿Perd6n?

—Las servilletas. Cuando servía el café, Frannie les daba forma, ¿nunca te fijaste? —Hamer parecía conmocionado de que un detalle de tal envergadura hubiera pasado por alto.

—¿Te fijabas tú?

Ante la estupefacción de Tomy, Oliver siguió deambulando por un despacho que últimamente no terminaba de parecerle cómodo. Era como si, de pronto, la silla fuera demasiado dura, la mesa estuviera mal orientada y el espacio resultara insuficiente para él, su ego y toda la desesperación que cargaba auestas.

Se pasaba las noches en blanco intentando encontrar soluciones que se le escapaban, y por más que lo intentaba, no hallaba manera de hacer que las cosas fueran como antes. Quizá porque, no era volver atrás lo que deseaba.

Quería avanzar. O, que Dios lo protegiera si se acordaba de él, empezar.

—Oliver, el mundo no se caerá si admites que la echas de menos.

—Debería acostarme con Maggie —dijo Hamer, perdido en sus pensamientos—, está claro que a ella le parecería bien.

—Si crees que va a servirte de algo...

—Por lo menos ella no sentiría desprecio ante la persona que soy. Sería sexo, sin ninguna complicación, sin tener que cambiar, sin exigencias ni obligaciones.

—¿Frannie te puso como condición para estar contigo que cambiaras quién eres?

—Dijo que no le gustaba lo que había descubierto.

Entre otras muchas cosas que podría narrar punto por punto, porque se había obsesionado con ellas como un pobre enfermo mental.

Tomy, que sí se había tomado el café, dejó la taza vacía y caminó con lentitud hacia Oliver. Pocas veces había visto a su amigo tan abatido, y menos en cuestión de mujeres, a las que solía conservar muy poco tiempo y por las que rara vez, si no nunca, había sentido apego de ninguna clase.

—Creo que lo que te duele es que Frannie no te diera ocasión de mostrar que hay más en ti que la fachada de hombre frío y sin escrúpulos que le dejaste ver.

—Le hice daño. —Oliver estaba tan arrepentido que las palabras casi salieron con sangre de entre sus labios—. Solo tenía que ser sincero con ella. Estaba de mi lado, pero fui ambicioso y quise ir por el camino rápido.

Darse cuenta de que veía en ella mucho más que la imagen borrosa de una empleada había sido un calambrazo que todavía lo mantenía paralizado. Oliver, que nunca había mirado a Frannie con los ojos de un hombre, descubría en ella muchas virtudes que la hacían digna de un cariño que hasta entonces no había entregado.

Y aquella única noche con ella había eclipsado cualquier recuerdo anterior. Lo había castrado para las demás mujeres con la eficiencia de unas tijeras de podar bien afiladas.

—Las mujeres son capaces de perdonar, si uno sabe disculparse —aconsejó Tomy, que había vivido discusiones suficientes para hacerse una ligera idea de los pasos que dar—. O arrastrarse lo suficiente.

—¿Desde cuándo eres psicólogo?

—Podrías haberla encontrado ya de haber querido, Oliver. ¿Tanto te asusta dar la cara ante ella?

«Cobarde. Cobarde».

—No sabes cómo me miró antes de irse. Jamás olvidaré la expresión de sus ojos. Dudo mucho que quiera verme.

Había pasado mucho tiempo preguntándose qué habría pasado si en el calor de la pelea no hubiera confesado la verdad. Tal vez ahora Frannie y él siguieran trabajando juntos, con maravillosos beneficios añadidos, o solo hubieran pasado algunas noches en la cama sin mayor trascendencia.

Pero quizá todo hubiera ido bien. Quizá, Oliver habría podido escarbar en aquella montaña de emociones que solo se le despertaban estando con ella, habría podido aprender, valorar lo que era conocer a una persona de verdad. Quizá...

Pero seguir mintiéndole, incluso para su propio beneficio, nunca había sido parte de la ecuación. Frannie era alguien a quien había respetado y apreciado antes de que llegara el deseo, y esos sentimientos eran de los que dejaban marcas perdurables en el alma de un hombre.

—¿Quieres estar con ella?

La pregunta de Tomy le paralizó el corazón en medio de un latido. Sentía pánico con solo planteárselo. ¿Él? ¿Estar con alguien? ¿Acaso era apto? ¿Podía anteponer a otra persona a sí mismo, ser menos egoísta? ¿Lucharía por alguien?

«Tú sugieres partir desde este punto hacia delante, dejando la suciedad y los escombros debajo de la alfombra. Eso no es lo que yo quiero. Merezco a alguien que quiera tener un principio, conocerme y saberlo todo de mí. Merezco interés y ser el fin de una persona, no su medio».

—Frannie dejó muy claro que no está por la labor de aceptarme.

—Eso no es lo que te he preguntado, Oliver.

Hamer negó con la cabeza, no porque rechazara la posibilidad, sino porque, a su entender, no tenía sentido planteársela.

—Si ella sentía algo por mí, no creo que siga vivo después de todo lo que pasó.

—Así que vas a tomar la postura cómoda de sentarte con el no y convencerte a ti mismo de que, en realidad, nunca hubo posibilidades. Vas a ser necio y dejar que lo último que recuerde de ti sean tus gritos de energúmeno mientras la amenazabas con no aceptar su renuncia.

¿Y tenía el valor de echarle en cara su postura? ¡Era su amigo! ¿Por qué no estaba de su parte? ¿Qué tenía que hacer? ¿Rogarle a Frannie unos segundos de su tiempo?

«Sí, maldita sea. ¡Sí! ¡Ruega, capullo egoísta y egocéntrico! ¡Haz lo que sea necesario!».

—¡Ha formado a una jodida secretaria perfecta para que la supla, Tomy! ¿No crees que esa es una señal muy evidente de que no quiere saber nada de mí?

—¿Y te vale eso? —Tomy se cruzó de brazos, decepcionado ante el poco empuje de que estaba siendo testigo—. Siendo Frannie la única mujer que ha llegado a importarte, ¿vas a quedarte convencido con una supuesta señal?

Oliver tenía los puños apretados y las aletas de la nariz dilatadas. Volvía a estar de mal humor, pero ahora, por encima del abatimiento, un nuevo rayo de seguridad y luz parecía abrirse camino. Todavía estaba lejos de

convertirse en esperanza, pero, al menos, era lo bastante fuerte como para sacarle del sopor en que había estado flotando desde hacía semanas.

Ahora sentía determinación. Bien podría servirle.

—Me dijo que no quería un paso adelante desde el punto en el que estábamos, pero tampoco dejó claro que aquello fuera un final.

Tomy hizo todo lo posible por ocultar su sonrisa.

—Entonces... ¿qué vas a hacer?

—Aclararlo.

Oliver volvió a toda prisa al escritorio, sacó su teléfono móvil y una agenda cuadrada donde guardaba todos los teléfonos y direcciones de aquellas personas e instituciones con las que se relacionaba. Con manos temblorosas, empezó a pasar las páginas, hasta dar con la que buscaba.

—Frannie me acusa de no conocerme; bien, tiene razón. Voy a mostrarle algo nuevo de Oliver Hamer —con dedos ágiles, marcó. La sonrisa que mostró llenó de luz un despacho que hasta entonces había permanecido envuelto en tinieblas—, que cuando cree que algo merece la pena, no se rinde jamás.

# 18

## A CADA CAPILLITA LE LLEGA SU FIESTECITA

Frannie removi6 el caf6 con cuidado de que las gotas calientes no mancharan los bocetos que estaba revisando. Ya habfa perdido la cuenta de las veces que habfa visto aquellos dise1os, pero como estaba segura de que en nada calmarfa sus nervios cruzarse de brazos, decidi6 hacerlo una vez m6s.

Extendi6 sobre la mesa toda la colecci6n de oto1o, con aquellos colores tierra, anaranjados, rojos y verdes en todas sus gamas. Prendas que iban del desenfado a la elegancia. Vestidos, trajes de chaqueta, minifaldas a juego con ajustados jers6is, incluso alg6n chaleco y chaquetones que mezclaban tonos en una paleta que hablaba de hojas cafdas, chocolate caliente y paseos bajo la llovizna.

Estaba orgullosa. Aquel era su mejor trabajo, y el saber que pronto verfa la luz de forma oficial le provocaba a la vez anhelo y nerviosismo.

Habfa dado un paso de gigante sacando sus ideas del cuaderno de dibujo y decidiendo por fin hacerlas llegar a dise1adores y modistos de verdad. Las negativas no se habfan hecho esperar, por supuesto; despu6s de todo, la 6nica experiencia laboral con que contaba Frannie era como secretaria, administrativa y, como mucho, organizadora de eventos de publicidad. En el campo de la moda solo sabfa lo que su instinto le dictaba, aquello que guiaba su l6piz y la hacfa crear un vestuario que, de haber sido ni1a, querrfa a toda costa para engalanar a sus mu1ecas.

Se dijo que, antes que nada, debfa ser pr6ctica y aprovechar sus recientes recursos, asf que cogi6 parte del porcentaje que habfa ganado tras la firma de Publicidad Hamer con Henry Montero, se ajust6 las gafas, dejado los miedos escondidos en el caj6n m6s profundo que encontr6 y habfa puesto manos a la obra. Un curso avanzado de corte y confecci6n en Nueva York, que se habfa llevado un pico de su reciente fortuna, le habfa valido, como m6nimo, una lnea elocuente que a1adir a sus presentaciones a los grandes de la moda.



No había resultado bien, por decirlo con elegancia.

Bueno, sus diseños todavía no eran lo bastante conocidos como para que grandes empresas los quisieran. Habría que empezar poco a poco, con modestia, meter la cabeza y ver cómo salía. ¿Solución? Lanzarse ella misma.

Había hecho números con Teresa, y lo que en un principio había resultado un juego de locuras dichas al tuntún aderezado con champán y un montón de pepitas de chocolate, se convirtió en una realidad. Un plan. Frannie tenía los medios para contratar algunas costureras y confeccionar una primera selección de diseños que podría vender por su cuenta en un local alquilado. Con buena publicidad llegaría a muchos oídos interesantes, lo que la llevaba a la próxima fase de su experimento.

Ahora, mientras tomaba el café sin degustarlo y trataba de no volver a mirar el lento pasar de las agujas del reloj, estaba a punto de dar el siguiente gran paso: contratar los servicios de un experto en publicidad para que diera a conocer su trabajo. Si las cosas salían tal y como las había pensado, se grabarían varios anuncios donde las modelos contratadas posarían con los vestidos. Contaría además con una entrevista a Frannie en el propio local, donde mostraría su modo artesanal de trabajar, completamente por libre y sin ataduras con ninguna marca comercial ni diseñador.

Si cruzaba fuerte los dedos y lograba que la burbuja subiera lo suficiente, quizá podría añadir alguna personalidad del mundo de la moda a su lista de invitados, haciendo más lucida la inauguración, que estaba marcada en el calendario para dentro de cuatro meses, si no había retrasos con los patrones y las grabaciones de los spots publicitarios.

Frannie esperaba que algún modisto se interesase por ella y pudiera terminar colocando algunas de sus prendas en firmas que ya tuvieran un nombre. Ni siquiera tenían que ser de las que iban a la Semana de la Moda: le bastaría con saber que cada trazo que diera, iría dirigido a un lugar concreto. Anhelaba que alguien esperara por sus creaciones. Y quisiera venderlas.

—Vayamos poco a poco —se recordó, dejando de lado el café, que se había quedado frío—; estoy a punto de abrir mi primera tienda, esta semana llegarán los maniquíes que voy a vestir con mis propias prendas, ¿acaso puedo pedir más?

Aquel cheque que había llegado a sus manos dentro de su libro favorito había sido mucho más de lo que podría esperar. Gracias a él, ahora estaba

en disposición de tocar a puertas que nunca imaginó a su alcance.

Al final, pese a las mentiras, los enredos, el viaje a México y los momentos de tensión que había pasado teniendo que ocultarle la verdad a Montero, todo había salido bien para los implicados. Cada uno había obtenido justo lo que ambicionaba, y el camino del éxito parecía más transitable que nunca.

Allí sentada, esperando su entrevista con el publicista que, con suerte, se llevaría a casa los bocetos para estudiar la estructura del anuncio, Frannie llegó a la conclusión de que no tenía absolutamente ningún motivo para no estar saltando de alegría. La felicidad, se dijo, debía escaparle por los poros. Tenía proyectos, expectativas de futuro, un horizonte de posibilidades...

Pero...

El inquietante «pero» le volvía a la mente cada vez que recordaba que no había tenido un final, que toda aquella historia estaba inconclusa y llena de unos incómodos puntos suspensivos para ella.

Tras su marcha precipitada de México, había seguido los pasos lógicos para recuperarse del varapalo: poner tierra de por medio, arreglar las cuestiones prácticas con el abogado y llamar a una ett para buscar a la secretaria idónea. Para cuando Oliver Hamer había vuelto, todo estaba en calma en la oficina, y, por lo visto, con su contrato de hm Motors bajo el brazo, ni se había molestado en notar los cambios.

No había nada a medias en su vida. Para él, todo se había ajustado en su lugar.

«Si no fuera así, habría hecho algún intento..., se habría acercado o me habría llamado».

No había sido el caso. Poco más quedaba por remover en aquella hoguera ya extinta. Era lo mejor, desde luego: no tenía ningún sentido volver sobre lo mismo cuando todo lo que había que decir estaba ya dicho. Cada uno era como era y ninguno cambiaría por el otro. Frannie no podía asumir el tipo de relación que Oliver ofrecía y él...

—Es probable que ni siquiera quiera una de verdad —murmuró, esperando que decirlo en voz alta calara hondo y le permitiera dejar de pensar.

Sacudiendo la cabeza y dejando de lado todo aquello, Frannie volvió al presente. Reorganizó los diseños y miró su teléfono, comprobando que tenía un mensaje con fotografía de Teresa, que estaba creando una serie de magdalenas con coberturas de colores a las que añadiría, como capa principal, prendas de ropa de diversos tonos y diseños hechos de fondant.

«A punto de encontrar la mezcla perfecta para la inauguración», decía el

texto. Frannie sonrió, notando el corazón hinchado en el pecho al comprobar cuánto se preocupaba por ella su amiga. Teresa estaba invirtiendo en aquel sueño casi tanto como la propia Frannie, apoyándola y animándola siempre que el temor al fracaso o el miedo al salto definitivo parecían paralizarla.

Todo estaba bien en el mundo, podía sentirse completa.

Con la sonrisa pintada en la cara, Frannie cogió aire, irguió los hombros y miró alrededor, esperando encontrar entre el gentío a alguien que diera el perfil del publicista al que esperaba. Había vivido dentro de aquel mundo el tiempo suficiente para saber qué esperar. Miró a unas cuantas personas, que pasaban de largo del café donde ella se encontraba o entraban a merendar dentro, escapando del airecillo que amenazaba con levantarse y que a ella ya le removía los mechones que se había dejado sueltos.

Ya iba a volver su atención otra vez a los dibujos cuando una visión inesperada la paralizó. Aquel semblante entre aniñado y peligroso, el cabello castaño bien peinado con el flequillo cayendo con indolencia sobre la frente, los hombros anchos, el andar seguro, el traje gris a medida... Era imposible, sus ojos tenían que estar engañándola, y aun así..., aun así...

Solo podía ser él. Incluso con aquella sombra de barba que cubría sus mejillas, nunca lo confundiría con otro.

—No puede ser —quiso susurrar, aunque la voz se quedó atrapada en algún lugar perdido de su mente y no le llegó a la boca.

Él estaba ya a menos de cinco metros, y fue evidente el momento en que dio con ella porque la sonrisa marcó unos hoyuelos espectaculares que provocaron en Frannie un nerviosismo creciente. Lo habría reconocido incluso en medio de una total oscuridad.

Oliver Hamer venía hacia ella.

Durante los segundos que él tardó en acercarse, la mente de Frannie ató cabos a toda prisa. Ella se había citado con un publicista para que trabajara en el anuncio de su pequeña boutique. Oliver aparecía de repente. ¿Era una casualidad? No parecía posible.

¿Habría él...? ¿Sería posible...? ¡La secretaria con la que había hablado pertenecía a una empresa cuyo dueño era otra persona! ¿Qué hacía él...? ¿Cómo había averiguado...?

—Francine Louise Ancor.

Como si hubiera oído a su profesor de álgebra pasar la lista, ella levantó la cabeza. Oliver la miraba desde arriba, risueño pero comedido. Estaba a la defensiva, todo su lenguaje corporal lo gritaba. Le echó un vistazo a la taza

de café a medio beber y Frannie tuvo la dudosa satisfacción de imaginar que él temía que se la echara por encima. Bueno..., era una opción que considerar.

—¿Qué...? —fue todo el balbuceo que pudo musitar a su extraña presentación.

Oliver sonrió un poco más, sin moverse del sitio.

—Tu nombre completo. Francine Louise Ancor. No lo olvidaré otra vez.

Con un gesto él indicó la silla vacía y Frannie asintió por ganar tiempo. Oliver se desabrochó la chaqueta y tomó asiento junto a ella, mirándola como si hiciera años desde la última vez y tuviera que valorar los cambios que el tiempo había provocado en su persona.

También Frannie lo miró con atención, aunque se arrepintió al comprobar que seguía igual de atractivo a sus ojos que siempre. Se estudiaron con una frialdad que se derritió con suma facilidad. Ambos conocían el cuerpo del otro, y la tormenta que juntos eran capaces de crear. No tenía sentido fingir una distancia que no existía.

—No esperaba encontrarte aquí. —El tono tenso de Oliver no fue estudiado. Sonó demasiado casual, y aquello inquietó a Frannie.

—¿Ah, no? —Su ceño fruncido dijo que no se lo creía—. ¿No has venido por lo del anuncio?

Fue el turno de Oliver de mostrarse confundido.

—¿Anuncio? ¿Qué anuncio?

Reparó entonces en el cuaderno, con sus hojas de papel sobresaliendo por una esquina, y lo tomó sin pedir permiso. Frannie quiso impedirlo, recordando aquel tiempo que parecía tan lejano, cuando ella misma había querido mostrárselos y las cosas se habían precipitado al desastre. No obstante, para cuando fue capaz de discernir si quería o no que él echara un vistazo a algo tan privado para ella, Oliver ya había mirado un tercio de sus diseños. Le vio hacer muecas: abría y cerraba la boca y levantaba las cejas según iba pasando las páginas. Parecía asombrado, como si no se hubiera esperado encontrarse con aquello.

—Así que era esto... —susurró, sin quitar la vista de un chaquetón color anaranjado con mangas recubiertas de terciopelo color chocolate—. Tu gran secreto, el sueño inalcanzable que deseabas.

—Ya no es solo un sueño. Ahora es una realidad.

Oliver dejó el cuaderno y la miró con los ojos brillantes. Parecía alegre, aunque Frannie no sabía si era por verla o porque todo en su vida profesional le sonreía.

—Son estupendos.

—¿Sabes algo de moda?

—Mis únicos conocimientos sobre la ropa femenina son sobre cómo quitarla —se permitió un guiño canalla que la hizo sonreír—, pero sí tengo ojo para los negocios. Y veo uno en estos bocetos. Me alegro mucho por ti, Frannie.

Ella bajó la mirada y tragó saliva. Después, volvió a poner sus ojos en él. Oliver estaba expectante, pausado. Parecía que midiera sus palabras, que calculara lo que hacer o decir a continuación. Ella lo conocía bien —salvando descubrimientos recientes—; los momentos en que algo lo descolocaba eran escasos.

Y en ese momento estaba perdido.

—¿Qué haces aquí, Oliver?

Él sonrió de medio lado, echándose para atrás el flequillo en un gesto muy suyo que ella degustó con la mirada. Lo había echado de menos.

—Vaya, se me hace raro que no me llames «señor Hamer».

—Ya no trabajo para ti.

—Lo sé. —Su mirada fue franca al toparse con la de ella—. Es como si el edificio completo se hubiera derrumbado y en la reconstrucción faltaran pedazos por todas partes.

«No tiene alma, Frannie. Eso lo ponías tú».

—Nadie es indispensable.

—Tú lo eras. Para mí sí. Lo sigues siendo. —Se encogió de hombros; era la verdad, aunque dudaba que ella lo creyera.

—Estoy segura de que Maggie, la nueva secretaria...

—Es perfecta. En todo. La detesto.

Frannie volvió a sonreír, mientras negaba con la cabeza. Fue una risa más de tensión que de alegría. Nerviosa, volvió a echar un vistazo alrededor. La persona que esperaba no la conocía en persona; si la veía acompañada, podía seguir de largo, y no le apetecía tener que concertar otra reunión. El gesto no pasó inadvertido para Oliver.

—Tienes una cita —dijo en tono neutro, aunque su decepción fue evidente.

—No..., sí, en realidad sí. Tengo una cita con un publicista para que trabaje en un anuncio para mí. Voy... Yo... abriré en unos meses una pequeña tienda y expondré mis diseños. Si todo va bien, él los anunciará como promoción.

—¿Hablas en serio? ¡Eso es increíble, Frannie!

—Bueno... Habría sido mucho mejor si algún diseñador los hubiera aceptado, pero este camino también puede llevarme ahí.

—¿Estás de broma? Atarte a otro nombre sería lo peor que podrías hacer. Publicítalos, abre más tiendas, crea todo cuanto puedas. Entonces, serán ellos los que quieran que Francine Louise venda sus trapos. No quieras crear lo que otros ven, haz que vean lo que creas tú.

Poco más tendría él que añadir para tenerla rendida a sus pies. Frannie sabía que era sincero, y no porque su corazón se estuviera saltando latidos con frenesí por tenerlo cerca, sino porque él era un hombre de negocios antes que cualquier otra cosa. Si decía ver un filón en ella, es porque allí estaba.

«Cree en mí».

—Todavía no me has dicho qué haces aquí.

Oliver se figuró que se refería más bien a cómo había dado con ella. Frannie no era tonta, ni él pretendía hacerla pasar por una, de modo que convertir su encuentro en una mera casualidad habría sido un insulto. Había aprendido una valiosa lección, de modo que hizo lo correcto: decirle la verdad.

—Una vez me dijiste que no me deshiciera nunca de los datos de contacto de ninguna persona con la que me hubiera relacionado. —Le sonrió, como quitándole importancia de antemano a lo que iba a decirle—. Resulta que tenía tu dirección en mi agenda, y según los datos que habías facilitado a la ett de donde sacaste a Maggie, no figuraban cambios. Esta cafetería está cerca de tu casa... Probé suerte.

No era la primera vez que intentaba toparse con ella, pero las otras ocasiones, todas fallidas, valía más olvidarlas. Frannie no sabía si sentirse halagada o molesta de que él hubiera estado merodeando intentando hacerse el encontradizo, y como no tenía claros sus sentimientos, los dejó pasar.

—Parece que te has tomado muchas molestias.

—Lo hago con las cosas que importan, Francine.

—Ya veo que te ha dado fuerte con mi nombre completo. —Sin saber qué hacer con las manos, toqueteó el cuaderno de dibujo, alineándolo—. No tienes que repetirlo tantas veces, no es que esté muy orgullosa de él...

Oliver se inclinó hacia delante. Puso la mano sobre la mesa, rozando casi los dedos de Frannie en el proceso, pero sin atreverse a dar el paso. Ella lo miró, expectante.

—Nunca ignorar una respuesta me costó tan caro. Créeme, no volveré a

dar ninguna información por sentada jamás.

—He... sabido que al final las cosas con Montero salieron bien. —Frannie, desesperada por romper aquella magia que no sabía de dónde venía, se agarró a lo que fuera—. ¿Qué pasó?

—Confesé todo a la mañana siguiente —dijo sin más, apartándose una pelusa del pantalón del traje—. Además, me presenté a la cita borracho como una cuba y sin asear.

—Un golpe de efecto.

—Una patada a Montero habría sido más sutil. Creí que me cortaría la garganta con la pluma de la firma cuando se lo solté todo, y no te equivoques, me llevé mi ración de insultos cuando quedó claro que había estado mintiéndole a la cara durante días.

—Te lo merecías.

Oliver asintió con una sonrisa caballerosa. Estaba de acuerdo. De hecho, el empresario del motor había estado tan ofendido que no se había guardado nada, ni siquiera su decepción por la pronta marcha de Oliver y Frannie, que había hecho imposible visitar la isla de Mezcala. Angelita se había disgustado mucho, algo intolerable para un marido amantísimo como Henry.

—Resulta que después de un escándalo considerable, Montero acabó por decirme que estaba aburrido de que todas las personas a las que ponía a prueba para asociarse con él perdieran el culo, literalmente, esas fueron sus palabras, por complacerle. Le había gustado mi visión del anuncio desde un principio. Habría firmado de todos modos.

Frannie boqueó, abriendo los ojos hasta que sobresalieron por encima de sus gafas. Oliver agradeció estar sentado al comprobar que aquel mísero gesto valía para provocarle reacciones muy masculinas en el bajo vientre.

—¿Intentas decirme que no habría sido necesario inventar lo del matrimonio y todo lo demás?

—Eso dijo.

—No puede ser... ¡No puede ser!

—Tomy estuvo a punto de sufrir un infarto cuando se enteró. Entiendo cómo te sientes.

Se deleitó viendo lo confundida que estaba. Frannie..., su extraña y añorada Frannie. Arrastrarla a una cueva y devorarla despacio era lo primero de una larga lista de cosas que deseaba hacer con ella. Cosas terribles y deliciosas que le ocuparían años enteros. Sonrió, absorbiendo cada gesto de su cuerpo, cada arruga de un ceño que se iba frunciendo más

y más a medida que la comprensión bañaba por completo su entendimiento.

—Entonces... todo ha sido para nada. Todo esto, el viaje...

—No, Frannie —Oliver le cogió la mano, sin reprimirse esta vez. Los dedos de ella estaban helados, por lo que los frotó con suavidad—, de poder hacerlo todo otra vez, sabiendo lo que ahora sé, habría actuado igual. Esos días supusieron para mí más que un negocio, me ayudaron a conocerte. Y a conocerme a mí.

—Podría haber sido más fácil.

—¿Y qué emoción hay en lo fácil? —Sonrió, contagiándola a su pesar— Además, ahora tienes en tus manos la oportunidad de dedicarte a lo que quieres. Solo por eso, me la jugaría a oírte cantar El rey una vez más.

Ella chascó la lengua con reprobación, y Oliver deseó besarla como nunca antes había querido nada en su vida.

—Lo dices como si lo hiciera mal.

—Tendría que oírte sobria para poder comparar.

Frannie fingió ofensa, haciendo reír a Oliver. Se sentía tan a gusto que casi había olvidado que no estaba allí para esperarlo a él. Otra vez, pareció que se leyeron el pensamiento, pues el gesto de Hamer volvió a ponerse serio. El hombre de negocios resurgía entre las capas de humanidad para eclipsarlo todo.

—Podrías haber recurrido a mí para esto. —Señaló el cuaderno de dibujo con un gesto de la cabeza—. Te habría ayudado sin pensármelo. Te debo más que eso.

—Lo sé, por eso no llamé a Publicidad Hamer. No quiero saber que me dirán que sí por ser yo, porque me conozcan o haya un pasado que cuente. Quiero que esta persona vea un negocio en mi propuesta porque realmente lo haya.

«Nunca harás nada por el camino simple —pensó Oliver, abrumado—. Por eso eres tan especial».

—Cualquiera que sepa un poco del mundo de la publicidad lo vería. Tienes mucho talento, Frannie. Estoy seguro de que será un muy buen anuncio.

Como se acercaba la hora convenida, Frannie era muy consciente de que debía volver a quedarse sola, centrarse en su reunión y los negocios y dejar aquel extraño paréntesis a un lado. Quizá si parpadeaba con fuerza, Oliver desaparecería y toda aquella amigable charla se convirtiera en humo, como si no hubiera existido jamás.

Aunque era necesario, no quería despedirse de él, todavía no. La idea de



retenerlo, de darle conversación con cualquier excusa, imperó en su sentido común.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que la expresión que él lucía era exactamente la misma. Solo deseaba estar allí sentado, con ella. Escuchándola sin más.

—Ahora estoy un poco ocupada, pero... la inauguración será dentro de cuatro meses.

Oliver asintió, comprendiendo el doble sentido que tenía aquella información. Y que el adiós no sería más que un hasta pronto.

—Entonces tengo tiempo suficiente.

—¿Para qué?

—Primero, para disculparme por todo lo que pasó, Frannie. He tenido que vivir con el arrepentimiento de haberte hecho daño, de haber abusado de tu confianza y pretendido quitarle importancia a lo que hice. No entendía por qué te afectaba tanto, pero ahora sí lo comprendo. —La miró a los ojos, con el alma desnuda y una sinceridad que solo había mostrado ante ella. Jugándose mucho más de lo que poseía—. Tenía tu confianza entre mis manos, y presioné demasiado. Hacerte daño es lo único que cambiaría de todo lo que vivimos en México, además de nuestra despedida. Lo lamento cada día.

—Significa mucho para mí que digas eso. Acepto tus...

Pero Oliver negó sus palabras, provocando que ella arqueara las cejas. Bueno, aquello era nuevo, alguien que se disculpaba, pero no asumía el perdón.

—Antes de que me perdones a la ligera, déjame decirte que no he cambiado. Sigo siendo la misma persona, y mi manera de pensar es la que era entonces. Creo que el fin justifica las acciones y que uno debe usar todo lo que tenga a su alcance para lograr lo que quiere. Sin excepciones.

Frannie se cruzó de brazos, mirándolo con la reprobación que guardaba en exclusiva para él.

—Oliver..., tienes que saber que tu manera de mostrar arrepentimiento deja mucho que desear.

Él se rio, negando con la cabeza.

—Lo que intento decirte es que el camino para recuperar parte de mis escrúpulos será largo, pero quiero emprenderlo. —La miró con solemnidad—. Por ti, para ganarme ese perdón que he pedido, y también por mí, para no volver a ofender ni dañar a nadie como hice contigo. No dejaré que las carencias de mi pasado me conviertan en un hombre que no distingue el

bien del mal, Frannie. No quiero vivir siendo ese tipo de persona.

En algún momento, el corazón de ella había estallado. Sin embargo, se las arregló para sonreír y asentir con firmeza. Lo que oía la llenaba de esperanza, por lo que suponía para el propio Oliver, y porque, aún sin pretenderlo, sintió cómo se iba abriendo un resquicio de la caja que contenía todas sus esperanzas e ilusiones románticas.

Esas que ni siquiera ante ella había reconocido tener.

—Parece que tienes un gran trabajo por delante.

—Espero hacer avances para presentarme el día de tu inauguración con intenciones limpias que mostrar. Hasta entonces, y si te queda un poco de tiempo antes de tu importante cita..., cuéntamelo.

Confundida, Frannie parpadeó, sin comprender.

—¿Qué quieres que te cuente, Oliver?

—Cualquier cosa. Todo. No hay nada que no quiera saber.

Con una sonrisa, ella dejó que su mirada vagara por el hombre imperfecto y lleno de taras que tenía delante. Habían recorrido un largo camino, se dijo, pero al parecer este no los llevaría al cierre que ella habría esperado.

Por el contrario, era posible que se encontraran ante los primeros pasos del verdadero rumbo que tomar. Esta vez, los dos en la línea de salida. Juntos en el principio.

—Sí —susurró Frannie, con una emoción en la voz que no pudo disimular—, creo que tengo tiempo para eso.

Oliver también sonrió, cruzando los brazos con la mirada brillante de expectación.

Era un buen comienzo.

## **AGRADECIMIENTOS**

Esta es, sin duda, la parte más difícil de todo el proceso de publicación. Más que las temidas correcciones y la espera por la respuesta editorial, porque hay tantas personas tras un libro, tantos nombres y caras que significaron algo mientras la historia nacía y crecía que es casi imposible reflejarlas a todas en un apartado tan conciso como el de los agradecimientos.

Quiero empezar, por supuesto, por Carlos, Conchi y Rosana. Mis primeros contactos en Pàmies y Phoebe; eran voces nuevas, modos de trabajo desconocidos, personas acostumbradas a otros autores, a los que me dirigí por primera vez, muerta de miedo, con todas las ilusiones puestas en mi novela, deseando que les gustara y quisieran hacerle un hueco en sus filas. ¡Tenía tantas ganas de ser una «chica Phoebe»! Todavía ahora, que lo paladeo, me sigue pareciendo imposible que el momento haya llegado.

Después de darle vueltas y hacer ajustes, por fin la historia de Oliver y Frannie iba a tener el sello Pàmies que tanto había querido para ella. ¡Gracias por tanto! El mimo, el cuidado, las llamadas de teléfono, que hacen menos frío el proceso, ese encuentro maravilloso con Conchi en Granada donde pude constatar que no era solo un timbre agradable al otro lado de la línea, sino también una persona cercana, dispuesta a escuchar y mostrar paciencia hasta la saciedad. Siento mucho todos los nervios y meteduras de pata, ¡pero has sido tan comprensiva y paciente que casi estoy tentada de equivocarme otra vez! Pero tranquila, no lo haré.

Carlos, gracias por apostar por mi novela, por ser claro y decirme mis opciones, por dejarme abierto un abanico de posibilidades y darme, sobre todo, esperanzas de esas que llevan siempre las palabras «más» y «mejor» para el futuro.

Intentaré estar a la altura y mejorar al máximo posible para ser un valor en este sello y que, tras Un matrimonio de anuncio, vengan nuevos proyectos, con olor a hojas de papel, que adornen estanterías de lectores de romántica.

Gracias infinitas a mis compañeras y amigas Laura Maqueda y Elena Garquin, ahora compartiremos editorial, y el orgullo que siento es inmenso. Han estado ahí para animarme a hacer el intento, aconsejándome, animándome, ¡poniéndome por las nubes todo cuanto ellas vivían, haciendo

que los miedos se volvieran expectativas! Laura, amiga desde hace tantos años que ya casi ni recordamos cuántos, no tengo palabras para decirte lo que significas para mí, además de gran escritora eres una persona maravillosa, siempre dispuesta a ayudar y apoyándome en todo lo que quería conseguir. Soñamos con publicar un día, medio ocultas tras un foro que vio nuestras primeras palabras narradas, ¡lo hemos conseguido!

Elena Garquin, la voz de la conciencia, de los primeros nombres que venían a mi mente con cada nuevo correo de la editorial, con cada plazo de espera cumplido. Tus sabios consejos, tu ánimo y tu capacidad para tomarte las noticias buenas como si fueran tuyas te han convertido en una de mis incondicionales. Eres tan buena conmigo que tendré que abrazarte durante unas dos semanas completas para podértelo agradecer. Te lo dije en su día, y hoy lo vuelvo a repetir: ¡voy a publicar contigo! Y lo que es aún más grande, ¡mi libro tendrá el mismo sello que Tuareg! Gracias por haber recorrido conmigo todo el proceso, ojalá sea el principio de muchos caminos más para compartir.

Gracias a mi familia, por su paciencia, porque entienden esos momentos en que me ausento y me encierro en mí misma. Ellos asumen asintiendo con la cabeza los momentos de correcciones, retoques, llamadas y esperas como si fueran sucesos cotidianos de sus vidas, me oyen divagar sobre esto y aquello, escuchan mis planes y esperanzas, se alegran de mis logros y me sujetan en los tropiezos. Mi fantasía va llenándose cada vez de más capas, dejándome fantasear con escalones más altos que, si cuento con ellos como pilar maestro, sin duda alcanzaré. Somos tantos... que no puedo nombrarlos a todos, ¡qué suerte!

Y por supuesto, gracias a ti, lector. A ti, que quizá aun desconociendo mi nombre has decidido dar oportunidad a este libro y a mí. Gracias por comprarlo y dedicarle unas horas de tu vida, gracias por sonreír y enfadarte mientras lees, por enamorarte de su historia, percibir el aroma y ver los paisajes que narro en cada página. Espero de corazón que la lectura te llene y te haga viajar, conocer nuevos mundos y disfrutar. Mi sueño de escribir cobra sentido gracias a ti.

A todo el equipo que forma parte de ediciones Pàmies y el sello Phoebe Romántica, solo puedo reiteraros el profundo agradecimiento que siento por la confianza depositada. Me habéis hecho muy feliz. Gracias.

Romina Naranjo

# REFRANERO MEXICANO

## (TÍTULOS DE LOS CAPÍTULOS)

### **CAPÍTULO 1: «EL QUE ES BUEN GALLO DONDE QUIERA CANTA»**

Habla de las virtudes que una persona demuestra en todo momento y en cualquier lugar sin importar las adversidades. Una variante conocida, también mexicana, reza: «El que es perico, donde quiera es verde».

### **CAPÍTULO 2: «CHOCOLATE QUE NO TIÑE CLARO ESTÁ»**

Indica que las cosas deben resultar claras y evidentes por sí mismas. Es similar a nuestro conocido «Las cosas claras y el chocolate espeso».

### **CAPÍTULO 3: «AL QUE CON LOBOS ANDA, A AULLAR SE LE ENSEÑA»**

Se refiere a las costumbres que se llegan a adquirir del entorno en que un individuo se desenvuelve. Algo parecido al consabido «Quienes duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición».

### **CAPÍTULO 4: «EL QUE NACE PA' TAMAL DEL CIELO LE CAEN LAS HOJAS»**

Si tienes un destino predeterminado, la vida se encargará de ponerte todos los medios para que se cumpla.

### **CAPÍTULO 5: «SI QUIERES CONOCER A INÉS, VIVE CON ELLA UN MES»**

Dicho que aconseja la convivencia diaria como garantía para conocer realmente a una persona. Válido para todo tipo de relaciones.

### **CAPÍTULO 6: «¡A DARLE, QUE ES MOLE DE OLLA!»**

Invitación a hacer alguna cosa con ganas y sin prisa. El mole de olla es, en opinión de muchos, uno de los platos más deliciosos que puedan existir en el país; y por lo mismo, no debe desaprovecharse ninguna oportunidad de disfrutarlo.

### **CAPÍTULO 7: «NI TANTO QUE QUEME AL SANTO NI TANTO QUE NO LO ALUMBRE»**

Alude a la importancia de no pecar ni por exceso ni por defecto.

### **CAPÍTULO 8: «EL HOMBRE PONE, DIOS DISPONE, LLEGA EL DIABLO Y TODO DESCOMPONE»**

Señala que por muy planeada que se encuentre una situación, al final siempre suele ocurrir algo que cambia el escenario o las reglas.

### **CAPÍTULO 9: «A VER, A UN VELORIO, Y A DIVERTIRSE, A UN FANDANGO»**

Significa que las cosas serias deben tomarse con seriedad y las frívolas, con

frivolidad.

**CAPÍTULO 10: «CUESTA MÁS CARO EL CALDO QUE LAS ALBÓNDIGAS»**

Alude a aquellas situaciones en las que, para conseguir algo, acabamos incurriendo en un gasto mayor que la ganancia que esperamos tener.

**CAPÍTULO 11: «DANDO Y DANDO, PAJARITO VOLANDO»**

Referencia a un trato en el que lo que se compra debe recibirse al mismo tiempo que se efectúa el pago, sin dilaciones de ninguna de las partes.

**CAPÍTULO 12: «MATAR PULGAS A BALAZOS»**

Señala el uso de medios exagerados para lograr fines menores. La intención de este dicho es claramente irónica.

**CAPÍTULO 13: «CON AMOR Y AGUARDIENTE, NADA SE SIENTE»**

Este refrán hace una metáfora entre estar enamorado y borracho, aludiendo a que en ambas situaciones los demás pesares y problemas se dejan de lado.

**CAPÍTULO 14: «NADA SABE SU VIOLÍN, Y TODOS LOS SONES TOCA»**

Una persona que, con humildad, se calla sus muchas capacidades, pero las demuestra con hechos.

**CAPÍTULO 15: «AMOR NO QUITA CONOCIMIENTO»**

Significa que, por más que se quiera a una persona, el amor no es venda ni provoca ceguera durante demasiado tiempo. Las imperfecciones y defectos, tarde o temprano, se dejarán notar.

**CAPÍTULO 16: «ECHANDO A PERDER SE APRENDE»**

Indica el hecho de que los errores son parte del proceso de aprendizaje.

**CAPÍTULO 17: «LA MULA NO NACIÓ ARISCA, LA HICIERON A PALOS»**

El carácter de una persona viene determinado por las vivencias que haya experimentado. Las malas experiencias conllevan una forma de ser agria y distante, en tanto que los momentos felices suelen significar un carácter más dulce.

**CAPÍTULO 18: «A CADA CAPILLITA LE LLEGA SU FIESTECITA»**

Similar a nuestro «A todo cerdo le llega su san Martín», es una advertencia de que, para bien o para mal, obtendrás lo que mereces.

Información obtenida de:

<https://www.mexicodesconocido.com.mx/refranes-mexicanos.html>

<http://www.paratodomexico.com/informacion-de-mexico/refranes-o-dichos-mexicanos.html#a5>

## **GLOSARIO CULINARIO**

Durante su estancia en México, Oliver y Frannie, protagonistas de la novela, degustan una gran variedad de platos de diversa naturaleza. Comidas exóticas, llenas de color y aromas característicos que he querido recoger en este glosario culinario para dar imagen y sabor a las distintas recetas que van surgiendo a lo largo de la historia.

Es posible que los ingredientes y modos de preparación que cuento difieran un poco de las tradiciones mexicanas más costumbristas, pues con el paso del tiempo, la variación cultural y los gustos de cada región en particular existen una gran cantidad de platos diferentes y no me era posible abarcarlos todos. Espero que disfrutéis de estas curiosidades gastronómicas y, si tenéis ocasión, los animéis a probarlas!

### **ENCHILADA DE POLLO**



Las enchiladas son uno de los platos más tradicionales de México; se elaboran con tortillas de maíz, se rellenan con carne de res, pollo, pavo, etcétera, y se bañan con una salsa picante. Estas tortillas pueden acompañarse con lechuga en tiras, cebolla fresca en rodajas, queso Cotija o añejo y nata líquida. Cada región posee su propia receta de enchiladas dependiendo de los ingredientes disponibles en cada región, por lo que se puede decir que en todo México hay más de trescientos tipos de enchiladas.

### **POZOLE**



Plato de México y Centroamérica, es una especie de caldo hecho a base de granos de maíz de un tipo conocido comúnmente como cacahuazintle, al que se agrega, según la región, carne de pollo o de cerdo como ingrediente secundario. De esta preparación básica existen variaciones por todo el territorio mexicano. Por ejemplo, el pozole blanco de Guerrero y el rojo de Sinaloa, Nayarit, Guanajuato y Jalisco. A este platillo se le puede acompañar con tostadas de crema, pata y otras especialidades de la cocina mexicana.

### **HUARACHE**



Es un plato hecho con masa de maíz rellena de frijoles con guisos y salsas encima, se hacen con forma ovalada, como una especie de chancla, forma a la que debe su nombre. Se lo conoce como «antojito mexicano», y se suele vender en puestos o locales muy concurridos, para comer de pie.

### **TORTAS AHOGADAS**



Las tortas ahogadas se elaboran con un pan conocido como birote o birote salado, que es característico de la región de Guadalajara. Tienen una consistencia densa y crujiente que permite sumergirlas en salsas. Se



rellenan de carnitas estilo Jalisco (puede ser en rebanadas, cubos o trozos) y luego se sumergen en salsa picante de chile de árbol de Yahualica. Posteriormente se agrega la salsa de jitomate (tomate rojo). Se acostumbra agregar también rebanadas de cebolla desflemada (cebolla sumergida en limón). Las tortas ahogadas tradicionales recibieron ese nombre porque se sumergían en chile hasta que salían burbujas. Actualmente pocos prefieren dicha preparación, al ser demasiado picante.

### **QUESADILLAS**



Consiste en una tortilla de maíz, o también de trigo, doblada por la mitad que puede estar rellena de queso o de otros ingredientes y que se come caliente, ya sea frita o cocida en el comal (recipiente de cocina similar a una plancha o sartén plana). En la mayoría de los estados de México, solamente se consideran como quesadillas a las preparadas exclusivamente con queso como ingrediente base y a las cuales se les pueden añadir diferentes guisos o ingredientes adicionales, adquiriendo entonces la denominación de «quesadilla de...». Estas quesadillas suelen consumirse con múltiples salsas o adiciones con la finalidad de resaltar el sabor sin que se altere su denominación.

### **CHILES EN NOGADA**



Es uno de los platos típicos de la gastronomía del estado de Puebla. Consiste en un chile poblano relleno de un guisado de carne de res y puerco, todo ello mezclado con fruta. Los chiles en nogada son considerados un platillo de temporada que se sirve durante los meses de julio, agosto y septiembre, en virtud de que la característica que los distingue es el empleo

de la nogada, que es una salsa que se prepara con nuez de castilla, ingrediente que se cosecha durante estos meses, al igual que la granada, que es otro ingrediente fundamental de los chiles en nogada para su sabor y simbolismo y que también es de temporada. Si bien es cierto que la nuez es un producto que se puede almacenar y utilizar en cualquier época del año, es de gran importancia que la nuez que se utiliza para la elaboración de esta receta sea de cosecha reciente, pues esto resalta el sabor de la nogada, situación que condiciona el alto precio del plato.

### **TACOS AL PASTOR**



El taco es un plato de origen mexicano que consiste en una tortilla generalmente de maíz, aunque en el norte de México se emplean también las de harina de trigo. Los tacos se rellenan básicamente de carnes de cerdo y res. En esta variante el ingrediente principal es la carne de cerdo adobada con achiote o chile ancho, naranja, vinagre y pimienta. La tortilla es pequeña y en ocasiones se usan dos, una sobre otra.

### **HUEVOS RANCHEROS**



Los huevos rancheros son un desayuno tradicional mexicano que se ha hecho muy popular a lo largo de toda América, y quizás por esta razón un plato tan sometido a tantas variantes locales. Los huevos rancheros son servidos no solo en el desayuno, sino también a media mañana o incluso durante el almuerzo.

La versión más simple de los huevos rancheros consiste en tortillas de maíz ligeramente fritas y huevo frito con algún tipo de salsa picante acompañados de frijoles refritos. Se pueden usar huevos revueltos en lugar

de huevos fritos.

### **TACOS DE COCHINITA PIBIL**



La cochinita es un platillo tradicional del estado de Yucatán. Se prepara bañando la carne de cerdo con adobo (achiote) y dejándola macerar por lo menos durante una hora. Se precalienta el horno a 180° C y se mete la carne. Se deja cocer hasta que esté muy suave. Originalmente el guisado se realiza cocinando la carne en un agujero en la tierra donde se han calentado piedras por medio de fuego intenso; luego se cubre con hojas diversas.

### **QUESO PANELA**



El queso panela es un queso fresco, suave y blanco de leche de vaca pasteurizada, no requiere maduración, se produce de cuajadas semidesueradas. Es servido a menudo como parte de una bandeja de aperitivo o como bocado.

Absorbe otros sabores fácilmente, y se reviste a veces con una pasta de ajo y chile; es muy utilizado en diversas comidas mexicanas, como en algunas variantes de preparación del famoso guacamole.

### **TORTILLAS DE MAÍZ**



Estas tortillas con harina blanca de maíz se utilizan normalmente para los tacos, y también para burritos o fajitas. Las tortillas mexicanas de maíz para tacos hay que comerlas recién hechas. Se colocan en forma de montaña unas sobre otras cubiertas con un paño de algodón limpio. También podemos poner el plato sobre un cazo con agua templada, para que se conserven calientes y no se endurezcan.

### **JERICALLA**



La jericalla es un postre típico mexicano que tiene origen en la ciudad de Guadalajara. Está hecho a base de leche, huevos, vainilla, canela y azúcar.

Poner a hervir la leche con la canela y el azúcar. Apagar y no dejar de menear para evitar que se forme nata. Una vez que la mezcla esté tibia, poner la mitad en la licuadora junto con los seis huevos y batir un poco a baja velocidad.

Colocar en moldes pequeños y hornear al baño María durante una hora aproximadamente.

### **TEJUINO**



El tejuino o tesgüino es una cerveza de maíz que consumen diversos grupos étnicos del norte, noroeste, oeste y, en menor proporción, del sur de

México.

El tejuino es una bebida refrescante que también se encuentra en Guadalajara y en Mazatlán, entre otras ciudades. Aunque también se hace con maíz germinado, a este se le agrega piloncillo o azúcar.

Se bebe con limoncillo, sal y chile piquín al gusto o sin agregarle nada. Tiene un sabor agridulce y bajo grado de alcohol. Los vendedores ambulantes ofrecen tejuino en los pueblos y ciudades de la región, y es muy poco común encontrarlo en heladerías.

# CONTENIDO EXTRA

## BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Romina Naranjo nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1988. Se licenció en Pedagogía por la universidad de La Laguna, en Tenerife, y es técnica superior de Educación Infantil. Comenzó a escribir cuentos en su época de colegio, afición que perduró con el paso del tiempo. Se inició como autora en foros literarios, compartiendo relatos cortos que fueron convirtiéndose en historias elaboradas con el paso del tiempo. En 2014 publicó su primera novela, comenzando así una bibliografía que ha ido aumentando con títulos de diversa temática.

Facebook:

[@RominaNaranjoOficial](https://www.facebook.com/RominaNaranjoOficial)



Twitter:

[@RominaNaranjo88](https://twitter.com/RominaNaranjo88)



Pinterest:

[https://es.pinterest.com/miranda\\_naranjo/un-matrimonio-de-anuncio/](https://es.pinterest.com/miranda_naranjo/un-matrimonio-de-anuncio/)







-----

-----



# PERSONAJES: TERCER GRADO

## OLIVER HAMER



Como se cuenta en la historia, Oliver pasó prácticamente toda su infancia y gran parte de su adolescencia en un orfanato. Poco se sabe de su familia biológica, aunque en su edad adulta él haya hecho averiguaciones que, hasta la fecha, no ha compartido con nadie.

Fue entregado sin identificación de ninguna clase, por lo tanto, las encargadas del orfanato tuvieron que utilizar la imaginación para reflejarlo en su registro. Se decretó que el niño tenía unos trece meses, aunque era demasiado pequeño y flacucho para ser estar seguros; y se le apuntó con el nombre de Oliver Hardy, pues la responsable del centro era una gran admiradora del humorista. Con el tiempo, Oliver conservaría el nombre de pila, pero cambiaría su apellido por el de Hamer, porque le sonaba con más fuerza.

Como sabéis si habéis leído la novela, Oliver no fue adoptado nunca, pero sí pasó por varias casas de acogida. Conforme cumplía años, sus posibilidades fueron mermando, porque la mayoría de los padres buscaban bebés a los que criar. Así las cosas, Oliver tuvo que hacerse un hueco entre las paredes del orfanato, convencido de que no saldría de ellas más que unos pocos meses, si era afortunado. Cuando tenía diez años, unos chicos mayores descubrieron que robaba comida del comedor; le rompieron la nariz y se llevaron las sobras que había ido acumulando. Lejos de sentirse impotente, Oliver regó la mentira de que eran aquellos chicos los que habían estado sustrayendo las raciones que faltaban, y fue tan convincente que logró que los castigaran durante mucho tiempo, viéndose libre del peligro que le suponían.

Su talento para la mentira siempre fue notable. Y aún más notable, la ficción que tenía para que no lo pillaran engañando.

Perdió la virginidad a los quince años con una de sus compañeras, una niña mayor llamada Sofía. Tenía peras y el pelo un tanto sucio, pero fue una experiencia que Oliver asociará. Durante el tiempo que pasaron intimando, Sofía compartía con él secretos, comida, su vieja menta y todo cuanto cayera en sus manos, de forma que Oliver aprendió a sacar provecho del afecto que las mujeres demostraban por él.



A los dieciocho años, decidió marcharse del orfanato de forma voluntaria. Su último padre adoptivo, con predisposición a observar a jovencitos ligeros de ropa, le había conseguido trabajo como mozo de una obra de construcción. Según el registro del orfanato, Oliver no tenía edad para trabajar de forma legal, por lo tanto, falsificó su partida de nacimiento, envejeciendo tres años. Mantuvo el día y el mes que le habían dado en el orfanato: 16 de octubre.

En el presente 2017, y según su propio deseo, Oliver ha cumplido 33 años. Es probable que nunca se sepa su edad real.

Fue albañil, camarero y vendedor ambulante. Gran mentiroso, desempeñó oficios que no ha contado jamás a nadie, hasta que la fortuna le sonrió y entró como repartidor a una empresa de publicidad. En tanto su talento para convencer a los computadores de que necesitaban aquello que él ofrecía que pronto empezó a ganar adeptos. Se convirtió en el único empleado con el que los clientes querían tratar, por lo tanto, y arriesgando mucho más de lo que tenía, alquiló unas oficinas y fundó su propia empresa: Publicidad Hamer.

Con su primer sueldo como empresario de publicidad, Oliver compró un maletín de cuero negro y se grabó quinientas tarjetas de visita con su nombre. Los primeros meses de trabajo, su oficina tuvo luz y conexión a Internet gracias al cableado del restaurante situado en esa misma calle. Aunque su dueño no se enteró jamás de esto, cuando la empresa de Oliver cumplió su primer aniversario, dejó un cheque anónimo en el buzón del restaurante, considerando saldada su deuda.

En la actualidad, su amigo más cercano es Tomy Anders, al que contactó como abogado cuando este todavía no había terminado la carrera. Teniendo en cuenta que Oliver era un empresario sin experiencia y Tomy un abogado sin titulación, ambos vieron ventajas en hacer la vista gorda y sacar provecho de la situación. La relación laboral se consolidó, dando paso a una amistad que, pese a los altibajos, se ha mantenido firme. Es muy posible que Oliver falsifique cuentas de ahorro, documentos legales y titulaciones académicas durante el proceso, pero, una vez más, es probable que nunca pueda comprobarse.

## FRANCINE LOUISE ANCOR



Le debe su segundo nombre a Louis Armstrong, pues su padre es un gran fan de la música jazz, y además... esperaba que Frannie fuera un varón.

Tiene un hermano pequeño, Michel, y aunque no reside en la misma ciudad que su familia, se siente muy apegada a los suyos, con los que mantiene una relación muy cercana. Su madre, Estela, era de origen español, y murió a los cincuenta y dos años por una angina de pecho. La pérdida fulminante afectó mucho a Frannie, que, como casi siempre, se centró en su trabajo para Publicidad Hamer y desahogó su dolor en su cuaderno de diseños.

Estudió en la Escuela de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) gracias a las becas obtenidas con sus brillantes calificaciones, sin embargo, pronto se dio cuenta de que tendría pocas posibilidades de seguir formándose en aquello que realmente le gustaba, la moda, por lo que acabó por realizar cursos de especialización en secretariado y gestión de empresas. Vivió en España una temporada, en la ciudad de Barcelona, y al regresar a casa entró a formar parte de la exigua plantilla de Publicidad Hamer como secretaria del dueño, Oliver Hamer.

Aunque sus funciones siempre fueron mucho más allá que responder el teléfono y concertar citas, Frannie era muy capaz de desempeñar con acierto todos los requerimientos de Oliver, ya fueran estos de índole empresarial o no. En una ocasión fingió ser su prima para sacarlo de una reunión tediosa de la que él se veía incapaz de librarse y en al menos tres ocasiones irrumpió en su despacho informándole con gesto serio de que su madre acababa de fallecer. Oliver se mostraba desconcertado y abandonaba el edificio para no volver en varias horas, con mucho mejor semblante.

Encargada de prácticamente todo cuanto a su jefe se le ocurriera pedirle, para Frannie fue muy evidente desde un principio que aquel trabajo iba a ser solo algo eventual. Por más sobresueldo que obtuviera, estar sentada detrás de un escritorio nunca fue lo que imaginó hacer por el resto de su vida; por ese motivo su contrato laboral es siempre renovable por un solo año. Oliver ha firmado dichas cláusulas sin discutirías, y aunque ha pretendido convencer a Frannie para hacerle fija en su empresa, no ha tratado de engañarla. Ha demostrado ser tan eficiente en su trabajo y conocer hasta tal punto las necesidades personales y gustos peculiares de Oliver que él a menudo ha comentado que, de haber sido hombre, probablemente Frannie se hubiera convertido en su mejor amigo.



Frannie tiene treinta años recién cumplidos y comparte piso con su amiga Teresa Berlie, repostera de profesión. Es alérgica a cierto tipo de flores y a las nueces, como seguramente ya sabrás si has leído la novela antes que esta sección de curiosidades:

De niña tuvo un perro de raza labrador llamado Rocky. Su muerte la afectó tanto que nunca más ha tenido mascotas. Le encanta leer y diseñar, siendo su mayor sueño tener su propia firma de ropa y quizá, exhibirla en una tienda o vender sus patrones a importantes diseñadores. Cuando está enfadada, enferma o triste, lo único que hace es dibujar en su cuaderno. Tener las manos llenas de carboncillo es lo único que la ayuda a ver las cosas con perspectiva.

Quiere casarse de blanco solo para diseñar un vestido de novia a su enteró gusto; y aunque nunca lo haya dicho en voz alta, tener al menos dos hijos. Le gustaría que su padre la llevara al altar y, luego, depositar el ramo de novia en la tumba de su madre.

Su relación más larga ha sido con Oliver Hamer, aunque esta no cruzó los límites de lo personal hasta que ambos tuvieron que hacerse pasar por matrimonio en México. Su jefe le gustaba, y eso hacía más fáciles las horas de trabajo, pero después de convivir y verlo desde varios enfoques distintos, Frannie comprendió dos cosas: que estaba enamorada y que la persona destinataria de esos sentimientos no los merecía.

Con un gran corazón y una capacidad de perdonar prácticamente incansable, está por verse si sus sueños de relación y familia llegan a buen puerto; y si el hombre que tiene su corazón aprende a cuidarlo.

Nació el 9 de febrero, su signo zodiacal es Acuario y es ambidiestra.



# FANPICS



ediciones Pàmies  
*Phoebe*  
y ROMINA NARANJO  
PRESENTAN LA NOVELA

## Un matrimonio de anuncio

*"No es amor. Son solo negocios"*

A la venta el 3 de Julio



ROMINA NARANJO  
PHOEBE ROMÁNTICA

## ¿Estás preparada para empezar a mentir?

Un matrimonio de anuncio

A la venta el 3 de Julio



